

**CHRIS  
ENDSJØ**



**LA**

**THRILLER**

**CUNNA**

**PO<sup>DEL</sup>W<sup>ER</sup>**

**CHRIS  
ENDSJØ**

**LA  
CUNA  
PO<sup>DEL</sup>WER**

*Para Bobby, ese hermano mayor que todos quisieran tener: noble, ingenioso, desprendido, atento... siempre velando por la familia. Sin él, este libro sería una historia más a medio empezar olvidada en el disco duro del ordenador.*

*It is hard to fail, but it is worse never to have tried to  
succeed.*

—Theodore Roosevelt

## Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)  
[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)  
[Capítulo 45](#)  
[Capítulo 46](#)  
[Capítulo 47](#)  
[Capítulo 48](#)  
[Capítulo 49](#)  
[Capítulo 50](#)  
[Capítulo 51](#)  
[Capítulo 52](#)  
[Capítulo 52](#)  
[Capítulo 54](#)  
[Capítulo 55](#)  
[Capítulo 56](#)  
[Capítulo 57](#)  
[Capítulo 58](#)  
[Capítulo 59](#)  
[Capítulo 60](#)

## Prólogo

*Madrid, 3 de septiembre de 1931*

COMO TODAS LAS tardes de septiembre, una vez terminados los sofocantes calores del verano, la sociedad elegante de la capital de España se daba cita en los paseos, estanques, fuentes y curiosos edificios del Parque del Retiro.

Durante el estío, estas mismas refinadas señoras migraron a la costa del Cantábrico, donde lucían sus sedas y sombrillas en los paseos de San Sebastián, Santander y Zarauz; ahora habían vuelto a sus rutinas para poder ver y, sobre todo, ser visto.

Esta tarde sería diferente y los trágicos acontecimientos recordados con horror durante generaciones.

Doña Rocío Guzmán de Castro llegó al parque en su calesa, donde había quedado con su cuñado el conde de Caviedes.

—Por favor Francisco, —dijo al cochero dándole un suave golpe en el hombro con la sombrill—. déjenos aquí, vamos a andar un poco. Usted puede esperar aquí en la sombra con los caballos.

Después tomo a su hijo de los brazos de la nodriza. —Jimena, puede quedarse usted también aquí. Voy a dar un paseo con el conde. —La nodriza asintió obediente, pero extrañada, ya que no estaba bien visto en sociedad que una señora se hiciera cargo de los niños.

Francisco ayudó a Doña Rocío a bajar del coche. Después, sacó el cochecito del bebé del portaequipajes y la nodriza ayudó a su señora a acomodar al pequeño en el carrito, bajo la sombrilla y envuelto entre finas sábanas de algodón.

El cochero y la nodriza intercambiaron miradas desconcertadas cuando vieron a su señora marchar, a pie y empujando el carrito, como si se tratase de

cualquier niñera. Pero ninguno se atrevió a hacer comentario alguno y se dispusieron a esperar.

Bajo la sombra, estaba aparcado el Hispano-Suiza del Conde de Caviedes. Cuando Doña Roció se acercó, se abrió la puerta del copiloto y salió Guillermo, el guardaespaldas del conde, y abrió la puerta del conde después de mirar a un lado y a otro con mucho teatro, como si estuviese preocupado de que una niñera o sus chiquillos fuese a atentar contra la vida de su jefe.

Salió Don Luis Alberto Martín, Conde de Caviedes, del descomunal vehículo. El conde, como siempre, iba vestido de punta en blanco, llevaba un ligero traje tweed de tres piezas en gris claro, sombrero boater de paja, y el bastón en la mano. Se dirigió a Doña Roció descubriéndose la cabeza y esgrimiendo su sonrisa triunfadora de consabido galán. Dio dos besos a su cuñada, y con un gesto dijo a su escolta que esperase junto al coche.

—Dime Luis Alberto, ¿Qué era lo que querías discutir conmigo que no querías hablar delante del servicio?

—No hacía falta que te encargases tú de Fernando, como si fueras una simple criada, podrías habérselo dejado a la nodriza —Dijo el conde mirando a su alrededor sin dejar de sonreír.

—No te preocupes tanto de qué es lo que piensa la gente de ti. Hace una tarde muy linda y quiero que tome el aire mi hijo. En seguida crecerá, y cuando sea como Alfredo, ya no querrá venir a pasar tiempo al parque conmigo y preferirá quedarse en casa jugando a las cartas con los amigos. —Dijo esto levantando levemente la sombrilla y haciendo una inclinación de cabeza como saludo a dos señoras que cuchicheaban alarmadas desde lo alto de su carroza.

Don Luis Alberto miró al cielo con exasperación.

—¿Por qué no dejas al niño con su nodriza? Ella le podrá llevar al estanque y ver los barquitos

—No. Fernando viene con nosotros. Si quieres hablarme a solas, será con Fernando delante. Creo que prefiero que hablen de mí por no tener clase y empujar el carrito del niño yo sola, a que empiecen habladurías de que me han visto pasear con mi cuñado a solas, mientras mi marido está en África sirviendo a la patria.

El conde levantó las manos en señal de paz, y luego continuó andando con parsimonia, agarrando la caña del bastón con las dos manos detrás de la espalda.



—Rocío, creo que bien sabes por qué quería hablar contigo. Es sobre tu hijo Alfredo. —Rocío no contestó si sí o si no, pero apretó los labios y mantuvo la mirada puesta al french—. Pensé que habíamos finalmente acordado que empezaría este año en el colegio San Esteban y ahora me entero que has decidido sacarle del colegio sin hablarlo antes conmigo.

—Cuando acordé llevarle a ese colegio, fue cuando todavía mi marido estaba supuestamente muerto y desaparecido, pero desde entonces han pasado muchas cosas, y entre otras que mi marido no está muerto y ya no eres por tanto el responsable de la educación de mi hijo. —Dijo finalmente Doña Rocío parando el paso y derramando las palabras a toda velocidad.

—No seré el responsable legal de Alfredo, pero sigo siendo la cabeza de la familia Martín de Caviedes y es mi responsabilidad el velar por su futuro. —Dijo el conde en un exceso de dignidad.

—Eso no te lo discuto, pero la decisión de hacer un cambio tan drástico en la vida de mi hijo, la tomará mi marido cuando vuelva a casa.

—Si es que vuelve... —Dijo el conde con malicia y sequedad.

—Si, volverá. De eso no te preocupes —Contesto airada Doña Rocío.

—Mira Rocío, no quiero llevarte la contraria, y lo único que busco es lo mejor para Alfredo...

—Lo mejor para ti y para el nombre de la familia querrás decir, que es lo único que te importa —Interrumpió Doña Rocío volviéndose amenazadora hacia él. Una pareja se cruzó en su camino y aceleró el paso para escapar de la embarazosa discusión que estaban teniendo los dos.

—Por favor, Rocío ¡mantén la compostura! —Dijo el conde en un agitado susurro, mirando a un lado y a otro.

Doña Rocío trató de calmarse y empezó otra vez a caminar más serena. Al cabo de unos pasos de angustioso silencio empezó otra vez con voz lenta y reposada: —Sabes muy bien lo que yo pienso de ese colegio. Tenemos aquí en Madrid los mejores tutores del país y Alfredo está recibiendo una educación impecable. No veo la razón de mandarle a un colegio perdido en las montañas de Cantabria y tan lejos de aquí.

—Sabes que no es así. —Dijo el conde parando otra vez el paso y poniéndose frente al cochecito del niño—. En este colegio tendrá a los mejores profesores de Europa en cada materia, y por compañeros a los herederos de las principales potencias del mundo occidental.

—Luis Alberto, estoy muy al tanto de que es lo que pretendéis hacer con

ese colegio tú y tus amigos alemanes. No voy a decir que lo desapruedo, pero no coincido con vuestras ideas. Sabes que Alfredo no solo es heredero de tu familia, pero también heredará el ducado de mis padres, y tanto tu hermano Hermenegildo como yo, estamos de acuerdo en que queremos una educación tradicional para Alfredo.

—Rocío, no lo entiendes, esta es una oportunidad única y no podemos esperar a que vuelva Rafael de África; será demasiado tarde entonces. Si no empieza ahora Alfredo, no tendrá otra oportunidad más adelante, y no aceptar la oportunidad, será tomado como un insulto por la organización y como una falta de lealtad a la causa. —Ahora el conde sonaba implorante, casi desesperado.

—Si hay que tomar una decisión ahora, te doy las gracias, pero tendré que decir que Alfredo no irá a ninguna parte.

El conde miró detrás de ellos, donde una berlina con dos enormes caballos esperaba en el arcén.

—Rocío, por favor te lo pido, entra en razón. La organización tiene mucho más poder del que puedas imaginar. Alfredo TIENE que ir a ese colegio.

—No insistas. La decisión está tomada, Alfredo se quedará aquí y no ira a ese colegio. Yo soy la madre y estas decisiones las seguiré tomando yo mientras siga con vida

El conde se volvió otra vez hacia la berlina con los grandes caballos, en la que un enorme cochero de aire lúgubre, con el sombrero calado hasta las cejas, los miraba desde el pescante. Parecería no más que una sombra de no ser por el brillo de los botones de su levita.

—Rocío, creo que no me entiendes —Dijo ahora muy despacio el conde y entre diente—. Alfredo ira a ese colegio, esa decisión está ya tomada, lo único que te pido es que no entorpezcas la decisión y le dejes marchar mansamente

Dona Rocío rio sin ganas echando la cabeza hacia atrás—. ¿me dices que la decisión está tomada? ¿Quién te crees que eres?

—Sabes que estamos tratando de una organización muy poderosa, y ellos son los que han escogido a Alfredo. El no estar con ellos significa estar contra ellos. No podemos simplemente despreciar su oferta con un -no gracias-

—Pues eso será lo que les puedes decir de mi parte

Uno de los caballos de la berlina relinchó y el conde le miró nervioso. El cochero seguía mirándolos sin inmutarse, como una estatua.

—Si no aceptamos, es posible que se vuelvan contra nosotros, y Alfredo y

tú y yo correremos peligro. Rocío, acepta la oferta.

—¡Luis Alberto! —Dijo Dona Rocío acercándose a menos de un palmo a la cara de su cuñado y mirándole muy seriamente—. Mi hijo no va a irse a ninguna parte, entiéndeme bien. Se quedará en casa conmigo y le educarán nuestros tutores. Para llevárselo, tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

El conde dejó caer pesadamente sus brazos sobre sus costados en señal de rendición—. Está bien Rocío, como quieras. Creo que he hecho todo lo que estaba en mi mano.

—Eso es, gracias por comprenderlo.

—Déjame que lleve yo el carrito de Fernando un rato.

—Ni hablar —Dijo ahora divertid—. si estamos escandalizando a todo Madrid por verme a mi empujando el carrito, espera a que te vean a ti

—Por favor, insisto

—¿Te has vuelto loco? No, Luis Alberto

—Muy bien. Como quieras. —Dijo el conde con un aire muy sombrío. Se giró otra vez hacia la berlina e hizo un breve gesto de asentimiento al cochero mientras él se apartaba de su cuñada.

—¿Qué te pasa Luis Alberto, a dónde vas? —Pero el sonido del látigo del cochero y la berlina acercándose a ella a toda velocidad la hizo olvidarse de su cuñado, y el pánico la paralizó en mitad del camino, todavía agarrando el carrito con las dos manos.

Luis Alberto oyó a su espalda el grito de su cuñada ahogarse con el estruendo de la carroza pasándole por encima como un tren de carga, y cuando se dio lentamente la vuelta, la berlina ya estaba saliendo por la puerta del parque a toda velocidad.

Doña Rocío estaba tendida en el suelo, inmóvil. El carrito estaba tumbado en el arcén, hecho un amasijo de alambres, y con una rueda doblada todavía girando sobre su eje.

—¡Qué alguien llame a un médico! —Gritó un caballero inclinado sobre el cuerpo de Dona Rocío con una rodilla en tierra.

—Lo que necesita es un cura, no un médico. —Oyó el conde decir a una harapienta castañera que estaba en pie a su lado mirando la escena.

## Capítulo 1

*Santander, 15 de septiembre de 1931*

ERA UNA TARDE fría de otoño, y una lluvia fina caía sobre la estación de tren de Santander. Quedaba aun una hora para que oscureciera, pero la niebla apenas dejaba vislumbrar los faroles de la estación.

Alfredo, con los brazos cruzados y tensando sus músculos, trataba de luchar contra el frío, pero bajo el cobijo de su abrigo, y de su sombrero calado, apenas podía contener la tiritona.

Era un chico apuesto, alto y fornido para su edad. Su mirada confiada y penetrante transmitían una madurez de la que él no se sentía en absoluto provisto, especialmente en ese momento, en el que un nudo le ardía en la garganta y trataba de contener las lágrimas que querían desbordarse de sus ojos por tristeza, por desolación, por miedo a lo desconocido y por compadecerse de sí mismo.

No, esta noche no se sentía un tipo duro, ni confiado. Esta noche lo que quería, era volver corriendo a su casa de Madrid, y esconder su cabeza en el pecho de su madre, y llorar, y ser otra vez niño. Pero su madre ya no estaba, había sido arrollada por un carruaje hacia unas semanas, mientras caminaba una tarde por el Retiro.

Nunca le habían gustado las despedidas, pero esta vez, era más difícil que nunca: No solo se estaba despidiendo de Nana, la nodriza que le crio y cuidó desde el día en que nació, pero también sabía que se estaba despidiendo de la vida de infancia y juventud como la conocía hasta ahora; tenía el convencimiento, que desde el momento en que pusiera pie en ese tren, su vida ya nunca sería la misma, y esos años y recuerdos de niñez nunca volverían.

—¿Por qué no entras ya en el tren, Alfredo? No llevas puesto más que una

gabardina y vas a coger frío. —Dijo Nana.

Alfredo seguía mirando al suelo concentrado.

—¿Que vas a hacer tú a partir de ahora? —Contestó con una pregunta después de unos segundos, todavía mirando al suelo.

—Ya te lo dije. Estaré en Cerrazo, no muy lejos de tu nuevo colegio. Mi madre está mayor y necesita mucha ayuda y compañía. —Dijo Jimena, la voluminosa nodriza tajante y áspera. Luego, mirando al muchacho obviamente consternado, cabizbajo y en silencio, endulzó su gesto y le posó la mano sobre el brazo, y añadió—. Espero que vengas a verme algún fin de semana que puedas salir. Podrás venir con mi hermano Jerónimo, no te olvides de ir a saludarle en cuanto tengas un ratito; es el jardinero y guardián del colegio, y tiene muchas ganas de verte.

Diciendo esto se volvió con rapidez al banco y cogió una cesta grande de mimbre cubierta con un trapo de cocina.

—Toma, que ya me olvidaba. Quiero que le lleves esta cesta con embutidos y queso a Jerónimo».

Alfredo cogió la cesta y asintió con la cabeza.

Después de otro incómodo silencio, Alfredo volvió a hablar—. Si mi padre aparece y vuelve a casa ¿Volverás a Madrid con nosotros?

—¡No te preocupes ahora por esas cosas, hombre! —Dijo ahora enérgica, levantando una mano como si le estuviera amenazando con darle un cachete—. Ya verás que la Navidad está a la vuelta de la esquina, y cuando comiencen las vacaciones, irás a Madrid y seguro que tu padre estará ya de vuelta en casa para quedarse definitivamente contigo. ¡Y ya me dirás tú para que necesitareis dos hombretones como vosotros a una vieja nodriza!

Alfredo había vuelto a concentrar su mirada en sus zapatos. La anciana nodriza le miró y fue ella la que entonces tuvo que contener las lágrimas.

—Espero que antes de eso, me vengas a visitar a Cerrazo, y me cuentes cómo es este colegio del que todo el mundo parece hablar hoy en día. —Dijo secándose el atisbo de una lágrima con la esquina de un pañuelo.

—Anda, dame un abrazo y súbete, que ya están llamando a todos los pasajeros.

Alfredo se aferró a su nodriza en un fuerte abrazo, y reprimiendo las lágrimas, se volvió hacia el tren llevándose consigo el dulce olor familiar de Nana y dejando atrás todos los recuerdos de su infancia.

El tren empezó a moverse, y Nana se despedía desde el andén. Alfredo la

vio alejarse hasta perderse entre la niebla y el humo de la locomotora. Se quedó ahí, unos minutos viendo la imagen desvanecida de su niñez. Sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta, lo encendió, y echando el humo contra el cristal de la ventana trató de recordar en qué momento cambió el sonido de las canicas de su bolsillo por el de las monedas para comprar tabaco.

Dio dos apuradas caladas más a su cigarrillo, y la nostalgia del pensar en lo que dejó atrás, dio paso al entusiasmo por los acontecimientos que le esperaban: nuevo colegio, nuevos compañeros, un nuevo mundo por descubrir. Como le había dicho su padre en su última carta -ahora eres un adulto y has de empezar a labrarte tu futuro-. Tiró el cigarrillo, agarró su maleta y con una sonrisa confiada se encaminó hacia su compartimento.

## Capítulo 2

*Santander, 15 de septiembre de 1931*

—BUENAS TARDES. CON permiso —Dijo Alfredo cuando abrió la puerta acristalada de su compartimento.

El único ocupante del compartimento era una hermosa joven, que estaba sentada junto a la ventana leyendo un libro.

—Hola. Por favor, adelante —Dijo la joven con una abierta y acogedora sonrisa.

—Parece que el tren va medio vacío —Dijo Alfredo al cabo de un rato, tratando de hacer conversación.

—Si, prácticamente todos los pasajeros van a Comillas al colegio San Esteban... como tú, me imagino

—Si, sí. Claro —Dijo Alfredo bajando la vista sin poder aguantarle la mirada a la hermosa joven.

Había algo que le desconcertaba. Parecía no más que una chiquilla, pero tenía tal confianza en su mirada que parecía atravesarle con los ojos y leer hasta lo más profundo de sus secretos.

—Y tú... —Empezó a decir Alfredo. En ese momento irrumpió en el compartimento un joven de amplia sonrisa, pelo ondulado y rojizo, y generosas mejillas rosadas.

—Disculpen, ¿es este el compartimento 7? —A pesar del correcto español, podía detectarse un ligero acento germánico en el muchacho.

—Mi nombre es Friedrich William Von Preussen. Un placer conoceros —Dijo alargando su mano a Alfredo.

—Hola. Alfredo Martin de Caviedes, para servirte —Dijo Alfredo levantándose y tomando la mano que le tendía el nuevo inquilino.

Después, mirando a la señorita, y dando un ligero golpe de tacones hizo una leve reverencia con la cabeza—. Señorita.

—Hola, soy Maria Luisa Artaza. Siéntate por favor. —Dijo la joven apartando su libro y sombrero del asiento para hacer sitio al nuevo pasajero.

Friedrich entró y dándose la vuelta, hizo un pequeño gesto a un hombre grande como un oso y de aire siniestro que esperaba enfundado en su sombrero. El hombre sin decir nada se dio media vuelta y se fue por el pasillo. Alfredo y Maria Luisa intercambiaron miradas de asombro, pero ninguno dijo nada.

Después de un corto silencio, fue Friedrich el que empezó a hablar dirigiéndose esta vez a Maria Luisa:

—No he podido evitar notar que estas leyendo *Estudio en Escarlata* del inglés Conan Doyle. He leído todos los libros que ha publicado, ¡me parecen fascinantes! Si en verdad estás tan solo empezando con la primera historia de Sherlock, te envidio con toda mi alma ¡Daria un brazo por poder leer todos los libros otra vez por primera vez!

—La verdad es que acabo de empezar con la lectura, pero me parece un poco fantástico y sobre todo poco creíble sus poderes de deducción, pero resulta entretenido, tengo que admitirlo.

—En absoluto son increíbles, ¡todo lo contrario! La deducción es una ciencia y está probada. Conan Doyle tan solo hace una superficial introducción a esta interesantísima técnica. De hecho, Scotland Yard ha pedido en los últimos años numerosas veces ayuda a Conan Doyle para esclarecer crímenes que no podían resolver.

—Lo siento, pero yo sigo sin creérmelo. Me parece muy entretenido, ingenioso tal vez, pero no deja de ser pura ficción. —Dijo Maria Luisa entre preocupada y divertida, viendo lo a pecho que se tomaba su nuevo amigo el salvaguardar el honor del escritor inglés.

—Ah, ¿sí? Pues te lo demostraré. Mira, por aquí viene otro pasajero a nuestro compartimento. Dejádmelo a mí, no digáis nada. —Y diciendo esto, se levantó a abrir la puerta al nuevo inquilino del compartimento 7, y le invitó a entrar.

—Buenos días. No. Le pediré que no diga nada...

—Pero...

—No. Háganos el favor. No abra la boca o echará a perder nuestro experimento.



El pobre joven, sin entender palabra, se sentó aturdido mirando a un tiempo a Alfredo y a Maria Luisa y luego volviendo la vista a Friedrich.

—No se preocupe, estamos haciendo un experimento y solo tardará un minuto. Verá, aquí mis amigos Alfredo y Maria Luisa dudan de la veracidad y utilidad que tiene la ciencia de la deducción.

—Pero, yo...

—No, por favor. No interrumpa —dijo con una mano en alto y con la otra presionando sus ojos cerrados con el dedo índice y pulgar en señal de absoluta concentración.

Respiró profundamente, y abriendo una vez más los ojos, fijó su mirada en el nuevo pasajero.

—Bien, veamos. Y le pido, si es tan amable, de no interrumpirme hasta que haya terminado —y respirando otra vez profundamente le miró con detenimiento de norte a sur.

—Sin duda es usted inglés, de Londres. Estudio en Eton y ahora va a empezar en San Esteban en Comillas. —Friedrich se detuvo un instante para mirar sonriente y orgulloso a Maria Luisa y a Alfredo tratando de ver el impacto que estaban teniendo en sus compañeros estas averiguaciones.

Alfredo miraba atento. Maria Luisa no parecía impresionada.

Sin desanimarse, pero un poco contrariado, Friedrich continuó:

—Le gusta el fútbol y juega de delantero. Es zurdo de pie y diestro de mano. Este verano lo ha pasado en Biarritz, donde ha estado hasta ayer mismo, y habla usted español, inglés y alemán —Terminó diciendo esto con una sonrisa y enarcando las cejas, como reclamando constatación de que todo lo que había dicho era correcto.

—Impresionante, ¿y cómo has llegado a estas conclusiones si me permites la pregunta? —Dijo el inglés claramente fascinado.

—Elemental querido. Tu traje de tweed bespoke no ha podido haber sido confeccionado en otro sitio que no fuera Savile Row en Londres, y conociendo la altísima demanda que tienen todos los sastres en Savile, eres sin duda londinense de familia arraigada en la ciudad. —Se volvió ahora hacia Alfredo, para dar a este más detalle, como si a este le pudiera importar: —A cualquier extranjero hoy en día no le habrían atendido. ¡A mi este verano me hicieron esperar dos días para que me pudieran tomar medidas!

Volvió a centrarse en el inglés que esperaba todavía sorprendido sentado frente a él.

—Que estudiaste en Eton, es obvio viendo el lema *Manners Maketh Man* escrito en tu valija; todo el mundo sabe que ese es el lema de Eton, y nadie deja Eton a no ser por causa mayor, o porque ha sido invitado a formar parte del nuevo colegio San Esteban, he ahí la lógica de mi siguiente deducción: te diriges a Comillas a empezar en el colegio San Esteban.

El inglés asintió, aunque un poco defraudado por la simpleza de la deducción.

—En cuanto al futbol, he podido notar que en tus zapatos Oxford -a pesar de estar impolutos- puede apreciarse un ligero desgaste tanto en el empeine de ambos zapatos como en el interior de la puntera del zapato izquierdo, por lo que está claro que tienes gran afición al futbol, en detrimento de tu vestimenta... —Esto último lo dijo dando un suspiro y poniendo los ojos en blanco con desaprobación.

Friedrich prosiguió después de sacudir su cabeza para tratar de olvidar el mal uso del armario de su interlocutor—. Además eres zurdo de pie, ya que, aunque juegas bien con los dos pies, la izquierda es la dominante y con la que utilizas el interior de la puntera a balón parado.

—Por último, puedo ver que en la mano derecha tienes unas callosidades, y no así en la izquierda, por lo que eres diestro de mano, sin duda adquiridas jugando este verano al tenis y a las palas en la playa.

Otra vez Friedrich se quedó callado, expectante, con sonrisa, esperando que el inglés le confirmase todas sus deducciones.

—Si, todo eso parece así explicado muy sencillo, pero ¿cómo sabes que he estado en Biarritz y especialmente que estuve hasta ayer mismo? Eso sin duda no pueden ser más que conjeturas.

—Eso fue lo más sencillo de todo, —dijo Friedrich lanzando una carcajada al cielo—. En la estación de Santander, antes de partir, te vi despidiéndote de tus padres, en quienes sin dificultad alguna pude reconocer a los Duques de Huntersville

—¡Eso es trampa! —Grito Alfredo

—De ningún modo; eso es deducción adquirida por la observación minuciosa. Es parte del proceso deductivo. Ahora, si no te importa, y no me interrumpís más, continuaré...

—Por supuesto. Pido disculpas por la interrupción. —Dijo Alfredo levantando las manos en tono apaciguador, claramente disfrutando de la profesionalidad de su amigo.

Maria Luisa se removía divertida en su asiento sin perder palabra.

—Decía, que pude reconocer a los Duques de Huntersville, quienes es sabido, frecuentan el Hotel Du Palais de Biarritz. Además, da la casualidad que mi tío me escribió una carta desde este mismo hotel hace tan solo unos días para desearme suerte en este año y en el nuevo colegio. En su misiva, comentaba como estaba pasando estos días en compañía de dos matrimonios españoles, además de los Duques de Huntersville, que estaban disfrutando de las dos primeras semanas de septiembre hasta que su hijo Edward Reginald empezase el colegio en España. ¿Me equivoco, Edward?

—¡Exacto, formidable! Una última cosa solo, ¿Cómo sabías que hablo inglés, español y alemán? El inglés y el español era fácilmente esperado, pero el alemán... ¿Cómo sabes que hablo alemán?

—Elemental querido. Dime, cuando te subiste a nuestro vagón, ¿tuviste algún contratiempo? ¿Alguien te impidió que siguieras?

—Pues... sí, ahora que lo dices, sí. Ya lo había olvidado. En la entrada del vagón había un grandullón con cara de muy malas pulgas que no me dejó entrar hasta que le enseñé el billete de tren y mi documentación. ¡Como para negárselo al tipo ese!

—El grandullón ese, es un escolta que me acompaña a todas partes. No te podía haber dejado pasar si no supiera él de antemano quién eras, y aunque el escolta es un hombre de muchos talentos, los idiomas no es uno de ellos, y a no ser que hablastes algo de alemán, no te habría dejado llegar hasta este compartimento.

—Me imagino, por tanto, que estoy hablando con ningún otro que con Friedrich Von Preussen, hijo del exiliado emperador Guillermo de Alemania, ¿no es así? —Dijo esto levantándose enérgicamente para estrechar la mano de su nuevo amigo.

—Bravo! —Dijo Maria Luisa aplaudiendo efusiva sin poder contener su excitación—. ¡Ha sido impresionante! Pero no puedo evitar el pensar que la mayor parte de las deducciones han sido fortuitas y motivadas por casualidades. Necesito otra prueba de que esta técnica funciona.

Alfredo no podía apartar la vista de Maria Luisa. Los ojos avellana de la joven encendidos por el entusiasmo, su pelo castaño ondulado hasta sus hombros a la moda, y la risa, ¡esa risa que tanto le turbaba! Tenía que saber más de ella. ¿Quién era? ¿A dónde iba? No podía ir a San Esteban, ese era un

colegio de chicos. ¿Adónde podía viajar sola una joven que no podía tener más de quince o dieciséis años?

—Friedrich, ¿qué crees que podrías deducir de la señorita Maria Luisa? Sin duda eso la convencería —Dijo al fin Alfredo.

—¡Eso! ¡qué divertido! ¡Por favor Friedrich! —Pidió Maria Luisa casi saltando sobre su asiento con la excitación.

—Por supuesto —Dijo Friedric—. será un placer, pero tendremos que esperar a que nos volvamos a encontrar. El tren está parando y estamos llegando a Comillas.

El escolta de Friedrich entró en el compartimento, y después de hacer una leve reverencia a Friedrich, cogió su equipaje y lo sacó del tren. Notando las miradas perplejas de sus nuevos amigos Friedrich dijo a modo de explicación —. Echaré de menos a este buen hombre. Es una pena que no permitan su entrada en el colegio, aunque tengo entendido que la seguridad del colegio es impecable, siempre me siento más seguro teniendo a Igor cerca.

## Capítulo 3

*San Esteban, 15 de septiembre de 1931*

ERA YA NOCHE cerrada cuando el ómnibus cruzo el río Turbio, habiendo dejado Comillas escasamente tres kilómetros atrás. Una niebla subía del río y daba un aspecto fantasmagórico a las puertas de entrada del colegio. Había luna llena, y el cielo, aunque claro, estaba desprovisto de estrellas que se ocultaban detrás de la fina neblina. No se oía ningún lobo aullar en las inmediaciones, pero no le parecería a ninguno de los atribulados estudiantes que un aullido desentonase con el paisaje en lo más mínimo.

Un gran muro de piedra acotaba el perímetro de los más de doscientos cincuenta acres que componían la finca del colegio San Esteban. En la entrada de la finca, dos faroles de gas flanqueaban el portón, iluminando vagamente el escudo de armas que reposaba contra la mampostería que coronaba la puerta de madera de castaño.

El ómnibus pasó bajo el arco de la entrada, y las puertas se cerraron pesadamente tras su paso, haciendo un nudo en la garganta al ya de por sí compungido Alfredo.

Subieron por un camino de tierra, que serpenteaba colina arriba entre los bosques de pino. Alfredo podía oír a lo lejos las olas del Cantábrico rompiendo embravecidas contra el acantilado, y un frío viento del norte, que traía consigo olores de salitre, pino y eucalipto, acompañaba el lento ascenso del Ómnibus hasta la cima del monte, donde les esperaba el colegio.

Al llegar a lo alto, la pared de árboles que había a ambos lados del camino se abrió, y frente a ellos apareció, como en un cuento de hadas, o más bien, una historia de terror, un viejo castillo de piedra.

El colegio se había erigido sobre la que fuera la antigua residencia de los

marqueses de Ruiseñada, hasta que el invierno pasado muriera el último Marqués sin descendencia. La familia más cercana vendió la propiedad a una fundación, y esta rehabilitó el viejo castillo para hospedar al nuevo colegio.

Cuando se apearon del ómnibus, Alfredo pensó que debería estar apreciando la arquitectura del palacio, la compleja simetría de los jardines y la hermosura del paraje donde se ubicaba, pero en cambio, no podía dejar de sentir una paralizante congoja por la mole gris que se encontraba frente a él, y el total aislamiento con el mundo que se sentía desde este viejo castillo en lo alto del monte.

Estaba todavía estirando su cuello hacia el cielo, mirando abobado la fachada, cuando detrás de él alguien le dio un golpe en la espalda.

—¿Vamos? —Preguntó Friedrich con una sonrisa burlona. —no debemos hacer esperar al conde Drácula».

Alfredo le sonrió nervioso y asintió con la cabeza. Subieron las escaleras de entrada junto a otros quince alumnos. Todos ellos mirando boquiabiertos la inabarcable extensión de la mole de piedra, alguno escondiendo torpemente un gimoteo, y otros, como Alfredo, tratando de aparentar calma y confianza. Pero todos ellos, incluso el optimista Friedrich, sentían ese estrangulamiento de las tripas, que produce el aventurarse en un callejón oscuro a medianoche, sabiendo que, si quieres salir de ahí, tendrás que seguir adelante y ya no podrás volver sobre tus pasos.

Condujeron a todos los alumnos a una gran sala en la que había colocadas un centenar de sillas ordenadas en filas y encaradas a un estrado, como si de un teatro se tratara. Los únicos sonidos en la sala eran el arrastrar de zapatos contra el suelo de madera, el chirrido de unas sillas quejándose cuando estaban siendo cambiadas de sitio, y una esporádica tos. Nadie había prohibido a los alumnos que hablaran, pero la majestuosidad de la sala, con las altísimas bóvedas de crucería, imponían un respeto intimidante, y nadie parecía dispuesto a ser el primero en romper el silencio.

Alfredo y Friedrich encontraron unos asientos libres junto a Edward al final de la sala, en la fila de la derecha, junto a la puerta. Unos alumnos más rezagados fueron entrando detrás de ellos en silencio y buscando apresuradamente sillas libres en las que sentarse, para poder perderse entre la multitud.

Cuando el último alumno se hubo sentado, las puertas de la sala se cerraron con fuerza, retumbando el sonido contra las paredes. Ahora ya no

solo no hablaban los alumnos, sino que además no se movían e incluso alguno, inconscientemente, aguantaba la respiración.

Al cabo de un breve instante, se abrió una puerta lateral, junto al estrado de la sala, y por ella entró todo el claustro del colegio. Los alumnos, sin necesidad de que nadie les dijera nada, se pusieron todos en pie en silencio sepulcral viendo atentamente avanzar a los diez hombres con sus togas por el pasillo central hasta el escenario.

Un viejo enjuto, encorvado, de escaso pelo blanco y tono severo se acercó al atril central. A juzgar por el trato reverencial del resto del claustro, el anciano debía de ser el director del colegio, o al menos, alguien relevante para la institución.

—Señores —Dijo el anciano con una poderosa voz que sorprendió a todos en la sala.

—Señores. Alumnos del colegio San Esteban. Es un placer para mi inaugurar el primer curso de esta noble institución, donde se acuñará el futuro del mundo occidental.

El anciano guardó un breve silencio, dejando sus palabras calar en las paredes de la sala y dando un momento para que los oyentes asimilaran el peso de sus palabras.

—Todavía Europa está sufriendo los resultados de la Gran Guerra, una guerra originada por orgullos, por malentendidos. Orgullos que despertaron odios infundados y partidismos entre las naciones que nos llevaron a todos a una guerra sin sentido en la que hemos perdido todos y nadie ha salido victorioso.

Se hizo otro silencio que el anciano aprovechó para escudriñar con sus pequeños y hábiles ojos la sala. A Alfredo le pareció que esos ojos le atravesaban y leían sus pensamientos y secretos, y se preguntó si le estaría mirando a él así, o si todos los demás alumnos sentirían lo mismo. Quería preguntárselo a sus compañeros Friedrich y Edward, pero no se atrevía a mover un solo músculo estando bajo la mirada del temible anciano.

—Aprendamos de los errores de nuestro pasado y empecemos este colegio, que sea cuna del pensar generacional de una Europa unida, de un occidente que marcha de la mano para el bien común.

—A través de un consejo educacional formado por las mejores cabezas pensantes e intelectuales de los países aquí representados, hemos desarrollado un currículo en el que historia militar, historia del arte y la historia de la

filosofía se estudiarán de la mano, impartidas sin distorsiones partidistas y así todos ustedes crecerán con la misma base y un mismo punto de vista.

Los profesores que formaban el claustro, sentados detrás del anciano aplaudieron al oír esto, y la sala entera, contagiada, comenzó también a aplaudir.

—En este colegio tendrán un adiestramiento militar y educación religiosa. Deporte y literatura. Física, química, biología y matemáticas.

Después de decir esto finalmente se presentó como Don Luis Carrión, director del colegio. Se hizo un breve murmullo entre los alumnos.

—Que ocurre? —Pregunto Friedrich a Alfredo ¿Por qué se sorprende la gente?

—Don Luis Carrión fue el anterior Ministro de Asuntos Exteriores de España. Tuvo que dejar el cargo por una trama que le vinculaba con un intento de invasión militar a Francia junto con Alemania. No se ha oído nada de él en los últimos tres años.

El antiguo ministro de asuntos exteriores dio paso a la presentación de cada uno de los profesores y miembros del equipo docente del colegio. Los profesores, como los alumnos, venían de todos los rincones de Europa: Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Portugal, incluso había un profesor de dibujo, que había venido desde Finlandia y el profesor de Artes Marciales desde Corea para formar parte del selecto cuadro. Cada profesor hizo una breve presentación de su currículum y de lo que debían esperar los alumnos aprender en su asignatura.

Por último, se acercó al atril Mr. Hopkins, quien se presentó como subdirector del colegio y también profesor de educación física y militar. Mr. Hopkins explicó normas de conducta del colegio, los horarios de clase y comedor, y cuando empezó con la explicación de las instalaciones deportivas, Edward se acercó excitado a sus dos compañeros y les dijo en voz baja:

—¡James Hopkins ganó la medalla de oro en el decatlón de las olimpiadas de 1920 en Bruselas! ¡Es un héroe nacional! Fue piloto de la RAF, y leí hace poco que se retiró del ejército del aire después de la guerra, pero no explicaban qué es lo que había estado haciendo desde entonces

Mr. Hopkins bajó del podio y otra vez tomó la palabra Don Luis Carrión:

—El objetivo de este colegio, es que los futuros dirigentes de las principales potencias de occidente tengan la misma educación, hayan convivido juntos, y se conozcan con la intimidad de ser miembros de una



misma familia. Estos futuros dirigentes buscarán las soluciones en grupo para un posible mejor mañana y una Europa unida.

Con las palabras del director del colegio D. Luis Carrión resonando claras y graves en los muros de la sala, salieron los alumnos cada uno a sus habitaciones a asearse y vestirse para la cena.

## Capítulo 4

*Madrid, 7 de septiembre de 1931*

EL CEMENTERIO SACRAMENTAL de San Isidro estaba abarrotado de gente. Una larga procesión de carruajes, seguía el lento paso del coche fúnebre a la entrada del cementerio. Decenas de curiosos arremolinados a la entrada del cementerio, se descubrían respetuosamente al paso del coche fúnebre, que, tirado por cuatro caballos negros, lideraba la partida del sepelio.

A la lúgubre carroza, le seguía otra más pequeña y enteramente blanca, que en otro contexto habría despertado interés e incluso admiración, pero en un cementerio, solo podía significar una cosa: la prematura muerte de un niño.

Alfredo, esperaba en el panteón familiar junto a su tío Luis Alberto, Conde de Caviedes, esperando la llegada del cortejo.

—Ponte en pie, hijo, y mira al frente. Ya tendrás tiempo de llorar cuando estés a solas. No dejes que te vean llorar en público.

Alfredo se recompuso como pudo, se secó las lágrimas con un pañuelo, y levantó la barbilla obstinado, más desafiante que obediente con su tío.

Frente a ellos, al otro lado del pasillo, estaban los abuelos de Alberto. Su abuela, la duquesa, parecía haber envejecido quince años desde la última vez que la viera Alfredo, hace tan solo dos semanas, en el bautismo de su hermano Fernando. Estaba sentada en una silla, vestida de riguroso negro, con los ojos rojos e hinchados. Era la imagen de la desesperación. Levantó la vista, y sus ojos se cruzaron con los de Alfredo, suplicantes, pidiendo cariño y consuelo. Alfredo haciendo un esfuerzo por no abalanzarse sobre ella y dar rienda suelta a sus sentimientos, apartó la vista de la duquesa, con la garganta estrangulada por la garra de la tristeza ardiéndole por dentro.

Su abuelo el duque, estaba de pie junto a la abuela: estirado, recio, sobrio.

Alfredo no recordaba haber visto a su abuelo sonreír jamás; no es que fuera un hombre arisco o intratable, bien es verdad que a quien no le conociera le parecía un viejo gruñón, pero Alfredo sabía que detrás de esas pobladas cejas, y de esa bien cuidada barba, se escondía un hombre candoroso de enorme corazón.

Esa mañana el duque tenía algo que no había visto jamás Alfredo en su mirada. Añadido a su acostumbrado aire severo, la mirada del abuelo tenía un fuego especial: no era tristeza o desesperación como los ojos de la abuela por la pérdida de su hija y nieto, no, Alfredo juraría que lo que leía en los ojos de su abuelo era odio. El abuelo tenía los ojos clavados en la figura del conde de Caviedes, y un odio intenso rezumaba por todos los poros de su cuerpo.

El sonido de cascos de caballos hizo que todos, incluso el abuelo, se giraran para ver llegar los carruajes fúnebres y el resto de la comitiva.

Bajaron los féretros y los posaron con lenta reverencia frente a la familia, a la entrada del panteón.

Lo normal habría sido celebrar el servicio en la capilla del cementerio, pero dada la cantidad de gente que se esperaba que asistiera, se decidió hacer al aire libre, frente al panteón familiar.

El tiempo, de momento, cooperaba con los planes. Aunque estaba nublado, no parecía que fuera a llover esa tarde. Un viento racheado, arremolinaba las hojas que empezaban a caer de los árboles, y se llevaba también consigo algún que otro sombrero.

El obispo de Madrid esperaba bajo la puerta del panteón. Los féretros se colocaron uno al lado del otro, frente al obispo. A ambos lados de los ataúdes había colocadas dos filas de sillas para los familiares más cercanos. No se incluyó espacio para personalidades dada la incierta situación política del momento: En abril se había proclamado la Segunda República y el rey Alfonso XIII se marchó de España ese mismo día para evitar, según él, una guerra civil.

Los amigos, acólitos y simpatizantes de Doña Rocío Guzmán de Castro eran de lo más variado, tanto en cuanto a escalafón social, como a creencias políticas y religiosas. Alfredo recibió la noche anterior al entierro, una carta de París, escrita del puño y letra de Su Majestad Alfonso XIII en la que le daba un muy sentido pésame por la muerte de su madre y se disculpaba por no poder estar con el hoy despidiendo a tan Gran Señora. Francisco Largo Caballero, también envió una nota excusándose por su obligada ausencia.

El obispo hizo un breve, pero afectuoso panegírico de las virtudes de Doña Rocío con voz potente, llegando a todos los congregados a pesar del viento que se empeñaba en llevarse sus palabras. Pero cuando mencionó al bebé fallecido junto a su madre, le tembló la voz y le faltaron las palabras. El cortejo que había escuchado hasta el momento con entereza, con alguna lágrima y tristeza, pero con entereza, se derrumbó al oír mencionar al pequeño Fernando. Una bandada de pañuelos blancos apareció en las manos de gran parte de la congregación, haciendo un contraste con el negro de la indumentaria de luto. Alfredo percibió los pañuelos, y le pareció como si un grupo de palomas espantadas hubiera levantado el vuelo.

Al terminar, el obispo se acercó a Alfredo; le dio el pésame y su bendición, y luego se marchó apresurado y cabizbajo.

Después del obispo, empezaron, uno a uno, en lenta procesión a acercarse a Alfredo para darle el pésame. Una fila ordenada y cívica se formó, sin que nadie empujase, sin que nadie se adelantara ni se colase. Uno a uno, todos se pusieron en fila para acompañar a Alfredo. Algunos, los más cercanos a la familia, se volvían después, a hablar con los abuelos de Alfredo, pero extrañamente muy pocos dirigían la palabra, o siquiera la mirada, a su tío Luis Alberto quien estaba de pie junto a él.

Entre las personas que se acercaron había muchos nobles, algunos políticos, pero, sobre todo, muchos militares.

La fila pareció que se detenía y todas las cabezas se giraron. Alfredo no se percató de la reacción de la gente, hasta que la llegada de dos señores le hizo levantar la cabeza. Al instante reconoció la figura de Niceto Alcalá-Zamora, que vino acompañado de otro caballero a quien no reconoció. Alcalá-Zamora dio un abrazo al asombrado Alfredo.

—Tu madre era una gran señora. Todos la echaremos mucho de menos.

Alfredo asintió, balbuceando un rápido agradecimiento. El tío de Alfredo se presentó con alacridad al presidente, quien le saludó cortésmente con una inclinación de cabeza.

El presidente se marchó, pero el otro caballero se quedó.

—General Sanjurjo, es un honor saludarle —Dijo el Conde, dirigiéndose al hombre que había llegado con el presidente.

—Hola Luis Alberto —Contestó serio estrechándole la mano. Luego dirigiéndose hacia Alfredo, agarró a este de los hombros, como quien coge un cuadro para mirarlo con más detenimiento.

—Tú debes de ser Alfredo

—Así es señor

—Eres el vivo retrato de tu padre. Cuando le conocí... no era mucho mayor de lo que eres tú ahora. Con solo dieciocho años se vino bajo mi mando a luchar en Cuba.

—Recuerdo que me dijo que luchó bajo sus órdenes en África, en la guerra del Rif, pero no sabía que también en Cuba luchó bajo sus órdenes.

—Hace ya más de treinta y cinco años que conozco a tu padre. Es un excelente militar, de los mejores que jamás he conocido, pero también es una magnífica persona y aun mejor amigo. He hablado con tu padre esta mañana, y me ha mandado un abrazo para ti. Como puedes imaginar él quisiera estar aquí contigo en este momento, pero ahora mismo está al mando de una misión muy delicada en el extranjero y no podemos prescindir de él. Le verás de vuelta muy pronto.

—Si, si señor —Tartamudeó Alfredo estrechándole la mano.

—Recuerda: si en cualquier momento te puedo ser de ayuda, será un honor poder ayudar al hijo de un gran amigo —y diciendo esto se marchó, dejando atónito a Alfredo.

Poco a poco el río de gente fue perdiendo caudal hasta acabar desvaneciéndose, como hace la bruma con el viento. Alfredo siguió a su tío hasta su carroza y marcharon en silencio, con el rítmico sonido de los cascos de los caballos sobre los adoquines como único acompañamiento.

A la salida el cochero detuvo un momento a los caballos. El conde sacó la cabeza por la ventanilla para ver cuál era la causa del contratiempo. Una anciana harapienta les impedía el paso, y al reconocer al conde, se acercó a la ventana y empezó a proferir gritos al carro:

—¡Asesino! ¡Infanticida!

Algunas de las personas, que todavía salían del cementerio a pie, se dieron la vuelta y se acercaron a ver qué es lo que ocurría.

—¡Asesino! Mataste a tu cuñada y además a su hijo... ¡Mal fin tenga tu alma! Y que Dios permita a estos viejos ojitos gitanos ver a las manos del verdugo arrastrarte hasta la horca, ¡Asesino!

Alfredo miraba incrédulo a la anciana. Un lacayo del conde, se llevó a la anciana del brazo al interior del cementerio, y la carroza siguió su camino.

—¿Qué decía esa señora, tío?

—Quién sabe. Es una pobre vieja. No sabe de lo que habla. No hagas ni

caso.

Cuando llegaron frente a la casa de Alfredo, el conde trató de convencer a Alfredo de que se fuera a vivir con él a su palacete en la zona norte de Madrid.

—Gracias tío, pero me gustaría quedarme en casa.

—No es bueno que estés solo en estas circunstancias. Será un placer tenerte en casa conmigo, es ahí donde perteneces.

—Te lo agradezco tío. Pero en casa está todavía Jimena y el resto del servicio. Me gustaría quedarme ahí.

—Como quieras. Faltan solo dos semanas hasta que tengas que viajar a Santander para comenzar en tu nuevo colegio. Pero si te sientes muy solo, o simplemente quieres compañía o entretenimiento llámame; tu habitación está siempre preparada en mi casa.

—Gracias.

—Descansa ahora, y mañana mandaré un coche a buscarte, tengo invitados en casa y quiero que conozcas a unas personas.

—No sé —Dijo Alfredo—. Parece muy pronto para hacer vida social, ¿no debería guardar un tiempo de luto por mi madre y por Fernando?

—Por supuesto, Alfredo. Has de guardar el duelo, pero la cena de mañana no es ningún tipo de evento social, fiesta o celebración; mañana vienen unas importantes personalidades del mundo de la política y del comercio europeo, y creo que es importante para ti aprovechar la oportunidad, y empezar a entablar conexiones para el futuro.

—Sabes que no estoy interesado en la política.

—Me temo que no se trata de que te guste o no. Por tu nombre y tu cuna tienes unas responsabilidades y obligaciones con la familia, y empiezas a tener una edad en la que debes actuar acorde con tu condición.

## Capítulo 5

### *El Pardo, 8 de septiembre de 1931*

CUANDO LLEGÓ ALFREDO en coche al palacio del conde en el Monte de El Pardo, ya había una decena de coches aparcados en la grava frente a las cocheras. Los chóferes fumaban hablando tranquilamente preparándose para lo que sabían sería una larga espera.

Llamó a la puerta y abrió la puerta Gustavo, como era costumbre, y le acompañó a la biblioteca, donde estaba el conde con sus invitados tomando un cóctel antes de la cena.

Alfredo miró desde la entrada a toda la sala; no conocía a absolutamente nadie. Su tío estaba enfrascado en animada conversación con dos caballeros, y al ver a Alfredo en la puerta le urgió a que se acercara a ellos.

—¡Alfredo! Me alegra que finalmente te hayas decidido a venir —Dijo el conde hablando en alemán.

—No es que tuviera otra opción —Pensó Alfredo para sus adentros.

—Quiero que conozcas a estos dos caballeros.

Wolfagang Kreuz, era un exitoso empresario alemán que en gran medida había ganado su fortuna con la fabricación de armas. Tenía plantas de producción en Polonia, Italia, y ahora una nueva fábrica en Alemania donde estaba desarrollando un tipo de carro acorazado: una versión moderna del catafracto bizantino, con armamento pesado, que hacía a estos vehículos unos instrumentos imparables y demoledores en el campo de batalla.

Kurt von Schutskis era un militar duro y serio. Escrutó a Alfredo de arriba abajo antes de estrecharle la mano con un terrible apretón que casi le disloca los nudillos. Schutskis era el ojo derecho de Hitler, general de la SA, y ahora

jefe supremo del servicio de inteligencia de las Schutzstaffel, o más conocido como las SS.

Alfredo se preguntó por qué el interés de su tío en presentarle a esta gente, que no tenían nada que ver con la política española ni con las empresas de la familia, pero les saludó con corrección y trato de hacer conversación como buenamente pudo.

De entre el resto de los invitados, solo había dos españoles además de otro alemán, dos austriacos y un italiano. Todos ellos se comunicaban en alemán.

Durante la cena, se habló de economía, y sobre todo de la industria armamentística. Uno de los españoles tenía una empresa aeronáutica, con dos plantas de producción. Una en la que construían bombarderos, y en la otra, hidroaviones. Parece ser que el conde era socio de la empresa, y estaba cerrando un gran pedido con los alemanes.

Al terminar la cena, poco a poco los invitados se fueron despidiendo hasta quedar solo el general Schutskis de las SS, el italiano, y un austriaco.

—¿Podemos hablar delante de Alfredo? —Preguntó Schutskis cuando al fin quedaron solos.

—Por supuesto. Es el heredero de mi familia y, además, en dos semanas ingresará en el colegio San Esteban, creo que es importante que empiece ya a formarse.

—Como quieras —Contesto Schutskis sin mucho convencimiento, todavía mirando a Alfredo con recelo.

—Sígueme caballeros. —Dijo el conde levantándose del sillón.

Les condujo a unas escaleras que bajaban al sótano. En el sótano, la pequeña comitiva pasó por delante de la entrada a la bodega del conde, para luego entrar por un angosto y oscuro pasillo que acababa en una puerta metálica, como la de una celda o calabozo. El conde abrió la puerta y giró un interruptor que iluminó la celda con una brillante luz.

—Por favor entren, pónganse cómodos.

La celda tenía una mesa de conferencias de caoba en el centro, rodeada de ocho sillones de cuero. Las paredes estaban cubiertas de mapas de Europa, España, Alemania y Rusia. Además, dos tableros de corcho, uno a cada lado de la sala, en los que colgaban varias fotografías y diferentes planos de edificios. Alfredo solo reconoció una de las personas de las fotografías del corcho: Joseph Stalin.



Entraron todos y el conde cerró la puerta. Se sentó en el sillón que estaba en la cabecera opuesta a la puerta de la sala, a cada lado del sillón, había dos complejos aparatos de radio. Los demás se acomodaron en los sillones vacantes sin proferir palabra.

—Las fotos que vemos en esta pared son las de Viktor Kliuyev, embajador del Kremlin y hombre de confianza de Stalin. El otro individuo es Vasili Shalamov. Vasili es miembro de la policía secreta de la Unión Soviética, y ha entrado en el país como guardaespaldas de Viktor.

El conde explicó en voz alta a todos, aunque Alfredo supuso que la explicación iba dirigida principalmente a él. Viktor había luchado en la revolución del 1917 codo con codo con Lenin, y se mantuvo a su lado hasta su muerte en calidad de consejero. Ahora hacía la labor de embajador del comunismo en Europa Occidental. Había llegado a España hacía unos días, y estaba tratando de convencer al gobierno de la república de adherirse a la Unión Soviética. De momento con mucho éxito. Había visitado España tres veces en los últimos cuatro años, tratando de fomentar una revolución social, pero ahora había mucho más interés, y el movimiento de obreros y campesinos con el partido comunista estaban dispuestos a luchar por el establecimiento de una república de soviets.

—Una revolución está cuajándose —dijo el conde. —y tenemos que cortarla de raíz antes de que se extienda por toda Europa. Viktor Kliuyev está ahora mismo en España, reclutando adeptos a la Unión Soviética, y se lleva consigo una donación del gobierno de la Republica para la financiación del gobierno de Moscú. Kliuyev y Shalamov saldrán esta noche en avión desde Cuatro Vientos portando un cofre con setenta kilos de oro en monedas recién sacado de la cámara del Banco de España. —El conde hizo un gesto con la mano a Schutskis para que prosiguiera.

Schutskis se levantó y con las manos en la espalda se acercó al tablero de mando de la pared—. Tenemos dos grupos de operaciones especiales esperando nuestra señal: uno situado en Cuatro Vientos, donde detendremos a Viktor Kliuyev antes de que suba al avión que debe llevarle de regreso a la URSS. El otro grupo, está cubriendo el perímetro de una dacha, a orillas del mar negro, donde está pasando Yosef Stalin unos días de descanso.

El conde explicó rápidamente a Alfredo, quien, aunque no se atrevió a preguntar qué eran esos grupos de operaciones espaciales, su cara delató total confusión:

—Hemos formado unos grupos de acción rápida, comprendidos por comandos especiales de efectivos internacionales para operaciones de acción rápida en todo el territorio europeo.

Alfredo asintió con la cabeza, aunque no terminaba de entender de lo que hablaban.

—Esta noche vamos a abducir a Kliuyev, y llevarle a nuestro centro de detenciones, cortando además así la financiación a los soviéticos. Además, también esta noche acabaremos con la vida de Stalin.

## Capítulo 6

### *Cuatro Vientos y Mar Negro, 8 de septiembre de 1931*

CHARLES HOPKINS ESTABA agazapado detrás de unos matorrales junto a la pista de aterrizaje de cuatro vientos. Su reloj de pulsera marcaba las 10.51pm. Aunque todos sus hombres estaban bien entrenados y tenían experiencia en operaciones similares, podía ver impaciencia en sus ojos. El avión de Viktor Kliuyev estaba previsto que despegase a las 11.00 en punto, pero todavía no había señal de Kliuyev por ninguna parte. Marta Velasco, su agente infiltrado en el PCE, había avisado hacía ya 23 minutos que Kliuyev había salido del mitin en Tetuán con Vasili Shalamov y un conductor, y se dirigían al aeropuerto.

Las luces de un coche se acercaron por la carretera de acceso, pero al poco llegaron tres destellos de la linterna de Humberto significando que no era el coche que esperaban.

El avión estaba en la pista a escasos treinta metros de la posición de Hopkins. Las luces en el interior estaban encendidas, aunque las hélices seguían paradas.

Salió por la escalerita el piloto a mirar si llegaban sus pasajeros, al ver que todavía no había nadie miró su reloj, se sentó en la escalerita y se encendió un cigarrillo.

10.54pm, Hopkins hizo una señal a Ginés que aguardaba al otro lado de la pista, detrás de unos bidones de gasolina. Hopkins señaló al piloto e hizo señal de rasgarle el cuello. Ginés asintió, dejó su fusil con cuidado en el suelo, sacó su cuchillo y se acercó sigiloso al avión por la parte posterior. Si las cosas se torcían, por lo menos se asegurarían que Kliuyev no despegase esa noche.

En el sótano del conde, los cuatro hombres fumaban en silencio junto a Alfredo. El conde consultaba su reloj a cada minuto, cada vez más nervioso, pero las dos radios seguían en silencio. Schutskis se levantó y comprobó que estaban conectadas y en buen funcionamiento, después volvió otra vez a su asiento sin decir palabra.

Ginés estaba debajo de la panza del avión, a solo unos pasos del piloto, cuando de pronto el piloto se puso de pie, mirando justo en la dirección en la que Hopkins estaba sentado junto a Pruett, su operador de radio. Pruett y Hopkins se miraron de reojo preguntándose si los habrían visto, pero en ese momento oyeron detrás de sí a varios coches acercarse.

El piloto tiró el cigarrillo a la pista y se metió dentro del avión ajustándose la gorra y la corbata. Hopkins indicó a Ginés que esperase a cubierto.

Por la carretera llegaron no uno o dos coches como esperaban, sino cuatro coches. Humberto confirmó que era Kliuyev con dos destellos de su linterna.

—Avisa a central que el cóndor ha llegado. —Dijo Hopkins a Pruett.

—Martini a coctelera, Martini a coctelera, ¿me recibe? —Un silencio acompañado del sonido estático de las ondas de la radio siguió unos segundos.

—Aquí coctelera. Adelante —Hopkins reconoció la voz del conde al otro lado de la radio.

—Coctelera, el cóndor está llegando con cuatro polluelos

—¿Cuatro operativos?

—Negativo. Cuatro vehículos.

En el sótano del conde, se hizo otra vez el silencio. El conde con el micrófono en la mano miraba contrariado a Schutskis. Después se acercó otra vez el micrófono a la boca y habl—. Martini, aquí coctelera, trate de traer el cóndor al nido, pero no quiero que pongan en peligro la vida de ninguno de sus hombres, si es necesario, abortamos la misión.

—Entendido coctelera, cambio y corto.

Pruett miraba a Hopkins esperando instrucciones. Los vehículos llegaron al edificio de la terminal y de ellos salieron una quincena de hombres armados, entre ellos Kliuyev y su guardaespaldas Vasili Shalamov.

El reloj del conde marcaba las 11.00pm cuando la otra radio recobró vida:

—Manhattan a coctelera, ¿me copia?

—Manhattan, aquí coctelera. Te recibo —Contestó el Conde más aliviado.

—Estamos en posición. Esperamos sus órdenes —El operador de radio cortó y miró a su comandante esperando indicaciones, pero este no movía un solo músculo de la cara, tenía la mirada y toda su concentración puesta en la dacha de Yosef Stalin.

El comandante Caviedes, era una eminencia en grupos de asalto. En todas las escuelas militares de Europa se estudiaban sus estrategias, y ahora se disponía a poner en práctica toda su experiencia y conocimiento en una de las operaciones más delicadas de su carrera.

—Pueden proceder —Oyeron en la radio tras un breve chasquido.

El comandante Caviedes hizo una breve señal a sus hombres y al momento se pusieron todos en marcha.

Cada uno sabía perfectamente qué posición ocupar. Andaban juntos como una piña dando rápidos y cortos pasos. Apenas se oía el crujido de la grava bajo las botas del grupo de asalto.

Se acercaron a la dacha por el flanco Este de la casa hasta colocarse bajo una ventana. Unos perros ladraban a lo lejos, pero debían de estar atados. En cada una de las entradas a la casa había dos guardias con uniforme y semiautomáticas.

Las órdenes eran claras y sencillas: entrar, encontrar a Stalin, matarlo y salir de ahí a toda prisa.

El comando estaba formado por 6 personas, cuatro contando al comandante Caviedes que avanzaban al interior de la dacha; el operador de radio, y un sniper que debía neutralizar a los guardias del exterior en caso de alarma. El comando no tenía posibilidad de refuerzos, estaban en una zona poco habitada de la Rusia rural, y como la incursión se torciese estaban desamparados y sin posibilidad de refuerzos.

Un efectivo colocó la escalerita bajo la ventana; los agentes con sus rifles semiautomáticos de asalto con silenciador se colocaron a ambos lados de la ventana con el dedo en el gatillo y dispuestos a acabar con lo que se interpusiera en su camino. El primero en subir la escalinata forzó la ventana sin hacer ruido y se metió dentro. ...Tres, cuatro, cinco segundos y estaban todos dentro.

—Coctelera, el equipo está en los vestuarios. Empieza el partido.

El conde miró su reloj, eran las 11.02pm, y se encendió otro cigarrillo sin darse cuenta de que tenía otro todavía encendido en el cenicero.

Alfredo escuchaba con los ojos como platos sin entender mucho lo que estaba ocurriendo. No se atrevía a hacer un ruido en ese momento, donde la tensión de la sala podía cortarse con cuchillo, y decidió esperar a más tarde para hacer sus preguntas.

En el aeropuerto de Cuatro Vientos, Hopkins dejó su fusil en el suelo, junto al operador de radio, cargó su pistola y desenfundó su cuchillo.

—Voy adentro. Si el avión despega conmigo dentro, llama a la central y di que me recojan en el Monte del Pardo a las 11.30pm.

—¿Dónde en El Pardo?

—No creo que les sea difícil encontrarme —Dijo con una funesta sonrisa.

El conde, impacientándose, volvió a llamar al equipo del aeropuerto. Eran ya las 11.08pm, no había tenido ningún reporte desde las 10.55pm y el avión debía haber despegado a las 11.00pm.

—Señor, el comandante está dentro del pájaro. —Dijo Pruett

—¿Cómo que dentro del pájaro? El cóndor debía de haber sido apresado antes de subir y a estas horas me lo tendrían que estar trayendo de vuelta.».

—Señor, nos estaban esperando. Han tenido que saber nuestros planes de antemano. Quince operativos armados hasta los dientes flanquearon al cóndor desde su coche hasta la escalerita del avión. El comandante se les adelantó, ha reducido al piloto y ha ocupado su puesto con otro operativo.

Ginés había subido primero al avión, y para cuando Hopkins subió por la escalerita, ya había reducido al piloto y se había puesto su uniforme.

—Yo no sé cómo pilotar un avión —Contesto Ginés cuando Hopkins le dijo que se sentara y prendiera los motores.

—Rápido, deme la gorra y usted vaya a recibir a Kliuyev. En cuanto entren por la puerta hágales que se sienten y dígales que debemos salir en el acto. Si no puedes ser el piloto tendrás que ser la azafata.

Hopkins se sentó en la cabina y encendió los motores.

—¡Viene Kliuyev rodeado de un pelotón entero de hombres armados! —Dijo Ginés volviendo alarmado a la cabina.

—No te preocupes, no subirán al avión más que Kliuyev y Shalamov. Aunque bien mirado, casi prefiero que suban los quince armados y se quede Shalamov en tierra...

En la central de mando, en el sótano del conde, las noticias de que había

habido un chivatazo habían caído como una tonelada de ladrillos sobre la mesa de conferencias. Ahora se preguntaban si también estarían al tanto de la operación con Stalin.

—Manhattan, aquí coctelera.

—Coctelera, aquí Manhattan. Sin novedad. El equipo sigue en los vestuarios. Dos centinelas en la entrada sin inmutarse. Todo en orden.

—Cuantos coches hay aparcados.

—El coche oficial en la cochera, y dos de la guardia en el patio, como era de esperar.

—Tenga los ojos bien abiertos. Con cualquier cosa fuera de lo normal aborten y saquen a los chicos del terreno de juego lo antes posible.

—¡Espere! ¡Varios vehículos se acercan!

—Abortar. ¡Repito abortar!

—Pero el comandante Caviedes está dentro.

—¡No diga nombres, imbécil! —Tronó el conde mirando de reojo a Alfredo para cerciorarse de que no había entendido lo que el operador acababa de revelar. Alfredo había oído claramente el desliz, y se preguntaba cómo podía estar su padre al mando de una misión de incursión en la Unión Soviética cuando se suponía que estaba haciendo trabajo de oficina en un cuartel en Melilla.

—Disculpe, señor.

El operador se arrastró hasta donde estaba apostado su sniper para transmitirle la orden de que entrase a sacar al equipo. Cuando llegó hasta él, le llamó desde una distancia prudencial para no alarmarlo. El sniper ni se inmutó. Se acercó dos metros más, y vio que el sniper tenía el cuello rasgado de oreja a oreja y yacía en el suelo sin vida.

—Manhattan a Coctelera. Manhattan a coctelera. Es una trampa, nos estaban esperando... —Es todo lo que llegó a decir el operador de radio antes de ser interrumpido por un balazo atravesándole la frente.

—Manhattan, aquí Coctelera. —El conde repitió la llamada. —Manhattan, aquí Coctelera, ¡conteste! —El conde volvió a intentar la conexión dos veces más y colgó el auricular. Tras un breve, pero intenso silencio, en el que el conde escrutó con intensa mirada a todos los que estaban alrededor de su mesa, se volvió hacia Schutskis, y sentenció: —me temo que tenemos un topo en la organización.

## Capítulo 7

### *Cuatro Vientos y Mar Negro, 8 de septiembre de 1931*

—COCTELERA, AQUÍ MARTINI. El pájaro está en el aire. Necesitarán recogida en El Pardo

—¿Dónde en el Pardo

—El comandante dijo que no tendrían problema en encontrarlos...

Hopkins había despegado el pájaro sin problema, y Ginés se sentó en la cabina junto a él una vez que estuvieron en el aire.

—¿Y ahora qué, comandante? —Preguntó Ginés

—En cinco minutos vuelve ahí atrás y diles que se abrochen los cinturones, que vamos a aterrizar.

—¿Y qué les digo, que ya hemos llegado a Moscú? —Preguntó Gines no falto de ironía.

—Podrías decirles eso, pero no creo que te vayan a creer. —Contestó Hopkins divertido mientras se encendía un cigarrillo.

Kliuyev y Shalamov ocupaban dos de los ocho asientos del avión. Shalamov se había desanudado la corbata y estaba dando buena cuenta de la botella de vodka que le había dado Ginés en cuanto hubo entrado en el avión.

Kliuyev, en cambio, estaba escribiendo en lo que parecía ser un diario. En el asiento que tenía a su lado, reposaba el cofre con el oro español que Largo Caballero había presentado como anticipo para Stalin.

Cuando salió otra vez Ginés y les informó que iban a tener que aterrizar, los rusos se miraron el uno al otro tratando de dar crédito a lo que acababan de oír.

—¿Perdón? —Preguntó Kliuyev—. Este vuelo debía llevarnos directamente a Moscú, sin ninguna parada



—Bueno, es vuelo directo de Madrid a Moscú, pero necesitamos parar a llenar los bidones de gasolina y enseguida estaremos en el aire otra vez. No tenemos suficiente combustible para volar hasta Moscú.

—No, no vamos a parar. Dígale al piloto que siga rumbo a Moscú. —Dijo Kliuyev distraídamente y se puso otra vez a escribir en su diario como si no hubiese más de lo que hablar. Shalamov se había incorporado en su asiento y miraba amenazador a Ginés. Ginés se dio media vuelta y volvió a la cabina con Hopkins.

—Como temía. Han dicho que nada de parar. Quieren un vuelo directo a Moscú, sin escalas.

—¿Les has dicho que se abrochen los cinturones?

—Sí...

—Bien. Cierra la puerta, bloquea la puerta como puedas y abróchate el cinturón. Va a ser un aterrizaje un poco movido.

Hopkins bajó el morro del avión y comenzó el descenso casi en picado. Los pasajeros no tardaron mucho en empezar a vapulear la puerta. Al poco sonó el primer disparo que atravesó la puerta e hizo un agujero en la ventana. El cristal se hizo añicos y se metió en la cabina con la presión del viento. Sonaron tres disparos más y la puerta empezó a ceder.

Shalamov arrancó media puerta y metió la cabeza y medio cuerpo en la cabina al tiempo que el avión impactaba contra un enorme alcornoque en lo alto del monte de El Pardo. El árbol sesgó un ala del avión, y el resto del avión se desplomó contra el suelo dando vueltas sobre sí mismo.

Después del estruendo del impacto el silencio se apoderó otra vez de la noche en El Pardo.

Hopkins abrió los ojos. No estaba seguro si había perdido el conocimiento, y de haberlo hecho durante cuánto tiempo. Miró a su lado y Ginés estaba sentado en el sillón del copiloto con los ojos muy abiertos. Una rama de seis centímetros de diámetro le atravesaba el pecho de lado a lado. Su muerte habrá sido instantánea, pensó Hopkins buscando algo de consuelo.

Un ruido en la parte trasera del avión le recordó que todavía tenía a bordo a dos rusos armados, uno de ellos grande, entrenado y muy peligroso.

Encogió las dos piernas y dándose impulso contra el asiento golpeó con todas sus fuerzas la ventana del avión haciendo uso del talón de sus botas. Tuvo que repetir la operación tres veces más hasta que por fin cedió lo que quedaba de ventana.

Miró debajo de su sillón y encontró unas bengalas, que se metió en los bolsillos de su guerrera. Echó un último vistazo a su compañero Ginés, registró sus bolsillos para asegurarse de que no había documentación; luego levantó su cuerpo y lo sentó en la silla del piloto. Se agachó a coger la gorra de piloto del suelo, y cuando se levantó, en el hueco de la puerta encontró la cara ensangrentada de Shalamov.

Hopkins consiguió zafarse de la manaza de Shalamov a duras penas. El ruso sacó su pistola y apuntó a Hopkins, pero este saltó por la ventana con la cabeza por delante evitando ser alcanzado por los disparos.

Una vez fuera, sin perder tiempo abrió el depósito de gasolina y el combustible empezó a salir a borbotones.

De la cabina venían sonidos de forcejeo. Shamalov gritaba a Kliuyev para que saliera a toda prisa, pero este no contestaba. Kliuyev debía estar herido en el interior del avión, tal vez inconsciente, tal vez muerto. Shalamov volvió a buscarle, se lo subió a hombros como si fuera un saco, y echó la puerta de entrada del avión abajo de una patada. Hopkins estaba a pocos metros de ellos con una bengala encendida en la mano.

Shalamov miró a Hopkins a los ojos, luego a la bengala y luego al charco de gasolina expandiéndose por el suelo.

—¿Dónde está el cofre con el oro? —Preguntó Hopkins

El instinto de supervivencia prevaleció sobre el sentido del honor y obediencia, y Shamalov tiró el cuerpo de Kliuyev al suelo. Kliuyev ni se movió, a pesar de que el golpe contra el suelo del avión probablemente le partió un hombro.

Las posibilidades de que Kliuyev volviera a ver su Moscú natal, parecían a cada momento más remotas.

Hopkins levantó más alto el brazo que sujetaba la bengala y volvió a repetir la pregunta. —¿Dónde está el oro, Vasili? No lo volveré a repetir

Shalamov miró la bengala, y después a los ojos de Hopkins. Vio que en sus ojos había determinación y que no tenía alternativa. Hizo un ligero movimiento de asentimiento con la cabeza y se volvió al interior del avión. Pocos segundos más tarde, la enorme figura del ruso volvió otra vez a la puerta del avión, esta vez con el cofre en las manos.

—Muy bien. Déjalo caer al suelo, con cuidado, y luego apártate.

Shalamov empezó a bajar el cofre despacito, sin apartar la vista de Hopkins. Cuando fue a soltarlo, con un rápido movimiento de muñecas lanzo

el cofre directamente a Hopkins, quien al no esperárselo dejó caer la bengala al suelo y por reflejo cogió el cofre en el aire antes de que le golpeará en el pecho. Cuando levantó otra vez la vista, el disparo de la pistola que había sacado Shalamov ya le había atravesado el hombro.

De un salto el ruso bajó del avión, y se puso frente a Hopkins, apuntándole con la pistola. Una sonrisa cruel se dibujó en su cara. Amartilló la pistola con lentitud, regocijándose en los sonidos de la mecánica, y apuntó justo al centro de la frente de Hopkins.

—Vasili —Se escuchó desde el interior del avión. Vasili Shalamov dudó un instante con el dedo haciendo presión sobre el gatillo.

—Vasili —Volvió a escucharse, ahora con más brío e insistencia. Shalamov pareció contrariado por la interrupción.

—*Skazhi mne* —Respondió Shalamov sin dejar de apuntar a Hopkins ni quitarle la vista de encima.

—¿Qué pasa? —Preguntó Hopkins—, ¿ahora tienes miedo de luchar contra un solo hombre y además herido?

Shalamov giró la cabeza un momento hacia el avión desde donde le llamaba su jefe y luego volvió a centrarse en Hopkins.

—Ya sabía yo que las historias que cuentan del gran Shalamov no eran más que fábulas. ¡Que era capaz de luchar a cuerpo desnudo con un oso pardo! ¡Y mírale ahora! con un hombre solo y herido y se tiene que esconder detrás de su pistola...

Hopkins pudo ver que sus palabras estaban haciendo efecto. Vio al ruso dudar un momento más y luego se acercó al avión, y en lugar de subir y acudir a la llamada de su jefe, posó la pistola sobre el avión y se quitó la camisa.

—Tienes muchas agallas camarada inglés, pero no mucho cerebro —Dijo Shalamov masticando cada palabra entre sus dientes amarillos y desparejos—. Vas a morir igual, pero ahora además te arrepentirás de haber nacido. —Dijo esto escupiéndose las manos y dirigiéndose hacia Hopkins como un toro fresco arremetiendo contra el banderillero.

El sonido de dos disparos le hizo parar en el sitio. Bajó la mirada con asombro para ver dos agujeros en su pecho desnudo de los que empezó a brotar sangre. Volvió a mirar a Hopkins y ciego de rabia se volvió a lanzar contra él. Hopkins disparó cinco veces más con la 9mm de repuesto que siempre llevaba oculta en la pernera para casos de emergencia. Hopkins pensó que su situación actual, podía considerarse como caso de emergencia.

A pesar de los 7 balazos en el pecho, Shalamov se las arregló para agarrar el cuello de Hopkins, quien vació el cargador de su pistola sobre el pecho de este, y luego continuó golpeando con la pistola la cabeza de la mole rusa que se negaba a morir.

Por fin pareció que la presión en su garganta comenzó a disminuir. Hopkins volvió a golpear una vez más al ruso en la cabeza con todas sus fuerzas y este finalmente se desplomó encima de él. Shalamov dejó de moverse y Hopkins quedó atrapado bajo su peso. No es que Hopkins fuera un hombre pequeño con su casi metro noventa y 85 kgs de músculo, pero bajo el cuerpo inerte de Shalamov era como una ardilla atrapada bajo el cuerpo de un oso.

Después de mucho forcejeo, consiguió apartar un poco el cuerpo de Shalamov e incorporarse lo suficiente como para poder ver por encima del hombro del fiambre.

Cuando se desembarazó del cuerpo, Kliuyev estaba esperándole pacientemente apoyado en la puerta del avión con una mano agarrando el marco de la puerta y en la otra la pistola que había dejado Shalamov momentos antes.

Kliuyev empezó a disparar a discreción, y Hopkins se cubrió con el cuerpo de Shalamov hasta que la lluvia de balas paró y asomó la cabeza para ver a un Kliuyev tratando de colocar otro cargador en la pistola. Hopkins echo a un lado el cuerpo agujereado de Shalamov, se arrastró hasta donde había dejado la bengala, la encendió y la dejó caer sobre el charco de combustible que todavía manaba del ala del avión.

Kliuyev abrió mucho los ojos al ver la bengala caer sobre el charco, se dispuso a saltar del avión en el mismo momento en el que el fuego entro en el depósito de combustible y estalló.

El Conde llegó al lugar del accidente en el Hispano-Suiza. Encontró a Hopkins sentado en el suelo mirando al fuego consumir lo que quedaba de avión.

—¿Kliuyev? —Preguntó el conde junto a Hopkins sin quitar la vista de las llamas.

—Horneándose —Contestó el inglés lacónicamente señalando el avión con la barbilla.

—¿Y el cofre? —Dijo esta vez volviéndose hacia Hopkins, con algo más de preocupación en su tono. No hizo falta que Hopkins contestara, el conde vio

que el cofre con el oro del Banco de España estaba junto a Hopkins. Se agachó, lo cogió y se dirigió a la puerta de su coche que el fiel Guillermo mantenía abierta, en el asiento de atrás estaba sentado Alfredo mirando con ojos como platos a Hopkins, Hopkins le vio y sus miradas conectaron por un instante. Ninguno de los dos sabía en ese momento la importancia que tendría el uno para el otro el resto de sus vidas.

El conde antes de subir al vehículo se dio media vuelta y dijo a Hopkins —. Has hecho un gran trabajo Charlie. Descansa este fin de semana.

## Capítulo 8

### *Mar Negro, 8 de septiembre de 1931*

EL COMANDANTE CAVIEDES y su equipo avanzaban en el interior de la dacha. La habitación por la que entraron estaba oscura y solo una tenue luz salía de la puerta entreabierta. El grupo era como un monstruo marino de cuatro cabezas y ocho tentáculos. Todos los operativos estaban juntos como una piña avanzando sigilosamente al ritmo. Caviedes, en el centro de la melé, cubría el frente y dirigía al grupo; llevaba un hombre a cada lado cubriendo los flancos, y otro, espalda con espalda con Caviedes, cubría la retaguardia a su paso.

—Habitáculo 1, limpio. Movemos a punto 2: pasillo y escaleras. —Dijo Caviedes a su comando en no más que un rápido susurro que salió de entre sus dientes.

Uno, dos, tres... el grupo está en posición en la puerta de la habitación. Entraron en el pasillo, y el comando tomó las escaleras.

—Pasillo limpio. Escaleras libres. ¡Bajamos! —Reagrupación en escaleras, dos hombres bajan al rellano intermedio, otro queda dos peldaños más abajo, cubriendo el último tramo de escaleras antes de la planta principal.

De pronto, detrás de ellos, suena la cisterna de un retrete. No había tiempo en la operación para registrar todas las habitaciones, y el plan era bajar lo antes posible sin registros.

—Reducir! —Dijo Caviedes con un gesto implacable al operativo de retaguardia. La puerta del baño se abrió y un joven de no más de 20 años apareció en la puerta. El joven salió por la puerta del baño ajustándose la camisa bajo el cinturón, y al ver al grupo de asalto se quedó un momento paralizado con los ojos muy abiertos.

La muerte le llegó con la misma rapidez y sorpresa.

El efectivo de retaguardia apareció detrás de él, y con una mano enguantada le tapó la boca mientras que con la otra le atravesaba el corazón con el cuchillo, después dejó caer suavemente su cuerpo ya sin vida sobre la alfombra del pasillo, arrastró el cuerpo de vuelta hasta el baño, apagó la luz, y cerró la puerta dejando el pestillo echado por dentro.

El comando llegó al pie de las escaleras.

No había ningún guardia frente al despacho privado de Stalin, eso le llamó la atención a Caviedes, pero era demasiado tarde como para pensar el por qué.

En cuanto el comando abrió la puerta lo entendió en seguida. La ráfaga de los quince fusiles les cayó como una inesperada tormenta de granizo. El grupo de Caviedes no tuvo tiempo de apretar un gatillo.

—Dejad al comandante con vida —Dijo el teniente coronel Potolov abriéndose paso entre las humeantes metralletas de sus soldados.

—Está inconsciente mi coronel, pero todavía respira.

—Túmbenlo sobre el sofá y traigan al médico para que lo reviva. Necesitamos que nos dé los nombres de las personas responsables del atentado.

Un soldado irrumpió en la habitación cargando un aparato de radio.

—Coronel, hemos encontrado la radio del grupo; el operador tenía un cuaderno con códigos, contraseñas y nombres clave.

El coronel cogió el cuaderno que le traía el soldado con una sonrisa satisfecha.

—Buen trabajo soldado.

Otro soldado entró en la sala con el doctor a su lado.

—Ya no necesitaremos de sus servicios doctor, puede retirarse.

—Pero este hombre necesita atención, está inconsciente y parece gravemente herido. —Dijo el doctor acercándose al sofá donde el comandante Caviedes yacía desangrándose.

El disparo sobresalto al doctor que se tiró al suelo cubriéndose los oídos por el estallido.

—Ya no necesita su atención —Dijo el coronel Potolov volviendo a enfundar su pistola—. Saquen de aquí esta escoria y entiérrenlo en un agujero con los otros —Dijo señalando con un gesto de la cabeza el cuerpo sin vida del comandante Caviedes. Uno de los ojos del comandante estaba muy abierto,

el otro ojo había desaparecido con el impacto de la bala que le había arrebatado la vida.



## Capítulo 9

*San Esteban, 15 de septiembre de 1931*

ALFREDO MARTIN DE Caviedes, compartiría habitación junto con otros cuatro estudiantes. A dos de ellos, Friedrich William Von Preussen y Edward Reginald de Huntersville, ya había tenido el placer de conocerlos; los otros dos estaban ya dentro de la habitación colocando sus cosas en los armarios que les habían asignado.

Junto a la entrada, en la cama pegada al muro de la derecha, estaba uno de sus nuevos compañeros, era un individuo llamado James Walker Roosevelt. Un americano grave, con mandíbula cuadrada y gafas redondas tras las que dos ojos vivaces parecían absorberlo todo. Era bajo de estatura y ancho de hombros. Por lo que Alfredo había oído decir a dos chicos que subían detrás de él en las escaleras, el americano era el vivo retrato de su padre, el expresidente norteamericano Teddy Roosevelt.

El cuarto compañero era Hans Magnusson, un sueco de al menos un metro noventa y cinco de estatura, rubio, de aspecto impassible, parco en palabras; el tipo de persona que se guardaba sus asuntos para sí mismo, y al que los asuntos de los demás poco le importaban.

Alfredo se presentó a estos dos nuevos compañeros, y se dirigió a su cama donde le esperaba el uniforme del colegio que llevaría puesto desde ese momento todos los días hasta las vacaciones de Navidad.

El uniforme estaba perfectamente planchado y almidonado. Era una levita negra con faldón trasero dividido en dos piezas redondeadas, chaleco cruzado negro y pantalón gris oscuro con rayas verticales.

Colocó las pocas pertenencias que había traído consigo en el armario, y se cambió de ropa mirando su reflejo en el espejo, advirtiendo con recelo la

sobriedad de su indumentaria. Se anudó la corbata a rayas del colegio, y bajó el cuello blanco de su camisa. Después se sentó sobre su cama y miró a su alrededor.

La habitación, era como el castillo: de grandes dimensiones, con las paredes de piedra fría y gris. Desde las ventanas se podía ver abajo la gran caída del acantilado, y al frente, la inmensidad plomiza de un mar Cantábrico agitado por el frío viento del Norte.

El aire encontraba entrada por pequeñas rendijas en las ventanas, y silbaba como una tetera hirviendo haciendo bailar las cortinas una danza siniestra.

La chimenea de la habitación, aunque de grandes proporciones, no alcanzaba a calentar más que a quien estuviera de pie justo delante. Unas grandes tuberías plateadas traían el agua hasta los dos radiadores desde las calderas. Las tuberías hacían un constante traqueteo, como el del tranvía en Madrid. Alfredo pronto encontraría el sonido relajante.

Por las noches, cuando el sonido de las calderas comenzase, cerraría los ojos y soñaría que seguía en Madrid, en su casa, frente al Retiro, escuchando los tranvías bajar por la calle de Alcalá.

Los cinco muchachos ordenaban sus cosas guardando silencio, estaban ensimismados en sus cosas, cada uno asimilando su nueva condición y estudiando la nueva vivienda en la que convivirían con todos estos extraños los próximos cuatro años. Se sentían exactamente igual que unos presos que entrasen en prisión a cumplir su condena. En la habitación solo se oía el silbido del viento, el esporádico claqueteo de las tuberías y el chisporrotear del fuego en la chimenea.

Alfredo fue el primero en terminar de vestirse y guardar las pertenencias. Cerró el armario, guardó la maleta vacía bajo su cama y se acercó al fuego a calentarse.

El siguiente en terminar fue James, que se acercó circunspecto a las llamas, con las manos cruzadas a la espalda como si estuviera pasando revista al fuego.

—¡Con este frío, y estamos solo en septiembre! Creo que este invierno pasaré muchas noches durmiendo en una de estas sillas frente al fuego —Dijo Alfredo con ánimo de entablar conversación con el hermético norteamericano.

—El frío endurece la piel y enreca al hombre —Masculló James entre dientes con marcado acento americano.

—No lo dudo —Dijo Alfredo levantando una ceja y mirando de reojo a su

compañero que todavía tenía la vista fija en las llamas—. Tengo entendido que también estanca el crecimiento e incluso puede producir severo endurecimiento de sesera en algunas personas —Miró otra vez a su compañero, quien esta vez sí que lo miraba de arriba abajo como tratando de averiguar si había mofa en esas palabras.

Friedrich, que todavía seguía guardando con sumo esmero sus cosas en el armario, contuvo una risotada, pero sin poder dejar de escapar un leve bufido.

—Eso no son más que tonterías que te has inventado —Dijo James.

—Sí, desde luego. Pero el que ha empezado a decir tonterías has sido tú. —Dijo Alfredo encarándose con el americano.

—Creo que no me vas a caer muy bien, español —Ahora el silencioso sueco se acercó curioso y se plantó junto a James a ver como se desencadenaba la discusión. Freddy y Edward también dejaron de doblar la ropa y se acercaron a una distancia más discreta que la del sueco, pero no pudiendo evitar su curiosidad.

—No te preocupes, que yo tampoco creo que vayamos a ir cogidos de la mano en los recreos. —Dijo Alfredo acercándose un paso más a James.

—Parece que vamos a tener por compañero de habitación al bufón de la corte —Dijo a Hans que seguía a su lado. Este le devolvió una mueca conspiradora y se arrimó un poco más a su hombro, como mostrando a qué bando se había alistado.

Alfredo miró a James con sonrisa socarrona. No estaba más que a tres palmos de distancia del americano. Alfredo le sacaba al menos una cabeza de altura y tenía porte atlético y ágil. En cambio, James era tan ancho como alto, y desde su escasa estatura, miraba a Alfredo echando centellas por los ojos.

—Ándate con cuidado español, que un día de estos tal vez alguien te parta la cara

—Si pretendes hacerlo tú, más te vale traerte a los otros seis enanitos, porque tu solo lo vas a tener bastante complicado.

—¡Te voy a partir la cabeza en dos, maldito español! —Con la embestida James tiró a Alfredo al suelo y se sentó encima de él. Levantó un puño para golpearle con toda su fuerza, pero Edward le inmovilizó el brazo con su cuerpo y le apartó de Alfredo con la ayuda de Friedrich.

El sueco ni se había movido de su sitio, miraba impassible la gresca como quien oye llover.

—Pero ¿qué hacéis? Dijo al fin Friedrich con sus generosos mofletes

encendidos por la ofuscación y el flequillo rojo casi tapándole los ojos—. ¡Haya paz! No podéis empezar el curso peleándoos el primer día, ¡y menos aún con un compañero de cuarto!

James se desembarazó de los brazos de Edward, que todavía le sujetaba con sorprendente fuerza. Friedrich agarraba a Alfredo del codo, y también liberándolo, le puso una mano conciliadora en el hombro—. Ven Alfredo, vamos abajo. Llegaremos tarde a la cena.

## Capítulo 10

### *Playa Puerto Viejo, Biarritz 28 de agosto de 1931*

FRIEDRICH ESTABA TOMÁNDOSE el aperitivo en la tranquilidad de una terraza frente a la playa del puerto antiguo. Era un atardecer glorioso. En el horizonte el sol brillaba entre naranja y blanco como una ascua, dejando la estela ensancharse bajo el sereno mar hasta llegar a los pies de la playa. Unas nubes finas y bajas reflejaban el naranja del sol, y se ensombrecían en morados reflejos sobre las pinedas del Noroeste, en dirección a Bayona.

Gran parte de los veraneantes, que se agolpaban ruidosos durante el mes de Julio y primeros de agosto, habían vuelto a sus vidas cotidianas en sus hogares. A finales de Agosto, la población de esta pequeña villa francesa quedaba diezmada, y Friedrich, en su terraza favorita, podía disfrutar en total calma de la puesta del sol con una copa de Chablis y unas sardinas fritas.

El atardecer, ese breve tiempo entre la hora del té y la cena, era el único momento del día en el que Friedrich podía estar completamente solo y a sus anchas. Por la mañana, a pesar de estar de vacaciones, tenía dos horas de clase con su tutor antes del desayuno; después del desayuno, tenía la clase de lucha con Igor y luego su lección de esgrima. La comida era rápida y frugal, y la tarde, dependiendo del tiempo, la podía pasar jugando partidos de golf, tenis, o frontón, siempre organizados por el secretario de su padre con aburridas personalidades a quienes había que entretener.

Igor acompañaba a Friedrich, siempre en un discreto y silencioso segundo plano como era costumbre. Igor había servido antes de guardaespaldas del padre de Friedrich, pero después de recibir el disparo en el hombro, salvando la vida del emperador en Montenegro, fue nombrado escolta del heredero.

Igor sabía cuál era su sitio. Aunque Friedrich era aún un mozalbete, Igor

bien sabía lo exigente que era la vida política del muchacho, y trataba de protegerle sin interponerse en su camino, sobre todo en esos pocos momentos que tenía Friedrich para gozar de un poco de tranquilidad. Friedrich tenía un gran aprecio por su escolta, no solo había estado al servicio de su familia desde mucho antes de que naciera, pero también tenía muy presente que, gracias a ese grandullón, su padre seguía todavía con vida, y Friedrich no olvidaba esas cosas.

Esa tarde Igor estaba inquieto. Friedrich lo podía notar. Aunque Igor estaba sentado en una mesa justo a su espalda, podía ver que algo le preocupaba.

—Igor, ven. Siéntate a mi mesa, por favor y cuéntame que es lo que te inquieta.

—Su alteza, no quisiera importunarle. Siento si mi presencia ha traído desasosiego a su momento de tranquilidad.

—Igor, siéntate aquí. —Dijo corriendo una silla que tenía a su lado e indicando al gigante que se sentase en ella. Igor obedeció y se sentó incómodo por la posición tan poco protocolaria. La silla de mimbre se quejó ruidosa bajo su peso, e Igor siguió con la vista a todas las mesas de la terraza y los alrededores.

El único que se percató del movimiento del grandullón fue el joven italiano que estaba sentado en una mesa a la izquierda de la terraza. Era ese italiano el causante de la inquietud de Igor. Ese joven e inexperto italiano, era el nuevo escolta que habían asignado a Friedrich, y quien se encargaría de su protección en España.

El camarero se acercó a la mesa y Friedrich encargó otro blanco para él, y un café solo para Igor.

—¿Que te preocupa, Igor, cuéntame?

—No es mi lugar, alteza

—Insisto, ¿Qué te ocurre?

Después de dudar un rato, con la mirada puesta en el horizonte, Igor se decidió. —ruego que disculpéis mi atrevimiento, pero ¿por qué se lleva su alteza al joven italiano y decide prescindir de mí?

Friedrich asintió en silencio. Tomó la copa de vino y se la llevó a los labios. Los ojos los tenía puestos en Marco Casaretto, el nuevo guardaespaldas que había de acompañarle al nuevo colegio en España. El italiano miraba a su vez atento a una mesa en la esquina, en la que dos

individuos estaban sentados y ojeaban desinteresadamente una guía turística de la zona.

—Igor, te pido disculpas que haya sido tan descuidado y no haya explicado la razón. Como sabes, voy a un nuevo colegio internado en España, y dentro del colegio no permiten traer servicio ni vigilancia de fuera, el colegio tiene su propio sistema de vigilancia. Aunque estoy seguro que la vigilancia del colegio será más que suficiente para mi seguridad, padre quiso tomar todas las precauciones posibles y Marco irá conmigo en calidad de alumno. Mucho me temo que sería difícil hacerte pasar a ti por un estudiante adolescente. —Igor escuchó y avergonzado por el exceso de celo, lanzó una rápida y torpe disculpa.

—No te preocupes Igor, lo entiendo y aprecio tu preocupación.

—Lo siento alteza, es solo que le veo tan joven e inexperto... temo que no pueda estar a la altura.

—Te sorprenderías Igor, te sorprenderías. —Estuvieron un rato más sentados en silencio. Friedrich seguía mirando a Marco y cómo este no quitaba la vista de la mesa del fondo.

—Igor, dime, cuántas personas hay en esta terraza.

—Trece, alteza; quince contándome a mí y a Marco —Contestó sin pensar ni mirar a la terraza.

—Cuántos son varones y cuántas mujeres.

—Nueve varones, seis mujeres.

—Dime, ¿Cuántos de esos varones están bebiendo café y cuantos están tomando un coctel o un vaso de vino?

Ahora el grandullón levantó la vista perdiendo un ápice su autoconfianza —. Cuatro varones tomando café, Marco yo y dos caballeros sentados en la mesa de la esquina.

—Cuántas personas no están sentados en la terraza mirando hacia el mar y la puesta del sol.

Volvió a girarse y fijarse en las mesas—. Solo dos. Los mismos hombres que están sentados en la mesa de la esquina bebiendo café.

—¿No te parece extraño, que vengan dos hombres juntos, con una guía turística, a uno de los parajes más hermosos de la costa del País Vasco Francés, y se sienten de espaldas al mar y a la preciosa puesta de sol? —Los dos extraños de la mesa de la esquina, sabiéndose observados, se escondieron

más en sus sombreros y sacaron un mapa de carreteras y aparentaron estudiarlo con detenimiento.

Igor, dándose cuenta de su descuido se levantó y se dispuso a encaminarse hacia ellos. Los dos presuntos turistas, sabiéndose ahora abiertamente descubiertos, sacaron cada uno una pistola en el mismo movimiento en el que se levantaban de la silla.

Igor estaba todavía a cinco metros de ellos y trató de sacar su arma, pero Marco ya estaba en movimiento; había saltado sobre una mesa cercana a la de los falsos turistas para darse impulso y lanzarse sobre los dos tirándoles al suelo.

—¡PAH, PAH! —Sonaron los disparos, interrumpiendo el sosiego y el silencio de la tarde. Todas las personas de la terraza empezaron a gritar y buscar cobijo bajo las mesas, menos Friedrich, que seguía sentado con su copa de Chablis en la mano observando la escena.

Igor, sin parar a ver si estaba herido, se abalanzó sobre uno de los falsos turistas que estaba tratando de levantarse del suelo. Marco ya se había encargado del otro y le tenía en el suelo inmovilizado con la rodilla sobre su espalda.

Friedrich se terminó su vino, mientras Igor y Marco ataban a los atacantes en las mismas sillas donde habían estado sentados unos instantes antes frente a su guía turística.

Marco se quedó junto a ellos, e Igor fue a la mesa de Friedrich, y puso las pistolas de los asaltantes sobre la mesa.

—No tenían documentación, lo único que tenían en sus bolsillos era algo de dinero, una llave del hotel Fin du Lac, y las llaves del Citroën C4 que está aparcado a la entrada.

—Muy bien. Quédate unos minutos hasta que lleguen los gendarmes para prestar declaración. Ayuda como siempre a la policía en todo lo que puedan necesitar, y luego haz una visita al hotel Fin du Lac y mira a ver si puedes averiguar algo sobre estos dos pájaros.

—Sí, alteza —Dijo con una leve reverencia con la cabeza, más avergonzado que respetuoso.

—Marco me llevará de vuelta al hotel y luego le mandaré que regrese con el coche a buscarte.

Esa noche, Friedrich cenó en el Hotel Du Palais con sus padres, su tío Oscar,



una pareja de diplomáticos ingleses, y una vieja pareja de la aristocracia austriaca que todavía vivían en Salzburgo.

Después de los postres, los caballeros se excusaron, y se fueron al cuarto del billar donde podían hablar abiertamente de política con un habano en una mano y un coñac en la otra.

Como era costumbre, Igor y los dos guardaespaldas del padre de Friedrich, cubrían la sala a una discreta distancia. Cuando se levantaron los señores, uno abría la puerta, otro entraba en la sala del billar antes de los señores, que, aunque había sido registrada anteriormente, debía asegurarse de que no había sorpresas esperando.

Friedrich, antes de entrar al billar, llamó con un gesto a Igor, este se acercó y al oído le informó de como se había arreglado el altercado de la terraza con la policía. Los atacantes habían sido unos miembros del núcleo duro del grupo anarquista de Hanover—. no eran asesinos profesionales, pero venían bien preparados. —Dijo Igor.

—¿y cómo dos maleantes amateurs han estado tan cerca de cumplir con su objetivo y poner una bala en mi cabeza? —Preguntó Friedrich implacable.

—Lo lamento su alteza, no volverá a ocurrir

—¿Eres consciente de que si Marco no hubiera estado en la terraza con nosotros, a estas horas mis padres estarían en la morgue llorando frente a mi agujereado cuerpo sin vida?

—Si, alteza. No he cesado de pensarlo un solo momento.

—Ven conmigo, vamos a hablar unos minutos.

La imagen era casi cómica y al mismo tiempo tierna: Igor, un hombretón de edad madura, grande y sólido como un muro de piedra hablaba apurado ante Friedrich quien realmente no era más que un muchacho. Parecía un niño grande siendo reprendido por su padre.

El emperador, viendo que su hijo se desmarcó del grupo y se dirigía a la terraza con su guardaespaldas, le miró inquisitivo, Friedrich le dijo que empezaran sin él. No tardaría más de un par de minutos. El padre asintió y miró a Igor con una enigmática mirada.

—Mozo —Llamo Friedrich a uno de los camareros—. Tráigame un habano y una copa de coñac al balcón.

—Ahora mismo, alteza.

Igor siguió al heredero del imperio alemán apesadumbrado, triste y abatido. Tenía la certeza de que su carrera como guardaespaldas de la familia

imperial había tocado a su fin. Siempre supo que llegaría el día en que estaría demasiado viejo y sus reflejos disminuidos, su sexto sentido adormecido, su rapidez apoltronada. Hoy parecía que ese día había llegado de pronto; sin avisar.

—Igor, te estás haciendo mayor —Empezó diciendo el joven príncipe dando una profunda calada a su habano. Cuántos años tienes... ¿cincuenta?

—Cincuenta y tres, alteza —Contestó cabizbajo.

—Creo que a tu edad, no deberías de estar haciendo guardias y jugándote el cuello como has hecho hoy. Hay que dar paso a las nuevas generaciones, a los jóvenes para que se hagan cargo de esas tareas, ¿no te parece?

Las palabras del príncipe estaban cayendo a plomo sobre el alma del grandullón. Ya le pareció que le degradaron, cuando le pasaron de ser el guardaespaldas del emperador a hacerse cargo de la seguridad de su hijo, pero esto, sin duda era el fin ¡el joven príncipe le estaba dando la patada en el trasero!

—Hoy has conocido a Marco, y has podido ver que trae nueva sangre, está entusiasmado y no pierde un detalle... como seguro fuiste tú hace treinta años.

Igor no podía negar que el joven italiano tenía talento, aunque le escoció la comparación, hace treinta años él no habría necesitado ayuda para haber acabado con esos dos peleles, pero no iba a llevar la contraria al príncipe.

—Si, alteza.

—Mi padre también tiene a dos nuevos escoltas, y son también jóvenes con mucho entusiasmo como Marco, pero con poca experiencia. He tenido una breve conversación con mi padre antes de la cena en la que le he comentado lo que ha ocurrido en la terraza del Mirador. —Igor se frotó la frente con su manaza, esperando el golpe final.

—Cuando hablé a mi padre de Marco, él estuvo totalmente de acuerdo conmigo, y piensa que Marco necesita alguien que le instruya y que le dirija, al igual que los nuevos escoltas de mi padre.

Igor seguía sin enterarse de lo que le estaba diciendo el joven príncipe.

—Igor, queremos que seas el nuevo jefe de la guardia de palacio. Tendrás bajo tu cargo a todos los escoltas y la seguridad del palacio en Hanover, y del resto de las casas de la familia.

El gigante levantó lentamente la cabeza, como despertando de un sueño. Friedrich estaba frente a él, con su sonrisa franca—. Enhorabuena Igor, a

partir de hoy tienes el cargo de coronel de la guardia imperial y comandante del servicio de seguridad.

—Gr-gracias. Muchas gracias, alteza —contestó Igor claramente emocionado, casi aguantando las lágrimas.

## Capítulo 11

*San Esteban, 16 de septiembre de 1931*

EL DESAYUNO DE la primera mañana en el colegio fue servido en silencio por unos alumnos, ya que tenían todas las habitaciones que turnarse para servir, una semana cada habitación.

Café con leche, pan de hogaza horneado en las cocinas del colegio, mantequilla y mermelada. Días más tarde se darían cuenta de que esta era la mejor comida del día, y aprenderían a guardarse unas tostadas con mermelada para poder comer en la habitación después de las magras y no muy deleitosas cenas.

Tras el desayuno del primer día de escuela tenían todos los alumnos un examen médico. En los tiempos que corrían, y teniendo alumnos viniendo de todos los puntos cardinales, debían tomar precauciones y asegurarse que nadie había traído consigo una enfermedad que pudiera contagiar a todo el colegio en la primera semana de escuela, por eso se vacunaba a todos los alumnos y se les tomaba la temperatura.

Alfredo había pasado 45 minutos de espera en la cola para entrar al médico, delante de él, entró Friedrich, quien estuvo en la consulta apenas 5 minutos. Al salir, Friedrich tenía una amplia sonrisa y lanzó a Alfredo un guiño cómplice que él no entendió.

—Alfredo Martin de Caviedes, pase por favor —Se escuchó desde el otro lado de la puerta de la enfermería.

—Soy Alfredo Martin, para servirle.

—Siéntese, siéntese haga el favor. Soy el Doctor Bermúdez y estaré aquí siempre disponible para lo que necesiten. Pasaré consulta por las mañanas, y estaré todas las tardes después de las clases de 6.00 a 7.30 para cualquier

urgencia. Ahora dígame. ¿Tiene alguna dolencia, molestia? ¿Ha sido operado alguna vez de algo? ¿No? Muy bien. Pase ahora detrás del biombo y quítese la ropa para que le haga el examen.

Alfredo se había quitado la levita y la camisa y estaba quitándose los pantalones y colocándolos con cuidado sobre la camilla cuando escuchó al doctor: —Enfermera, tómele la temperatura y la tensión —al instante la enfermera apareció en la sala.

—¡Alfredo! —Alfredo se puso de todos los colores, mientras agarraba sus pantalones para cubrirse un poco.

—Maria Luisa, qué inesperada sorpresa —Aunque no se había podido quitar de la cabeza a la joven que conoció en el tren, no había albergado ninguna esperanza de volver a cruzarse con ella en su camino. Pero ahora estaba aquí, frente a él, y él con los pantalones por las rodillas y sin camisa.

Su cara se tornó de rojo carmín y no pudo ni abrir la boca. Maria Luisa le tomó la temperatura y después de mirarle de arriba a abajo y lanzarle una sonrisa pícaro, salió de la sala para darle los resultados al doctor.

Alfredo salió de la consulta todavía ruborizado y descompuesto, Friedrich y Edward estaban esperándole con una sonrisa de oreja a oreja—. Ven, vámonos al patio a fumar un cigarrillo, ¿tendrías que ver tu cara! —Rio sonoramente el alemán agarrándose a Edward para no caerse al suelo.

—No me lo puedo creer, pero como puede ella...

—Tiene 19 años y es enfermera, más te vale olvidarte ya mismo de ella».

—Parece una chiquilla. No me importa, nada me lo puede impedir. Hay muchos casos de parejas que se casan y la mujer es mayor que el hombre

—Si, pero no cuando el hombre es menor de edad, eso se paga con la cárcel en este país, y para el caso, también en el resto de Europa.

—Esperaré. No tengo prisa. Sé que es la mujer de mi vida. Ahora será más fácil sabiendo que la tengo cerca.

—Se te olvida, querido amigo, que para que haya matrimonio, tiene que haber consentimiento mutuo, ¿Qué te hace pensar que Maria Luisa tiene el más mínimo interés en ti? —Dijo Edward con mofa—. Anda, vámonos Don Juan, que vamos a llegar tarde a la primera clase.

La primera clase fue impartida por Herr Hoffman, un profesor Austriaco doctor en química por la universidad de Graz. Les dijo que estudiarían las

nociones fundamentales de la física y la química, pero harían un espacial hincapié en el estudio de los hidrocarburos, y de fuentes alternativas de energía, además del estudio de los explosivos y por último el estudio de las moléculas orgánicas y la energía nuclear.

—Es de imperante importancia para el futuro de nuestra sociedad —decía el químico arrastrando las erres con marcado acento germánico—. que tengáis una idea clara de las fuentes de energía disponibles hoy día, conocimiento de los procesos para la obtención de la misma y más importante aún, que sepáis el tamaño de las reservas de dichas fuentes. Al ser estas fuentes limitadas, será vuestra obligación buscar fuentes alternativas para el futuro. Solo uniendo los conocimientos de todas las naciones y trabajando en armonía para un fin común, podremos avanzar en la tecnología y hacer de este un mundo mejor.

Al terminar la clase fueron a comer el almuerzo. Camino del comedor iban Friedrich, Alfredo y Edward cuando se cruzaron a dos muchachos del curso anterior que pararon a preguntar a Alfredo si es verdad que se iba a pelear con James W. Roosevelt.

—Sí, así es. Alguien tendrá que dar una lección a ese engreído yanqui. —Dijo Alfredo aparentando una seguridad que él mismo no sentía.

—Sabes que James es el campeón junior de boxeo de toda la costa Este de Estados Unidos, ¿verdad? —Dijo uno de los chicos.

Alfredo tragó saliva una o dos veces antes de contestar—. Me alegro. Espero que me oponga un poco de resistencia, con un poco de suerte este me durará pasado el primer asalto. —Dijo volviéndose hacia el comedor con toda la compostura que sus piernas le permitieron.

—¿Has boxeado alguna vez? —Le pregunto Edward levantando una ceja cuando estaban otra vez los tres solos, lejos de los oídos de los muchachos.

—La verdad es que no. —Dijo Alfredo. Pero ¿Qué es lo que hay que saber? No parece que haya mucha ciencia en ello, ¿no?

—Creo que será mejor que vayamos esta tarde al gimnasio después de la cena y practiquemos un poco; no es que ponga en duda que puedas ganar al americano con un brazo atado a la espalda, pero por si acaso nunca está de más el ir un poco preparado. —Dijo Edward intercambiando una mirada de preocupación con Friedrich.

—Esta tarde no puedo. Voy a visitar al guardés, me ha invitado a tomar el té después de la cena en su casa.

—¿Qué vas a hacer que? —Dijeron sus dos amigos al mismo tiempo entre

risotadas.

—Ya, sé que suena poco creíble, como si me lo estuviera inventando, pero resulta que el jardinero y guardés del colegio es el hermano de la Nana que me ha visto crecer, y tiene su cabaña en el bosque del colegio, a doscientos metros del castillo. Esta noche me ha invitado a tomar el té y tengo permiso para salir dos horas. —Alfredo omitió decir también que el guardés luchó junto a su padre en Cuba y África para no complicar mucho su explicación.

La cena terminó, y Alfredo se puso el abrigo y una gorra de lana y fue a confirmar su salida con Mr. Hopkins quien era el tutor asignado a su casa. La habitación de Mr. Hopkins estaba al final del pasillo, en la segunda planta del castillo, como su habitación.

Alfredo llamo a la puerta de Mr. Hopkins y entró.

Mr. Hopkins estaba sentado en un sillón, con una taza de té a su lado en la mesita, y un libro sobre su regazo. El humo azulado de su pipa se arremolinaba por la tenue luz amarilla de la lampara de lectura; además de esta luz, el cuarto estaba a oscuras.

—Mr. Hopkins, con su permiso, estoy listo para salir a hacer la visita a Jerónimo.

Mr. Hopkins levantó la vista del libro y se quitó la pipa de la boca—. Muy bien Alfredo, ¿sabe cómo llegar?

—La verdad es que no muy bien

—En cuanto salga del edificio por la puerta principal, baje por el camino que lleva hasta la entrada de la finca. Baje unos 150 metros, y verá a mano derecha un caminito de tierra que se interna en el bosque. 50 metros más adelante, ese camino se bifurcará y tomará el camino de la derecha, el de la izquierda le llevaría directo a la capilla de San Esteban. Siga ese camino, y al poco encontrará la casa del guardián en un claro del bosque.

—Muchas gracias

—Salude a Jerónimo de mi parte si hace el favor. Es un buen hombre.

—Si, señor

—No se olvide de venir aquí cuando vuelva para decirme que ha llegado. Y no llegue muy tarde, no se olvide que mañana a las 6.00 de la mañana tiene que estar en pie para empezar con mis entrenamientos —Esto último lo dijo con una media sonrisa.

## Capítulo 12

*San Esteban, 15 de septiembre de 1931  
Cabaña de Jerónimo*

CUANDO SALIÓ POR la puerta del colegio un viento fresco le azotó la cara con un intenso olor a mar. Alfredo empezó a correr ladera abajo por el camino con la euforia de tener un poco de libertad y poder alejarse del colegio. Al llegar a la bifurcación, tomó el camino de la derecha que le llevó por un oscuro sendero bajo las densas copas de los pinos hasta llegar a un claro donde había una pequeña cabaña de piedra con una humeante chimenea.

El sonido ronco de un perro de gran tamaño rompió el silencio de la noche, la puerta de la cabaña se abrió, y una enorme sombra a contraluz le invitó a entrar desde la puerta.

—Alfredo, entra, siéntate. Ahí, en una silla, cerca del fuego. No hagas caso al perro, solo es curioso, lo único que has de temer es que no te coma a lametazos. No es más que un cachorro —Dijo señalando a un mastín leonés de cerca de 100 kilogramos.

—Bulca, ¡déjale! —El perro se sentó frente a Alfredo y poso su pesada cabeza sobre su regazo sin quitarle los ojos de encima. Alfredo, titubeante, puso su mano sobre la cabeza del perro en señal de caricia, tratando de aparentar tranquilidad bajo el peso de la cabeza del mastodonte.

—No te he visto desde que cumpliste los 3 años, me imagino que no te acuerdas de mí. —Dijo Jerónimo tendiendo una mano grande y áspera que envolvió la mano de Alfredo haciéndole sentirse minúsculo. Jerónimo tenía una tez curtida por el sol, el pelo, escaso y muy oscuro, estaba cortado a



cepillo. Una sonrisa franca mostraba una dentadura casi completa, y unos ojos, negros, alegres y divertidos brillaban con el reflejo del fuego de la chimenea.

Jerónimo era en fin un hombre grande, cargado de espalda, y cariñoso; le pareció a Alfredo estar frente a la versión humana de su mastín leonés.

—La verdad es que no. No se ofenda Don Jerónimo, pero era muy joven y no guardo memorias de esa edad

Jerónimo rio abiertamente dándose una fuerte palmada en el muslo—. No te preocupes, yo no guardo memorias ni de lo que hice la semana pasada. Pero nada de tratarme de usted ni de dones, ni leches; yo soy Jerónimo, y punto

—De acuerdo —Dijo Alfredo divertido—. Te he traído esta cesta que me dio tu hermana para ti —El mastín se puso en posición de firme con un respingo a la vista de la cesta con la comida.

—Quita Bulca, ni lo sueñes, esto no es para ti. ¡Mi querida hermana! Dios la bendiga, unos choricitos, un queso, una botella de vino y ¡una de anís! —Dijo Jerónimo levantándose.

Fue al fregadero cogió dos vasos casi limpios y los secó con una toalla sucia y roída que colgaba del horno—. Esto es justo lo que necesitamos, un anís para brindar —y sirvió el anís templado en los dos vasos hasta llenarlos hasta el borde.

—Primero brindemos por la memoria de tu madre, que Dios la guarde en su gloria —Levantaron los vasos y dieron un largo y circunspecto sorbo.

—Siento mucho lo de tu madre, Alfredo. Me lo contó mi hermana por carta y no me lo podía creer. Era una gran señora y tenía un corazón grande como una catedral. ¿Quién podría querer matar a una señora tan bondadosa? —Alfredo se quedó atónito con el comentario. Nadie quería matar a su madre, solo fue un terrible accidente. No interrumpió a Jerónimo pensando que se habría enterado mal de lo que había realmente ocurrido.

—Nunca olvidaré todo lo que ha hecho por nosotros: El entierro de nuestra madre, dando trabajo a mi hermana cuando aún solo era una niña para que no la llevaran a un orfanato, y a mí, me consiguió este trabajo de guardés de esta finca cuando volví de África, primero trabajando para el marqués de Ruiseñada, y ahora para el colegio San Esteban.

—Me dijo mi madre que serviste con mi padre en Cuba y luego en África

—Así es. Tuve el honor de servir bajo el mando de tu padre durante 18 años. Primero en Cuba como sargento primero de su compañía y luego en Melilla como teniente, hasta que me hirieron en la pierna y me jubilaron

anticipadamente. No querían un cojo con una estrella en el hombro para que los moros hicieran sus prácticas de tiro. —Otra vez se rió ruidosamente de su propia gracia. Luego, poniéndose muy serio, se puso en pie, y levantó el vaso de anís.

—Por tu padre: el más gallardo soldado español. Oficial fundador de la legión extranjera —Echó un largo trago terminando el anís de su vaso y sentándose pesadamente sobre la silla. Se quedó unos momentos en silencio mirando las llamas ensimismado. A Alfredo se le hizo un nudo en la garganta, recordando la operación fallida en la Unión Soviética que presenció en el sótano del conde, donde su padre sin lugar a dudas pereció, pero no podía comentárselo a Jerónimo, era una misión secreta y además, en el fondo Jerónimo no era más que un extraño.

—Si tu padre hubiera estado al mando en Cuba —dijo al cabo de un incómodo silencio en el que solo se oía el chisporrotear de la chimenea y la respiración de Bulka a sus pie—. te aseguro que la bandera de España todavía ondearía sobre La Habana, ¡qué diablos, probablemente estaría ondeando sobre Washington también! —Según terminó de decir esto sonó un timbre dentro de la casa que sobresaltó a Alfredo por lo inesperado del sonido; era como el timbre de una bicicleta.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven alarmado.

—Es un teléfono, me estará llamando Mr. Hopkins para hacer la ronda. Luego te explico.

—Jerónimo al habla.

—Si señor, todo en orden. Hice la ronda por todo el perímetro. Sin novedad. -

—Si, aquí sigue el joven conmigo —Dijo girándose como comprobando que todavía seguía ahí Alfredo—. Si, señor. Ahora mismo le mando de vuelta —Y colgando el auricular se volvió a Alfredo con una sonrisa de oreja a oreja—. el señor Hopkins quiere que vuelvas a la cama, me dice que necesitas mañana estar en plena posesión de tus facultades. Dice que te harán falta

—No se ven muchos teléfonos, ¿Cómo es que tienes aquí un teléfono, si me permites la pregunta?

—En el colegio hay tres teléfonos: este, otro en la habitación de Mr. Hopkins y el tercero en el despacho del director Don Luis Carrión. Hopkins es el jefe de seguridad del colegio, Mr. Hopkins trabajaba para el servicio de inteligencia británico, él se ha encargado de diseñar y supervisar la seguridad

de las embajadas de Inglaterra en más de seis países, y te puedo asegurar que se han puesto más recursos y esfuerzo en la seguridad de este colegio que en la seguridad de esas seis embajadas juntas.

—Escucha, esto no se lo puedes contar a nadie, pero hay muchas organizaciones internacionales que están al tanto de este proyecto y tienen mucho interés en que fracase. Pronto verás que en este colegio se está fraguando una unidad de inteligencia militar internacional, esto no es un simple colegio para niños ricos, este va a ser el centro neurálgico del espionaje mundial. —Jerónimo paró un momento para beber el nuevo vaso de anís que se acababa de servir. Miró su vaso con la mente algo nublada por el licor y pensó -correctamente- que probablemente estaba hablando demasiado de la cuenta. ¡Qué diablos! en el fondo estaba hablando con el hijo de su coronel, eso para él era tan bueno como no haber dicho nada a nadie. Continuó: —Contrataron a Mr. Hopkins para el servicio de seguridad del colegio, además de preparador físico y profesor de Operaciones Especiales.

—¿Operaciones Especiales?

—Sí, el claustro de este colegio, si te fijas, son todos eminencias en las ramas de Armamento, Operaciones Especiales, Geografía y Cartografía, historia política, logística, etc.

—Pero todas las clases que he tenido hoy eran de química, física y biología

—Me imagino que todas esas clases impartidas por el Doctor Hoffman, ¿verdad?

—Pues sí...

—Doctor Hoffman es un reconocido doctor en química y física, pero también ha desarrollado el armamento más avanzado en lo que vamos de siglo, y por lo que he oído está trabajando en armas de destrucción masiva bioquímicas y nucleares. No me preguntes cómo funciona eso, que yo no entiendo, pero seguro que pronto lo estarás aprendiendo.

Alfredo asentía para sí, mientras recordaba la imagen de Hopkins a la luz de las llamas del avión en el monte de El Pardo, después de haber acabado con la vida de dos rusos del círculo más cercano de Stalin.

## Capítulo 13

*San Esteban, 16 de septiembre de 1931*  
*Colegio*

A LAS 6.10 de la mañana el sol todavía no había salido, aunque el día empezaba poco a poco a ganarle terreno a la noche por el levante. Hacía mucho más frío del que todos los alumnos habrían esperado. En pantalones cortos, en posición de firmes en el patio del colegio, la densa humedad de la mañana que traía el Cantábrico golpeaba sin piedad a las expuestas extremidades de los jóvenes.

Mr. Hopkins llegó al patio a las 6.15 vestido con ropa deportiva y zapatillas de correr. Con solo un gesto, dijo a los muchachos que le siguieran y empezó a correr camino abajo, hacia la salida del colegio.

Una vez fuera de los muros del colegio, tomaron un angosto camino forestal por el que subieron en fila de a uno por la escarpada pendiente. El suelo arcilloso les hacía resbalar y caer al suelo, y buscaban apoyo en las rocas y raíces con pies y manos para poder mantener el ritmo de escalada de Mr. Hopkins.

Alfredo subía la cuesta con el corazón bombeándole en el pecho y en el cuello con fuerza. Los pulmones le quemaban por el esfuerzo. Miró a su alrededor a los muchachos que corrían con él, y le sorprendió ver en la buena condición física en la que parecían estar todos. Alfredo siempre había sido un corredor de potencia y rapidez, lo suyo eran las distancias cortas, pero también tenía aguante si había que correr distancias largas. Los muchachos a su alrededor corrían con determinación en la mirada y sin muestras aparentes de cansancio.

—¿Dónde estaba Friedrich? Seguro que el príncipe regordete estará muriéndose con la carrera. —Se dijo

Aceleró un poco su paso para dar alcance a Edward que estaba corriendo a unos metros frente a él.

—Edward, ¿Dónde está Friedrich? ¿Le ha ocurrido algo? Espero que tenga una buena excusa, o se le va a caer el pelo. —Preguntó con la respiración entrecortada cuando se puso a la altura de su compañero inglés.

Edward le miró enarcando una ceja y con sorna en la cara—. ¿Friedrich? —Dijo y soltó una risotada.

—No verás al príncipe mezclándose con la tropa en tareas tan mundanas y pedestres.

—Pero, tú también eres un príncipe

—Tú lo has dicho, UN príncipe, no EL príncipe.

Le asaltaron mil preguntas que hacer, pero la falta de resuello le hizo seguir la carrera sumido en sus cavilaciones.

En lo alto de la loma se abrió un claro donde Mr. Hopkins paró la marcha. Esperó unos minutos hasta que el resto de los alumnos hubiera llegado.

Alfredo cuando recuperó la respiración lo suficiente como para desdoblarse y mirar a su alrededor, vio que el claro, que a simple vista parecía un gran parque infantil, era realmente un parque de entrenamiento militar, con cuerdas, vallas, muros, escaleras, fosos, etc.

—Ya estamos todos aquí. Espero que os haya servido a todos el calentamiento de esta mañana, ahora podemos empezar a hacer ejercicio.

Un alumno de pie junto a Alfredo soltó una risotada inocente pensando realmente que Mr. Hopkins estaba bromeando; sus compañeros jamás volvieron a ver sonreír a ese alumno en lo que restaba de colegio.

Después de los ejercicios, los alumnos volvieron al trote lento hasta el colegio. Cuando Alfredo llegó a su habitación con Edward a las 7.45 am con todos los músculos de su cuerpo doloridos y calado hasta los huesos, se encontró a Friedrich leyendo un libro cómodamente en su sillón junto al fuego.

—Friedrich, pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo es que no has venido con nosotros?

—Oh, hola Alfredo —Dijo despertando de su lectura—. ¿Qué tal vuestro paseo de esta mañana?

—¡Paseo! ¡Lo llamas a eso paseo! ¡Pero míranos como estamos! — Friedrich miró de arriba abajo a Alfredo con curiosa desaprobación.

—Pero, ¡cómo puedes ir por ahí así de desaliñado! Pareces un vagabundo andrajoso. Te recomiendo que entres rápidamente en la ducha y te acicales bien o no te dejen entrar en el comedor a desayunar con esa pinta. —Alfredo lanzó los brazos al aire y los dejó caer en señal de derrota y se encaminó a las duchas. Edward y Friedrich rieron viéndole marchar desesperado.

La puerta se abrió y entró James Roosevelt con Hans. James estaba pletórico y parecía que el ejercicio matutino le había revigorizado. James se quitó la camisa y se puso delante del espejo flexionando sus músculos e hinchando el pecho. Parecía realmente orgulloso de lo que veía en su reflejo. Friedrich y Edward intercambiaron una discreta mirada conspiratoria de mofa, antes de que Edward se perdiera también camino a las duchas.

La puerta volvió a abrirse y entró Marco Casaretto, el italiano de la casa— Magallanes —y se dirigió directamente a Friedrich. Hizo una breve inclinación de cabeza frente a él y se acercó al oído de Friedrich para decirle algo.

—Vosotros dos, —Dijo James dirigiéndose a Friedrich y a Marco—. ¿no os atrevéis a mancharos con un poquito de barro?

Marco levantó un momento la mirada hacia James y continuó con su confianza al oído de Friedrich. Friedrich ni se inmutó con el comentario, actuó como si no hubiera oído a James.

—Estoy hablando con vosotros, ¡nenazas!

Esta vez Marco se levantó. En su cara había una determinación inesperada, se acercó con paso rápido y ágil hacia James sin dejar de mirarle a los ojos con una furia que hizo a James retroceder dos pasos.

—¡Marco! —Llamó Friedrich.

El italiano se paró en seco.

—Marco, ¡déjale! Recuerda que no es más que un muchacho.

Alfredo y Edward habían vuelto a la habitación y miraban la escena desde la puerta de los baños asombrados.

—Marco, hablaremos más tarde. Ahora márchate. —Marco volvió la mirada a Friedrich y haciéndole una leve inclinación de cabeza se dio media vuelta y se alejó de la habitación.

James estaba todavía mirando boquiabierto a la puerta por la que había salido Marco, y Edward y Alfredo estaban no menos aturdidos en la puerta del baño, con una toalla en la cintura como única vestimenta, tratando de entender qué es lo que acababa de ocurrir.

—James, más te vale que te des prisa y te duches o te perderás el desayuno  
—Dijo Friedrich afablemente levantándose del sillón y dejando el libro en la mesita como si ahí no hubiera ocurrido nada.

—Vosotros también, daos prisa. Yo voy bajando y os guardaré sitio en nuestra mesa. —Se cerró la puerta detrás de Friedrich, y sus compañeros de habitación se dispusieron a hacer con presteza lo que él les había dicho, sin pensar siquiera que estaban cumpliendo las órdenes que les acaba de dar un compañero de cuarto.

Después del desayuno, Don Andrés Pizarro les estaba esperando en el aula para tener la primera clase de Geografía, Cartografía y topografía.

—La topografía es una ciencia geométrica aplicada a la descripción de la realidad inmóvil circundante... —Empezó el profesor toledano con una soporífera y monótona cadencia en su voz.

Describió la historia y utilidad de la topografía, no solo limitado a hacer los levantamientos de campo previo a la construcción de edificios, puentes, carreteras, etc. Habló de la importancia del estudio del terreno, de la geografía y topografía desde el punto de vista estratégico-militar.

Alfredo estaba quedándose dormido después del madrugón y del ejercicio de esa mañana. Había perdido totalmente el hilo de la lección, cuando Don Andrés Pizarro sacó una caja de la estantería junto al atril, y empezó a repartir a todos los alumnos una brújula, un mapa de la comarca de Saja-Nansa y un plano topográfico del Valle de Cabezón.

—Os recomiendo que estudiéis bien los mapas y os familiaricéis con la brújula. Tenéis un caso práctico en dos días. Este fin de semana vais a tener una prueba de supervivencia, donde pondréis en práctica lo que hayáis aprendido aquí. —Ahora Don Andrés tenía la total atención de Alfredo y del resto de los alumnos de la clase.

—La prueba de supervivencia la conseguiréis pasar sin conocimiento de alimentación y plantas medicinales; sin saber nada sobre enfermería y primeros auxilios, pero os aseguro, que cuando os suelten este fin de semana en el monte con una brújula y un cuchillo, si no conseguís orientaros, no solo no pasareis la prueba, pero lo más probable es que además muráis en el intento...

Cuando salió el profesor de la clase, el silencio seguía reinando en la clase, y los muchachos se miraron entre ellos como reos a quienes acaban de sentenciar a muerte. El único que le pareció a Alfredo que permanecía

tranquilo era Friedrich, que seguía con su tranquila mirada satisfecha detrás de sus regordetes mofletes.

La Doctora Martínez Unzurrunzaga entró en el aula a los pocos minutos de haber salido Don Andrés, y los alumnos estaban hablando en pequeños grupúsculos por toda la clase. En cuanto la vieron entrar, se dispersaron y fueron sentándose cada uno en su pupitre.

La doctora era la profesora de Alimentación y Botánica. Cuando Alfredo leyó el plan de estudios hace unos días, y vio las clases de la doctora Martínez, le pareció una total pérdida de tiempo. Ahora, después de las funestas noticias que acababa de recibir de Don Andrés Pizarro, recibía a la doctora con interés renovado.

—¿Cuántos de vosotros habéis pasado alguna vez en vuestra vida un fin de semana entero sin comer? —Empezó diciendo la profesora.

En otras circunstancias la pregunta habría producido risas y algún comentario jocoso. Nadie contestó a la pregunta. El silencio en el aula era sepulcral.

—Podéis alegraros, ya que estamos en otoño y el monte está plagado de setas de toda especie. Un alimento sabroso que encontrareis en cantidad y es fácil de cocinar y delicioso para el paladar. Desgraciadamente alguno de vosotros que no preste mucha atención a esta clase, consumirá alguna seta venenosa por equivocación, y tendrá serios problemas gastrointestinales y tal vez se topará de frente con la muerte. —Tal vez lo habían planeado los profesores así durante el desayuno, pero hoy estaba todo el personal docente con un tono macabro totalmente falto de gusto, pensó Alfredo.

—No creáis lo que suelen decir algunos ignorantes paletos sobre la facilidad de reconocimiento que tienen las setas venenosas. No todas las setas venenosas tienen colores vistosos y brillantes, ni tampoco las toxinas de las setas desaparecen a altas temperaturas. En los montes cántabros, donde seréis depositados esta semana en la prueba de supervivencia, se encuentran varios tipos de hongos muy venenosos, inofensivos en apariencia, deliciosos en sabor, pero cargados de toxinas que podrían tumbar a un caballo.

—¿Cuáles son los síntomas de ingesta de un hongo venenoso? —Preguntó un muchacho.

—Empezará con vómitos y diarrea intensa. Seguirán dolores de cabeza, mareos, sudores fríos y un dolor abdominal agudo.

—¿Qué podemos hacer si alguno de nuestros compañeros presenta estos



síntomas? —Dijo Estévez levantando la mano.

—Lo mejor que podríais hacer por ellos en ese momento, es sacarles de su miseria: buscar una buena piedra y partirle la cabeza con ella para que no sufra más.

Ahora el silencio, si cabe, se hizo aún más intenso.

—¿Podría preguntarle en qué universidad estudió Medicina, doctora? ¿Transilvania tal vez? —Preguntó James con cierto sarcasmo.

—¿Quién ha hablado de medicina? Soy doctor en toxicología, con especialidad en biología y química analítica, señor...

—Roosevelt, James Roosevelt

—Señor Roosevelt, su padre es un conocido naturista y ha escrito varios interesantes tratados en biología. Espero que usted haya heredado al menos el interés de su padre por las ciencias y la naturaleza. —James se incomodó notablemente al oír mencionar a su padre. Se sonrojó, y bajó la mirada a sus manos, que se retorcían nerviosas sobre el pupitre.

El resto de la semana transcurrió veloz con los ejercicios matutinos con Mr. Hopkins y las clases de preparación para la prueba de supervivencia. Los alumnos se esmeraban mucho en prepararse bien, sabiendo la practicidad de todo lo que estaban estudiando y la utilidad que iba a tener este fin de semana las asignaturas cobraron gran interés entre el alumnado. Alfredo disfrutó especialmente las clases de Primeros Auxilios las cuales, para su sorpresa, fueron impartidas por la enfermera del colegio, Maria Luisa, a quien no podía quitarse de la cabeza.

El miércoles por la tarde todos los alumnos tuvieron permiso para salir del colegio a dar un paseo por el pueblo. Alfredo, Estévez, Edward y Friedrich se sentaron en la terraza de una cafetería en la plaza del pueblo desde donde disfrutaron viendo la actividad de un pueblo despertado de su letargo por la visita de los alumnos del colegio San Esteban.

—¿No es ese Marco? —Preguntó Edward señalando con la barbilla al joven italiano que paseaba por el pueblo con una moza rolliza del brazo.

—Si, parece que ha entablado amistad con la nueva panadera del pueblo —Explico Estévez—. Se conocieron en el tren, creo que ella ha venido de Austria o Alemania, parece ser que es sobrina de la panadera del pueblo y ha venido a ayudarla unos meses.

—¡Los hay que no pierden el tiempo! —Dijo Alfredo entre risotadas.

—Hablando de no perder el tiempo... —dijo Edward e hizo un gesto a Alfredo para que se percatara de quién estaba paseando sola por la plaza.

Maria Luisa caminaba sola y tranquila, con un libro en la mano y admirando la arquitectura de la iglesia. Alfredo se sonrojó y se hundió en su silla. Friedrich se levantó y fue directamente al encuentro de Maria Luisa y volvió al momento con ella. Todos los muchachos se levantaron de sus sillas para recibirla.

—Creo que todos conocéis a la señorita Maria Luisa —Dijo Friedrich a modo de presentación. Edward acercó una silla a la joven enfermera.

—Hola chicos, ¿cómo estáis? —Dijo alegre—. Alfredo, perdona, ¿no te reconocía con tanta ropa! —Dijo sentándose junto a Alfredo que estaba sentado a su lado con la cara bermellón mientras todos reían.

## Capítulo 14

*Valle del Nansa, 27 de septiembre de 1931*

EL VIERNES PODÍAN todos levantarse una hora más tarde, ya que no había sesión de gimnasia con Mr. Hopkins, pero, aun así, en la habitación de Alfredo estaban todos ya en pie a las 6.00am preparándose para el fin de semana de supervivencia.

Cuando Alfredo salió de la ducha y volvió a la habitación, James Roosevelt estaba vestido con ropa militar de campaña y estaba pintándose la cara con betún. Su compañero, el sueco Hans, le miraba curioso, y al poco comenzó también a aplicarse betún en su cara.

James estaba pletórico, cuando terminó de ennegrecerse la cara se plantó orgulloso delante del espejo con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber a qué clase de fiesta de disfraces vais vosotros? — Pregunto Alfredo burlón.

James se giró y le miró fríamente durante un rato—. Veo que sabes más bien poco de supervivencia, español —Dijo finalmente con los dientes apretados—. Me alegro de que no estemos en el mismo grupo para la prueba del fin de semana, no querría pasarme todo el fin de semana arrastrándote monte abajo para asegurarme de que volvieras el domingo por la noche al colegio de una pieza.

—Agradezco mucho tu preocupación, James. Yo también me alegro de que no estemos en el mismo grupo. Creo que el que se pasee contigo vestido con esa pinta, aunque solo sea por el monte, tiene grandes probabilidades de acabar haciendo noche en el cuartelito o encerrado en un manicomio. — Edward no pudo contener una risotada con este comentario. James y Hans se dieron la vuelta para perdonar la vida al inglés con la mirada. Edward estaba

impecablemente vestido con su traje de tweed y sentado frente al fuego con un libro en la mano mirándolos con aire divertido.

—Tú no te metas en esto, Eddy —Dijo James amenazador.

—No, por supuesto. ¡Dios me libre! —Dijo levantando las manos en tono pacificador, pero con la sonrisa todavía en la cara.

—¿De quién se supone que pretendes esconderte? No sé si has entendido bien las instrucciones para este fin de semana, pero lo único que has de hacer, es pasar el fin de semana lo más cómodamente posible en el monte y encontrar el camino de vuelta al punto de encuentro antes del domingo. —Dijo Alfredo terminando de anudarse la corbata y abotonándose el chaleco.

—¿Y tú? —Contestó James otra vez masticando las palabra—. ¿Se puede saber qué piensas comer este fin de semana? Porque, con un cuchillo en la mano, me parece que, si tienes suerte, tal vez consigas cazar una lagartija, siempre y cuando eso no ensucie tu traje, claro está, si no, mejor morir de hambre. —James dio un golpecito en las costillas de Hans con el codo, como si fuera la señal de entrada para que le riera la gracia. Hans rio abriendo vulgarmente la boca, enseñando unos blanquísimos dientes en contraste con el betún de su cara.

—Mi padre aprendió las técnicas de camuflaje en la selva del Amazonas de las tribus autóctonas, para la caza con emboscada. Él me enseñó todo lo que ahí aprendió... más unos cuantos secretos de su invención. —Dijo esto último hinchando mucho el pecho.

—¿Y que tienes planeado cazar este fin de semana, si se puede saber?

—No lo sé todavía —Hizo un estudiado silencio mientras se miraba las uñas. —un jabalí... tal vez un corzo.

—Y la técnica exactamente cuál es, ¿aparecer al jabalí de repente, de detrás de un árbol, y que este se muera del susto? Porque con esa pinta, desde luego que al pobre jabato le da, o un paro cardiaco, o un ataque de risa. —Ahora Edward y Alfredo no contuvieron su risa y rompieron los dos en fuertes carcajadas.

—Vosotros reiros ahora, pero ya veremos quién ríe el último. Y a ti ya te daré una lección un día de estos, españolito

—¡Espero que no sea una lección de camuflaje y de caza sigilosa! —Dijo Alfredo, y otra vez Edward y él se doblaron en carcajadas mientras James salía encolerizado de la habitación dando un fuerte portazo.

La puerta se abrió un segundo más tarde y entró un sorprendido Friedrich

con el periódico debajo del brazo mirando distraído detrás de sí.

—¿Habéis visto lo mismo que yo saliendo de esta habitación o es que me estoy finalmente volviendo loco del todo?

Se formaron cuatro grupos para la prueba de supervivencia. El grupo de Alfredo estaba formado por Friedrich, Edward, Marco y Alfredo como jefe de equipo. James era el jefe de otro equipo formado por Hans, el vasco Jon Garaigordobil, y Alex un andaluz de padre inglés y madre jerezana. Este grupo se autodenominó Grupo de Asalto de los Caballeros Oscuros, indudablemente por el color del betún en la cara de todos los miembros, menos el jerezano que se negó en rotundo a hacer el ridículo de esa manera.

La prueba de supervivencia consistía de tres partes: orientación, supervivencia y asalto. Los grupos partirían de zonas remotas en el monte, y deberían encontrar el camino de vuelta hasta el colegio, pero antes, cada grupo tenía una misión de asalto/rescate que cumplir. Las órdenes para la misión se darían en sobre cerrado que no podría abrirse hasta tres horas después del comienzo de la prueba.

Cada grupo fue depositado en diferentes puntos de la sierra de Cabuérniga llevando consigo tan solo la indumentaria que llevaban puesta, un cuchillo F-S, brújula y mapas de la zona.

Cuando el grupo de James salió del Ómnibus, James dijo a su grupo que le siguiera. Empezó a correr ladera arriba, con sus compañeros siguiéndole, como si se tratase de una jauría de lobos en una misión. Al cabo de veinte minutos corriendo, James paro junto a un gran fresno y dijo que podían parar.

—Este parece un buen sitio para acampar. —Dijo cuando consiguió recobrar el aliento. Grandes gotas de sudor le rodaban en la cara fundiéndose con el betún, para luego caer en densas gotas sobre la chaqueta, como la cera derretida de una vela negra.

—Lo primero que debemos hacer para sobrevivir a la intemperie y sus elementos es hacer un refugio. —Dijo a sus tres compañeros que escuchaban atentos frente a él—. Jon: tú y Alex cortad un árbol de poco diámetro, no más de seis centímetros, luego buscad dos ramas que tengan un codo más o menos a la misma altura; con eso formaremos la estructura de nuestro refugio. Hans y yo buscaremos ramas, musgo y hojas secas para hacer una cama aislante sobre la que erigir la tienda.

El grupo de James se puso manos a la obra, y al cabo de casi tres horas,

habían confeccionado un refugio donde cabían los cuatro, aunque apretadamente, que les reguarnecería de la lluvia en caso de venir. Cuando hubieron terminado, ya estaba anocheciendo. James mandó a sus compañeros a buscar setas y cualquier cosa que pareciera comestible. Mientras, él trataría de encender un fuego.

El grupo de Alfredo fue depositado en la alto de un monte a algo más de media hora en Ómnibus del colegio. Durante el viaje, Alfredo trataba de memorizar el camino, y tomaba nota mental de las pocas localidades que cruzaron a su paso. Se bajaron del ómnibus, y cuando el vehículo se hubo marchado, Marco comenzó la marcha sin decir palabra y Friedrich y Edward se dispusieron a seguirle.

—Eh, esperad. Lo primero que tenemos que hacer es un refugio. —Dijo Alfredo.

Friedrich se dio la vuelta y mirándole con sonrisa paternal le dijo—. venga, no hay tiempo que perder, síguenos.

—No sigáis. Vamos primero a mirar en el mapa dónde estamos y luego hagamos el refugio. —Dijo a unos compañeros que no parecían oírle. Les persiguió unos pocos pasos apresurados y volviendo a pararse les dijo—. yo soy el jefe del equipo, tenéis que hacerme caso. Yo soy el responsable de la supervivencia de todos nosotros durante este fin de semana en la naturaleza. —Esto último lo dijo con poca convicción.

Friedrich paró la marcha y se dirigió a Alfredo—. Alfredo, la supervivencia es acción y efecto de sobrevivir, y sobrevivir, es la conservación de la vida. Eso no significa que tengamos necesariamente que vivir como pordioseros y comer cosas que harían pensárselo dos veces a un marrano. —a pesar del denso acento alemán de Friedrich, Alfredo pensó una vez más que el joven extranjero tenía probablemente mucho mejor dominio del español que él mismo.

—Vamos, síguenos.

Alfredo no entendía, pero siguió a su grupo de amigos con resignación sin hacer más preguntas.

Marco seguía andando, abriendo el camino, con decisión. Ni siquiera consultaba el mapa o la brújula, seguía haciendo camino como si hubiera crecido en esos montes.

El día estaba cediendo y el anochecer se acercaba a gran velocidad para

gran preocupación de Alfredo. Llevaban andando a buen ritmo más de cuarenta y cinco minutos y en cuanto cayera la noche no podrían buscar cobijo ni comida.

Cruzaron un riachuelo saltando de piedra en piedra para no mojarse los elegantes zapatos de paseo que llevaban puestos todos menos Marco, que calzaba unas botas de campo. Al otro lado del riachuelo, había un merendero con un solitario coche que parecía abandonado.

Marco se dirigió al coche, abrió la puerta del piloto, y lo puso en marcha. Friedrich y Edward subieron al coche detrás de él sin pensárselo. Alfredo hizo un gesto desde fuera del coche como pidiendo una explicación, pero dejó caer los brazos en señal de rendición y subió también al coche con sus compañeros.

—Sabéis, esto empieza casi a parecer que esto no era un encuentro fortuito y que la caminata y el coche esperándonos estaba premeditado. —Dijo Alfredo arrimándose a los asientos de adelante para hacer conversación. Nadie le contestó.

Siguieron en silencio por una carretera de montaña durante media hora. La noche era ya cerrada y Marco había encendido las luces del coche. Llegaron a un pequeño pueblo que se llamaba Ruiloba, donde Marco aparcó el coche frente a una iglesia de estilo barroco. Salieron del coche y el olor a mar se mezclaba con el denso olor agrio de vaquerizas. Marco se dirigió a lo que parecía ser una posada, y abrió la puerta.

Friedrich entró el primero y le siguieron los demás. La estancia parecía una vieja cuadra que había sido rehabilitada y convertida en posada. Las paredes eran de piedra vista, y el suelo de azulejos de barro. Al fondo, una pequeña barra de castaño en la que se exhibían unos vinos de la tierra y unos pocos licores.

Junto a la barra había una puerta pequeña de la que salió una joven robusta de aspecto sano y rollizo, a quien Alfredo reconoció como la panadera Austriaca que llevaba Marco el otro día del brazo. La panadera, al ver a Friedrich, se tiró al suelo en una estudiada reverencia.

—Levántate Fraulein Emma, por favor. ¡Qué alegría volver a verte! —La puerta de detrás de la barra volvió a abrirse, y esta vez, entró una señorona a quien Emma presentó como Frau Vélez, viuda de Herr Schimt.

—Sea bienvenida su alteza imperial a mi humilde casa. Es una honra para nuestro establecimiento contar con su graciosa presencia —Edward y Alfredo

intercambiaron miradas y mucho les costó no estallar en carcajadas por la torpe presentación de la posadera. Friedrich en cambio, se lo tomó con suma seriedad y cortesía:

—El honor es mío Frau Vélez. Agradecemos de corazón su hospitalidad.

La señora Vélez les invitó a pasar al comedor, en el que la mesa estaba lista y servida junto al fuego de la chimenea.

Emma y la señora Vélez sirvieron vino a los comensales y trajeron unos platos con jamón, chorizo y lomo y una fuente de rabas de calamar para abrir el apetito.

Mientras Emma servía la mesa, Alfredo vio el intercambio de miradas, sonrisas y caricias furtivas entre Marco y Emma.

Una vez que hubieron servido el cocido montañés, las señoras dejaron el caldero junto al fuego, en la chimenea, para que se mantuviera caliente en caso de que quisieran repetir.

En cuanto se hubo cerrado la puerta detrás de ellas, Alfredo preguntó exasperado: —¿me podréis explicar ahora que es lo que está pasando? — Todos los demás rieron viendo la frustración de Alfredo.

—Como te dije Alfredo, supervivencia es la acción y efecto de conservar la vida, y eso es exactamente lo que estamos haciendo, y de la mejor forma posible.

—Pero ¿cómo os las habéis ingeniado? ¿Cómo lo habéis organizado?

—Alfredo, creo que no has estado prestando atención en clase esta semana, me temo que la enfermera te tiene acaparada la cabeza entera.

—No sé de qué me hablas

—¿No estabas en clase cuando hablaron sobre el estudio de la topografía del terreno? ¿Que debíamos buscar lugares propicios para emboscadas? ¿Lugares para refugiarse y para plantar batallas?

—Si, todo eso lo sé muy bien, pero ¿qué tiene que ver eso con fugarse en coche y pasar un fin de semana en el campo a cuerpo de rey? —Dijo lo último abarcando con sus brazos con las palmas hacia arriba en una gran circunferencia para abarcar la mesa y la posada.

—En el capítulo de reconocimiento, —prosiguió Friedrich con calm—. vimos la importancia de mandar una avanzadilla de vanguardia para estudiar y preparar el terreno. Eso es exactamente lo que hemos hecho. Marco ha estado estudiando el terreno saliendo del colegio y con ayuda de su íntima amiga Emma —esto lo dijo mirando a Marco de una forma delatadora que hizo que



el italiano mostrase todos sus dientes en una grosera sonrisa desvergonzad—, y nos ha preparado el refugio para que podamos sobrevivir el fin de semana.

—Lo primero que había que hacer una vez en el campo era buscar un refugio y alimentos. Creo que hemos cubierto esos dos puntos con sobresaliente. Ahora tenemos que ver la misión que nos han encomendado, creo que tienes las instrucciones en el sobre del bolsillo interior de tu chaqueta.

Alfredo se palpó el pecho como descubriendo por primera vez el sobre, lo sacó, y lo puso sobre la mesa sin abrirlo.

—Bueno, a qué esperas —Le dijo Edward al fin—. ¿No vas a abrir el sobre?

Alfredo abrió con cuidado el sobre y leyó en voz alta:

*En la Villa de Comillas, hay un pequeño puerto pesquero, y sobre este, una taberna. La taberna se llamab—. Moby Dick». Sobre la barra, en el interior del local, cuelga una ballena labrada en madera. Su misión es sustraer la ballena y traerla de vuelta el domingo al colegio sin ser atrapados antes por las autoridades. En caso de ser detenidos por la policía, el colegio negará conocer a los alumnos de dicho grupo. Estas instrucciones deben ser destruidas inmediatamente después de ser leídas.*

## Capítulo 15

*Comillas, 28 de septiembre de 1931*

EL MOBY DICK era una taberna donde los marinos iban a refrescar el gaznate cuando volvían de faenar, o adonde iban a ahogar sus penas y aburrimiento cuando la mala mar les obligaba a quedar en tierra.

Alfredo y sus amigos fueron al puerto al mediodía para hacer una visita de reconocimiento. El cielo estaba despejado, y desde el Moby Dick había una majestuosa vista del puerto de Comillas y de la playa al fondo. Habían colocado dos mesas fuera junto a la puerta para aquellos clientes que quisieran tomar el aperitivo al sol. Se sentaron Alfredo, Friedrich y Edward; Friedrich mandó a Marco dentro a pedir una botella de blanco y unas sardinitas fritas. Cuando volvió Marco, los cuatro se acodaron en la mesa para escuchar el informe de Marco:

—Es un lugar pequeño, no más de cincuenta metros cuadrados. Ahora está casi vacío, solo está el tabernero y un anciano concentrado en su anís. Hay una pequeña cocina detrás de la barra, y un baño sin ventana al exterior. La ballena está colgando detrás del mostrador, mide metro y medio de largo por treinta centímetros de alto, no parece ni pesada ni difícil de descolgar. Cuelga de dos ganchos del techo, pero hay que entrar a la barra para sacarla. ¡Esto es pan comido!, no tenemos más que distraer al tabernero, tal vez podemos pedir algo que le tenga unos minutos entretenidos en la cocina, coger la ballena y desaparecer

En ese momento salió el tabernero, un hombre de mediana altura, cargado de hombros, con escaso pelo muy oscuro y rizado, las patillas en forma de hacha. Cargaba en una mano una bandeja redonda con la botella de vino,

cuatro vasos, las sardinas, pan, platos y cubiertos con la misma facilidad con la que cualquier otro hombre sostendría un paraguas.

—Buenos días caballeros. —Dijo alegremente con un marcado acento montañés—. Un vino blanco, fresquito y de la tierra, y las sardinucas frescas.

—¡Qué buena pinta tienen! —Dijo Friedric—. ¿Las cocina usted mismo?

—Un servidor, si señor, y las sardinas salieron del mar ayer mismo

—¡Fantástico! ¿Y que más ofrece en la carta?

—Tenemos chipirones, mejillones, navajas, pulpo y rabas. Y si vuelven esta noche, cuando hayan vuelto los muchachos de la mar, tendremos merluza, lubina y besugo que se lo puedo hacer con patatas a la gallega.

—Eso suena muy bien. Pónganos de momento unos mejillones, los chipirones y unas rabas. Creo que ya puestos, podemos comer aquí, y ya hablaremos más tarde de la cena.

En cuanto se volvió a meter dentro el tabernero, los cuatro se arremolinaron otra vez alrededor de la mesa a confabular sobre cómo entrar mientras el tabernero estaba metido en la cocina y robar la ballena.

Marco entró con Alfredo en la taberna. Alfredo debía distraer al anciano del anís mientras Marco saltaba la barra y descolgaba la ballena; Friedrich esperaba en la puerta para coger la ballena y pasársela a Eddy, quien era el más rápido de los cuatro, y debía salir corriendo tan rápido como pudiera con la ballena bajo el brazo de vuelta al coche.

Todo estaba funcionando como planeado: Marco descolgó la ballena con facilidad y Friedrich se acercó a la barra, cogió la ballena de las manos de Marco y se fue rápida y sigilosamente hasta la puerta para dársela a Edward, pero este irrumpió en la taberna abriendo la puerta de par en par.

—¡Policía! —Dijo Edward con el pomo de la puerta en una mano y con cara de haber visto un fantasma.

Los cuatro amigos se quedaron un momento clavados en el suelo, mirándose unos a otros, sin saber qué hacer.

—Eddy, sal fuera y siéntate en la mesa. Trata de distráeles. —Dijo Friedrich rápidamente llevando la ballena de vuelta a Marco—. Toma, Marco cuélgala otra vez. Alfredo, ve al baño a lavarte las manos, sal en tres minutos.

La puerta de la taberna se abrió al mismo tiempo que Marco saltaba la barra después de haber colgado la ballena de vuelta en su sitio. Un policía acompañado de un hombre de aspecto respetable entro por la puerta.

—Buenos días —Dijo el hombre de aspecto respetable.

—Buenos días —Contestaron Marco y Friedrich a coro acodados en la barra.

—Son ustedes también alumnos del colegio San Esteban, como John, imagino

—¿Perdón? —Preguntó un desorientado Friedrich

—John, el joven caballero que está sentado fuera, imagino que está aquí con ustedes?

—Sí... John... Sí, claro. Es compañero nuestro.

—Bueno, es un gusto conocerlos y que hayan venido a visitarnos. Soy Ignacio Lasarte, el alcalde de Comillas, y este es Juan Bonilla, el jefe de policía.

—Mucho gusto, yo soy Fre... Francis. Francis Schmitt y este es mi compañero Luca DiLuna.

Freddy y Marco salieron fuera a reunirse con Edward, y al poco se les unió Alfredo.

—Me temo que vamos a tener que posponer la sustracción de la ballena hasta esta noche. —Dijo Alfredo mirando detrás de sí en dirección a la puerta de la taberna.

—Podríamos aprovechar e ir a visitar Santillana del Mar para hacer tiempo hasta la noche. —Dijo Friedrich—. Me gustaría ver La Colegiata, y luego las cuevas prehistóricas de Altamira, aquellas que llaman la Capilla Sixtina del Cuaternario.

Cuando volvieron al puerto de Comillas, ya había anochecido. Una lluvia fina caía relajante y el mar estaba como un plato. Las mesas de fuera de la taberna habían sido retiradas, y cuando abrieron la puerta del Moby Dick vieron, para la sorpresa de los cuatro amigos, que el lugar estaba abarrotado de gente. José Luis, el tabernero, levantó un brazo desde la barra en cuanto les vio, y salió en su busca secándose las manos en una toalla que llevaba ceñida en el delantal.

—Buenas noches caballeros —Dijo con sonrisa franca—. Les guardé una mesuca ahí, en el rincón, donde podrán comer tranquilos.

Los cuatro se acomodaron en la mesa y miraron a su alrededor el ambiente de la taberna. Habría al menos quince personas, todos hombres. Al menos ocho de ellos parecían ser fornidos marinos que habían vuelto de faenar, los demás eran lugareños que los miraban con la misma curiosidad y hostilidad

que los pescadores. Alfredo se concentró en la montaña de periódicos y viejas revistas, que había en una mesita junto a ellos, para no tener que aguantarle la mirada a la clientela del local.

—Eh, muchachos. ¡Mirad esto! —Dijo poniendo una copia del *Spectator* que sin duda algún turista inglés habría dejado olvidado este verano—. ¡Es nuestro buen amigo James Roosevelt! El artículo dice que el hijo del expresidente americano visitará Londres en agosto de camino a España donde atenderá a un colegio internado en el norte de este país. ¡Mirad que foto! ¡Parece la foto de un delincuente buscado por la policía!

La puerta de la taberna se abrió, y como si hubiera oído su nombre, por ella entró James Roosevelt con la cara todavía ennegrecida por el betún y su traje de fatiga. Con él venían Hans y Jon; el jerezano probablemente se quedó fuera, cohibido por la estafalaria indumentaria de sus compañeros de equipo.

Se hizo un alarmante silencio en la taberna y todos los clientes se giraron para ver la grotesca imagen de los recién llegados. Gracias a la agresividad del recibimiento, James y su equipo se dirigieron directos a la barra sin mirar a nadie y no advirtieron la presencia de sus compañeros de colegio y rivales en la pesca de la ballena.

—Tabernero, pónganos tres tragos de lo más fuerte que tenga en la casa — Dijo James desde la barra con su acostumbrada osadía.

—Con esa pinta no os pongo ni tres vasos de agua. Este local será humilde, pero tenemos todavía un poco de maneras y amor propio. Aquí, si queréis que os sirva, ya podéis ir entrando en el baño y lavaros a conciencia la cara y esas manos de guarro

James se quedó un momento callado sopesando la situación. Miró a su alrededor y viendo la cara de cizaña de la clientela decidió que lo más prudente en ese momento era hacer caso al tabernero y asearse un poco.

El tabernero trajo las bebidas a la mesa de Alfredo moviendo la cabeza de un lado a otro con incredulidad.

—¿Habéis visto a esos tres? Ese es el tipo de gentuza que le da mal nombre a un establecimiento honrado como el mío.

—¡Y que lo diga! Sobre todo la pinta del que tenía la voz cantante. Juraría que he visto su cara en alguna parte —Dijo Alfredo improvisando y echando una mirada conspiradora a sus compañeros.

—Esperad, ¿No es ese el sujeto inglés que la policía andaba buscando por toda Europa? Jack the Ripper creo que le llamaban... —dijo abriendo el

*Spectator*—. Mire, aquí es. ¿No es este el mismo individuo que acaba de entrar en el baño? Léalo, dice: Peligroso asesino, se cree que ha podido salir del país y llegado a las costas de España. —Esto lo dijo con la casi certeza de que el tabernero no sabría una palabra de inglés y no podría leer lo que decía el boletín Inglés.

José Luis, el tabernero, cogió la revista que le entregaba Alfredo y fue con ella andando despacio hasta el grupo más mullido de pescadores, como si estuviese enfrascado en la lectura. Sin apartar los ojos del papel dijo: —Eh muchachos, mirad esto. ¿No es ese que acaba de entrar el tipo de esta foto? Es el Ripper, lo están buscando por todas partes por varios asesinatos. —Los pescadores se pasaron la revista de uno en uno e iban asintiendo enérgicamente de que no había duda que era el mismo que acababa de entrar en el baño.

—Quique —Dijo José Luis refiriéndose al más joven de los pescadores —. Corre al cuartelito y traite a los guardias. ¡Deprisa! Diles que tenemos aquí un pez gordo.

En cuanto se abrió la puerta del cuarto de baño, todos los locales estaban esperando en un semicírculo, en silencio. James fue el primero en salir y al ver la cara de pocos amigos de la comitiva tragó fuerte.

—Ya nos hemos lavado. Mira mis manos. ¿Qué más quieres que haga? — La voz de James le faltó, y dijo esto último con un pequeño gallito. Alfredo aprovechó que todos estaban de espaldas a la barra y desde la esquina en la que estaban sentados se movió sigilosamente; subió a la barra, descolgó la ballena y se la dio a Marco.

—Toma Marco, sal y métela en el coche. Luego espéranos con el coche en marcha. —Alfredo esperó un minuto más, y luego dijo a sus compañeros que era ya hora de que se marcharan de ahí. Camino a la puerta, pasaron detrás del tabernero, y viendo que este se volvía hacia ellos, Alfredo le puso la mano en el hombro y le dijo: —Muchas gracias José Luis, están hoy muy atareados, volvemos otro día.

—No, por favor. Quédense. Les tengo que preparar la merluza, es un momento.

—No, no se preocupe. Ya volveremos mañana. Atienda estos asuntos con estos delincuentes que parece de mayor importancia. —Esto lo dijo lanzando un guiño a James que acababa de reconocer a Alfredo y ahora veía claramente que él era el responsable de su precaria situación actual.

—¡Deténganlos! —Gritó

—A callar o te sacudo en toda la quijada —Le dijo uno de los pescadores. Friedrich y Edward ya estaban fuera, y Alfredo se despedía de James con el sombrero desde la puerta.

—La ballena... se llevan su ballena. ¡Esos impostores, están robando su ballena! —El pescador que había amenazado un momento antes, cumplió su promesa golpeándole con la mano abierta con tanta fuerza que James cayó de espaldas contra la puerta del baño, descolgando esta de las bisagras. El tabernero volvió suspicaz la vista hacia su barra, y vio un espacio vacío donde hacia solo unos momentos colgaba su ballena.

—¡Mi ballena! —Gritó saliendo por la puerta corriendo. Cuando salió fuera, los cuatro jóvenes ya iban calle abajo en el coche, lejos de toda posibilidad de ser alcanzados.

## Capítulo 16

*San Esteban, 29 de septiembre de 1931*

ALFREDO, FRIEDRICH, EDWARD y Marco llegaron al colegio la noche del domingo a las 7.30pm, después de que Fraulein Emma les dejara con el coche a las puertas del colegio con la ballena.

Alfredo se dirigió al despacho de Don Luis Carrión, llamó a la puerta, Mr. Hopkins abrió y le invitó a entrar. En el despacho había dos sillones, uno al lado del otro, frente al fuego de la chimenea. Los dos sillones estaban ocupados, pero desde la puerta Alfredo no podía ver quiénes estaban sentados.

—Don Luis. Ha venido Alfredo Martin de Caviedes a presentar el informe sobre la misión encomendada a su grupo.

—¡Ah, Alfredo! pase, pase —Dijo el anciano director del colegio levantándose del sillón—. Venga aquí, por favor, creo que conoce usted a este caballero que me acompaña.

Su compañero se levantó de su sillón y se dio la vuelta a saludar a Alfredo.

—Hola Alfredo, que alegría verte.

—Ho-hola tío, que sorpresa verte.

—Tu tío, el conde, ha venido a tratar unos asuntos conmigo, y luego quería de paso aprovechar para verte un rato.

—Pregunté a Don Luis Carrión si sería posible sacarte a cenar y traerte luego de vuelta al colegio a una hora prudente y me ha dicho que no hay ningún problema. Imagino que después de un fin de semana en la naturaleza, en estado semisalvaje, estarás deseoso de compartir una cena caliente con tu tío.

—Claro! Muchas gracias Don Luis. —Alfredo tampoco podía decir que se



había comido un chuletón esa misma tarde en la terraza del club de Golf de Oyambre y que todavía seguía haciendo la digestión, pero hay ocasiones en las que es más recomendable comer dos veces que dar explicaciones.

—Antes de marcharte —Apunto Mr. Hopkins—. ¿Podrías darnos un breve resumen sobre cómo ha ido vuestra misión? Veo que tienes la ballena bajo el brazo, enhorabuena, ¿Cómo lo conseguisteis?

—La verdad es que fue fácil: Esperamos al momento propicio, creamos un poco de distracción, nos apoderamos de la ballena y nos evadimos. —Alfredo continuó explicando cómo consiguieron pasar la noche en un refugio que ellos mismos prepararon en el bosque y cómo hicieron para encontrar el camino de vuelta hasta el colegio. Don Luis asentía durante la narración y el señor Hopkins llenaba distraído su pipa con el tabaco de su bolsa de hule. El señor conde miraba divertido a Alfredo mientras este contaba su historia sin saber si su tío estaba admirado o en cambio se mofaba de la ridiculez de la historia.

Alfredo subió al Hispano-Suiza del conde, y los dos guardaron silencio en la comodidad de los asientos hasta que hubieron salido de la finca del colegio.

—Has crecido mucho Alfredo, no ha pasado un mes desde la última vez que te vi y te veo más alto. ¿Cuánto mides ahora, un metro ochenta y cinco? ¿Un metro noventa?

—En la revisión médica me dijeron que media uno ochenta y tres, no sé si he crecido más desde entonces.

—Creo que has debido haber crecido más; mira cómo te quedan los pantalones, ¡y las mangas de la levita! Has dado un tremendo estirón desde la última vez que te vi. Te deben de alimentar bien en este colegio. —Alfredo miraba las mangas de su levita como si no las hubiera visto antes.

—No te preocupes, mandaré el próximo fin de semana a un sastre que conozco en Santander para que venga a tomarte nuevamente las medidas y te arregle un poco.

—Gracias.

El Hispano-Suiza se paró frente a un restaurante en San Vicente de la Barquera y Guillermo, el escolta del conde, abrió la puerta del coche.

—Ven Alfredo. Este es un pequeño restaurante donde sirven el mejor pescado del Cantábrico. Esta tarde comí cordero en el Golf de Oyambre y necesito una cena ligera. —Dijo el conde mirando intensamente a Alfredo con una escrutadora ceja levantada.

—¿En el Golf de Oyambre?

—Si, un gran sitio. Fui a comer con el Marqués de Comillas y es gracioso, en la terraza había unos jóvenes festejando algo, y uno de ellos era tu vivo retrato, pero no podías ser tú. Tú estabas en un refugio hecho con ramas, hojas y musgo en mitad del monte; además, este joven, había dicho en el golf que era el sobrino del Marqués de Comillas...

Alfredo se quedó callado un momento, y después, sin levantar la vista del suelo dijo. —Lo siento tío, espero no haberte causado mucho bochorno delante del Marqués.

—No me importa que salgas y que te diviertas, y sobre todo si como en este caso al final encima acabáis ganando la prueba del colegio, pero no vuelvas a utilizar el nombre de conocidos de la familia sin su aprobación.

—Lo siento. Pensé que el Marques estaba de vuelta en Cuba y que no trascendería si utilizaba su nombre.

—Déjalo, olvídalo ya. No es importante. —Los dos se sentaron en una mesa en la esquina del fondo, junto a una pecera de langostas y bogavantes. El conde se sentó contra la pared para poder ver desde allí la sala entera. Había dos parejas de avanzada edad y una ruidosa mesa con seis hombres que estaban de celebración. Nadie pareció advertir la llegada de Alfredo y su tío, solo el metre, que vino rápido y solícito.

—Señor conde, que alegría verle esta noche. No había oído que estaba usted por la zona.

—Hola Miguel. No, he llegado hoy mismo y me vuelvo esta noche al Hotel Real en el Sardinero. Una visita rápida, pero no podía dejar de parar aquí para saludarte. ¿Como está la familia, Miguel? —Dijo el Conde con esa facilidad suya de hacer a cualquiera que hablase con el sentirse tan cómodo como un niño en brazos.

—Creciendo, creciendo rápido. Miguelón empezó este año a trabajar en el restaurante; está ahora en la cocina ayudando a Benjamín y aprendiendo el negocio. Lucia todavía en la escuela, pero ya hecha una señorita.

—Me alegro Miguel, hay que cuidar de esos pequeños. Dime, qué pescado tienes hoy.

—Tengo cabracho y una lubina estupenda que me ha llegado esta misma tarde.

—Pues ponnos una lubina y un cabracho y vamos a compartir, así mi sobrino y yo probamos los dos pescados.

—Muy bien señor, como guste

—Tráenos una botella de albariño, y también de paso unas rabas y unas almejas mientras esperamos.

—Si señor, al momento.

El conde se puso la servilleta en el regazo, y estirándose volvió a examinar a todos los ocupantes del restaurante. Era una costumbre adquirida un poco innecesario, pensó Alfredo, ya que Guillermo había entrado en el restaurante antes que ellos para asegurarse de que no hubiera ningún posible peligro para el conde, y después se había quedado apostado en la puerta.

—Alfredo, tenía ganas de ver cómo estabas en el colegio, pero también he venido para hablar de un tema importante contigo. —Alfredo se revolvió en su asiento incómodo y se acercó más a la mesa para poder oír mejor a su tío que ahora hablaba en poco más que un susurro.

—Como recordarás, la noche que viniste a mi casa antes de empezar el colegio, y bajamos al sótano con los tres invitados, presenciaste cómo se llevaban a cabo dos delicadísimas operaciones. Una de ellas en suelo español, que, a pesar de inesperadas contrariedades, fue un rotundo éxito gracias a la destreza de tu profesor el comandante Hopkins. La otra operación en la URSS fracasó, y además todos los hombres de la operación han desaparecido, y empiezo a temerme lo peor.

Alfredo escuchaba asintiendo con la cabeza y aguantando la respiración. Agarró un trozo de pan de la cesta y empezó a comer de él para calmar sus nervios.

—La razón del fracaso es porque tenemos un infiltrado en la organización. Todavía no hemos podido descubrir quién es, pero pensamos que puedan tener también oídos en tu colegio.

Miguel el metre llegó con la botella de Albariño, y el conde guardó silencio mirando a Alfredo mientras Miguel servía el vino y volvía a desaparecer después de colocar la botella en un cubo de plata con hielo al borde de la mesa.

—El general Schutskis de la Schutztaffel, a quien conociste en mi casa, nos va a enviar a Karl Becker, que es el instructor general de la recién establecida Gestapo, que es la policía secreta del estado alemán. Becker es un especialista en contra sabotaje y en desmantelar organizaciones clandestinas. Quiero que te unas a Becker, y le ayudes en todo lo que sea posible.

Alfredo asentía y tomaba nota mental de todo lo que le decía.

—Becker vendrá en el tren con los alumnos del colegio Dreiffus, y se hará

pasar por un profesor de esta escuela. Su misión es crear y preparar un grupo especial de contraespionaje, del que quiero que formes parte, para además ayudarnos a descubrir quién es el infiltrado en la escuela y eso nos llevará al topo que nos ha hecho perder a todos nuestros hombres en la operación en la Unión Soviética.

A Alfredo le llamaba la atención la frialdad y el exceso de profesionalismo con el que el conde hablaba de la misión fracasada en la que el perdió a su hermano y Alfredo a su padre. Pensó que tal vez era su manera de sobrellevar la difícil situación y prefería no hablar del tema. Pero no le había hecho ningún comentario sobre la presencia de su padre en la operación y tampoco le había dado muestras de apoyo. En el fondo Alfredo tampoco había dicho nada y el silencio había quedado como un acuerdo tácito entre los dos.

A la mañana siguiente, un coche de la policía trajo a James, Hans y Jon de vuelta al colegio después de pasar una noche en los calabozos de Torrelavega.

La noche anterior, después de ser arrestados en la taberna de Comillas, fueron interrogados y luego encerrados en celdas incomunicadas hasta que pudieron recibir confirmación de que no se trataba de Jack el Destripador, si no de nada menos que James W. Roosevelt, hijo del expresidente norteamericano Theodore Roosevelt.

La policía se disculpó, pero les avisó que deberían de llevar en todo momento documentación, y así evitarían esa clase de problemas en el futuro.

James estaba furioso. Subió las escaleras del colegio hacia las habitaciones de cuatro en cuatro, y cuando llegó a su habitación, abrió la puerta de una patada. Se quedó bajo el dintel con los brazos en jarras y los puños muy apretados.

—Dónde está esa escoria cobarde? ¿Dónde se ha metido Alfredo?

Alfredo que estaba terminando de hacer su cama, levantó la vista y le saludó alegremente.

—¡Ah, ya ha llegado nuestro amigo el exconvicto americano! ¿Qué tal habéis pasado la noche? ¿Tienen buen servicio de habitaciones en la trena? Imagino que mucho mejor que el del refugio del monte

James se lanzó con rabia contra Alfredo, y los dos tropezaron con la cama cayendo aparatosamente sobre el suelo. James tenía agarrado a Alfredo de la solapa de la levita y con el puño de la mano izquierda empezó a golpearle.

Alfredo consiguió zafarse de James y le propinó un rodillazo en las costillas. Los dos se levantaron del suelo y James arremetió otra vez contra él. En ese momento entró en la habitación el profesor Hopkins; dio dos rápidas zancadas y antes de que nadie se hubiera dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, había parado el puño de James y en el mismo movimiento giró el brazo de este haciéndole perder el equilibrio y caer torpemente sobre el suelo. Alfredo todavía se estaba abalanzando por la inercia hacia adelante, y Mr. Hopkins apartándose con la agilidad de un gato dejó pasar a Alfredo dándole un leve golpe con el hombro y mandándole también al suelo a hacer compañía a su adversario.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Dijo con una furia que tronó en la habitación haciendo casi también tirarse al suelo a los otros tres compañeros que observaban la pelea; incluso el sueco cambió su impasible cara perdiendo el poco color que pudiera haber tenido en ella.

—En este colegio no se permiten peleas. Cuando tenéis una disputa, si no la podéis resolver con el diálogo, se arregla en el ring, pero con los nervios fríos y con un árbitro. Eso os enseñará a no tomar decisiones precipitadas de las que os tengáis más tarde que arrepentir.

Los dos contendientes, que ahora miraban arrepentidos al suelo se sintieron ridículos y avergonzados.

—El próximo jueves por la tarde quiero veros a los dos, a las 6.00pm en el gimnasio. Ahí podréis ajustaros las cuentas como caballeros, no como dos mocosos de arrabal. Ahora, bajen a cenar. —Diciendo esto salió tan rápido como había entrado.

Un embarazoso silencio sobrevino en la habitación. James y Alfredo se levantaron del suelo con ayuda de los otros compañeros. Edward y Friedrich sin saber muy bien qué decir, se dirigieron a la puerta.

—Nos vamos al comedor, os esperamos ahí y os guardamos sitio en la mesa.

Alfredo asintió sin mirarlos, y James se colocaba la corbata y el cuello de la camisa frente al espejo. Al poco, James también salió de la habitación, detrás del resto de los compañeros, sin dirigir una palabra a Alfredo. Alfredo se sentó sobre el borde de su cama y se llevó las manos a la cabeza.

## Capítulo 17

*San Esteban, 4 de octubre de 1931*  
*Gimnasio*

LA MAÑANA DE la pelea amaneció con un sol espléndido y el mar Cantábrico se abría glorioso bajo la ventana de la habitación de Alfredo. Friedrich y Edward se habían levantado pletóricos y llenos de energía. No paraban de hablar y bromear mientras se preparaban para bajar a desayunar. Hasta Hans parecía estar con ánimo charlatán esa mañana, llegó incluso a decir a sus compañeros en voz alta que hacia un día espléndido. Los únicos que parecían no compartir el general estado de euforia eran James y Alfredo, que, cuando sus compañeros les hacían alguna pregunta, ellos respondían balbucientes con monosílabos.

—Hoy es vuestro gran día, Alfredo —Le dijo jocosamente Friedrich dándole una palmada en la espalda—. Vamos al comedor, que tienes que recargar energías para la gran pelea de esta tarde. ¿Cómo te sientes? ¿Listo para dar a ese petulante americano su merecido?

Al llegar al comedor, se podía sentir el entusiasmo generalizado, y cuando entraron James y Alfredo en el comedor prácticamente todas las cabezas se volvieron hacia ellos en un silencio que duró solo un instante y en seguida empezaron otra vez con las animadas charlas.

El día transcurrió muy despacio. Alfredo apenas probó bocado en todo el día. Trató de hablar y bromear durante el día para tratar de esconder su preocupación, pero la verdad es que tenía un nudo en la garganta y las tripas se le encogían cada vez que pensaba en enfrentarse en el ring con el americano.

A las cinco de la tarde, Don Luis Carrión juntó a todos los alumnos en el mismo salón de actos en el que hizo las presentaciones el primer día de escuela. Llamó a James Roosevelt y a Alfredo Martin, y les pidió que cada uno se colocase a un lado del atril.

El silencio era sepulcral. Se oía alguna tos y algún banco crujir bajo el peso de algún muchacho demasiado excitado como para sentarse inmóvil en su asiento.

—Distinguidos alumnos. —Tronó grave y sonora la voz del director.

—Distinguidos alumnos. Como están todos al tanto, esta tarde vamos a presenciar un combate de boxeo entre los alumnos James Walker Roosevelt y Alfredo Martin de Caviedes. Puedo percibir cierta excitación en el ambiente, y no la desaprebo. El boxeo es una competición entre caballeros y en el caso de nuestra institución será la manera de solventar discusiones que no se hayan podido arreglar con la dialéctica. Espero que esto sirva de ejemplo para el futuro y aprendamos a no dejarnos llevar por la ira del momento, sino que tratemos de arreglar nuestros problemas pacíficamente, y si en última instancia se ha de hacer uso de la fuerza, que sea esta con la cabeza fría y bajo unas reglas y bajo el arbitrio de las autoridades competentes.

—Hoy, a las seis de la tarde, estos dos jóvenes se enfrentarán en el gimnasio del colegio, y el profesor Hopkins será el árbitro del encuentro. La pelea durará un máximo de cinco asaltos y el ganador será el que se mantenga en pie o el que más puntos haya marcado. Cada contrincante puede escoger dos personas para que les asistan entre asalto y asalto en su esquina. Además el Doctor Bermúdez y su enfermera, la señorita Maria Luisa, asistirán cada uno en una esquina para aliviar y asistir a los púgiles en los descansos.

—Señor Martin de Caviedes, ¿a quién le gustaría tener en su esquina del cuadrilátero?

—A Friedrich Von Preussen y Edward de Huntersville, director —Dijo Alfredo—. Además, me gustaría que la señorita Maria Luisa fuera mi asistente medico —Esto último causó unas contenidas carcajadas en el público y un rápido murmullo se extendió por la sala. Dándose cuenta del descaro de su solicitud, volvió la vista al suelo un poco ruborizado.

—Sus asistentes, por favor que vengan también al estrado. En cuanto al asistente médico, siento decir que se le asignará al que el tribunal decida. —Dijo esto mirando a Alfredo levantando una ceja y con una casi imperceptible sonrisa.

—James Roosevelt, por favor escoja sus asistentes.

James miró desafiante al público, y apuntando con un dedo delator al joven sueco dijo que Hans Magnusson sería suficiente ayuda para él.

Los contendientes se marcharon con sus ayudantes al gimnasio.

—Quiero dejar muy claro, antes de pasar a otro tema, que está terminantemente prohibido el hacer apuestas y se castigará con dureza si alguien se salta esta norma. —Un corrillo de muchachos en la fila octava que hablaban animados levantó la cabeza un segundo con cara de espanto, como ciervos sorprendidos bebiendo en un estanque, y luego volvieron a bajar la cabeza y continuar con el murmullo. Uno de ellos se guardó un cuadernillo de anillas en el bolsillo interno de la chaqueta y un fajo de billetes en el bolsillo del pantalón.

—Quería decir también, ahora que estamos hablando de eventos deportivos, que la semana que viene empezaremos con la liga de fútbol. Se formarán equipos entre las habitaciones, con dos habitaciones por equipo. Se jugarán partidos todas las semanas después de las clases, y el equipo ganador, jugará contra el colegio Dreiffus. Va a venir un grupo de estudiantes del colegio Dreiffus a hacer un programa de intercambio con nosotros y aprovecharemos a darles un poco de competición.

—El colegio Dreiffus ganó el año pasado el campeonato juvenil alemán, y quiero que estemos a la altura y demostrar a esos chicos que en San Esteban sabemos chutar un balón.

Mañana, después de las clases, se iniciarán los entrenamientos para el campeonato. Jugarán todos los equipos un partido de dos tiempos de 15 minutos cada uno. Ahora bajemos todos ordenadamente a ver el combate de vuestros compañeros.

El gimnasio estaba en los sótanos del palacio. El olor era una mezcla entre humedad y sudor. En las paredes escurridas en la roca se formaban perlas de humedad por la condensación, especialmente esta tarde con el calor humano producido por las cerca de 100 personas presentes en el confinamiento. La humedad en el ambiente se podía casi masticar.

Alfredo y James estaban en los vestuarios preparándose para el combate. Alfredo trataba torpemente de ponerse unos guantes de boxeo por primera vez en su vida.

—Déjame que te ayude, que como tenga que esperar a que te pongas tu



solo los guantes, la pelea será el día de nuestra graduación —Dijo Edward.

Alfredo dócilmente se dejó hacer.

Mr Hopkins entró para darles las ultimas advertencias y explicarles las reglas de la pelea. Con él entró el Doctor Bermúdez y Maria Luisa. Maria Luisa lanzó una mirada a Alfredo con una discreta sonrisa intentando que ni el doctor ni Mr. Hopkins la vieran. Al inglés poco le pasaba inadvertido.

—Aquí esta Alfredo. Maria Luisa, si es usted tan amable, podría ayudar a Alfredo en lo que necesite. Debe estar usted en la esquina adjudicada a Alfredo, y cada vez que termine un asalto, asegúrese de que esté hidratado y que no tenga cortes abiertos en la cara; es muy poco probable que haya cortes en peleas de esta categoría, es bastante más común que algún contendiente le sangre la nariz, por lo que, por favor, tenga preparado todo lo necesario para asistir a Alfredo en cualquier eventualidad. —Dijo esto y se encaminó a la puerta lanzando un guiño a Alfredo.

—Os veo en el cuadrilátero dentro de siete minutos. —Luego, volviéndose al doctor mientras abría la puerta para salir, dijo: —Doctor Bermúdez, si es tan amable, me acompaña a ver a James...

—¿Nervioso? —Preguntó Edward cuando se cerró la puerta y se quedaron los cuatro solos.

—Solo un poco —Mintió Alfredo, mirando de reojo a Maria Luisa.

—Vamos a repasar lo que hablamos esta tarde. Recuerda que lo principal es la posición de guardia, y no bajar nunca la guardia. Los guantes no son solo para proteger tus manos y la cara del contrincante, sino además son tu escudo y has de utilizarlo como tal. Cubre con tus codos los costados, especialmente en las distancias cortas, pero trata de mantenerte alejado de él; eres mucho más alto, utiliza eso en tu favor y no dejes que se te acerque a la zona de peligro, donde llegue a alcanzarte con todo lo que tiene, y créeme, no le subestimes, es bajito, pero es como un bloque de granito.

Alfredo asentía mecánicamente sentado sobre la camilla, mientras para sus adentros pensaba que era un detalle más que mórbido el tener una camilla hospitalaria en los vestuarios cuando te disponías a enfrentarte en un combate.

—Recuerda que, en cualquier momento, y por favor, no te tomes esto como un acto deshonroso, en cualquier momento puedes dar el combate por terminado, esto ocurre en la mayoría de los combates de esta categoría. James es un boxeador amateur con muchos años y combates de experiencia, y este es tu primer combate. Nadie va a mirar con malos ojos que te retires.

Alfredo levantó la vista y miró malhumorado a Edward.

—Puede que el americano me parta la cara, pero no voy a dar por perdida la pelea hasta que haya dado todo lo que tengo en mí. —Y dicho esto miró de reojo a María Luisa para ver el efecto que habían tenido sus palabras en la joven.

—Como quieras, Alfredo, pero sea como sea, no bajas la guardia durante el combate y baja siempre la barbilla, por lo más que quieras.

Friedrich que hasta el momento no había hecho más que mirar y escuchar dijo:

—Alfredo, como haría Sherlock, observa a tu oponente y actúa en consecuencia. Tómate el primer asalto como un proceso de aprendizaje, después del primer asalto compartimos notas y hablamos de sus puntos débiles y de cómo acabar con él.

Alfredo volvía a asentir distraído sentado en la camilla.

De pronto se abrió la puerta, y un alumno del curso superior irrumpió en su vestuario.

—Es la hora. Los púgiles han de dirigirse ahora al cuadrilátero.

Alfredo dirigió una mirada a María Luisa, y al ver la cara de preocupación de la joven enfermera se envalentonó, y obsequiando a la joven con una sonrisa tranquilizadora, se levantó de la mesilla.

—Vamos, estoy listo —Dijo con cierto grado de seguridad.

El gimnasio estaba abarrotado. Las tres filas de gradas estaban repletas, y detrás, otras cuatro o cinco filas se habían improvisado con jóvenes subidos a mesas y banquetas. Alfredo sintió en cuanto entro en el gimnasio el calor y el olor húmedo de humanidad.

Varios chicos le daban palmadas en la espalda y le gritaban comentarios de ánimo mientras bajaba hacia el cuadrilátero. El ruido era ensordecedor bajo la bóveda del sótano del castillo con todos los alumnos del colegio gritando y coreando frenéticos a los dos púgiles.

Alfredo entró en el ring flanqueado por Edward y Friedrich. James ya estaba en medio del ring esperando con el enorme e impasible sueco a su diestra. James miraba a Alfredo con una mueca cruel y arrogante, como de quien sabe que las tiene todas consigo.

Se juntaron en el centro del ring donde les esperaba Mr. Hopkins. Este hizo un breve recordatorio de las reglas básicas, y consigno la esquina

derecha a James y la izquierda a Alfredo. El equipo de ambos tenía que salir del cuadrilátero; el combate iba a empezar.

En el centro del ring estaba solo James y Alfredo dispuestos a comenzar junto a Mr. Hopkins que sería el árbitro de la pelea.

—Recuerden, caballeros, que a mi señal, y cuando suene la campana, pueden comenzar la pelea —Y con una mano marcando una ficticia línea divisoria entre los dos contendientes dijo: —Preparados, listos...

Antes de que pudiera continuar y de que sonara la campana, James lanzo un rápido directo de izquierdas a la nuez de Alfredo y este cayó instantáneamente al suelo con las dos enguantadas manos en la garganta y revolviéndose en el suelo buscando oxígeno.

El público gritaba furioso, y James miraba con media sonrisa al postrado Alfredo. El Doctor Bermúdez y Maria Luisa saltaron inmediatamente a la lona a asistir a Alfredo, y con la ayuda de Mr. Hopkins se lo llevaron de vuelta a los vestuarios.

Al cabo de unos minutos de masaje en la garganta, y tras beber un poco de agua, Alfredo empezaba a recuperarse un poco.

—¿Sabes que por lo que ha hecho James puede quedar automáticamente descalificado y además sería castigado con un parte disciplinario? Lo único que tienes que hacer es decir que quieres que procedamos así y todo esto habrá terminado. —Dijo Mr Hopkins.

—¿Cómo iba a quedar mi reputación? No solo eso, si antes de esto quería enfrentarme a él, ¡cuánto más ahora!

—Esperaba que dijeras eso. —Dijo Mr. Hopkins con una sonrisa confiada—. Por favor, les importaría dejarnos solos un momento —Dijo dirigiéndose al Doctor Bermúdez y a Maria Luisa.

—Muy bien muchacho —Empezó a decir en cuanto la puerta se hubo cerrado—. Sé que no tienes experiencia en el boxeo y estás preocupado por lo que has oído de las hazañas de James Roosevelt en el ring. Te digo yo que la mitad de esas historias están enaltecidas en honor a su padre, y la otra mitad inventadas por James, pero te aseguro yo que tú tienes mejor disposición física que ese americano. No te lleves a engaño, James sabe pelear y es fuerte como un toro. Vas a tener que hacer acopio de tu agilidad, rapidez y fuerza. Cúbrete bien. No le dejes que te golpee, y sobre todo... ¡acaba con ese maldito engreído yanqui!

Alfredo y Mr. Hopkins volvieron juntos al gimnasio, y la euforia del

público no cabía en el gimnasio. Una conmoción de gritos y aplausos hacían un barullo ensordecedor. Cuando bajaron por la escalinata, Alfredo vio a Jerónimo que estaba de pie apoyado en un pilar mirándole. Le saludó con un leve movimiento de cabeza y sonrió enseñando sus escasos dientes. Alfredo le devolvió el saludo y siguió hasta el cuadrilátero.

James había perdido un poco su cara de confianza y seguridad. Hans trataba de decirle algo al oído, pero él lo rechazaba con un brusco gesto con los hombros.

—Señores, vamos a dar comienzo otra vez a la pelea. Está terminantemente prohibido comenzar antes de que haya sonado la campana, si alguno de los dos no hiciera caso quedará descalificado instantáneamente y la pelea se dará por concluida. —Dijo Mr. Hopkins. Levantó su brazo otra vez marcando una línea divisora entre los dos contrincantes y en cuanto sonó la campana se apartó para dar comienzo al combate.

Alfredo se movía patosamente con una rudimentaria posición de guardia que devolvió instantáneamente toda la confianza a James.

James se le acercó y le tanteó con unos jabs de izquierda, sin fuerza, pero tratando de estudiar las distancias. Alfredo lanzó un gancho que James esquivó fácilmente inclinando levemente su peso sobre la pierna derecha. Alfredo lanzó otro gancho bajando totalmente la guardia, que James esquivó y le propinó un derechazo directo a la nariz. Alfredo se tambaleó un poco y se frotó la nariz con el guante. La sangre había empezado a brotar de su nariz y eso en lugar de amedrentarle, parece que le enfureció más y le hizo cargar contra James con el puño derecho preparado para golpear. James un poco más confiado con el tono que estaba tomando la pelea, le descargó dos directos con la izquierda otra vez a la nariz antes de que Alfredo lanzase su golpe; eran golpes suaves, pero certeros, y con el segundo directo de izquierda y con la defensa bajada de Alfredo, James soltó su primer gancho de derecha con toda su fuerza; ese golpe sí que lo sintió Alfredo.

Por un momento se le nubló la vista, y perdió la orientación. En cuanto pudo enfocar otra vez la vista, tenía delante a James que comenzó a descargar golpes sobre su cuerpo y cabeza hasta que, por fin, la campana sonó y Alfredo pudo volver a su rincón con paso incierto.

—¡Tienes que mantener la guardia! ¡Cúbrete o ese animal te va a matar! — Le decía Edward.

—Toma un sorbo de agua —Le decía Friedrich que le miraba asustado sin saber muy bien qué decir o hacer.

—Tienes que terminar esta pelea Alfredo, creo que ya habéis tenido suficiente. ¡Parecéis salvajes! Esto no tiene ningún sentido —Decía una Maria Luisa ocupada con sus ungüentos y abriendo nerviosa una bolsa de compresas para limpiar la ceja de Alfredo que se había abierto y dejaba caer un hilo de sangre hasta su camiseta.

Alfredo miraba confundido al frente, donde James le miraba socarrón desde la esquina opuesta.

—Cúbrete Alfredo, y no golpees hasta que no veas un hueco —Le decía Edward.

La campana volvió a sonar, y James salió como un toro entrando en la plaza. Sin dar tiempo a Alfredo a reaccionar, empezó a dejar caer un aluvión de golpes sobre Alfredo, quien trataba de cubrirse, como quien se topa con una colmena de avispas malhumoradas. James llevó a Alfredo hasta el rincón, y ahí seguía propinándole golpes. Ahora un gancho con la derecha, otro gancho con la izquierda. Alfredo se llevaba los guantes a la cabeza y James se ensañaba con los costados golpeándolos una y otra vez. Alfredo trató de empujar a James para salir de su trampa, pero al mover los brazos volvió James a golpear con fuerza en los pómulos y las cejas.

Alfredo no podía defenderse más. No quería defenderse más. Estaba recibiendo una paliza de la que no podía escapar ni defenderse. Por fin sonó la campana y Alfredo buscó su rincón con la decisión tomada de dar por terminado el combate.

A pesar de los ojos hinchados y el aturdimiento, cuando llegó a su rincón pudo ver a Jerónimo acercándose a su rincón. Ante la presencia de la masa humana, Friedrich y Edward se apartaron mirando a Jerónimo con pavor.

—Alfredo, ¿sabes que estuve en la batalla de San Juan en Cuba junto a tu padre, donde los americanos nos triplicaban en número y además traían consigo artillería? Todos sabíamos que íbamos a morir, pero tu padre no ordenaba rendirse. Me acerqué a tu padre y le dije que íbamos a morir todos ahí. Tu padre me miró fijamente a los ojos y me dijo, en voz alta y clara para que pudiera oír el resto de la compañía: -Jerónimo, ¿quieres rendirte hoy y salvar el pellejo para luego vivir el resto de tu vida con la vergüenza de no haber hecho más?, ¿o prefieres morir hoy luchando, para que los americanos

que sobrevivan vivan el resto de su vida con miedo a que el arrojado español que no se rendía vuelva de la tumba para llevárselos consigo al infierno?

—Alfredo, ríndete hoy y tendrás que ver la cara de ese americano todos los días en el colegio sabiendo que tiraste la toalla cuando todavía estabas en pie. Sal ahora, y demuéstrole que para vencerte ¡primero tendrá que matarte!

Sonó la campana y Alfredo salió como un resorte, mirando a James con una determinación que hizo a este último cambiar su cara de prepotencia por una de consternación.

Alfredo se lanzó contra James dando toda suerte de golpes. James, sorprendido, reuló hasta la esquina cubriéndose la cabeza y recibiendo el aluvión de golpes. El gimnasio gritaba en pie armando un estruendo que reverberaba contra la bóveda del sótano.

James consiguió zafarse de la esquina y propinó a Alfredo un gancho en la oreja que le hizo sangrar el oído. Alfredo no se dejó amedrentar. Se cubría los golpes y castigaba con lo que podía a un sorprendido James. Sonó otra vez la campana, y en la esquina de Alfredo le esperaban sus amigos vitoreándole entusiasmados.

—Alfredo, creo que ya lo tengo —Dijo Friedrich.

—De qué hablas —Balbuceó Alfredo a través de su protector bucal y sus inflamados labios.

—Hablo de la observación y estudio de los puntos débiles del oponente —Decía Friedrich mientras Maria Luisa limpiaba la cara de Alfredo y aplicaba vaselina a su ceja izquierda para controlar el sangrado del corte.

—Me he fijado que cada vez que te lanza un uno, dos; empieza con un suave directo de izquierda para bajar tu defensa y remata con un duro golpe de derecha

—Si, eso he notado —Decía Alfredo.

—Si, pero no sé si has visto que cada vez que golpea el derechazo, baja completamente la guardia con su mano izquierda y gira la cabeza hacia ese lado. Cuando venga el uno dos, debes de lanzar un gancho con toda tu fuerza con el puño derecho —La campana interrumpió a Friedrich, pero Alfredo asentía con la cabeza mientras se acercaba al centro del ring a encontrarse con su oponente.

Intercambiaron unos golpes, tanteándose el uno al otro. El combate estaba mucho más equilibrado. James le lanzó un uno, dos, pero Alfredo no reaccionó a tiempo para cargar contra él, pero sí que pudo fijarse que Friedrich tenía

razón; James se abrió al dar el golpe de derecha dejando amplio espacio abierto para atacar.

Después de otro breve intercambio de golpes, James lanzó un directo de izquierda, y al girar su cuerpo para lanzar el derechazo Alfredo vio que era el momento.

—¡Ahora! —Grito Friedrich desde el otro lado de las cuerdas, y Alfredo lanzó su brazo con todo su peso y fuerza conectando su puño con la nariz de James en un tremendo golpe que lanzó al americano dando cuatro pasos hacia atrás hasta alcanzar las cuerdas a las que se asió para no caer al suelo.

¡No pares ahora, acaba con él! Gritaba el rechoncho alemán desde las cuerdas. El colegio entero estaba en pie y gritaba frenético. Alfredo se abalanzó sobre James y continuó golpeando a James que no tenía fuerza ni para bloquear el aluvión de golpes que le caían por todos los costados.

Por fin sonó la campana y Mr. Hopkins tuvo que ponerse entre los dos púgiles para parar la pelea. Edward y Friedrich entraron en el cuadrilátero, y Maria Luisa saltaba frenética desde el otro lado de las cuerdas. Entre el Doctor Bermúdez y Hans ayudaron a salir a James del ring que apenas podía andar y le llevaron hacia los vestuarios; a Alfredo lo subieron a hombros entre Edward y Friedrich mientras todo el colegio le vitoreaba en su vuelta triunfal a los vestuarios.

Una vez de vuelta en los vestuarios, Mr. Hopking echó a todo el mundo menos al Doctor Bermúdez y a Maria Luisa que cuidaban las heridas de los dos jóvenes.

—Han luchado los dos con valentía y arrojo. Les felicito. Ahora la segunda parte del castigo, y para que aprendan a arreglar sus diferencias por la vía pacífica, deberán pasar los próximos cinco días en compañía del otro, las 24 horas del día. Más les vale enterrar el hacha de guerra lo antes posible, o de otra manera serán sin duda los cinco días más largos de sus vidas. Ahora vístanse y en media hora quiero verlos en el comedor preparados para la cena. —Diciendo esto hizo un gesto de asentimiento al Doctor Bermúdez para que ellos también salieran y dejaran solos a los jóvenes. Maria Luisa apretó la mano de Alfredo y se despidió regalándole una sonrisa.

Los dos jóvenes se quedaron a solas en el gimnasio. El sonido del gentío iba desapareciendo escaleras arriba al otro lado de la puerta. Un incómodo silencio les envolvió como una niebla. Al fin fue James, quien rompió el silencio:

—Buen combate, has luchado muy bien —Dijo mirando al suelo.

—Gracias —Contestó Alfredo—. Tú tampoco lo has hecho mal —Añadió con un amago de sonrisa que hizo que se abriera el corte que tenía en el labio inferior y cerrase los ojos con fuerza por el dolor.

—La verdad es que tenemos la cara los dos como para irnos a un baile a buscar novia —Dijo James, ahora intentando sonreír él y llevándose la mano a la dolorida mandíbula.

—¿Te puedo hacer una pregunta, James?

—Claro, dispara

—¿Porque me diste el puñetazo en la nuez antes de que sonara la campana?

Se hizo un silencio prolongado en el que James parecía recapacitar la respuesta. Al final levantó la vista del suelo y miró a Alfredo con franqueza.

—Porque te tenía miedo —Dijo

—¿Tú? ¿De mí? ¿Por qué ibas a tener miedo? Sabías que era la primera vez en mi vida que boxeaba, y tú tienes mucha experiencia.

—Para empezar eres bastante más grande que yo, pero, sobre todo, lo que me intimidaba era la confianza y seguridad en ti mismo que presentas en todo momento.

Alfredo no se esperaba esa respuesta. Él había pasado más miedo que en toda su vida junta y pensó que todo el mundo podía ver su miedo a la legua.



## Capítulo 18

*San Esteban, 4 de octubre de 1931  
Cabaña de Jerónimo*

DESPUÉS DE LA cena, Alfredo se acercó a Mr. Hopkins con James a su lado.

—Mr. Hopkins, prometí a Jerónimo que le visitaría hoy después de la pelea, y quería saber si me daría usted su permiso”.

—Por supuesto, permiso concedido, pero... —Dijo esto último con una sonrisa malicios—. tendrás que ir con James. Sabes que el castigo impuesto es que vayáis a todos lados sin separaros más que para ir al baño en los próximos 5 días”.

—Jerónimo, ¿Quién es Jerónimo? —Preguntó James cuando salieron del edificio y se encaminaban sendero abajo.

—Es una larga historia, pero la explicación resumida es que es el hermano de la nodriza que me crio y además sirvió bajo el mando de mi padre durante quince años y tres diferentes guerras.

—Este Jerónimo, ¿no será la mole que se acercó a tu rincón después del segundo asalto, verdad?

—Si, el mismo. También debería avisarte que luchó en Cuba contra los americanos, por lo que te recomendaría que te mantuvieras discretamente aparte, y, sobre todo, ¡no menciones la guerra de Cuba!

Llegaron al claro del bosque donde estaba la cabaña de Jerónimo. Bulka ladraba con ese bajo, profundo y lento ladrido. Alfredo llamó a la puerta y miró a su compañero James al que vio tragar dificultosamente dos veces. Jerónimo abrió la puerta, y el enorme perro salió rápidamente a lamer a su

nuevo amigo Alfredo y con rápidos y entusiasmados movimientos con el rabo fustigaba la pierna de James.

—Hola Alfredo, empezaba a creer que no vendrías —Dijo Jerónimo. Entonces se dio cuenta que no estaba solo y miró a James con desagrado, miró a Alfredo pidiendo explicación, y este le dijo que era idea de Mr. Hopkins.

—Mr. Hopkins. Ese granuja, tendría que haberlo imaginado. Supongo que esto es lo que él entiende por humor inglés. En fin, adentro los dos —Cerró la puerta detrás de ellos, sacó unos vasos y la botella de Anís.

—Vamos a echar un trago, os lo habéis ganado hoy. Alfredo mucho más que tú, no obstante —Dijo a James mirándole con una seriedad que heló la sangre del joven americano.

Después de varios sorbos de anís en un meditabundo silencio solo interrumpido por el chisporrotear de la chimenea y el jadeo de Bulka a la diestra de su nuevo amigo Alfredo, Jerónimo se dirigió a James en un tono mucho más conciliador:

—Dime James, tu apellido me resulta familiar. No tendrás algún tipo de parentesco con Theodore Roosevelt, ¿verdad?

—Si señor. Es mi padre —Jerónimo se levantó de repente sobresaltando a Bulka, a Alfredo, y especialmente a James quien se preguntaba si debería salir corriendo para salvar su vida.

Jerónimo se acercó seriamente hacia James, y tendiéndole una de sus manazas le dijo:

—Tuve el placer de conocer a tu padre, y he de decir, que, a pesar de haber peleado en el bando opuesto, es una de las personas que más admiro en este mundo.

James le dio la mano entre confuso y aliviado, como a un reo de muerte al que en el último instante se le ha perdonado la vida.

—¿Conoció a mi padre? ¿Dónde? —Preguntó James, aunque temía saber la respuesta.

—Le conocí en Cuba. Estábamos obviamente en los bandos opuestos, pero cuando no estábamos en batalla, coincidíamos los dos bandos en Santiago. Tu padre y el de Alfredo, la verdad sea dicha, se hicieron buenos amigos en Cuba. Eran ambos coroneles y tu padre admiraba la casi adoración que teníamos las tropas de San Juan por el coronel Martin de Caviedes.

—Hubo un incidente que jamás olvidare: en el puerto de la Habana, cuando nos marchábamos ya de Cuba, yo tenía el honor en aquella época de

acompañar al coronel Martin de Caviedes a todas partes como su gastador — James le miró extrañado, obviamente no sabiendo lo que era un gastador, y Jerónimo, recordando que hablaba con un extranjero, le explicó que era una mezcla de escolta y chófer militar para los mandos.

—Estábamos en el puerto y los dos coroneles estaban paseando juntos. Tu padre, el coronel Roosevelt no tenía mucha experiencia militar, y como por lo que tengo entendido hace con todo, quiso aprender y perfeccionar el arte de la guerra hasta conocerlo mejor que nadie —James sonrió para sus adentros reconociendo el estilo de su padre.

—Solo unos días antes habíamos luchado en San Juan, donde los españoles contábamos con 760 almas y los americanos más de 15,000 soldados en tres divisiones distintas. La batalla estaba perdida antes de empezar, al igual que toda la guerra. Había sido toda una pantomima del gobierno de Sagasta para deshacernos de las colonias que ya no podíamos o sabíamos gobernar.

—¿A qué te refieres Jerónimo? —Interrumpió Alfred—. ¿Cómo que la guerra estaba perdida antes de empezar? ¿Por qué dices que fue toda una pantomima?

—¡Esta clarísimo! —Bufó Jerónimo—. Para empezar, los americanos trajeron el destructor Maine sin aviso ni pedir permiso a la Habana. Luego, el día que curiosamente estábamos celebrando un baile de gala para todos los oficiales del barco en tierra, el barco explota en el puerto y mueren todos los tripulantes que estaban a bordo: 255 hombres y solo dos oficiales. Después de la explosión los Estados Unidos de América dan un ultimátum a España diciendo que o abandonaban la isla y renunciaban a su control o declararían la guerra.

—Para empezar, nosotros no atacamos a ese barco; de hacerlo lo habríamos hecho asegurándonos que todos los oficiales estaban a bordo. Pero no habíamos sido nosotros. No había duda alguna que había sido una explosión desde dentro del buque, el pañol de munición había explotado deliberadamente o no, pero si me preguntas, te diría que el gobierno americano sacrificó a esos 255 hombres para hacerse cargo de la isla, al igual que de Filipinas y Puerto Rico. Lo peor de todo es que además tenía el claro beneplácito de las más altas jerarquías en España.

—En San Juan estábamos como decía 760 hombres contra los 15,000 americanos. El coronel Martin de Caviedes tenía órdenes de rendirse cuando

aún apenas había empezado la batalla, y eso que teníamos a 10,000 soldados españoles en Santiago, a unas poquitas leguas de donde estábamos siendo acibillados por la artillería americana.

—El coronel nos dijo que, si nos habían enviado ahí para morir, moriríamos, pero que lo haríamos con el sable en la mano y haciendo al enemigo pagar caro nuestro pellejo.

—Los 10,000 soldados de Santiago nunca fueron convocados, ni tampoco los acorazados Pelayo y Carlos V que esperaban en la bahía con los cañones cargados y listos para destruir las embarcaciones americanas. Nos dejaron a nuestra suerte. Perdimos a casi todos los hombres, y si el coronel no hubiera sido alcanzado por metralla hiriéndole en la cabeza y en el hombro, habría continuado hasta que hubiéramos muerto todos con la dignidad que merecíamos. - Una muerte noble como él decía-. Pero al ser alcanzado fue relevado del puesto y el capitán que tomó el mando ordenó la rendición casi instantáneamente.

—Habla del comandante siempre en tiempo pasado, ¿ya no está con nosotros el padre de Alfredo? —Preguntó James con toda la prudencia, sensibilidad y educación que pudo.

—Sí, claro que sí. Es que llevo mucho tiempo sin verle. Ahora está destinado en el extranjero, en Melilla creo. —Dijo mirando a Alfredo, como pidiendo confirmación de este último punto.

Alfredo no dijo nada, se mordió el labio y asintió.

Jerónimo carraspeó sin jactarse del azoramiento de su joven amigo, y continuó con su relato: —Como iba diciendo antes de que me desviara del tema, los coroneles se encontraron en el puerto y andaban charlando cordialmente por el malecón. Yo acompañaba a mi coronel a pocos pasos detrás de él, junto con el teniente Greenway que acompañaba a Roosevelt. Oí a Roosevelt preguntar a Caviedes cómo conseguía tener esa devoción por parte de sus soldados que darían sin pensárselo dos veces su vida si así se lo pidiera. Mi coronel sonrió a la pregunta, y le dijo: -La primera y principal razón, es porque son soldados españoles y esa valentía y desprecio al peligro lo tienen en la sangre. La otra razón tal vez es porque nunca les pediría nada que yo no haría. - y diciendo esto vio el pecio de una pequeña embarcación española, en cuyo mástil todavía arbolaba la bandera de España, y dándose la vuelta me dijo que me tirara al agua a rescatar la bandera.

—Estaba yo quitándome las botas y la camisa cuando Roosevelt dijo a mi

coronel que el agua estaba plagada de tiburones apuntando con el dedo un grupo de escualos a escasos metros de nosotros. Caviedes le dijo que no se preocupase, que los tiburones no me prestarían atención. Me tiré al agua. Nadé hasta la embarcación. Cogí la bandera y volví hasta donde estaban los coroneles.

—El coronel Roosevelt con claras señales de asombro me preguntó si no había tenido miedo, y yo le dije que claro que no, ya había oído decir a mi coronel que los tiburones no me prestarían atención.

—Ahora entre nosotros os reconoceré que jamás pase más miedo en mi vida, pero por supuesto no podía hacer pensar a los americanos que por un momento pasé miedo. —Dijo riéndose—. Para mi sorpresa, en cuanto dije esto, el coronel Roosevelt dijo a su teniente que quería ir a comprobar el precio de otra embarcación que estaba a 300 metros, y se tiró él mismo al agua sin pensarlo, justo en medio de los tiburones. Su teniente después de santiguarse se tiró detrás de él. Nadaron hasta la embarcación, donde se quedaron unos minutos inspeccionando no sé qué, y luego, desoyendo los gritos de un general americano diciendo que había tiburones y que esperasen a que les mandaran un bote, se volvió a tirar al agua y recorrer los 300 metros con tiburones rodeándoles durante todo el trayecto.

—Ese día tu padre se ganó todo mi respeto y mi afecto —Dijo dirigiéndose a James—. Además del respeto y devoción de todas sus tropas, que contaron esta historia por todo lo alto y ancho de América a su regreso.

—¿Por qué le parece tan loable lo que hizo mi padre, si primero se tiró usted al agua?

—Yo me tiré al agua porque me dieron una orden, Roosevelt se tiró al agua por propia iniciativa. Yo jamás me habría tirado al agua con los tiburones si mi coronel no me lo hubiera mandado —Dijo Jerónimo riendo hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Bueno muchachos, tomémonos una copita más y tendréis que marcharos de vuelta; tengo todavía que hacer la ronda antes de que me llame Mr. Hopkins.

Después de apurar el último trago de anís, los dos muchachos se levantaron con paso incierto por efecto del alcohol y de la paliza que recibieron ambos ese día que había entumecido sus cuerpos.

Cuando salían por la puerta se acercó Jerónimo y apoyándose pesadamente contra el marco de la puerta preguntó—. ¿Por cierto Alfredo, quien era esa

hermosa jovencita que con tanto esmero te cuidaba en tu esquina durante la pelea?

—Se llama Maria Luisa. Es la enfermera del colegio.

—Parece que habéis entablado una buen amistad, ¿no es cierto? —Dijo Jerónimo con sorna. ¿Por qué no te la traes en tu próxima visita?

## Capítulo 19

*San Esteban, 5 de septiembre al 19 de octubre de 1931*

EL RESTO DE la semana transcurrió sin incidentes. Cada mañana empezaba con la rutina de la gimnasia de Mr. Hopkins a la que poco a poco se iban acostumbrando. Después de un gran desayuno, empezaban las clases que continuaban todo el día hasta las cinco de la tarde. Habían empezado unas asignaturas nuevas, la preferida de Alfredo era Armamento y Tiro. En la clase de armamento hacían un estudio exhaustivo de todo tipo de armas: desde el simple cuchillo, hasta el uso de las más modernas ametralladoras y subfusiles pasando por lecciones básicas en el uso de explosivos. Además del estudio teórico de las armas, hacían prácticas de tiro diarias con todas las armas que estudiaban. Pronto Alfredo destacó por su destreza y finura con el rifle en los disparos de larga distancia.

Además de la clase del ejercicio de la mañana con Mr. Hopkins, todas las tardes, después de la comida para que no se amodorrasen, tenían clases de técnicas de defensa personal y lucha cuerpo a cuerpo que impartía el profesor coreano Steve Chan. El profesor era un experto en Judo, Karate y artes marciales experimentales como era el Jiu Jitsu y Taekwondo.

Los cinco compañeros de la habitación de Alfredo estaban cada día más unidos; Alfredo y James seguían pasando juntos el día entero y pronto la compañía dejó de ser un castigo y empezaron a hacerse inseparables.

Cuando llegaba la tarde y terminaban las clases, a las 5.30 todos los alumnos, sin excepción, competían en el campeonato de fútbol con las otras habitaciones del colegio. El equipo de Alfredo estaba formado por todos los compañeros de su habitación, y por todos los miembros de la habitación de Marco.

El viernes por la noche, después de la práctica de fútbol, Alfredo volvió a visitar a Jerónimo, pero esta vez lo hizo con sus cuatro compañeros de habitación y además con Maria Luisa, quien finalmente se decidió a ir con los chicos.

Friedrich y Jerónimo conectaron inmediatamente desde el primer momento. Probablemente se debió en gran medida a que el joven y regordete alemán trajo consigo una botella de Schnapps de pera para obsequiar al guardián del colegio, y este pensó, con razón, que fue una gran mejora comparándolo con el anís al que los jóvenes se estaban rápidamente aficionando.

Jerónimo sirvió un generoso vaso a todos los muchachos, pero cuando Maria Luisa dijo que ella no bebía, Friedrich le dijo:

—No puedes decir que no te gusta una cosa si no la has probado nunca

—Es una falta de decoro no probar al menos una bebida tan tradicional que ha traído Friedrich no sin muchas dificultades. —Añadió James.

Hans como siempre callado, terminó su bebida de un sorbo y esperaba atento, para ver si podía conseguir unas gotas más.

—Es verdad, discúlpame Friedrich. Lo probaré. —Concedió Maria Luisa.

Cogiendo el vaso de la mano de Alfredo, dio un pequeño sorbo. Primero quemó su garganta, pero una vez pasado el primer efecto, pudo saborear el dulzor que le quedó en los labios y la sensación cálida que se ceñía a su garganta.

—Es... muy sabroso —dijo al final—. Es sorprendentemente dulce y... ¡cómo te hace entrar en calor así en un momento!

—Anda, toma este vaso y bebe con nosotros —le dijo Jerónimo acompañado las risas de los cinco amigos. Una vez habiendo servido a Maria Luisa, y rellenado los vasos de los sedientos muchachos, se sentó en su sillón frente al fuego.

—Decidme, ¿Qué hay de nuevo por el colegio? ¿Qué ha ocurrido estos últimos dos días?

—Nada nuevo —dijo Alfredo tomando la palabra. Lo más interesante es el campeonato de fútbol, en el que ya hemos pasado a cuartos de final. Por lo demás las clases transcurren sin novedad; algunas claramente más interesantes que otras, pero me imagino que para eso están los gustos.

—Lo único inusual ha sido esta mañana cuando llegamos al comedor para desayunar —Dijo Friedrich—. No sé si os habéis dado cuenta, pero en la



mesa de los profesores parecía que trataban de un tema con mucha preocupación. No conseguí oír el asunto, pero me pareció entender que es algo que apareció en los periódicos de la mañana.

—Es verdad, Mr. Hoffman parecía muy preocupado y Don Luis Carrión hablaba con añadida lobreguez, aparentemente tratando de calmar la preocupación del resto de los profesores —Añadió Edward.

Jerónimo escuchaba con mucha atención, pero no decía nada.

—El único que parecía impasible a la preocupación de los demás era Herr Professor Kersch, profesor de Biología. ¿Os fijasteis?

Friedrich, quien por una vez no hablaba, se había sentado en un sillón escudriñando el periódico. De pronto se levantó con el periódico en la mano y sin apartar la vista de él, como con miedo a que la noticia desapareciera si la dejaba de mirar un instante, dijo: —Mirad. Aquí”.

Puso el periódico encima de la mesa de té y los siete se apiñaron para ver lo que el alemán les enseñaba.

*-Terrible accidente ferroviario en la región alemana de Bavaria. Una inexplicable explosión en la locomotora causó el descarrilamiento del tren a las 11.30 de la noche a pocos metros de la frontera con Austria. Se ha confirmado que una segunda explosión ha sido reportada en el tercer vagón, donde viajaban unos alumnos del elitista colegio Dreiffus. Al cierre de esta edición no había víctimas ni heridos, solo algunas leves contusiones, aunque al parecer, según fuentes presenciales, uno de los profesores, el doctor Achenwald, fue llevado en ambulancia a los pocos minutos del accidente, aunque en apariencia no padecía ningún tipo de lesión. -*

—¿No es el colegio Dreiffus el que venía a visitarnos la semana que viene? —Dijo Edward.

—¿Friedrich, no me dijiste que tú fuiste unos años al colegio Dreiffus también? —Preguntó Alfredo.

—Así es. Estuve hasta hace tres años cuando las cosas empezaron a cambiar en Alemania y mis padres estimaron prudente el irnos a vivir a Grecia.

—Cambios en Alemania, pero ¿por qué mandarte a un colegio en España y no seguir en el Dreiffus?

—Parte de esos cambios se originaron en gran medida por familias del Dreiffus. Hay un nuevo partido político que se hace llamar el partido Nacional Socialista para competir directamente con el partido comunista, que cada día

tiene más adeptos en Alemania. Inicialmente luchaban contra las ideas Marxistas, pero también contra el feudalismo de la vieja aristocracia y el capitalismo de las fortunas burguesas originadas en las grandes industrias. Esa fue la razón por la que nos marchamos de Alemania.

—¿Por los Nacional socialistas? —Preguntó Hans.

—Y por los comunistas. Ambos bandos solo tenían una ideología en común: acabar con las clases preferentes y repartirse sus bienes.

—¿Y cómo es que todavía sobrevive el colegio Dreiffus en medio de un clima tan opuesto a la filosofía y alumnado del colegio? —Preguntó Maria Luisa.

—Adolf Hitler, el nuevo líder del partido nazi, se ha afincado en Berchtesgaden, la misma localidad que el colegio. Este nuevo líder, aunque no reconoce soberanías hereditarias como las monarquías, tiene mucha afinidad a las clases altas por su poder, pero especialmente por su dinero.

—Se ha rodeado de un círculo cercano de la alta clase. Se dice que tiene fascinación por la vida ostentosa, pero él defiende que, para hacer la nueva Alemania, se necesita de las fortunas, pero sobre todo del saber hacer de la burguesía adinerada. Toma el ejemplo del desastre que el marxismo está originando en Rusia, donde han matado a todos los empresarios exitosos y han puesto en manos de los obreros la marcha de las fábricas, y estos no tienen ni el conocimiento, ni el talento ni la motivación, y por tanto, la productividad del país ha caído en picado.

—¿Y qué piensan las familias de tus viejos compañeros de este nuevo partido y de su líder? —Insistió Maria Luisa.

—Yo no he mantenido mucho contacto con mis compañeros. Solo sé lo que me comenta mi padre y lo que oigo cuando tenemos invitados en casa. La mayoría creo que se opone a Hitler, piensan que es un megalómano y un personaje peligroso, pero otros se han dejado seducir por su propaganda nacionalista en la que exalta a Alemania como país líder y especialmente como raza. Mi padre piensa que es un hombre peligroso, oportunista, y que no parará ante nada hasta conseguir sus objetivos, cualesquiera que estos sean.

—¿Qué me dices del profesor ese que se ha llevado la ambulancia? ¿Le conocías? —Dijo al fin Jerónimo muy serio.

—El profesor Achewald llegó al colegio poco antes de que yo me marchase. Fue un antiguo capitán de la Guardia Imperial. Le había visto de pequeño en palacio. Mi padre le tenía en alta estima y confiaba en él.

—Creo que Don Luis Carrión también le conocía y esperaba con interés su llegada. —Dijo Jerónimo rascándose la barbilla—. Me pregunto si ha sido un accidente fortuito. Me suena muy extraño que una ambulancia se lo llevara del lugar con tanta rapidez y sin aparente necesidad. La frontera con Austria, por donde debería de estar pasando el tren, está en la ladera de los Alpes y calculo que el hospital más cercano está a más de cien kilómetros.

—¿A qué te refieres Jerónimo? ¿Qué tratas de decir? —Preguntó Maria Luisa.

—No sé, pero me parece mucha casualidad que una ambulancia estuviera tan cerca del lugar del accidente. Si hubiesen llamado al hospital habría tardado horas en aparecer. Además, ¿no dicen que el profesor no parecía herido? ¿Por qué se lo iban a haber llevado a un hospital? —Dijo Jerónimo con el ceño fruncido.

—¿Qué tratas de decir? ¿Qué significa todo esto?

—No lo sé, pero os aseguro que no me gusta nada.

¿Qué crees que va a ocurrir ahora, Jerónimo? —Preguntó Hans.

—Hay dos posibilidades: Una, y la más probable, es que cancelasen el viaje y vuelvan todos a casa. —Dijo Jerónimo

—¿Y la otra?

Jerónimo se quedó un rato pensativo, como midiendo cuidadosamente su respuesta. Finalmente dijo—. Que continúen el viaje como si nada hubiera pasado y vengan aquí. Eso me preocuparía.

## Capítulo 20

*San Esteban, 21 de octubre de 1931*

DOS DÍAS MÁS tarde, poco antes de la cena, llegó el grupo del colegio Dreiffus con el ómnibus que les trajo de la estación del tren. Una nube de polvo cubrió el patio de entrada del colegio, y a medida que se diseminaba, empezaron a bajar los doce muchachos del ómnibus como saliendo de una densa niebla. Los chicos de San Esteban corrieron al patio curiosos a darles la bienvenida. Alfredo, Edward y Friedrich se hicieron hueco hasta ponerse en primera fila.

Los alumnos del Dreiffus se fueron alineando en el patio; era una docena de jóvenes de alta estatura y cara de pocos amigos. Alguno de ellos parecía estar más cerca de los 30 años que de los 20, pero todos tenían sostenían la misma gélida mirada.

—Parecen muy sociables y simpáticos, ¿no? —Preguntó Edward.

Una vez hubieron bajado todos los alumnos, salió un gigante con gran dificultad por la pequeña portezuela del ómnibus. Cuando posó su bota en el suelo y bajó del vehículo, saltaron los amortiguadores liberados del gran peso del grandullón levantando el ómnibus en un vaivén que parecía por un momento que iba a hacerlo volcar. El gigante se estiró y miró lentamente a todos los presentes en el patio como si estuviese buscando a alguien. Tenía una cicatriz que le atravesaba el ojo izquierdo incrementando la fiereza de sus ojos grises. En el medio de su cara, una grotesca nariz, aplastada por lo que parecía haber sido golpes de mazo, daba el toque final a la mole ataviada con la toga del claustro alemán.

Otros dos profesores más siguieron al gigante: el director del curso Herr

Fisher, y el profesor Karl Becker, quien había venido en sustitución de última hora del profesor Achewald.

Herr Fisher era menudo, calvo, encorvado con dos ojos vivaces aumentados por los gruesos cristales de unas gafas redondas y con cara de un roedor. En cambio, Becker era un joven rubio de porte atlética, que bajó con agilidad del ómnibus, y miró con aire de fascinación la fachada del colegio. Alfredo le miró atento, recordando que este era el hombre a quien su tío le había encomendado durante la cena de hacía tan solo unos días. Se preguntó entonces cómo su tío pudo saber que Becker sustituiría al profesor Achenwald, incluso antes de que ocurriera el accidente de tren... De momento prefirió no contarles a sus amigos la conversación con su tío ni la extraña casualidad, y decidió averiguarlo él mismo.

Un silencio se hizo en el patio que despertó a Alfredo de sus cavilaciones. Del ómnibus estaba saliendo el último ocupante.

Llevaba un hábito de monje, su pelo largo y lacio era tan rubio que parecía blanco; tenía la piel rosácea y los ojos eran de un azul claro incrustado en un mar rojo como la sangre, como los de un conejo albino.

—Ese es el padre Vladimirovich —Dijo Friedrich a sus compañeros en voz baja y sin apartar los ojos del clérigo—. Pensé que no le volvería a ver en mi vida. Todavía tengo pesadillas con él. No sé si serán verdad todas las historias que se cuentan, pero hacen al Conde Drácula parecer un personaje de comic al lado de este monje.

Don Luis Carrión apareció por la puerta principal acompañado de su séquito y se acercó con los brazos abiertos dando la bienvenida a los visitantes. Se dirigió directamente al profesor Fisher a quien recibió con un ceremonioso abrazo y luego, cogiéndole del brazo, le dirigió con el resto del colectivo alemán al interior del castillo, donde esperaba la cena ya servida.

A un lado del portón de entrada estaba apostado Jerónimo, y Alfredo pudo ver el intercambio de miradas hostiles entre él y el gigante alemán.

Esa noche Alfredo fue solo a visitar a Jerónimo. Cuando llamó a la puerta de la cabaña, Jerónimo salió y miró con seriedad y preocupación a un lado y a otro en la oscuridad de la noche y apremió con un brusco movimiento de cabeza a Alfredo a que entrara.

—¿Qué está pasando Jerónimo? No pareces el mismo, ¿Qué es lo que te ocurre? —Dijo Alfredo preocupado por su amigo.

—Baja la voz, Alfredo, hazme el favor.

—¿Qué ocurre Jerónimo? —Dijo ahora casi en un susurro.

—No lo sé. No me gusta. Primero el accidente de Achenwald me pareció un poco sospechoso, pero podía ser simplemente mala suerte o una coincidencia, pero hoy me ha llegado un informe en el que dicen que Achenwald ha desaparecido y nadie sabe dónde está. La ambulancia nunca llegó al destino y en el hospital jamás hubo registro de alguien con ese nombre.

—Pero ¿quién era realmente Achenwald?

—Achenwald es -o era- nuestro contacto en Alemania. Como sabes las cosas en Alemania están muy difíciles, y la mayor parte de la alta nobleza y clases gobernantes de la época del imperio han tenido que huir, como la familia de Friedrich, a otros países donde les dieran asilo. Alemania es una parte importante del proyecto San Esteban, sin Alemania se rompe el equilibrio diplomático europeo y puede acabar como potencia opuesta a nuestro programa y eso casi seguro acabaría resultando en una guerra mucho más sangrienta que la del 18.

—Jerónimo, ¿Qué me estas contando? Creo que no te estoy entendiendo. ¿Te encuentras bien? Me estás dando un poco de miedo.

—Mañana lo entenderás mejor. Mr. Hopkins me ha pedido que te dijera que quiere que vayas a la capilla de San Esteban a las nueve treinta de la noche. Si te preguntan tus compañeros, diles que vienes a verme a la cabaña.

## Capítulo 21

*San Esteban, 22 de octubre de 1931*  
*Capilla de San Esteban*

LA NOCHE SIGUIENTE Alfredo salió del colegio por la puerta de las cocinas. Era una noche oscura y el viento silbaba con fuerza entre los árboles. Desde el acantilado se oían las olas romper con violencia y el aire frío estaba cargado de los olores del mar.

Alfredo bajó por el mismo camino que le llevaba hasta la cabaña de Jerónimo; este tramo se lo conocía ya como la palma de su mano, y aunque la noche era negra y las nubes cubrían el más mínimo atisbo de luz de la luna, Alfredo bajó por el sendero rápido y seguro. Cuando llegó al cruce, titubeó un poco entre ir a ver a su amigo Jerónimo y cerciorarse de que había entendido bien las instrucciones, o ir directamente a la capilla como le había dicho ayer; en el fondo sabía que había oído perfectamente y que no había lugar a confusión, las instrucciones de Jerónimo habían sido claras y debía seguir camino arriba hasta llegar a lo alto de una explanada donde se encontraba la capilla de San Esteban.

El camino hacia la capilla era más agreste, se podía ver que estaba mucho menos transitado que el de la cabaña de Jerónimo. Sobre el camino, una cúpula formada por las copas de los árboles se movía con fuerza por las rachas de viento; hojas, pequeñas ramas y alguna piña caían sobre Alfredo a su paso. Cuando llegó a la explanada, encontró una pequeña iglesia de estilo románico. Unas escalinatas de piedra subían hacia el portón de entrada que se encontraba incrustado bajo un arco de piedra decorado con relieves de santos. Subió los cinco escalones de piedra y trató de abrir el portón de madera, pero

estaba cerrado. Llamó tímidamente con los nudillos, y los golpes fueron absorbidos por la madera de la gruesa y densa puerta de castaño haciéndolos inaudibles.

Alfredo empezó a preguntarse si habría entendido mal y no era ese el lugar o la hora convenidas. Rodeó la iglesia y miró por los pequeños ventanucos en forma de saeteras que se abrían a los lados, pero dentro de la capilla parecía no haber luz o vida.

En una de las esquinas de la fachada trasera, vio unas escaleras, y al fondo de las escaleras lo que parecía ser una puerta al sótano. Las escaleras eran resbaladizas por el musgo adherido a la piedra, y en el rellano se mezclaban los olores de la tierra húmeda y la madera en descomposición de la puerta. Puso la mano en un herrumbroso tirador y empujó la puerta.

Entró en un espacio oscuro, y al cerrar la puerta tras él, el ensordecedor ruido del viento y del mar paró de golpe sumiéndole en un inquietante silencio. Anduvo por un angosto pasillo de piedra de techos bajos, en los que retumbaba el eco de sus pisadas. A medida que se adentraba en el pasillo, Alfredo empezó a oír el ruido de voces al final del pasillo y ver una tenue luz que se hacía más brillante a cada paso. El pasillo terminaba en un balcón bajo el que se veía un espacio grande que debía de ser la cripta de la iglesia.

La cripta era una sala circular con columnas y arcos en todo el perímetro; un altar de piedra al fondo bajo un sobrio crucifijo de madera, y frente al altar, unos cuantos bancos desvencijados donde estaban reunidos Don Luis Carrión, Mr. Hopkins y siete alumnos de entre los que rápidamente reconoció a Friedrich, a Edward y para mayor sorpresa también a Maria Luisa.

—Hola Alfredo, entre por favor. Baje aquí con nosotros —Dijo Mr. Hopkins a Alfredo—. Siéntese aquí.

Alfredo bajó por las escaleras de caracol girando dos veces alrededor de un pilar hasta llegar a la planta de la cripta.

Alfredo miró embobado a todas las caras y se sentó en un banco detrás de un sonriente Friedrich y Edward.

Don Luis Carrión estaba de pie junto al altar, sobre el que reposaba irrespetuosamente un complicado aparato de radio como el que vio en el sótano de su tío, donde presenció la misión de Cuatro Vientos y el intento de asesinato de Stalin comandado por su padre.

—Alfredo, bienvenido a nuestro selecto grupo —Dijo Don Luis Carrión—. Aquí estamos estudiando técnicas avanzadas de cooperación en tiempo de



crisis. Hoy estamos estudiando los diferentes métodos de comunicación por radio y cable. También hemos diseñado un código común para los presentes en este grupo que es importantísimo que se aprenda mejor incluso que el abecedario.

—Nadie conoce el código además de las personas aquí presentes y sus contactos en cada uno de sus países. Son todos ustedes conscientes de la importancia de que estos códigos no salgan de esta habitación y puedan caer en las manos equivocadas. Por eso no habrá ningún material escrito que pueda ayudar a que los mensajes puedan ser descifrados por el enemigo.

Enemigo. Pensó Alfredo. ¿De qué enemigo hablaba?

—Además de los apuntes y anotaciones que guardo en este cuaderno con las combinaciones, las claves y los contactos, nadie tiene otra copia más que la que tengo aquí conmigo, y si este cuaderno llegase a las manos equivocadas, las consecuencias podrían ser nefastas para el futuro de esta organización y de todos los implicados. —Paró un momento pasando su cuaderno entre los alumnos para que le pudieran echar un rápido vistazo.

—Antes, todos los operarios internacionales tenían una copia con los códigos, pero un cuaderno fue interceptado durante una misión fallida y eso nos costó la vida de importantísimos operativos que teníamos infiltrados en el bando enemigo.

Alfredo dudó un poco, pero era tal su confusión con lo que estaba presenciando que se decidió tímidamente a levantar el brazo.

—Señor Martin de Caviedes, ¿tiene una pregunta?

—Lo siento Don Luis, pero ¿quién es ese enemigo nuestro del que habla? —Alfredo se esperaba que su pregunta causara una lluvia de embarazosas risotadas de todos los presentes, pero todos aguardaron la respuesta con atenta corrección.

—Alfredo, la respuesta general es que nuestro enemigo es todo aquel que atenta contra la paz y el orden de Europa. Hace solo unos meses, el enemigo principal era la URRS y el comunismo que se está expandiendo por Europa como una plaga, pero hoy en día, debemos incluir también al nazismo y el fascismo que están creciendo con aun más fuerza e intensidad

Alfredo miró a Mr. Hopkins quien asintió con la cabeza confirmando a Alfredo que él estaba de acuerdo con ese comentario.

D. Luis Carrión continuó explicando el funcionamiento de los códigos, y

de cómo empezarían ese mismo domingo a incluir un mensaje encriptado con la carta semanal que escribían a sus casas para iniciar la comunicación.

Alfredo seguía sentado en su banco, asimilando, escuchando y aprendiendo, pero de forma mecánica, como en un trance, sin saber bien si estaba soñando o lo que estaba viendo y oyendo estaba realmente ocurriendo.

Después de media hora más de clase Don Luis disolvió la congregación, pero pidió a Alfredo que se quedase unos minutos.

Don Luis se quedó de pie, frente a Alfredo, en silencio y Mr. Hopkins esperaba apoyado contra una de las columnas de la cripta escuchando cómo se alejaban los pasos del resto de los alumnos. Don Luis no dijo nada hasta que oyó cerrarse la puerta a lo lejos con un sonido hueco y los tres quedaron en total silencio.

—Alfredo. Me imagino que todo esto le habrá sorprendido y se sentirá confuso.

Alfredo asintió con un leve gesto de cabeza; estaba demasiado aturdido como para poder abrir la boca y proferir sonido alguno.

—Esta es una organización secreta para la protección de la unidad de Europa. El colegio, aunque legítimo, es una tapadera para encubrir este proyecto. Los alumnos que ha visto aquí esta noche, y a quienes bien conoce, están todos íntimamente relacionados con las familias de máximo poder de Europa, y son el núcleo central de la recién acuñada Unidad de Inteligencia Militar Internacional (UIMI). La UIMI funcionará como una organización central para toda Europa para poder controlar y erradicar todos los peligros militares y políticos que acechan a Europa, a ser posible, antes incluso de que ocurran.

El resto del alumnado del colegio, como bien sabe, es parte de lo que será el GOEI o Grupo de Operaciones Especiales Internacionales. Cuando terminen su instrucción en cuatro años, saldrán del colegio como oficiales de este grupo de élite militar junto con los alumnos de otras tres academias en Europa, El Dreiffus en Alemania, La Pryirita de Finlandia y Saint Patricks en Irlanda. Pero la UIMI es una organización que está únicamente preparándose en el San Esteban y controlará y dirigirá todas las operaciones de la GOEI.

—Por qué solo en el San Esteban?

—Todas las casas reales europeas se centran en dos grandes familias: Hanover y Borbón, y en el San Esteban tenemos las piezas clave del futuro de estas casas. Friedrich de Alemania, Edward de Inglaterra, William de

Luxemburgo y Nicolai de Rusia son todos bisnietos de la reina Victoria de Inglaterra.

—¿Y Maria Luisa... la enfermera... qué hace aquí? —Acertó a preguntar.

—Maria Luisa Artaza es realmente Maria Luisa de Borbón, directa descendiente de Luis XVI y la legítima heredera del trono de Francia. Al ser este un colegio solo de chicos, y Maria Luisa ser uno de los eslabones más importantes de nuestro plan, Mr. Hopkins tuvo la idea de introducirla en el colegio como enfermera.

Alfredo miró a Mr. Hopkins quien todavía seguía apoyado contra la columna impenetrable y este afirmó con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza.

—Alberto de Italia, Maria Luisa, y usted son todos descendientes de la casa de Borbón. El caso de usted es particular y por eso dudamos inicialmente si incluirle dentro de este grupo dada la delicada situación de España. Usted es un enlace entre Carlistas e Isabelinos por ascendencia de padre y madre, y hoy día, con la dictadura de Primo de Rivera, no sabemos si debería de ser Jaime o Alfonso quien devuelva a España la estabilidad.

Su tío, el actual Conde de Caviedes, es quien insistió en su entrada en este colegio, y él es uno de los principales precursores del UIMI y además es oficial fundador del Grupo de Operaciones Internacionales. Como sabe, su tío no tiene descendencia y usted es el heredero más cercano vinculado a las dos ramas que se disputan la corona de España.

—Tanto su padre como su tío han sido piezas clave en la fundación de este colegio y el proyecto de creación de la UIMI, pero su padre está... actualmente desaparecido, y la tutela no ha pasado a su tío hasta que no hubieran pasado cuarenta y cinco días de su desaparición, por lo que nos ha sido difícil el incluirle en nuestro proyecto. Durante estos cuarenta y cinco días Mr. Hopkins, que ha conocido bien tanto a su tío como a su padre, ha abogado por usted y le ha recomendado, pero me he visto con las manos atadas hasta el día de hoy en que se cumple el tiempo y su tío nos ha dado el consentimiento para que forme parte del grupo.

—Hoy nos ha llegado una carta para ti, escrita por tu padre antes de que tú te hubieras incorporado al colegio, pero que por la delicadeza de la misión en la que estaba tu padre involucrado no se te ha podido enviar hasta el término de la misión o el regreso de tu padre. Ahora, cuarenta y cinco días después de

su desaparición el General Sanjurjo en persona me ha pedido que te dé en mano esta carta.

Alfredo agarró el sobre con mano temblorosa, y en ese momento un ruido despertó el silencio de la cripta, como un objeto contundente cayendo al suelo. Los tres se miraron a las caras con cara de alarma y Mr. Hopkins ya había desenfundado una pistola.

—¿Qué ha sido eso? —Dijo, sin realmente esperar contestación a la pregunta.

—¿Quién está ahí?

—El ruido venía del pasillo que lleva a la puerta interna para subir a la Iglesia. —Dijo Don Luis

—¡Vamos! —Dijo Mr. Hopkins haciendo un gesto a Alfredo para que le siguiera.

Cuando los dos se pusieron en movimiento, pudieron oír pisadas correr por uno de los pasillos superiores, y perderse a gran velocidad. Cuando hubieron subido las escaleras que llevaban al pasillo, solo pudieron ver la puerta cerrarse.

—¡La ha cerrado por dentro! Tú vuelve a la cripta y sal por la puerta por la que entraste, y rodea la Iglesia. Para a quien te encuentres, no me importa quien sea, y si tienes que usar la fuerza no lo dudes. Hay otra puerta que lleva por aquí a la sacristía, yo tomaré ese camino. ¡Corre!

Alfredo bajó otra vez a la cripta donde vio que Don Luis había ya desaparecido, y corrió por el angosto pasillo de vuelta a la salida de la cripta. Sus pasos y su respiración acelerada resonaban en la bóveda del pasillo. Cuando abrió la puerta y salió, el frío y el ensordecedor viento le esperaban. Paró y miró a un lado y a otro tratando de ver algo en la penumbra. Podía oír los latidos de su corazón golpear con fuerza en sus oídos. Se puso otra vez a correr y rodear la Iglesia. Fue hasta la entrada principal, y esta vez la puerta cedió cuando trató de abrirla. Tiró fuerte de ella y encontró el cañón de una pistola apuntándole a menos de 30 cm de la cara.

—No hay nadie aquí dentro. —Dijo Mr. Hopkins retirando la pistola de la cara de Alfredo y echándole a un lado para salir—. Vamos al camino, tal vez le alcancemos antes de que salga del recinto.

A los pocos metros encontraron a Don Luis Carrión levantándose dificultosamente del suelo y llevándose la mano a la cabeza, visiblemente aturdido.

—Don Luis, ¿Qué ha pasado? —Preguntó Mr. Hopkins

—Salí por la puerta trasera para poder sorprender en caso de que salieran por la puerta de la iglesia. —Comenzó Don Luis Carrión en un hilo de voz—. Vi a alguien adentrarse en el bosque por el camino, y traté de seguirle. Llevaba una túnica de alumno del colegio, ¡estoy seguro de ello! pero alguien me debió de golpear en la cabeza... Vosotros ya conocéis el resto.

—Así que es más de uno —Dijo Mr. Hopkins mirando hacia el camino preguntándose si seguir corriendo o socorrer al maltrecho director de la escuela.

—Alfredo, vuelve al colegio y entra por la puerta de la cocina. Guarda muy bien la carta de tu padre, y como te dije durante la pelea con James: No confíes en nadie, en ningún compañero, ni en mí, ¡ni en tu padre! Razona tus decisiones y sé consecuente con ellas. Vete ahora con prisa y con sigilo y mañana nos hablaremos.

Cuando Alfredo llegó a su habitación, encontró a James y a un alemán del Dreifuss sentados leyendo frente al fuego. Tal vez fuera por las recientes lecciones de Friedrich sobre la teoría de la deducción de Conan Doyle, o porque era demasiado obvio, pero Alfredo no pudo evitar advertir que el alemán leía sosteniendo el libro del revés. Eso solo podía significar dos cosas: Una, que acababa de llegar a toda prisa y quería dar la sensación de que estaba sentado apaciblemente leyendo un libro; o dos, que el alemán era aún más tonto de lo que parecía.

Recordando las últimas palabras de Mr. Hopkins en las que le instaba a no fiarse de nadie, optó por pensar que la primera solución era la correcta, y entró en la sala haciendo un breve saludo y diciendo que estaba exhausto y que se metía en la cama.

Una vez en su catre, encendió una vela y sacó la carta lacrada de su padre. La apretó contra su pecho con los ojos cerrados con fuerza mientras decidía si debía abrirla. ¡Por supuesto que la abriría! Pero era la primera carta que recibía de su padre, y el único contacto con él desde bastante antes de fallecer su madre, y tenía tantos sentimientos encontrados que le daba miedo abrir la carta y enfrentarse a los fantasmas del pasado, o peor aún, a confirmar sus temores de futuro.

Finalmente, y después de asegurarse mirando a través de su cortinilla que sus compañeros estaban metidos ya en la cama y con las luces apagadas, se atrevió a abrir el sobre y sacar la carta de su extrañado y admirado padre.

*Melilla, 16 de septiembre de 1931*

*Querido Alfredo,*

*No sé por dónde empezar. Han sido ya más de tres años desde la última vez que te vi. Cuando tu madre vino a visitarme a Melilla tuviste que quedarte con tus abuelos en Madrid por motivos de seguridad, pero entonces pensé que era cosa de semanas el que pudiera volver a Madrid, y ahora fijate, han pasado cinco años. Entonces no eras más que un chiquillo de 13 años y a estas alturas debes de haberte convertido en un hombretón.*

*Sé que las noticias a la península llegan tarde y algunas veces ni llegan. Como sabes, vine al norte de África a reducir unas sublevaciones de los moros en la zona del Rif, cosa que se imaginaba sería tarea fácil y rápida. ¡No podíamos estar más equivocados! Lo que pensábamos que no era más que un par de centenares de sublevados desorganizados, se tornó en un ejército de miles liderados por Abd el Krim, que combatió con inesperada violencia contra nuestro ejército. La matanza fue monumental. Nuestros hombres en la zona empezaron a ser masacrados. Los soldados de las banderas implicadas comenzaron la retirada despavorida y desordenada hacia Melilla, y nos ordenaron a nosotros, el regimiento 14 de Alcántara, el honor de cubrir la retaguardia de nuestros hermanos hasta que llegaran a la seguridad de nuestros muros en Melilla. Era una misión suicida, pero, aunque muriéramos en el empeño, estaríamos salvando las vidas de nuestros hermanos en retirada y, además, tendríamos la oportunidad de dar una lección de disciplina y coraje a las hordas de salvajes moros que parecían salir de todas las grietas y piedras del reseco desierto.*

*Nuestros jinetes cargaron con coraje tres veces contra un enemigo que numéricamente nos quintuplicaba. A cada carga volvíamos a reconcentrarnos y contar nuestras bajas. Con la cuarta carga habíamos perdido un tercio de nuestros hombres, pero eso no hizo a nuestros hombres bajar el empuje y la intensidad. En la cuarta carga me alcanzó una bala en el hombro, y al poco fui con mi caballo abatido por metralla, y al caer perdí el conocimiento.*

*Cuando recobré otra vez el conocimiento, estaba en el hospital militar de Melilla, donde me quedé dos meses recuperando la salud y las fuerzas. Poco antes de que me dieran el alta y pudiera volver a Madrid con vosotros, el estado mayor me encomendó las tropas del norte de África para doblegar los levantamientos y dar caza a Abd el Krim. Los levantamientos están controlados y hemos dado muerte a Abd el Krim la semana pasada con la ayuda de Dios. Pensé que ya podría volver esta misma semana, pero me han pedido de la comandancia que dirija una misión rápida especial en el extranjero y estaré de vuelta en Madrid en menos de dos semanas.*

*Alfredo, créeme que no ha pasado un solo día en el que no pidiera a Dios fuerzas para proseguir hasta poder volver a estar con vosotros. Ahora lloro solo de pensar en lo que habrás sentido cuando tu madre murió y no tenías a nadie contigo para compartir la pena. No te culpo si has sentido rencor hacia mí y rabia al no haber recibido noticias mías, pero era de vital importancia que nadie pudiera averiguar de mi paradero. Probablemente pensarías que os había abandonado, pero nada más lejos de la realidad. El pensar en volver a estar con vosotros es lo único que me ha mantenido vivo, lo que me hizo mantenerme fiel en esas noches en las que perdido y derregado me quise rendir y abrazar la muerte. Hoy lloro contigo la muerte de tu madre, mi amada esposa, y la pérdida de Fernando, mi hijo a quien amo y nunca conocí.*

*Cuento los días hasta que pueda reunirme contigo y recomenzar nuestras vidas, pero tendremos que esperar un poco más. Estos son tiempos difíciles y tenemos que sacrificarnos para reestablecer el orden en un mundo que se está volviendo loco.*

*No es el momento ahora de rendirse. ¡Todo lo contrario! Es momento de que cada uno pongamos nuestro granito de arena y luchemos por una paz en la que todos trabajemos juntos para hacer de este un mundo mejor.*

*Me da inmensa tranquilidad saber que estás en compañía de mi buen amigo Jerónimo. El destino y las circunstancias te han llevado a la situación y el lugar en el que estás. Estoy al corriente del plan de crear la UIMI y la GOEI, me parecen loables, pero no quiero decidir por ti; tú ya eres un hombre y debes tomar esas importantes decisiones*

*por ti mismo, pero quiero que consideres la situación política mundial, y cuáles serían las opciones o repercusiones si no se restablece un orden en Europa en el que se busque el bien de cada nación, y un ambiente de cooperación fraternal entre las principales naciones para el bien común. El comunismo soviético se está expandiendo por toda Europa como una plaga y lo están haciendo por la fuerza, imponiendo el odio y destruyendo las creencias y valores morales que han sido el pilar que han sustentado el mundo occidental como lo conocemos.*

*No te ciegues por el odio ni por los sueños de grandeza. Fija tus decisiones basadas en cómo puedes ayudar al mundo y a las generaciones venideras y así no podrás equivocarte.*

*Cuento los días hasta que podamos reunirnos otra vez. Pido a Dios que te guarde y te inspire para tomar las decisiones acertadas.*

*Con todo mi cariño y afecto. Un fuerte abrazo de tu padre.*

*Coronel Martin de Caviedes*

Cuando terminó de leer la carta, Alfredo tenía las mejillas bañadas en lágrimas. En la oscura habitación donde sus compañeros llevaban ya largo tiempo dormidos, solo se oía la caricia de una lluvia fina contra los cristales de la ventana y el esporádico chisporrotear del fuego casi extinto en la chimenea. Alfredo apretaba la carta contra su pecho y por primera vez en su vida sintió lo que era la verdadera soledad.



## Capítulo 22

*San Esteban, 5 de noviembre de 1931*

EL AULA DE química y biología tenía animales disecados por todos los rincones. El olor a formol era asfixiante. En la clase había diez alumnos y cada uno tenía en su pupitre un microscopio, y un fregadero. El Doctor Kersch estaba de pie en la tarima junto a un esqueleto del cuerpo humano que no parecía pasar mucha más hambre que el propio profesor.

Bajo la tarima, dos mesas de dos metros de largo por uno de ancho se mantenían alineadas una junto a la otra como las camillas de una sala de autopsia en una clínica forense. El hecho de que sobre una de ellas descansase el cadáver de un cochinillo bocarriba, despatarrado y con la lengua fuera, daba un aire más lúgubre a la clase y más maquiavélico al profesor.

—Hoy vamos a diseccionar a un cochinillo lechal. —Dijo el profesor alemán.

—Acérquense, por favor. Alberto, por favor tome el bisturí y las tijeras, y haga dos cortes en diagonal en el cuello del cadáver. Aquí y aquí, como si estuviera dibujando una corbata—. Muy bien. —Congratuló a Alberto Fogini, que le miraba asustado con las tijeras en sus temblorosas manos

—Ahora desde el vértice del corte haga una incisión desde el cuello hasta los genitales. Perfecto. Levantamos el corte del cuello y lo pinchamos al hocico para dejar la tráquea al descubierto...

Alberto, en cuanto levantó la piel del corte para pincharlo al hocico, se puso de color verde, se tambaleó, y cayó de espalda sobre los pupitres de la primera fila.

—Háganse a un lado y abran las ventanas para que corra un poco de aire. Tumbenlo ahí, sobre el pupitre que está bajo la ventana. —El joven italiano

pareció recobrar el conocimiento, pero se mareó y tuvo el tiempo justo de acercarse hasta una papelera.

—Herr Alberto. Llévase la papelera a los baños y tráigala reluciente y oliendo a lejía. Alfredo, coja los utensilios y continúe con la operación.

—Si, señor.

Al terminar de desconectar todos los órganos, los pusieron con cuidado sobre la bandeja. Estaban intactos y conectados: el aparato respiratorio, el digestivo y el corazón; lo único que se dejó conectado al cadáver fueron los riñones, ya que quedaban incrustados en la musculatura lumbar. Había un breve murmullo y risas contenidas de los alumnos haciendo comentarios jocosos. El profesor ignorándoles, se fue a las neveras y cerrando con un fuerte portazo, se acercó con una bandeja que colocó en la sala de operaciones junto a la bandeja con el cerdo diseccionado.

—Aquí tienen la disección de los órganos de un niño de cuatro años. Como pueden ver tiene el mismo número de órganos y prácticamente la misma colocación.

Los alumnos dieron un paso atrás y se hizo un silencio sepulcral en la sala. Algún curioso arrimaba la vista a la nueva bandeja, pero a una distancia cautelara, como con miedo a que fuera a saltar de la bandeja y atacarle.

—Doctor Kersch —Dijo Friedrich con claros signos de espanto—. ¿Cómo ha conseguido las vísceras del cadáver de un niño?

—Se lo pedí prestado a un niño que hacía demasiadas preguntas.

—¿Y qué le contestó el niño?

—No dijo nada, *Eure Exzellenz* Von Preussen. —Dijo con una leve inclinación de cabeza—. Pero el silencio otorga, su excelencia, el silencio otorga... —Añadió con una sonrisa morbosa que heló la sangre de Friedrich

Junto a la mesa, se habían acercado un poco más un grupo de alumnos animados por el entusiasmo de James que miraba con fascinación las dos bandejas y hasta se permitía mover algunos de los órganos para mayor inspección con sus manos cubiertas de látex. No era de extrañar que no le revolviere las tripas, era un joven acostumbrado a las cacerías en las llanuras del Oeste americano, en las que habría tenido que despellejar y desangrar a sus presas en numerosas ocasiones y esto era un trabajo limpio y deleitable en comparación.

Alguien llamó a la puerta con energía haciendo a más de un alumno dar un

brinco despertándoles de la hipnosis que las vísceras de las mesas operatorias les producía.

—Herr Doctor, con permiso —Dijo el atlético Karl Becker asomando la cabeza por la puerta.

—Adelante Herr Becker —Dijo el profesor Kersch poniéndose firme y dando un leve taconazo.

—Puedo llevarme al señor Martin de Caviedes un minuto si no le importa? —Y sin esperar a que contestara el profesor hizo un gesto a Alfredo indicándole que le siguiera.

En el pasillo Karl Becker extendió la mano a Alfredo y le dio un sólido apretón de manos.

—Alfredo, soy Karl Becker. Siento no haber podido tener la oportunidad de presentarme antes, pero tu tío me ha hablado de ti y me ha pedido que te tenga bajo mi ala. —El profesor era simpático, energético y le cayó bien a Alfredo desde el primer momento.

—Mañana por la tarde tenemos una pequeña reunión con unos amigos a la que me gustaría que asistieras.

—Sí... Sí, claro. Será un placer.

—Perfecto! —Dijo el profesor dando a Alfredo una sonora palmada en el hombro—. Un ómnibus saldrá del colegio a las 7.00pm. No llegues tarde o saldrá sin ti.

Alfredo miró extrañado a Becker desaparecer por el pasillo sin entender muy bien a qué es lo que acababa de ser invitado. Se abrió la puerta del aula detrás de él, y sus compañeros empezaron a salir dirigiéndose a los campos de fútbol, donde tenían ahora sus entrenamientos. Entró otra vez en la clase de biología para coger su abrigo y sus libros, y ahí quedaba tan solo James. Esperándole.

—¿Te ha invitado a que te unas a la reunión de mañana? —Preguntó James con una sonrisa como si estuviera felicitándole por haber ganado la lotería de Navidad.

—Si, eso creo, pero... ¿qué es exactamente lo que vamos a hacer?

—No lo sé muy bien, ya lo veremos; ahora corre, que llegamos tarde al fútbol

En los entrenamientos de fútbol, jugaban partidos entre tres equipos, y cada partido terminaba en cuanto un equipo metía el primer gol. Al equipo de

Alfredo y Friedrich no le había tocado todavía jugar y estaban en la banda esperando su turno. Friedrich se acercó a Alfredo de soslayo y le dijo que quería hablar con él.

—¿De qué se trata?

—Aquí no. Vamos a correr una vuelta al campo para calentar.

—¿Qué ocurre Freddy? —Preguntó Alfredo en cuanto empezaron a trotar y se hubieron alejado lo suficiente del resto de sus compañeros.

—¿Qué es lo que quería Herr Becker de ti?

—La verdad, no lo sé muy bien. Me ha invitado a una reunión mañana por la noche con un grupo de amigos suyos. Parece que James también está invitado.

Friedrich paró de correr un momento y le miró incrédulo levantando una ceja. Al comenzar otra vez la carrera lo hizo moviendo la cabeza a un lado y a otro como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Alfredo?

—Claro —Rio Alfred—. ¿Por qué? ¿Qué tiene esto de especial?

—Alfredo. No nos engañemos. Estamos en una situación muy crítica en toda Europa, y como sabes en este colegio nos jugamos gran parte del futuro y estamos todavía esperanzados de poder evitar otra gran guerra. Mr. Hopkins nos aseguró su total confianza en ti, y eso me reafirma algo de lo que yo ya estaba seguro. Pero como sabes, hay varias organizaciones tratando de impedir que la UIMI cumpla sus propósitos. Me consta que hay infiltrados en el colegio, y puede que también dentro de nuestro propio grupo.

—Vamos a parar aquí —Dijo Friedrich resoplando—. Como siga corriendo me va a dar un paro cardíaco

—¿Qué quieres decir con todo esto? ¿Qué tiene que ver esto con Becker?

Friedrich lanzó una condescendiente mirada a Alfredo.

—Alfredo. No me digas que eres así de ingenuo, porque no me lo creo. ¿Me vas a decir que te parece normal que formen una reunión clandestina fuera del colegio, a la que aparentemente solo tú y James estáis invitados?

—La verdad es que no lo había pensado así, pero sí que es extraño ahora que lo dices.

—¿No te parece extraño que el Doctor Achenwald haya desaparecido en el accidente del tren y que en menos de veinticuatro horas hayan conseguido un suplente y que es ni más ni menos Karl Becker, capitán e instructor de la

Gestapo? y ahora él, sin todavía conocerte, te invite a una reunión fuera del recinto del colegio —Alfredo miraba pasmado a Friedrich sin saber qué decir.

—He mandado hacer también averiguaciones sobre el doctor Kersch, y después del espectáculo que ha dado esta tarde todo empieza a encajar más y a tener menos sentido al mismo tiempo. Está especializado en genética y psiquiatría. Hay alegaciones que le incriminaban por haber experimentado con humanos durante la gran guerra, pero nunca se llegó a probar. No estoy muy seguro de cómo ha acabado en este colegio. Bien es verdad que se ha tratado de buscar a los mejores especialistas en cada una de las materias para formar el claustro docente de este colegio, y se ha hecho un exhaustivo historial de antecedentes e ideologías de cada uno de los miembros del claustro.

Alfredo no daba crédito a sus oídos. La cabeza le daba vueltas.

—Alfredo. Te tengo mucha confianza y aprecio, y por eso te tengo que ser franco y preguntártelo directamente. —Dijo Friedrich ahora muy serio.

—Me he enterado también que hay un grupo paralelo al UIMI en el colegio, respaldado por el partido nazi, que busca infiltrarse en la UIMI, sacar información y evitar al mismo tiempo que nuestra organización tenga éxito... ¿estás tú involucrado en este grupo?

—Eh, vosotros dos. ¿Vais a seguir ahí tirados en el césped o vais a venir a jugar?

Era Hans el que interrumpió devolviendo a los compañeros al presente y a su partido de fútbol. Lanzó los guantes a Friedrich, que era el portero del equipo. Friedrich y Alfredo se cruzaron las miradas graves como atestiguando que su conversación no había terminado y buscarían otro momento para continuarla.

## Capítulo 23

### *Hospital Psiquiátrico El Ventuco, 6 de noviembre de 1931*

A LAS SIETE en punto Alfredo salió al patio. Era una noche tranquila, el sol ya se había puesto, y en el horizonte, los pálidos naranjas amarillos y rojos del cielo, recordaban a la tenue luz del fuego de una chimenea a punto de extinguirse. La tarde había sido excepcionalmente calurosa para la época del año, y ahora una leve bruma se levantaba como un velo subiendo desde el mar.

El ómnibus del colegio estaba en el patio esperando con el motor encendido; parecía que todo el mundo estaba ya sentado dentro dispuestos a salir. El doctor Kersch, que esperaba a la entrada del ómnibus, le apremió para que se diera prisa.

En el interior estaban sentados cinco de los alemanes del Dreiffus, Marco Casaretto, James y un alumno francés al que Alfredo solo conocía de vista. El joven profesor Becker estaba sentado al final del ómnibus y lanzó una sonrisa y un afectuoso saludo a Alfredo cuando entró.

Se sentó en el segundo banco junto a James. Pronto el ómnibus se puso en marcha y bajaron el camino que salía del colegio. Al pasar la entrada, giraron hacia la derecha, en la dirección contraria a la que lleva al pueblo.

—¿Tienes alguna idea de a dónde vamos? —Preguntó Alfredo

—Parece que vamos a un antiguo sanatorio que no está lejos de aquí, pero eso es todo lo que he oído. —Contestó James.

Después de no más de diez minutos de marcha por un camino de tierra minado de baches y montículos, llegaron a la entrada de lo que parecía un edificio abandonado desde hacía muchos años. En el muro de la entrada todavía colgaba un raído letrero en el que se podía leer el nombre del antiguo propietario de la finca: *Hospital Psiquiátrico El Ventuco*.

Una verja doblada y oxidada defendía la entrada tímidamente.

Cuando cruzaron la entrada, pudieron ver una construcción de comienzos del siglo XIX con altos techos y grandes columnas de orden dórico circunvalaban el vestíbulo. A pesar de la apariencia exterior de abandono, el edificio estaba limpio e iluminado por dentro, con la tenue luz que proporcionaban las lámparas de gas.

Entraron todos en silencio y llegaron hasta lo que parecía ser una biblioteca donde les recibió un acogedor fuego en la chimenea y una bandeja con café y pastas sobre la mesa.

Se fueron todos acomodando en silencio alrededor del fuego ocupando las sillas, los sofás y los sillones allí dispuestos.

El padre Vladimirovich se acomodó en una silla, en una oscura esquina lejos del semicírculo que formaba el resto del grupo frente al fuego.

Una vez estuvieron todos sentados, Karl Becker tomó la palabra.

—Muchas gracias a todos por aceptar la invitación y venir aquí esta noche.

Dijo frotándose las manos y dando zancadas enérgicas a un lado y a otro del grupo para tener un contacto cercano y directo con todos y cada uno de los presentes.

—Para los que no me conozcan, mi nombre es Karl Becker. Soy el Secretario de Asuntos Internacionales del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, e instructor general de la Gestapo. Trabajo bajo la directa supervisión de nuestro Führer Adolf Hitler, es él quien me dijo específicamente a quién invitar a esta congregación, me dio un listado con vuestros nombres y después me dio esta carta escrita de su puño y letra para que os la leyera en persona cuando nos hubiésemos todos reunido.

Becker se agachó a coger su maletín de cuero, sacó un sobre de color marfil, lo abrió, y desdobló una carta escrita con trazo rápido y con gran presión sobre el papel.

Becker comenzó a leer.

*Berchtesgaden, 17 de septiembre de 1931*

*Mis queridos jóvenes camaradas,*

*Europa está despertando. Hemos todos soñado con la unificación de todas las clases, donde todos trabajemos juntos, codo con codo, para el*

*bien común, para el mejoramiento de nuestra raza y para el común desarrollo de Europa. Ese sueño está hoy más cerca de lo que haya estado nunca.*

*Estamos construyendo una nueva comunidad, en la que los beneficios sociales serán mucho más que simple caridad, porque no decimos simplemente al rico: -Por favor, da al pobre que no tiene- En lugar de eso decimos: - ¡camaradas! ayudaos a vosotros mismos, ayudándoos unos a otros. - Todo el mundo ha de ayudar, sea rico o pobre. Siempre tenemos que pensar que hay alguna persona más pobre que nosotros y debemos trabajar todos por esa persona.*

*La única manera para entender y llegar a esa comunidad es creernos y sentirnos parte del grupo. En grupo, todos remando al son, llegamos mucho más lejos que remando solos. Si creéis con firmeza esto, no hay fuerza en este mundo que pueda venceros.*

*Como jóvenes camaradas, sois vosotros la gran esperanza; sois el coraje y la fe de nuestra gente. Vosotros sois la viva garantía del futuro de Europa.*

*El lazo que estáis atando juntos en este momento de vuestras vidas, con estos camaradas de otros países, con otros idiomas y otras costumbres, pero con una única ideología y la misma visión, son los lazos de unión del futuro de una Europa unida, una fe, una raza que no podrá ser vencida y que gobernará la Tierra y hará de este, un mundo mejor.*

*Sieg Hail!*

*Afectuosamente,*

*Adolf Hitler*

Karl Becker dejó con sumo cuidado la carta abierta sobre la mesa, donde todos la contemplaban con la admiración y veneración con la que contemplarían las reliquias de un santo.

—Camaradas —tomó otra vez la palabra todavía visiblemente conmovido por la lectura de la carta—. como dice el Führer, Europa está despertando y depende en gran medida del trabajo que hagáis vosotros en preparar el camino



y que luchemos todos juntos para acabar con las arcaicas sociedades feudales que impiden el desarrollo de nuestros pueblos ayudando al enriquecimiento de unos pocos a costa del hambre de otros muchos. Así jamás conseguiremos todos remar al mismo tiempo y en una única dirección.

Alfredo todavía no había oído a penas nada sobre el movimiento nazi, pero el razonamiento y sobre todo la efusividad con la que Karl Becker hablaba y las poderosas palabras que les había escrito su líder, estaba despertando en el pecho del joven unas emociones y un orgullo completamente nuevo para él.

Con las palabras de Karl Becker haciendo eco en sus oídos, y la carta de ese líder, Adolf Hitler, que parecía tan cercano, y que hablaba tan directo a este nuevo grupo, pidiéndoles ayuda con esta noble causa, Alfredo decidió que había encontrado un nuevo significado y un nuevo rumbo para su vida.

Miró a su alrededor, y vio en el resto de sus compañeros la misma mirada iluminada con el entusiasmo de haber encontrado algo por lo que luchar, algo por lo que vivir, algo, si fuera necesario, por lo que morir.

—Ahora, camaradas levantémonos y pidamos al Señor que nos de fuerza para cumplir nuestros designios de poblar la Tierra y de someterla...

Diciendo esto, Becker se apartó dejando el camino libre al padre Vladimirovich que seguía sentado en la oscura esquina de la habitación donde nadie había aun reparado en su presencia.

Este se levantó, se irguió, y se acercó lentamente. A cada paso parecía crecer y los jóvenes se apartaron para dejarle un pasillo hasta que entró en el círculo que formaban todos los presentes.

Medía más de dos metros, era enjuto y estrecho de hombros, pero no por ello tenía porte débil ¡al contrario! Podía tener entre cuarenta y cinco y setenta años. Aunque tenía el pelo blanco, su piel rosada no tenía una sola arruga. Sus ojos todavía parecían inyectados en sangre y su iris reflejaba la luz del fuego dándole, si cabe, un aire más horrible y tenebroso.

El padre Vladimirovich cerró los ojos y abrió los brazos en actitud de oración y comenzó con una voz de ultratumba:

—Oh, Dios que has juntado aquí a tu grupo de jóvenes predilectos, concédeles fuerza y sabiduría para limpiar a Europa de toda impureza. Guía su camino en este mundo inhóspito donde reina la moral del débil, y el ejército de los pobres de espíritu defiende su trono. No dejes que les tiemble la mano

cuando hayan de dejar caer el hacha de la justicia sobre el cuello desnudo del indigno.

Se hizo un breve silencio en el que el monje, con los ojos todavía cerrados, juntó sus manos bajo el hábito; Alfredo no sabía si debería decir amén, o quedarse callado, pero pronto Karl Becker le sacó de dudas rasgando el silencio con un potente ¡Sieg Hail! que todos los estudiantes contestaron mecánicamente enfervorizados de voz en grito: —Sieg Hail, Sieg Hail, Sieg Hail!

El monje abriendo los ojos como saliendo de un trance, se movió dando rápidas y largas zancadas hasta una consola que estaba contra la pared del fondo en la que el doctor Kersch estaba encendiendo dos cirios que estaban sobre ella. Al iluminarse, los jóvenes vieron un cáliz de oro, y una bandeja con un cuchillo con mango de oro y piedras preciosas reposando sobre el fino mantel blanco.

—Este grupo que está reunido hoy aquí, en esta noche del solsticio de otoño, es una sociedad secreta, una hermandad. Quien no quiera formar parte, es libre de salir ahora mismo, antes de jurar eterna lealtad al Fuhrer y al grupo; solo le pediremos que no hable con nadie de lo que ha oído hoy aquí. —Dijo el padre Vladimirovich.

Todos en la sala se quedaron callados y se miraban entre sí. Marco Casaretto tenía la mirada puesta al frente e intentaba evitar hacer contacto visual con ninguno de sus compañeros. Becker se acercó a Marco y dio una vuelta alrededor de él escrutándole de pies a cabeza como quien admira una escultura, después de un rato, que a Marco se le antojó una eternidad, Becker le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Marco, no creo que estés preparado para hacer un juramento de fidelidad incondicional. Ya sabes lo que dicen las escrituras: no se puede servir a dos señores... —luego dirigiéndose a Rolf, el joven alemán del Dreiffus, le preguntó: —Rolf, ¿pondrías tu vida y la de tu familia en las manos de un hombre que jura fidelidad y al mismo tiempo sirve a un soberano que solo busca la destrucción de nuestro partido?

Rolf le miró pensativo un breve momento y luego dirigiéndose a Becker contestó tajante: —No, Herr Becker

Becker asintió y mostró la puerta a Marco estirando el brazo en un gesto inequívoco.

El padre Vladimirovich esbozó una sonrisa de dientes desaparejos y

amarillos que no era ni alegre, ni amable; más bien todo lo contrario.

—Muchos son los llamados y pocos los elegidos. No temas, marcha en paz. Herr Becker, por favor acompañe a Marco. —Becker abrió la puerta y el gigante Goshner esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Alguien más desea marcharse? Por favor que hable ahora o calle para siempre—. Miró a un lado y a otro para ver si tenía algún desertor en sus filas, y después de asegurarse que nadie levantaba la mano prosigui—. Eso pensaba. Por favor doctor Kersch, proceda.

El doctor Kersch cogió un caldero de plata y lo colocó en el centro de la sala, luego se acercó al monje e hizo una leve reverencia y se quedó a espera de lo que haría el monje, quien parecía ser el maestro de ceremonias, o el sacerdote en esta surrealista misa.

El monje alzó sus brazos de cara al altar invocando al cielo y empezó a recitar en una lengua desconocida; no era latín, no era alemán. Finalmente cogió el cuchillo del altar y pasando levemente el filo por su dedo pulgar hizo brotar sangre y fue hasta donde estaba el caldero y dejó caer unas gotas de su sangre en el resplandeciente interior. El doctor Kersch se arrodilló sumiso ante el clérigo extendiendo sus brazos para recibir el cuchillo. Al levantarse empapó una pequeña gasa con el ungüento que había en un plato sobre la mesita y limpió el corte del moje.

El doctor Kersch, llevando la daga con las dos manos, se acercó al centro donde estaba el caldero de plata, y se apostó a un lado del caldero con el cuchillo descansando sobre sus manos como esperando instrucciones.

—El pacto de sangre os hará hermanos. El pacto de sangre os unirá con un vínculo que nada ni nadie podrá romper. Acercaos todos aquí. —Dijo el monje, y cogiendo otra vez el cuchillo que le ofrecía Kersch empezó uno a uno a hacer un corte en la vena radial de la palma de la mano de cada alumno para dejar caer unas gotas de sangre en el caldero. Poco a poco las gotas de sangre de cada muchacho se mezclaban con la suya propia, hasta formar un charco negruzco en el fondo del caldero—. Tomad uno de los paños de la mesita y mojarlos con el ungüento que ha desarrollado el doctor Kersch para acelerar la coagulación y cicatrización de las heridas.

A cada corte, el monje agarraba con fuerza la muñeca del estudiante mientras este apretaba el puño para dejar caer unas gotas de sangre sobre el caldero.

Alfredo, que fue el último de los alumnos en añadir su sangre al caldero,

se frotó con en el unguento del doctor Kersch y vio con sorpresa como la sangre dejaba de brotar y la herida se cerraba dejando solo una pequeña marca en su mano.

El monje tomó la cruz que le colgaba del cuello, desenroscó la base y sacó un pequeño frasco de cristal, lo abrió y lo levantó otra vez en ofrenda a los dioses. Luego mostrando el frasco a los jóvenes explicó que contenía unas gotas de sangre que el Fuhrer había querido compartir con ellos para poder, aun en la distancia, completar la consagración del culto.

Con gran ceremonia dejó caer las gotas de sangre aun licuadas sobre el caldero, y después, añadió unos polvos y vació el contenido de una botella de cristal con un líquido verde que parecía absenta sobre la sangre, y al añadir unos terrones como de azúcar, comenzó a mezclar el ahora efervescente liquido hasta que se fue tornando en un denso liquido de color naranja como el ladrillo.

Llenó el cáliz con la pócima del caldero y se lo dio a Rolf, quien parecía ser el líder de los estudiantes alemanes. Rolf era el ario por antonomasia: rubio, ojos claros, porte atlético, metro ochenta y cinco de estatura y una sonrisa franca y confiada. Rolf levantó el cáliz, bebió todo el contenido y devolvió extático la copa al sacerdote quien la tomó en sus manos con aprobación y volvió a rellenarla.

James dio un paso al frente y pidió ser el siguiente. Ahora el monje sonreía con los ojos encendidos y una mueca maléfica.

Fuera, el tiempo estaba rápidamente cambiando y se podía oír el viento golpeando fuertemente contra los ventanales. James se llevó la copa a los labios y también la terminó.

—Ve y únete a tu hermano. Hoy es una gran noche, y el sol negro brillara sobre vosotros. ¡Vosotros heredaréis la tierra! Y ante vosotros hincarán la rodilla todos los pueblos. —Decía el monje de voz en grito en un tono imposiblemente agudo.

El resto de los miembros de la nueva hermandad fueron uno a uno bebiendo.

Fuera se desencadenó una fuerte tormenta.

Cuando Alfredo cogió el cáliz con sus manos, una fuerte racha de viento hizo que los ventanales se abrieran de golpe apagando las velas y trayendo consigo un revuelo de hojas y lluvia. Las cortinas se hincharon, arremolinándose como garras, como velos, como fantasmas de ultratumba.

—¡Bebe, miserable, bebe! Y tendrás vida eterna

Alfredo bebió, y al terminar la copa sintió un extraño presagio de condenación. A su lado el maquiavélico sacerdote reía con arrobamiento. La sensación de culpabilidad empezó a desaparecer y una gran calma se apoderó del pecho de Alfredo, al poco esa calma se tornó en euforia, y la euforia en delirio.

## Capítulo 24

*San Esteban, 7 de noviembre de 1931*

EL SONIDO DE sus compañeros de habitación afanando por el cuarto, y el de las olas del mar rompiendo bajo la ventana abierta de par en par, despertó a Alfredo. No había una nube en el cielo y las gaviotas volaban y chillaban en esa hermosa mañana de otoño.

Alfredo se echó las manos a la cabeza y se palpó el cráneo en busca del golpe que le hubiera producido el tremendo dolor de cabeza que padecía.

Tenía un leve recuerdo de la noche pasada, pero la recordaba como un extraño sueño del que se olvidaría sin duda en cuanto se despierezase. No parecía encontrar herida en la cabeza, pero tenía la sensación de que su cerebro se expandía y empujaba con fuerza las paredes del cráneo. Tenía la boca seca y le ardían los ojos.

—Alfredo, ¡levántate, gandul! —Le dijo un alegre y ya vestido Friedrich—. ¡Chico, qué mala cara tienes! Qué paso ayer en vuestra reunión con Becker, cuéntamelo todo —Dijo ahora con un tono más grave.

—La verdad es que no recuerdo nada de anoche —Dijo Alfredo incorporándose sobre un codo y frotándose la cabeza —pero he tenido el sueño más extraño que he tenido en mi vida. Verás, estaba...

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y entró James. Al verle se cayeron las escamas de los ojos de Alfredo y lo recordó todo. Un punzante escozor en la palma de la mano izquierda, donde recibió la noche anterior el corte con la daga del monje Vadimirovich, sirvió para esclarecer la mínima duda que le quedaba.

—¿Qué ocurre? —Dijo Friedrich volviéndose a mirar a James sin comprender nada—. ¿Qué es ese sueño tan raro que tuviste?

—No... no, nada. Es que hoy es el partido, no había caído en ello. El sueño, no, la verdad es que ya no me acuerdo.

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez con mucha más energía y golpeando la pared con fuerza. Hans entró corriendo por ella con cara de alarma.

—¿Os habéis enterado? Hoy no creo que tengamos partido. ¿Habéis oído lo que ha ocurrido con Marco?

—Marco Casaretto? —Preguntó Friedrich cambiándole la cara.

—Si, ese. Ha aparecido muerto en el bosque, justo a la orilla del camino, frente el muro de entrada del colegio.

James ahora había quedado detrás de Hans y miraba fijamente a Alfredo, y este miraba de Hans a James y de James a Hans sin dar crédito a sus oídos.

—Pero... ¿Cómo? Eso no es posible, ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha muerto?

—Dice uno de los alemanes que está alojado en la casa Ortiz de Pazos, y con quien parece que Marco había hecho cierta amistad, que Marco había conocido una muchacha en el pueblo y ayer por la noche se escapó para ir a verla. El alemán, un tal Rolf, dice que le invitó a ir con él, pero que él declinó para no buscarse problemas con el colegio, sobre todo estando, como están todos los de Dreiffus, en calidad de invitados.

—Probablemente habría ido al pueblo y algún mozo celoso se quiso desquitar y lo mató. ¡Malditos salvajes!

—Pero... ¿cómo ha muerto? —Preguntó Alfredo atónito.

—Le encontraron atado a un árbol... con el cuello cortado de oreja a oreja. —Dijo Hans haciendo un grotesco gesto con el pulgar pasándoselo como si fuera una navaja de un lado a otro del cuello.

Alfredo tuvo que sentarse sobre la cama cuando oyó esto. James y él intercambiaron otra rápida mirada consternada.

Cuando bajaron al comedor, había un lúgubre silencio por los pasillos. Los chicos hablaban en voz baja y en pequeños círculos de dos o tres. Alfredo dio dos sorbos a su café y se excusó.

Salió al patio, y se sentó en un solitario banco en el jardín, bajo un deshojado sauce a fumar un cigarrillo, para digerir los acontecimientos del último día y las noticias de la muerte de Marco.

A pesar del deslumbrante sol, hacia bastante frio, y Alfredo se levantó el cuello de la chaqueta.

Al poco rato salió Maria Luisa del edificio. Llevaba puesta la bata blanca

de enfermera que tan bien se amoldaba a su hermosa figura, pero lo único en lo que Alfredo pudo fijarse fue en la mancha de sangre en el costado y en la manga izquierda, que resaltaba rojísima en contraste con el blanco de la bata.

Maria Luisa vio a Alfredo y se dirigió directa a él.

—¿Tienes otro cigarrillo? —Preguntó Maria Luisa.

—Pero si tú no fumas

—Hoy sí —Contestó parca Maria Luisa mientras sacaba un cigarrillo de la pitillera que le tendía Alfredo.

Fumaron unos minutos en silencio. Maria Luisa, con los brazos cruzados apretados con fuerza, estaba visiblemente tensa. Con cada calada, exhalaba el humo como tratando de enviarlo lejos, muy fuera de ella.

—¿Es la primera vez que ves un muerto? —Preguntó Alfredo mirando al suelo.

—He visto muertos antes, pero esto es diferente. No creo que vaya a poder quitarme la imagen de esos ojos abiertos, desorbitados, casi como clamando ayuda, jamás en la vida...

Alfredo vio como le comenzó a temblar el labio inferior y los ojos se le inundaban de lágrimas. Abrió mucho los ojos y miró al cielo en un vano intento de que no se desbordaran, pero primero resbaló una lágrima gorda por su suave mejilla y luego otra y después escondió su cara sobre el hombro de Alfredo y lloró como una niña. Alfredo sin tener mucha experiencia con estas situaciones, la rodeó con sus brazos y acarició torpemente su pelo. Así se quedaron unos minutos en los que Alfredo no dijo palabra y apenas se atrevió a respirar por miedo a romper ese momento mágico.

Cuando Maria Luisa pareció haberse calmado, Alfredo le ofreció su pañuelo y ella tomándolo se secó los ojos.

—¿Quieres otro cigarrillo?

—No, gracias. —Le dio el pañuelo de vuelta y se recostó en el banco metiendo las manos en los bolsillos de la bata hasta los más profundo que llegaron, y se quedó con la mirada perdida en algún lugar lejano de un pasado cercano.

—¿Quién podría haber hecho algo así? La policía ha estado ya viendo el cuerpo, y los he oído decir que nadie vio ayer a Marco por la noche en el pueblo... Ni en la taberna... ni en los billares. También preguntaron a la muchacha austriaca que conoció en la panadería y ella dijo que no había oído nada de Marco desde el fin de semana pasado.



—Entonces... ¿Qué hará ahora la policía? —Preguntó Alfredo más nervioso de lo que le habría gustado aparentar.

—Están haciendo averiguaciones en el colegio y han interrogado a un par de alumnos. Están esperando a que venga un inspector de la policía de Santander para continuar con el caso. Imagínate, esto puede llegar a ser un escándalo internacional de tamaño monumental, como sabrás, Marco era sobrino del Duque de Taradella, y su padre es miembro del gabinete de Mussolini y gran amigo del dictador desde la infancia.

—¿y cuándo dicen que llegará ese inspector de policía? —Preguntó Alfredo.

—No lo sé, esta tarde, o mañana. ¿Pero qué te ocurre Alfredo? Estás muy pálido, ¿te encuentras bien?

—No.... si... bueno, no lo sé. Tengo un mal presentimiento y creo que tal vez sé lo que le ha podido haber ocurrido a Marco...

—¿Qué me estás contando Alfredo! ¿Qué es lo que sabes? Cuéntame...

—Schhh, ¡calla Maria Luisa, habla bajo! —Dijo Alfredo apresuradamente tratando de contener la voz. Había visto cómo uno de sus nuevos hermanos alemanes había entrado en el patio y le miraba desde debajo de los arcos, a pocos metros de ellos. Maria Luisa siguió la vista de Alfredo y vio al alemán que la saludo cortésmente quitándose el sombrero. Alfredo le saludó con la mano, y con un amago de sonrisa tratando de parecer casual y despreocupado.

## Capítulo 25

*San Esteban, 8 de noviembre de 1931*

EL INSPECTOR LLORENTE llegó a la sala contigua a las cocinas, que es donde habían dispuesto el cadáver de Marco Casaretto sobre la mesa del comedor de servicio.

Alrededor de la mesa, estaba el Doctor Bermúdez acompañado de Maria Luisa, Don Luis Carrión, Mr. Hopkins, Doctor Hoffman y Herr Fisher que esperaban la llegada del inspector.

El inspector Llorente era un hombre enjuto, con la piel curtida del marino que ha pasado años faenando en la mar; sus oscuros ojos vivaces a penas se veían bajo la espesura de unas pobladas cejas negras que contrastaban con el pelo ya canoso del cabello.

Mr. Hopkins, con ojo experimentado de años de estudio y observación, pude ver en el inspector unas manos nudosas, fuertes y ágiles. Pensó Mr. Hopkins que bajo la desaliñada y frágil pinta del detective, debía esconderse un hombre bastante más duro y entrenado de lo que a primera vista parecía.

—Señor Inspector, muchas gracias por acudir con tanta premura. Soy Luis Carrión, director del colegio. Este es el Doctor Bermúdez, médico del colegio, quien ha hecho la autopsia del cadáver. Estos son los profesores Hopkins, Hoffman y nuestro invitado Herr Fisher del prestigioso colegio Dreiffus en Alemania. Dígame por favor qué podemos hacer para ayudarle en la investigación.

El inspector, sin contestar al saludo del director, ni cambiar el gesto austero de su mirada, pasó la vista de Don Luis Carrión a los otros tres profesores escrutando de arriba abajo a cada uno con su mirada; se detuvo tal vez algo más en Mr. Hopkins, como si le resultara por un momento familiar su

cara, pero en seguida dio su inspección por terminada, y se acercó a la mesa sobre la que yacía el cuerpo de Marco Casaretto.

Un joven en quien todavía nadie había reparado en su presencia apareció detrás del inspector, y acercándose a la mesa se plantó junto al inspector con cuaderno y lápiz en mano.

—Varón, de entre 16 y 19 años. —En cuanto el inspector posó los ojos sobre el cadáver, comenzó a dictar al joven que le acompañaba con voz monótona, casi desinteresada.

Sin fijarse todavía en la herida que le causó la muerte, retiró la manta y empezó su inspección por los pies.

—Contusión en rodilla izquierda y raspón en la rodilla derecha. Parece que la víctima ha caído repetidas veces sobre sus rodillas en las últimas 20 horas y obviamente cuando todavía estaba con vida. Las palmas de las manos están también raspadas y ensangrentadas.

—Contusión en lateral del cuádriceps femoral izquierdo y en las costillas. Ambos golpes parecen haber sido recibidos de un puntapié, aparentemente propinado con un zapato de vestir de caballero, ya que se intuye una línea horizontal más marcada en la base de cada hematoma, como el que se apreciaría si el golpe hubiera sido dado con la puntera, ya que la línea horizontal habría sido consecuencia de la suela reforzada y ligeramente sobresaliente. Otros golpes de la misma índole se ven en la espalda y en la pierna.

—Se aprecian marcas de presión dactilar en ambos brazos, por encima del codo. En las muñecas, las heridas de forcejear tratando de liberarse de unas ataduras metálicas, lo más probable unos grilletes.

El inspector se agachó sobre el gaznate del cuerpo y empezó a inspeccionar la letal herida que acertó la vida del joven italiano. La puerta de la sala se abrió de golpe y por ella irrumpió Karl Becker seguido de dos policías municipales.

—Inspector —Dijo Karl andando apresurado y con aire de triunf—. No se moleste en proseguir con su investigación. El asesino ha sido encontrado y el misterio ha sido esclarecido.

—¡Silencio! —Espetó el inspector con tanta fuerza que Becker se paró sobre sus pies en el acto y Marco casi se levanta de la mesa del susto.

—El corte ha sido producido con el filo de un cuchillo empuñado con la mano derecha —Continuó dictando el inspector con la misma aburrida

cadencia de antes de la interrupción—. El corte ha sido aplicado estando frente a la víctima, no agarrando a la víctima por detrás como sería lo más común y predecible. El cuchillo, a juzgar por la marca punzante del comienzo del corte, se trata de una daga ligera de pulidísimo filo. —Mr Hopkins miró al doctor Bermúdez en busca de asentimiento o digresión, pero el doctor parecía seguir interesadísimo la explicación del inspector.

—En el lado izquierdo de la cara de la víctima hay indicios de contusión, producido lo más probable por repetidos golpes con mano abierta. —El inspector se acercó más a la mejilla del cadáver—. Interesante —Dijo, y dando media vuelta se acercó al diván bajo la ventana, donde había dejado su abrigo y maletín, y sacó de este último una lupa. Volvió a acercarse al cadáver y siguió con su estudio.

Los demás presentes le seguían con la mirada sin perder un solo movimiento.

Al poco se levantó el inspector y guardó la lupa en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió a todos con el aire de un profesor preparado para dar una lección a sus alumnos.

—En fin, podemos decir que el joven ha sido llevado, por al menos dos personas, en contra de su voluntad, a campo abierto, durante un tiempo de más de 20 minutos y menos de una hora. Ha forcejeado y se ha caído varias veces. Finalmente, le han atado por la fuerza a un árbol con unos grilletes a la espalda, sin duda, eso explicaría la dislocación del hombro izquierdo, y finalmente le han rebanado el cuello cortando venas y tráquea con lo que parece ser un puñal profesional como los utilizados por los cuerpos de operaciones especiales del ejército. Un cuchillo de caza sería más basto y de mayor peso y habría abierto una herida más ancha. El corte ha sido frontal, ya que la zona central del cuello es sobre donde se ha puesto más presión al hacer el corte; probablemente el asesino no alcanzaba a cortar el cuello por la espalda, teniendo el árbol de por medio, y le cortó el cuello a sangre fría, de frente, mirándole a los ojos...

—¿Ha tomado nota de todo, Cristóbal?

—Si señor inspector, lo tengo todo, palabra por palabra.

—Y ahora díganme, —dijo volviéndose hacia Becke—. ¿qué es eso que me querían decir cuando irrumpieron en la sala, interrumpiendo el examen?

—Verá... inspector —empezó a decir un Karl Becker no tan seguro de sí mismo como cuando entro momentos ante—. La policía local ha descubierto al

criminal que ha cometido este nefasto crimen. Aquí mismo están los agentes que lo han descubierto. Díganselo, agentes, adelante.

—Y usted... ¿es? —Preguntó el inspector Llorente a Becker mirándole con severa curiosidad.

—Soy Karl Becker, del colegio Dreiffus.

—Dígame, ¿cuándo ha contactado con la policía municipal y por qué es a usted a quien han acudido para compartir sus hallazgos? ¿No llegó usted aquí hace menos de una semana? Imaginaría que primero hablasen con el juez y este conmigo o con mis superiores en Santander.

—Entiendo lo que dice, inspector —Dijo Karl Becker esgrimiendo torpemente la sonrisa más convincente que fue capaz de producir en ese momento—. Pero como se puede imaginar, el siniestro nos ha conmovido a todos en esta escuela, además, como debe de estar al corriente, entre los alumnos que nos acompañan de El Dreyffus, hay hijos de grandes figuras políticas y militares, y gran parte de mi presencia aquí es la salvaguarda de la seguridad de todos los alumnos durante su visita. Como puede usted imaginar, un asesinato de esta índole es algo de lo que no me puedo permitir el lujo de sentarme tranquilamente y esperar a ver los acontecimientos.

—¿Tiene algún tipo de experiencia en casos de esta índole?

—Soy capitán de la policía militar de las Schutzstaffel. Conoce usted la Gestapo —Dijo recobrando su seguridad y arrogancia.

—Durante la guerra formé parte de la policía militar del ejército imperial. Antes de la guerra trabajé en la policía austriaca y me especialicé en homicidios, por lo que pensé que mi experiencia como detective podía ser de ayuda a las autoridades locales... espero no haber interferido en su investigación, pero como sabe, pasadas las 24 horas del crimen, las posibilidades de encontrar al culpable disminuyen exponencialmente.

El inspector Llorente asentía levemente con la cabeza mientras miraba a Becker con intensidad a través de sus pobladas cejas. Era difícil leer sus pensamientos; podía estar impresionado con el currículo del alemán y aprobando su iniciativa, o tal vez dudaba de su sinceridad y sospechaba de él. Fuera lo que fuese, le miraba y ponderaba sus pensamientos sin compartir ningún sentimiento.

—¿Y qué es lo que han descubierto en sus pesquisas, Herr Becker?

Becker, tranquilizado y un poco más dueño de su persona, prosiguió

explicando cómo habían dado con el presunto criminal que perpetró el asesinato de Marco Casaretto la noche anterior.

—Una vez encontramos el cadáver de Marco Casaretto...

—¿Es usted quien encontró el cadáver? —Interrumpió el inspector sorprendido.

—Así es, cuando salí esta mañana a correr como es mi costumbre, salí fuera de las dependencias del colegio y me encontré con el cadáver. En seguida me dirigí a la policía local a contarles lo sucedido, les mostré mis credenciales de policía militar, y les ofrecí mi colaboración.

—Lo primero que hice fue pedirles el historial de todos los habitantes de la comarca que tuvieran algún tipo de antecedente penal...

—¿Y ustedes se los facilitaron? —Interrumpió otra vez el inspector mirando a los dos agentes municipales con intensa severidad.

—Sí... sí señor... necesitábamos ayuda y nosotros no tenemos mucha experiencia en este tipo de casos, y como el señor Becker se ofreció, y parecía que él sí que sabía lo que se traía entre manos, compartimos con él toda la información que nos pidió...

El inspector Llorente asintió sin mucho convencimiento y volvió la atención otra vez hacia Becker que prosiguió con su relato.

—Cuando recibí los expedientes, fue todo bastante fácil, ya que esta es una comarca muy tranquila, con menos de cinco mil habitantes; solo había cinco personas con antecedentes, y de esas cinco personas, solo uno tenía conducta violenta en su historial...

—Eloy Ugarte —Dijo el inspector.

—Efectivamente, Eloy Ugarte —dijo Becker sin poder esconder su sorpresa—. Eloy Ugarte es un habitante de la zona. Veintinueve años. Ha sido arrestado en cinco ocasiones diferentes por conducta violenta. Estuvo internado en el hospital sanatorio hasta el día que cerró por falta de recursos hace siete años. Desde entonces ha vivido en el monte con su madre hasta la muerte de esta hace dos años y medio, y desde entonces ha estado viviendo solo en la casa de su madre.

—Nadie se había percatado de la muerte de la madre —Intervino uno de los agentes municipales. —pero el párroco después de dos semanas sin verla en la Iglesia subió al monte a preocuparse por su salud. Cuando llegó a la casa, se encontró a Eloy en el jardín cortando leña, y cuando preguntó por su madre, Eloy le contestó que estaba un poco cansada estos días y por eso no

había bajado al pueblo. -Se pasa todo el día en la salita, mirando por la ventana- dijo.

El párroco pidió a Eloy si podía verla para tratar de animarla y rezar un rato con ella. Eloy se encogió de hombros, señaló la casa y continuó cortando leña. Cuando entró en la habitación, el hedor era insufrible. La señora estaba sentada en el sillón frente a la ventana, debía de llevar al menos tres semanas muerta y ya presentaba evidentes signos de descomposición. El párroco salió corriendo gritando por todo el valle que la señora estaba muerta. Cuando fuimos a tomar declaración a Eloy, él comenzó a reírse incontroladamente diciendo que pensaba que solo era una depresión y por eso no se movía de su sillón. ‘Tendría que habérmelo imaginado’, dijo entre carcajadas. —Terminó diciendo al gendarme moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Y dónde está ahora este sujeto? —Preguntó el inspector

—Muerto —Respondió el otro guardia que había permanecido callado hasta ahora.

—¿Perdón?

—Sí, muerto. Se ha suicidado.

El inspector miró incrédulo a los dos agentes y luego a Becker, y después a los dos agentes otra vez como tratando de averiguar si estaban tratando de tomarle el pelo.

—Muerto... y ¿cómo y cuándo ha ocurrido esto, si se puede saber?

—Ha tenido que haber ocurrido esta mañana —Dijo simplonamente el primer policí—. Si no, no habría podido haber matado él al estudiante italiano.

—¿Y por qué está tan seguro de que ha sido él quien ha matado al estudiante?

—¿Quién si no? No hay nadie en los alrededores capaz de semejante salvajada.

El inspector cerró los ojos, y se quedó así, sin decir palabra durante unos segundos en los que el agente tuvo tiempo de darse cuenta de la estupidez de su comentario.

—¿Conoce usted a todas las personas que viven en un radio de 50 kilómetros de donde tuvo lugar el crimen? —Dijo al fin.

—Sí, a todos. —Contestó el guardia hinchando el pecho.

—¿Y a todas las personas que han estado de paso por el pueblo en las últimas tres noches?

—Bueno... no he oído de ningún forastero en estos días... —Dijo desinflándose un poco

—¿Conoce también a todos los alumnos, profesores y personal de servicio del colegio San Esteban?

—Verá... yo...

—Además del señor Becker, ¿sabe cuántos otros visitantes foráneos han venido al colegio en la última semana? ¿Conoce sus edades? ¿Profesiones? ¿Historial? ¿Se hospedan todos en el colegio, o hay alguien hospedándose fuera del perímetro?

El agente le miraba con los ojos abiertos como platos y tratando de formar una palabra en su boca, pero sin conseguir que ningún sonido saliera, más que un torpe balbuceo.

—Cristóbal, empiece a tomar nota. —Dijo a su joven ayudante con desdén cansino; entre malhumorado y derrotado.

—Agente Hernández, ¿no es así? —El agente asintió con la cabeza y bajó los ojos al suelo como al chiquillo que ha pillado la abuela robando galletas.

—¿Y usted? Agente Palomo, ¿verdad?

—Sí... sí, señor.

—¿Dónde y cuándo encontraron el cuerpo de Eloy Ugarte?

—Lo encontré yo, señor inspector. Yo y el señor Becker que se ofreció acompañarme—. Dijo el agente Palomo, haciéndose cada vez más pequeño bajo la furiosa mirada del inspector—. Esta mañana fui a visitar a Eloy para hacerle unas preguntas de rutina para ver si sabía algo sobre el asesinato. Llamé a la puerta, pero nadie contestó, y luego, viendo que la puerta estaba entornada, entré en la casa. Pedí al señor Becker que esperara fuera ya que este era un asunto oficial. Dentro me encontré a Eloy. Ahorcado.

—¿Y me quiere decir cómo está tan seguro que es él el asesino de Marco Casaretto?

—En la habitación también había un cuchillo ensangrentado y una nota.

—¿Que decía la nota?

—Yo... la verdad... no he leído la nota.

—Tenía usted miedo de un muerto y salió corriendo, ¿es eso lo que está diciendo?

El agente Palomo miró rápido y de soslayo a todos los presentes que parecían mirarle con desaprobación. Ahora sintiéndose ridículo y avergonzado dijo:



—No, no es miedo. Era el lugar de los hechos y no quería mover nada, además, sabiendo que usted llegaba esta mañana, pensé que debería informarle lo antes posible.

El inspector le echó una última mirada antes de girarse hacia el doctor.

—¿Doctor Bermúdez, sería usted tan amable de acompañarme a examinar a la nueva víctima?

—Será un placer, inspector. —Dijo el doctor con una inclinación de cabeza—. Maria Luisa, vaya por favor a mi despacho y traiga mi maletín, el sombrero y el abrigo. Vendrá usted también con nosotros.

—Señor Becker, espero encontrarle en el colegio a nuestro regreso. Me gustaría poder hacerle unas preguntas sobre lo que sabe del caso y cómo ha accedido a esa información. —Dijo el inspector cogiendo el sombrero y los guantes que le había traído su ayudante.

## Capítulo 26

### *Rioturbio, 8 de noviembre de 1931*

ELOY UGARTE VIVÍA en una pequeña casa en lo alto de un monte subiendo por el ala este del camino que llegaba desde Araos a Rioturbio, a unos 8 kilómetros del colegio.

Cuando llegaron a la casa, les vino a recibir un perro de gran tamaño ladrando. Cristóbal, el Doctor y Maria Luisa se quedaron dentro del coche, cada uno aparentemente ocupado en recoger sus cosas con demasiada parsimonia. Ninguno de ellos quería salir de la seguridad del coche y verse frente al perro.

El inspector salió del coche. Se le acercó el perro ladrando amenazador y le propinó un puntapié en las costillas, que le hizo salir chillando a esconderse detrás de lo que parecía ser un viejo establo.

—¿Saldrán ahora? —Dijo abriendo la puerta de atrás del coche.

El lugar era solitario, estaba sobre la loma de una colina, y un viento ensordecedor soplabá del Nordeste; unos cipreses, encorvados y canijos, trataban fútilmente de resguardar la casa del fuerte viento.

—Un viento así podría con el tiempo enloquecer al más cuerdo. —Dijo el Doctor Bermúdez como si pudiera leer la mente del inspector. Este le miró, asintió con leve movimiento de cabeza, y siguió hacia la entrada de la casa.

La puerta estaba abierta de par en par. El inspector echó un rápido vistazo al marco de la puerta antes de entrar; muy de cerca le siguió tembloroso su ayudante Cristóbal, el doctor Bermúdez y por último Maria Luisa puso tímidamente su pie en el interior de la casa.

Una vez dentro el viento cerró la puerta con un fuerte portazo que hizo saltar a todos, Maria Luisa lanzó un grito casi cayéndose de espaldas.

—No se preocupe, no ha sido más que el viento —Dijo el inspector, encendiendo un fósforo para iluminar la casa, que se había quedado a oscuras.

Encontró una lámpara de aceite sobre una mesa y la encendió.

La estancia era pequeña y de techos bajos. Las paredes eran de piedra desnuda y fría. El techo tenía descubiertas las vigas, las correas y riostras que estaban hechas con finos y nudosos troncos de eucalipto, y aguantaban con aparente dificultad el peso de las tejas. Un intenso olor agrio y rancio flotaba en el aire denso de la casa. El inspector se movió por la casa con la lámpara en mano iluminando una cocina en la que se veían platos y cazos apilados sobre el fregadero en una montaña de mugre, moho y podredumbre. Pero el hedor del ambiente no venía de la cocina.

Recorrieron una salita con un sillón frente a una ventana cerrada a cal y canto. El inspector descorrió las cortinas, y abrió los postigos. Un hálito de luz gris entró por la ventana y alumbró el sillón donde hace dos años, reposó el cuerpo sin vida de la madre de Eloy durante tres semanas. Pero el hedor tampoco venía de ahí.

Abrieron una puerta. Era un cuarto de baño.

Abrieron otra puerta y una exhalación de vapores fétidos les asaltó como si llevasen ahí esperando a que alguien los dejase salir. Cristóbal se volvió apresuradamente a la cocina para vomitar, pero no pudo llegar más lejos que al sillón de la abuela y dejó sobre el sufrido mueble su desayuno.

Maria Luisa se cubrió la nariz y boca con la flexura del codo, y el Doctor Bermúdez se cubrió con un pañuelo.

El aire en esta habitación era sorprendentemente cálido comparado con la fría humedad del resto de la casa.

Colgando de una viga estaba el cuerpo de Eloy Ugarte, del que sin duda no quedaba brote alguno de vida.

Era un hombre grande, de casi dos metros de altura, y debía de pesar más de 110kgs. Era ancho de espaldas, y de abdomen pronunciado. Tenía una cabeza grande y fea, especialmente con la grotesca mueca que ofrecía con los ojos desorbitados y la lengua hinchada fuera de la boca, como si su lengua fuera demasiado grande y torpe como para poder mantenerla dentro de la boca.

De la nariz le salía una viscosidad que parecía una mezcla entre mucosidad, sangre y espuma. Varias moscas parecían regodearse con la substancia.

Eloy colgaba de una soga corta, pero, aun así, las punteras de sus botas de campo tocaban el suelo. A su lado una mesa, y junto a la mesa, una silla volcada. Sobre la mesa había una carta clavada con un ensangrentado puñal en la que se leía:

*Mucho te amé y mi vida entera te di. Pero ahora dices que lo nuestro se acaba; que te marchas; que me olvide de ti.*

*Te conozco bien y sé que no es por cambiar, ya todos en el pueblo saben lo nuestro y siempre supieron que las mujeres jamás te atrajeron. Me dejas por otro hombre y eso no puedo aguantarlo. Si no es contigo no quiero vivir. Espero que te pese lo que me has hecho.*

*Eloy*

El inspector cogió el puñal con su pañuelo y lo miró con detenimiento.

—Parece que es el puñal del asesinato, pero este hombre lleva muerto al menos tres días, no ha podido ser el que asesinó a Casaretto.

Cristóbal no estaba en las inmediaciones para poder tomar notas, pero el doctor Bermúdez asintió.

—Tendremos que hacer averiguaciones por el pueblo y saber quién era el novio de este hombre.

Alfredo, aturdido, vagaba por los jardines del colegio buscando soledad y donde poder ordenar sus ideas. Tenía la carta de su padre guardada en el interior de la chaqueta y podía sentir el leve crujir del sobre con cada paso que daba. ¿Qué es lo que haría su padre? Ojalá le tuviera cerca para poder preguntarle y pedirle consejo. En su carta le había dicho que están en una época en la que hay que hacer sacrificios para restablecer el orden... la muerte de Marco, ¿lo consideraría eso como un sacrificio para el bien común? Sabía que su padre habría matado a mucha gente a lo largo de su carrera militar, pero aun así la muerte violenta y sin sentido de Marco no le parecía que pudiera estar justificada.

Su padre le encomendó a Jerónimo y era a él a quien debería de ir a pedir consejo.

Siguió caminando por el camino del bosque y de pronto como de entre las sombras apareció Karl Becker en su camino.

—Camarada Martin de Caviedes, ¿Qué hace usted por aquí... tan solo? — Preguntó con una sonrisa de escualo.

—Hola Herr Becker —Dijo Alfredo un poco sobresaltado—. Estaba simplemente paseando, ordenando mis ideas.

—¿Ordenando tus ideas? Anoche juraría que tenías las ideas bien claras. ¿Qué ha ocurrido desde entonces para que te hayas vuelto de pronto tan sombrío? —Dijo el alemán sin perder la sonrisa.

—Nada... no sé.

—Escucha Alfredo —Dijo Becker poniendo su brazo sobre el hombro de Alfredo y comenzando a andar lentamente con él—. Tenemos grandes esperanzas puestas en ti. Esta mañana hablé con el Fuhrer para informarle sobre nuestra ceremonia de iniciación de anoche y hablamos de todos vosotros, y me preguntó específicamente por ti.

—¿Por mí? —Preguntó Alfredo sorprendido—. ¿Por qué por mí?

—El Fuhrer conoce personalmente a tu tío, y le tiene gran respeto y aprecio. Me dijo que España sería la gran aliada de Alemania y tú serás un importantísimo instrumento para estrechar los lazos de unión entre nuestras potencias. —Alfredo le escuchaba con gran atención. No se atrevía a decir nada, no sabía qué es lo que debía de decir. Continuaron los dos andando sin rumbo en silencio.

—El hecho de que formes parte del UIMI, te convierte en una pieza aún más importante.

Alfredo sintió como si su corazón perdió un latido o dos—. Yo... no sé de qué habla...

—Alfredo —Dijo Becker dejando de andar, bajando la cabeza moviéndola de un lado a otro como tratando de no dejar entrar las palabras que Alfredo trataba de pronunciar—. Alfredo, tranquilo. Está bien. Sabemos que estás en el grupo, te hemos visto en su reunión clandestina... pero eso es bueno, es positivo. Te necesitamos dentro.

—Creo que no te das cuenta de lo que está en juego —Dijo reanudando la marcha y juntando sus manos detrás de la espalda—. Tenemos que dejar de lado nuestros sentimientos y hacer lo que es mejor para el bien común. He tenido la oportunidad de conocer estos días alguno de tus compañeros de la UIMI y parecen buena gente con grandes valores humanos, pero las ideas equivocadas, la sensibilidad adormecida de muchos siglos de acomodamiento y opulencia. Estos jóvenes muy difícilmente sacrificarían su situación preferente por el bienestar de las clases más necesitadas, por muy buenas

intenciones que tengan. Es ley de vida, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos....

—Las viejas coronas están haciendo acuerdos con los comunistas y anarquistas, dando concesiones, prometiendo riquezas, primas y cargos políticos para que no caigan las monarquías. Pero esta es una estrategia muy endeble. Los comunistas querrán más, inicialmente se contentaban con poco, y cada vez sus exigencias se vuelven más disparatadas e inalcanzables. Al mismo tiempo, de Rusia vienen unas corrientes radicales que están contagiando todo a su paso. La monarquía en Rusia ha sido expulsada, casi exterminada. La ideología marxista se está expandiendo como la pólvora y la propaganda marxista está llegando a toda Europa. Las otras casas reales europeas están tratando de impedir que ocurra en el resto de Europa lo que ha ocurrido en Rusia y esto acabe siendo una caza de brujas en la que peligra la vida de toda la aristocracia europea.

Alfredo escuchaba sin perder palabra a todo lo que decía Becker. Lo que decía tenía mucho sentido, y Becker hablaba con un entusiasmo y una confianza pasmosamente contagiosa, y notaba como a medida que le escuchaba se iba convenciendo más y más de la importante misión que le estaban encomendando. Pero todavía le quedaban dudas. Sentía la carta de su padre quemando en su pecho, en la que le decía que debía de tomar una decisión por sí mismo y tomar el bando que le pareciera correcto, que era una época de sacrificios. Le gustaba la idea de fondo que le describía Becker, pero también vio la maldad y la frialdad del padre Vladimirovich, y cómo el mismo Karl Becker se llevó a Marco Casaretto junto al animal Gashner a lo que posiblemente fue su muerte.

—Pero... ¿y Marco Casaretto? —Se atrevió a preguntar.

—Alfredo. Estamos en guerra. Somos parte de un grupo de élite directamente ligado al núcleo del partido Nazi. Marco no era más que un peón, y no podemos dejar echar a perder el futuro de Europa por sentimentalismos. Todos tenemos que hacer nuestros sacrificios. Te aseguro que no es fácil quitar la vida a un muchacho, pero si eso puede salvar la vida de millones de personas y evitar una guerra de mayor magnitud, no tengo ninguna duda de cuál es mi deber en ese momento.

—¿Qué necesidad había de matarle?

—Marco era un agente doble. Vino bien recomendado de la misma mano del Duce, pero era realmente un agente infiltrado. Tenía ya información

importante y el nombre de todos los miembros de nuestro nuevo grupo... incluyéndote a ti. Marco tenía que desaparecer.

—He oído también que hay otro muerto, aparentemente relacionado con la muerte de Marco

—El garrulo de Rioturbio. —Dijo Becker negando con la cabeza con una sonrisa compasiva—. Nos estaba ayudando con el cuidado del jardín en el sanatorio; luego empezó a hacer pequeñas chapuzas dentro de la casa, y aunque no se enteraba de nada, empezó a hablar demasiado en el bar del pueblo... como comprenderás, no podíamos dejar que un cretino despertase la curiosidad de alguien algo más avisado, así que, para no dejar hilos sueltos le ayudamos a suicidarse. —Dijo esto encogiendo los hombros y levantando las manos con una mirada inocente—. En el fondo ha sido un golpe de suerte, porque ahora, le podemos encasquetar a este el asesinato de Marco.

Alfredo escuchaba estupefacto la confesión de Becker. Entendía la necesidad del sacrificio, y no era tan ingenuo como para pensar que en las guerras no muere gente, pero Marco no era más que un muchacho, y habían entablado amistad en las pocas semanas que llevaban de colegio. Además, la frialdad con la que Becker razonaba cómo dos hombres podían ser prescindibles y había que quitarles del camino le daba escalofríos.

De pronto Alfredo sintió mucho frío y se encogió en su abrigo tratando de parar la tembladera que empezaba en su pecho y que le encogía el abdomen.

—Piensa en todo esto que te he dicho, y recuerda que cuento con tu colaboración. Te veré el viernes por la noche. Nos reuniremos otra vez en la casa cuartel. —Becker le dio un amistoso golpe en el hombro, se dio media vuelta y se perdió en el camino que llevaba de vuelta al colegio.

Eran apenas las 6.00 de la tarde y ya era noche cerrada. Alfredo se quedó de pie, temblando, clavado en el suelo sin saber muy bien qué hacer o a dónde ir. Finalmente se puso en movimiento, más por inercia que por convencimiento y sus pasos le llevaron a la puerta de la cabaña de Jerónimo.

—¿Qué te ha pasado Alfredo? Parece que has visto un fantasma. —Dijo Jerónimo cuando abrió la puerta y animó a entrar a su joven amigo, y sentarse frente al fuego. Bulka vino a saludarle moviendo enloquecido el rabo, le lamió dos veces la mano y se tumbó a sus pies. Jerónimo sirvió un generoso vaso de Orujo a Alfredo, que como él decía—. curaba todos los males y expulsaba a todos los malos espíritus —y sirviéndose otro para sí mismo, se sentó en el sillón a su lado.

—Ahora, amigo, cuéntame qué te sucede.

Alfredo decidió confiarle a Jerónimo todo lo que le oprimía el corazón; necesitaba un confidente y tenía que sacar de su pecho todo lo ocurrido en los últimos días.

Alfredo le contó todos los acontecimientos: La reunión clandestina con la UIMI, los espías que consiguieron escapar después de golpear a Don Luis Carrión, la carta de su padre, la noche con el partido nazi y la expulsión de Marco Casaretto. Por último, le contó el hallazgo del cadáver de Marco y la confesión de Becker de la autoría del crimen hace tan solo un momento.

Jerónimo se quedó un largo rato en silencio mirando al fuego. Alfredo se bebió de un sorbo el orujo que le prestó una agradable sensación de calor en su estómago, y eso, añadido al tranquilo chisporrotear de las llamas y la pausada respiración de Bulka a sus pies, le produjo una sensación de calma y de paz. Probablemente, más que nada, el haber abierto su pecho y contar a su amigo Jerónimo todas sus preocupaciones y secretos fue como dejar caer una tremenda carga de sus hombros.

—Entiendo perfectamente cómo te sientes Alfredo. —Dijo al fin Jerónimo—. Las ideas que difunden los nazis y el fervor con el que las divulgan son teóricamente muy atractivas. Hablan de calor humano, de fraternidad y del bien común. Lo que nos tenemos que preguntar es si todo lo que predicán es sincero y honesto. Me cuesta creer que por mucho que estés sacrificando tu vida por el bien de la humanidad, luego no te tiemble la mano en degollar a un muchacho...

Alfredo asentía con la mirada clavada en el fuego.

—Alfredo, me gustaría que hablásemos con Mr. Hopkins, los dos.

—Pero no puedo romper la confidencialidad del grupo. He jurado lealtad y silencio.

—Alfredo. No tendrás que desvelar la identidad de tus compañeros ni el lugar donde os reunís, pero te aseguro que tengo la misma confianza en Mr. Hopkins que tengo en tu padre, lo que quiere decir que pondría mi vida en sus manos en cualquier momento. Creo que te hará mucho bien el hablar con él, te podrá aconsejar o al menos darte más información para que puedas tomar tu propia decisión.

Después de pensarlo un rato mirando al fuego, Alfredo asintió—. De acuerdo. Imagino que no puede hacer ningún mal hablar con él.

—Muy bien, déjalo en mis manos. Márchate ahora, y vuelve el jueves por



la noche después de la cena, te estaremos aquí esperando.

## Capítulo 27

*San Esteban, Cabaña de Jerónimo, 19 de noviembre de  
1931*

EL JUEVES DURANTE la cena, Alfredo tenía la sensación de que todo el mundo le miraba y confabulaba sobre él. En su mesa James Roosevelt, concentrado en su cena, le echaba miradas furtivas, e incluso cuando no le miraba, podía sentir sus ojos puestos en él. En la mesa de los alemanes, podía sentir la mirada de Rolf, su nuevo hermano de sangre. Cuando miraba hacia él, este le recibía con una sonrisa y un movimiento de cabeza, pero luego le veía hablar con su compañero de mesa, otro de los alemanes que estuvo presentes en la ceremonia de la otra noche, y seguían hablando—. ¿De qué estarían hablando? ¿Qué es lo que estarían diciendo de mí? —Se preguntaba Alfredo.

En la larga mesa de los profesores, el mismo Don Luis Carrión, con la cabeza vendada todavía por el golpe que recibió la otra noche, le miraba a ratos, y sorbía pensativo la sopa.

Mr. Hopkins, que se sentaba a la derecha de Don Luis Carrión, dijo algo al oído del director, dejó la servilleta doblada sobre la mesa y salió del comedor.

Becker que no se había perdido un solo movimiento del inglés, hizo un breve y discreto gesto con las cejas a la mesa de los alemanes y el compañero de mesa de Rolf se levantó y salió detrás de Mr. Hopkins. Rolf miró a Alfredo y le sonrió confiado, como si estuviera al tanto de la reunión que Alfredo se traía entre manos. De pronto, algo ensombreció la cara de Rolf, Alfredo giró la cabeza hacia lo que había hecho cambiar el semblante del alemán, y vio como Edward y el mayor de los hermanos vascos, Jon Garaigordobil, salían

apresurados por la puerta lateral, la misma por donde había salido momentos antes el compañero de Rolf.

Rolf se levantó y se fue detrás de ellos. Karl Becker vio estos últimos movimientos en total desconcierto. Se podía ver que estaba visiblemente contrariado. Alfredo aprovechó para levantarse, y Becker mirando a un lado y a otro y viendo que no tenía a nadie a quien mandar tras de él, se dispuso a levantarse él mismo, pero en ese momento Don Luis Carrión le llamó y le pidió que se sentara a su lado.

Alfredo salió por la puerta trasera del comedor, y antes de cerrar la puerta miró atrás para cerciorarse que nadie más le seguía.

Una vez fuera del edificio, el aire era frío. Pero no había viento esa noche, por lo que se podía oír el eco de sus pisadas crujir sobre en la grava contra la fachada del colegio. Corrió hasta alcanzar el sendero que le llevaba a casa de Jerónimo, donde resguardado por los árboles se sentía menos vulnerable y comenzó a caminar agudizando el oído.

Frente a él, en el sendero, reconoció la voz de Edward llamando al alemán que salió del comedor tras Mr. Hopkins e instintivamente se escondió entre la maleza.

—Eh, compañero, espera un momento —Dijo Edward con Jon, el sólido vasco, as su lado.

—No... no puedo. Tengo prisa.

—Es solo un momento. Fúmate un cigarrillo con nosotros, solo queremos hablar contigo. No vamos a comerte.

El alemán siguió andando y apresuró su paso tratando de dejar atrás a Edward y Jon, pero estos corrieron un poco hasta alcanzarle y le pararon agarrándole de un hombro.

—¿Pero a dónde vas con tanta prisa? —Dijo Jon

—A ninguna parte... Solo quería darme un paseo. Estar solo un rato.

—¿No te has enterado de lo que le pasó esta semana a Marco Casaretto? No quieres estar solo por estos bosques, y menos aún por la noche —Dijo Edward pasándole el brazo por el hombro.

—Vente con nosotros. Volvamos al colegio, nos fumamos un cigarrillo y nos cuentas cómo es la vida en Alemania.

El alemán trató de desprenderse del brazo de Edward, pero Jon le agarró con su poderosa fuerza el brazo y le dio media vuelta como si se tratara solo de un muñeco.

—Vamos, alemán. No quieres seguir por ese camino. Te lo aseguro, podrías hacerte daño. —Dijo Jon Garaigordobil

El alemán sintiendo la garra del vasco como una gran tenaza sobre su brazo, decidió que no era posible ni recomendable llevarle la contraria.

—Muy bien, de acuerdo. Me voy con vosotros. —Dijo cogiendo un cigarrillo de la pitillera que le ofrecía Edward.

Alfredo, agazapado entre unos matorrales, vio la comitiva pasar delante de él y dejar el camino libre. Todavía estaba aguantando la respiración cuando oyó una voz hablándole al oído.

—Alfredo, no estarás escondiéndote de alguien, ¿verdad?

Alfredo dio un respingo y sintió su corazón pararse con un frenazo que casi le partió en dos el pecho.

—¡Rolf! —Dijo en un contenido grit—. Rolf —Repitió con algo más de compostura—. ¡Qué susto me has dado! Había oído voces, y después de los acontecimientos de esta semana, creo que cualquier precaución es poca...

—Claro, querido amigo. Claro. —Dijo con su acostumbrada cínica sonrisa—. ¿a dónde te dirigías si se puede preguntar?

—Voy a visitar a un amigo.

—¿A un amigo?

—A Jerónimo, el guardés, si tanto te interesa

—El guardés... —Repitió casi con asc—. ¿Cómo es que has hecho tan buena amistad con un miembro del servicio del colegio?

—Es el hermano de mi ama de cría —Dijo sin mencionar el pasado militar de Jerónimo y la relación directa con su padre. —prometí a mi Nana que le visitaría con frecuencia. Es la única conexión que tengo con mi casa; la verdad es que visitar a Jerónimo me hace sentir más cerca de mi hogar y me trae buenos recuerdos de mi niñez. Te sonara a tontería infantil, ¿no?

—¿Y de qué hablas con él? —Preguntó sin contestar o aludir a la pregunta de Alfredo.

—Pues de qué voy a hablar... del tiempo, de su hermana, del pasado, de todo y de nada.

—¿Le has comentado algo sobre nuestra hermandad? —Preguntó ahora tornando el semblante serio.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Pensé que era algo secreto, y debía quedar entre nosotros. Además, Jerónimo es un pobre aldeano, un hombre de escasa cultura y jamás entendería lo que hacemos.

—Entonces, ¿imagino que no tendrás ningún inconveniente en que vaya contigo y me presentes a tu amigo Jerónimo? —Dijo Rolf recuperando su amistosa sonrisa.

—Claro que no —Dijo Alfredo pensando en que Mr. Hopkins debía de estar ya en la casa de Jerónimo esperándole—. ¿Por qué debía de importarme? Solo me temo que tal vez te aburras y seguro que encontrarías cosas mucho más interesantes que hacer esta noche.

—No, no tengo nada que hacer. La verdad es que me encantaría conocer a Jerónimo, y aprender un poco más de cómo vive y piensa el proletariado en este país.

—Pues vamos si quieres, pero luego no me digas que te has aburrido.

Cuando estaban llegando a la cabaña, Alfredo podía oír a Bulka ladrando y gruñendo como no le había oído hacer hasta el momento.

—¿Y eso? —Preguntó Rolf mostrando un atisbo de inseguridad.

—El gato de Jerónimo. No me dirás que te asustan los gatos, ¿verdad?

—No... asustarme no, claro. ¿El gato dices?

Llegaron hasta el umbral de la puerta, y Alfredo, con el brazo en alto para llamar a la puerta, cerró los ojos como haciendo una silenciosa plegaria para que Mr. Hopkins no hubiera llegado ya a la cabaña y lo descubriera Rolf. Llamó con los nudillos, y al poco apareció Jerónimo abriendo solo un resquicio, mientras Bulka seguía ladrando más fuerte y enseñando sus dientes por el espacio de la puerta.

—Esperad un momento, voy a atar a Bestia a la mesa y ahora vuelvo a abrir la puerta.

—¿Sabes qué? —Dijo Rolf cuando se volvió a cerrar la puerta delante de ello—. Creo que olvidé que tenía que presentar mañana un trabajo de biología y que debía terminar esta noche. Creo que te voy a tener que dejar solo. Ya me podrás presentar a tu rústico amigo en otra ocasión.

Cuando se volvió a abrir la puerta, Rolf ya estaba muy lejos.

—¿Y tu amigo? —Preguntó Jerónimo mirando a un lado y a otro

—Creo que tiene alergia a los perros.

—¿No lo dirás por Bestia?

—No, creo que fue cuando asomaste tú la cabeza —Dijo Alfredo, y los dos rieron abiertamente al tiempo que Jerónimo empujaba a su amigo dentro de la casa.

En la salita estaba esperando Mr. Hopkins sentado en un sillón frente al

fuego con una taza de té en la mano. En el otro sillón estaba Friedrich, que se levantó a recibir efusivamente a su amigo.

—Freddy —Dijo sorprendido Alfredo.

—Sí, Alfredo. Creímos conveniente que nos acompañase Friedrich. Él es una parte esencial en todo este embrollo y, a decir verdad, él probablemente tiene más información sobre la situación que todos nosotros juntos. Por favor toma asiento Alfredo. —Dijo Mr. Hopkins indicándole el sillón vacante con la mano.

—Creo que corremos todos peligro. Saben que nos estamos reuniendo, le venían siguiendo a usted, Mr. Hopkins, en cuanto salió del comedor. —Dijo Alfredo algo incómodo en cuanto se hubo sentado.

—No te preocupes Alfredo; Edward y Jon ya se ocuparon de uno de los entrometidos y parece que Bulka ha espantado al otro curioso. —Dijo Freddy con una cara de satisfacción bajo los mofletes enrojecidos por el calor de la leña.

—Además, solo nos hemos juntado a hablar; no saben de qué estamos hablando y menos aún saben de qué lado estás. Te podemos decir cuanto quieras, pero si estas decidido a seguir los pasos de los nazis, no hay nada de lo que se tengan que preocupar, al contrario, tendrán la oportunidad de tener a otro agente doble infiltrado en nuestras filas.

—¿Otro agente infiltrado?

—Sí, sabemos que hay al menos un agente de los nazis en las filas de la UIMI. Tal vez más de uno.

—Y ¿quién es? ¿Por qué no le echáis?

—Por dos razones; uno porque no sabemos con seguridad quién es, y dos, porque nos conviene tener a alguien de ellos infiltrado para poder alimentarles con información engañosa.

—Y ¿cómo sabéis que yo no soy un agente doble? ¿O cómo sé yo que no os fiáis de mí y me estáis utilizando con el objetivo de que reporte a los nazis información falsa? —Mr Hopkins y Friedrich intercambiaron una mirada de complacencia, confirmando que no se habían equivocado al valorarle.

—Buena pregunta Alfredo. La verdad es que no podemos saberlo a ciencia cierta, pero el hecho de que vinieras a hablar con Jerónimo y le contaras tus experiencias y tus preocupaciones, me hace pensar que vas por el buen camino y que además eres lo suficientemente inteligente como para no dejarte engatusar por la atractiva propaganda de los nazis. —Dijo Mr. Hopkins.

Friedrich dejó su vaso de orujo en la mesita y se levantó. Se acercó a Alfredo con una gravedad que no conocía en él. Para la sorpresa de Alfredo, cuando Friedrich se levantó, Mr. Hopkins se echó respetuosamente a un lado para cederle su sitio y pasar él a un segundo plano.

Friedrich dio unos lentos pasos delante del fuego y fue a sentarse en el sillón junto a Alfredo, y posando la mano paternalmente sobre la rodilla de Alfredo, empezó a hablar con una seriedad que conmocionó a Alfredo:

—Alfredo, tienes razón cuando dices que corremos peligro; no nos vamos a engañar. Y tú, si sigues adelante y decides ayudarnos, pondrás además tu vida en juego.

Mr. Hopkins comenzó a caminar y hablar ensimismado, como si estuviera hablando solo: —Tu padre y tu tío son dos de los principales fundadores de San Esteban y del plan para la UIMI, y los dos acordaron que Don Luis Carrión sería el director del colegio, quien fue el tutor de los dos hermanos cuando estos eran niños. El proyecto lo plantearon después de la guerra, y ha tardado todos estos años en coger forma y reunir a todos los miembros europeos para poder empezar. Por fin este año se ha podido poner en marcha, pero muchas cosas han cambiado desde que se hizo el primer plan para el programa San Esteban, entre otras, principalmente la formación del partido nazi y su rapidísimo crecimiento. Desde la aparición del partido nazi, tu padre y tu tío se han distanciado mucho el uno del otro; tu padre se ha mantenido fiel al plan tradicionalista originario del proyecto, en cambio tu tío, se ha involucrado desde el comienzo con el partido nazi y es una de las figuras más representativas del movimiento en Europa...

—Alfredo —Dijo Friedrich tomando otra vez la palabra—. El partido nazi está tratando de crear un imperio en Europa y tienen un plan de juntar la Europa del Este con la del Oeste bajo un mismo estandarte. Hitler ha conseguido un rapidísimo crecimiento en Alemania y Austria, y ahora se quieren centrar en España, Inglaterra y Francia, donde están creciendo también formando de momento un partido encubierto cuya cabeza es Don Luis Alberto Martínez, Conde de Caviedes...

—¡Mi tío! —Dijo Alfredo sonando sorprendido, aunque no lo estaba demasiado.

—El mismo —Friedrich confirmó funesto—. El Conde de Caviedes tiene el mismo rango dentro del partido que Adolf Hitler y está al mando de la Europa Occidental. Es tu tío quien organizó el accidente del tren que traía a

los alumnos del Dreiffus para deshacerse de nuestro hombre, el profesor Achenwald, y puso a Karl Becker en su lugar.

—Lo peor no es eso... —Dijo Mr. Hopkins parando un segundo para mirar a Fredrich como pidiéndole permiso para continuar, y después de que este asintiera con gravedad prosiguió—. Alfredo, tenemos confirmación de que fue tu tío quien ordenó el asesinato de tu madre en El Parque del Retiro de Madrid...

—Pero... eso no es posible —Dijo Alfredo en casi un susurro.

—Me temo que sí, Alfredo. Lo siento. —Dijo Friedrich.

—Eso no es verdad, ¡mi madre murió en un accidente!

—El único accidente fue la muerte de tu hermano Fernando, quien no debería haber estado ahí, —dijo Friedrich—. tu tío trató de convencer a tu madre para que diera su permiso para que fueras al San Esteban, pero ella no quería saber nada de ello, no aprobaba las amistades de tu tío en Alemania. Sin tu padre, ella no quería quedarse sola y se negó en rotundo, pero eso contradecía radicalmente con los planes de tu tío, que te quería como unión entre la UIMI y el partido nazi.

—Pero tú deberías haber sabido eso Mr. Hopkins, tendrías que haber evitado que asesinaran a mi madre, ¡tú trabajabas bajo su mando! —Dijo Alfredo.

—Tu tío era mi comandante en la GOEI, y sigue estando al mando de las misiones internacionales. Yo recibía ordenes de él, pero no estaba al tanto de la política ni de los cambios de ideología. Tu tío es jefe de operaciones de la GOEI y esta se ha vuelto casi totalmente al servicio de los nazis, esa es la razón de que sea tan importante la creación de la UIMI y que no dejemos las ideologías nazis formar parte de nuestra agenda.

—Entonces, ¿qué es lo que están haciendo los nazis aquí?

—No todos los visitantes alemanes forman todos parte del partido nazi —Dijo Friedrich—. Karl Becker y el doctor Kerch obviamente sí, son los líderes del grupo y con ellos hay algunos alumnos que también forman parte del partido, pero no sabemos todavía a ciencia cierta quiénes son... tal vez nos puedas tú ayudar a esclarecer quiénes son del grupo y quiénes no... —Alfredo hizo un tímido gesto de asentimiento, que animó a Friedrich a continuar.

—El grupo nazi ha venido aquí con tres objetivos muy claros: primero reclutar agentes clave en países como España, Francia e Inglaterra y si es



posible, que además sean miembros del UIMI. El segundo objetivo es hacerse con la fórmula de una bomba de destrucción masiva por fisión nuclear que hemos diseñado en la UIMI y de cuya fórmula solo tiene copia Don Luis Carrión en su cuaderno de códigos.

—¿Y el tercer objetivo?

—El tercer objetivo es secuestrarme o aniquilarme si no consiguen llevarme con ellos de regreso.

—¿Secuestrarte o aniquilarte! ¿Por qué querrían hacer algo así?

—Porque soy el director de la UIMI, y porque dentro de los planes de futuro, queremos establecer un sistema de unificación en Europa en el que cada país tenga su gobierno y su propio rey, pero que haya una corte principal para toda Europa, que sea el poder supremo bajo el que todos los reinos de Europa deberán obedecer. —Dijo Friedrich

—Esa corte suprema estará formada por dos monarcas con igualdad de poder y rango —Continuó Mr. Hopkins explicando a Alfred—. se hará como se hacía en la antigua Roma con dos cónsules, que serán nombrados por votación del consejo de los monarcas. El consejo de los monarcas ha escogido a Friedrich para liderar la primera corte de Europa, cuando se establezca oficialmente en 1935, y tomará el cargo junto al heredero de la corona de Francia que es...

De pronto Bulka se levantó del suelo y alguien aporreó la puerta desde fuera. Todos se miraron en alerta. Jerónimo se llevó un dedo a los labios indicando a los otros que guardasen silencio.

—¿Quién vive? —Dijo Jerónimo apoyando la cabeza en la puerta.

—Soy yo, María Luisa.

Jerónimo abrió rápidamente la puerta, y entró María Luisa quitándose los guantes y entrando a grandes zancadas directa al fuego.

—Lo siento. No he podido venir antes. Hay alemanes por todas partes, y cuando estuve a punto de llegar, vi a Rolf que estaba sentado justo al otro lado del camino, espiando la entrada de la cabaña. He tenido que quedarme escondida, hasta que otro de los alemanes ha venido a buscarle y se han marchado los dos corriendo en dirección al colegio.

—Por favor, tome asiento María Luisa, aquí frente al fuego. Debe de estar helada. —Dijo Jerónimo, mientras la servía una taza de té.

Friedrich puso su mano en el hombro de María Luisa y dirigiéndose otra vez a Alfredo con una sonrisa satisfecha dijo—. Te presento a María Luisa de

Borbón, heredera del trono de Francia y futura Cónsul de la corte de Europa. En dos años, en cuanto los dos cumplamos la mayoría de edad, tanto su padre como el mío abdicará dejando sobre nuestros hombros la monarquía de nuestros países y acto seguido se formará la Corte de la Unión Europea con sede en Estrasburgo.

—Pensé que Maria Luisa tenía ya mayoría de edad... —Dijo Alfredo tímidamente.

—Maria Luisa Artaza, la enfermera, tiene efectivamente diecinueve años; al menos es lo que pone en su informe como enfermera del colegio. Una institución como el colegio San Esteban no puede contratar a una enfermera que sea menor de edad, pero Maria Luisa de Borbón, heredera del trono de Francia, y si no estoy equivocado, prima segunda tuya por parte de madre... tiene a día de hoy dieciséis años.

La mano de Friedrich todavía descansaba sobre el hombro de Maria Luisa, y esta puso su mano sobre la de Friedrich, gesto que no pudo evitar Alfredo mirar con cierta dosis de celos.

—Alemania está ahora más dividida que nunca. Los alemanes son generalmente muy patrióticos y tradicionalistas. Las ideas revolucionarias comunistas arrastran a las masas, especialmente dentro del proletariado, pero la ruptura con las tradiciones y creencias religiosas mantiene muchos indecisos. Los nazis están ofreciendo un socialismo patriótico, pero todavía hay muchos en la sociedad alemana que esperan un resurgir de la hegemonía imperial del periodo de antes de la gran guerra. Tienen los ojos y las esperanzas puestas en Friedrich para ser su nuevo emperador y restaurar la monarquía en Alemania. Hitler quiere que Friedrich se una a él en su sueño imperialista, pero Friedrich no quiere imponer en el pueblo alemán una dictadura que reste libertades.

—Los alemanes trajeron una carta de Adolf Hitler para Friedrich; Becker se la dio en mano. En la carta, Hitler volvía a insistir a Friedrich para que se uniera en su lucha. Comenzó la carta invocando a su orgullo y a su patriotismo, le decía que debía hacerlo por su pueblo, debía hacerlo por Alemania. Al final de la carta cambió radicalmente el tono y se volvió amenazador, dijo que, si no volvía con sus camaradas del Dreiffus por su propia voluntad, lo haría por la fuerza o en una caja de pino...

—¿Pero, por qué dejamos a este grupo estar en el colegio? ¿No podemos echarles, decirles que se vuelvan a su casa? —Preguntó Alfredo.

—La verdad es que Don Luis Carrión se opone. —Dijo Mr. Hopkins.

—¿Después de que casi le descalabrasen y se lo llevaran al otro mundo?

—Dice que no tenemos plena seguridad de que fueran ellos, y no quiere causar un problema diplomático en los tiempos que corren, especialmente cuando se estarán marchando de todas maneras muy pronto. No quiere que el Colegio San Esteban dé la mala impresión de no saber cómo comportarse como un anfitrión, y además dice que tenemos mucho que aprender, sobre todo del profesor Kerch, de cuyas clases se enriquecerán todos los alumnos del San Esteban.

Alfredo asintió poco convencido y se quedaron todos sumidos en un silencio en el que solo se oía el chisporrotear del fuego.

—Alfredo —Dijo finalmente Maria Luisa, con voz suave—. Esta mañana me dio la sensación de que sabías algo más sobre lo que le había ocurrido a Marco. ¿Hay algo que nos puedas contar? ¿Sabes qué paso? ¿Quién le asesino?

—No estoy del todo seguro —Dijo Alfredo nervioso mirando a todos los de su alrededor—. Mario estaba con nosotros en la reunión a la que nos había invitado Karl Becker. Poco después de empezar a tomar todo aquello un carácter demasiado infrahumano, Becker le tomó consigo y se lo llevó fuera. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Si, Karl Becker le invitó a salir, y se lo llevó fuera con Gassner.

—Pero esta mañana parecías más convencido de que sabías que le había podido haber ocurrido...

—No... bueno, tal vez... el caso es que no recuerdo haber visto a Mr. Becker volver a unirse a nuestro grupo después de salir con Marco, y me pareció mucha casualidad que apareciera muerto a la mañana siguiente. ¿Quién podría haber querido matarle? ¿Quién podría haber tenido la oportunidad de matarle?

—Como sabes o al menos te habrás podido imaginar Alfredo, Marco era mi escolta personal. —Dijo Friedric—. Había venido al colegio en calidad de guardaespaldas, ya que Igor no daba la talla como para hacerse pasar por muchacho adolescente. Marco tenía veintiún años, pero la cara de un niño de quince. Estaba tremendamente preparado, era experto en la lucha cuerpo a cuerpo y especializado en pelea con arma blanca. He visto luchar a Marco y reducir a tres hombres juntos el doble de grandes que él, por lo que la historia

de que le haya matado un lugareño celoso no vale. Para amordazar y cortar el cuello de Marco habrá hecho falta varios hombres con excelente preparación marcial, alguien tal vez como Becker y Gassner juntos, y aun así habrán tenido sus dificultades.

Marco estaba intentando infiltrarse en el grupo alemán como agente doble; consiguió una invitación gracias a su cercanía con el Duce, pero está visto que descubrieron la endeble tapadera...

—Es importante que alguien cuente lo sucedido a la policía, no pueden escaparse impunemente de un asesinato tan atroz como este. ¿Hablarías con el inspector Llorente para contarle exactamente lo que nos has contado a nosotros? —Preguntó Maria Luisa.

—De hacerlo rompería directamente mis lazos con el grupo alemán. Sabrían que he hablado con él y que he sido yo quien ha dado la información. Además, no tengo ninguna prueba. Lo único que conseguiríamos sería firmar mi sentencia de muerte y perder cualquier posibilidad de ayudar desde el interior del grupo.

—Estoy de acuerdo con Alfredo. Deja al inspector que esclarezca el crimen solo, no debería de ser muy complicado. —Dijo Mr. Hopkins a Maria Luisa, y luego, girándose hacia Alfredo continuó hablando—. Nosotros debemos concentrarnos en tratar de que te ganes la confianza de los alemanes. Creo que es mejor que no vengas a nuestras reuniones del grupo ya más, y a ser posible, trata de que no te vean hablando nunca a solas con Friedrich.

Alfredo tomaba nota mental y asentía a todo lo que decía.

—¿Cómo quieres entonces que nos comuniquemos?

—Si tienes alguna pregunta o tenemos que comunicarnos contigo durante el día, lo haremos a través de Maria Luisa, eso levantará menos sospechas —Dijo Friedrich.

Alfredo miro a Maria Luisa y ella le correspondió con una tímida sonrisa, casi ruborizada le pareció.

Mr. Hopkins se irguió y se acercó más a Alfredo, sentándose en el borde de su asiento con los dedos entrelazados y los brazos descansando sobre sus piernas.

—Alfredo, escúchame bien. Es mucho lo que nos estamos jugando aquí, y tú estás poniendo en peligro tu vida. No tienes por qué meterte en esto si no quieres. Desde el momento en el que salgas por esa puerta, tu vida estará

corriendo peligro a cada instante, pero la labor que hagas puede cambiar el curso de la historia

Todos miraban ahora a Alfredo expectantes. El los miró a todos, muy despacio, uno a uno.

—Si mi tío ha sido el culpable de la muerte de mi madre, y los nazis son su brazo ejecutor, podéis desde ya contar conmigo. No descansaré hasta acabar con ellos. Juro por mi madre y por la memoria de mi hermano que no pararé hasta haber vengado sus muertes.

—Si no quieres involucrarte, eres libre de salir ahora mismo por esa puerta. Nosotros lo entenderemos y no pensaremos menos de ti. En cambio, si quieres luchar con nosotros para mantener el orden en Europa, debes jurar lealtad a Friedrich William Von Preussen, heredero del Imperio Alemán y líder de la coalición monárquica europea.

—¿Alfredo? —Preguntó Friedrich ofreciendo el reverso de su mano en la que portaba el anillo de la casa de Hohenzollern.

Alfredo se levantó de su asiento, cogió la mano de Friedrich, e hincando la rodilla en el suelo besó el anillo de su amigo y señor. Friedrich sonrió, agarró de los hombros a su amigo para ayudarlo a levantarse, y le abrazó con fuerza.

## Capítulo 28

### *San Esteban. Cocinas. 15 de noviembre de 1931*

MARIA LUISA ESTABA entrando por la ventana de las cocinas que había dejado abierta antes de ir a la cabaña de Jerónimo. Se quitó los zapatos para evitar que el ruido de sus pisadas pudiera alertar de su presencia.

Abrió la puerta de la cocina con sigilo y miró en el pasillo.

No había nadie. No se oía un ruido.

Para llegar hasta su dormitorio, tenía que pasar por delante del comedor de servicio, la enfermería, y por último la habitación del Doctor Bermúdez.

Se adentró en el pasillo con rapidez, pero al cabo de unos diez pasos se detuvo a escuchar. Le pareció oír voces que hablaban en un susurro en el comedor del servicio, donde todavía debía de estar tendido el cuerpo de Marco Casaretto, hasta que se lo llevara la funeraria por la mañana.

—Pero ¿qué es lo que quiere que haga?

—No me importa. Ese es su problema. Búsquese otro chivo expiatorio. Pero tiene que zanjar el caso y marcharse de aquí.

María Luisa se acercó a la puerta del comedor que estaba entreabierta. Le pareció que reconocía las voces, pero estaban hablando muy bajo. Se acercó un poco más, hasta casi tocar la puerta, con mucho cuidado para no ser descubierta.

—La idea era sencilla y tenía que funcionar. Solo tenían que inculpar a alguien que pudiera haber sido el asesino, y este se habría después suicidado. Punto. Caso resuelto. No tenían ni que matar ustedes al presunto asesino, ya se lo habíamos dado todo mascadito.

María Luisa reconoció con horror la voz de Karl Becker.

—Ha sido un descuido. No sabía que Eloy Ugarte y el agente Polanco eran

pareja. —Dijo la otra voz—. Cuando vimos que Eloy se había suicidado pensé que sería sencillo hacerle pasar por el asesino del joven italiano...

—¿Me vas a decir que la policía local, y nuestro agente en la zona es el único imbécil en toda la comarca que no sabía que Polanco y Eloy eran pareja?

—La verdad... sabía que eran amigos. Se conocen desde críos, pero jamás pensé...

—¡Cállese! Temo que como siga hablando me va a contagiar su estupidez.

Maria Luisa se acercó un poco más a la puerta que estaba entreabierta y alcanzó a ver a Becker de espaldas hablando con el agente Hernández de la policía local.

—Esto me pasa por encomendar la misión a un inepto como usted. —Dijo Becker haciendo aspavientos—. Eloy llevaba muerto al menos tres días y no ha podido ser el asesino. Encima había dejado una carta diciendo que se suicidaba porque su novio le ha dejado, y todos menos usted en un radio de cien kilómetros saben que Eloy y su compañero estaban liados.

—Lo siento, la culpa fue de Polanco, me debería haber enseñado la carta y haberme puesto en antecedentes. No volveré a dejar un encargo así sin mi directa supervisión. —Dijo Hernández contrito.

—Tenemos que actuar rápido y buscar una solución al nuevo cadáver. Destaparemos lo que realmente ocurrió y culparemos a Polanco del asesinato de Ugarte

—¿Qué es lo que ocurrió? ¿y qué tiene Polanco que ver con todo esto? —Preguntó Hernández completamente perdido.

—Va usted a hablar con Polanco. Dígale que el inspector sabe que él era el novio de Eloy, y que piensa que entre él y Eloy asesinaron a Marco. Hágale firmar una carta de renuncia del cuerpo de policía, en la que diga que le han ofrecido un trabajo en Toulouse.

—¿Señor?

—Puede decirle, extraoficialmente, que el partido le ofrece una nueva oportunidad con un puesto en el equipo de seguridad de un alto cargo de nuestro partido en Francia. Dígale que prepare las maletas y venga mañana por la noche al Sanatorio del Ventuco listo para viajar.

—Sí señor. Entiendo. Pero, ¿qué haremos con el inspector? Él sabe que Eloy no pudo haber matado al italiano

Se hizo un silencio y María Luisa se acercó más a la ranura de la puerta,

desde donde pudo ver a Becker con una mano en la cintura y con la otra masajeándose las sienes.

—Creo que tengo una buena solución —Dijo levantando la sábana que escondía el cadáver y mirando el cuerpo sin vida de Marco con una sonrisa maliciosa.

—Tenemos un joven español que acabamos de incorporar al partido, pero no termino de fiarme totalmente de él. Temo que pueda también ser un agente doble.

—Dígame quién es y yo me encargo de él.

—¡Cállese y escuche, inútil! Ya me ha causado suficientes problemas con su ayuda. Tengo un plan mejor. Vamos a decir mañana al inspector Llorente que este joven fue el último que vio a Marco Casaretto. Que estuvo con nosotros en el sanatorio invitado, pero diremos que salió a las 8.00 con Marco y que no volvimos a ver a ninguno de los dos en el resto de la noche.

—¿Y si niega que se marchó a esa hora? Podría hablar sobre lo que estuvieron haciendo en la finca y dar nombres de los que estuvieron allí. El tiro nos podría salir por la culata

—No, no la hará. —Dijo Becker con calma—. Si es un agente doble no querrá desenmascarnos, con eso arruinaría la misión que tenga encomendada, y si no es un agente doble, nos querrá mostrar fidelidad y guardará silencio.

—Me gusta el plan. ¿Y quién es el afortunado joven?

—Alfredo Martin de Caviedes...

Maria Luisa al oír el nombre de Alfredo profirió un pequeño grito que trató de ahogar poniendo sus manos sobre la boca, Karl y el agente Hernández se miraran el uno al otro con alerta.

—¿Ha oído eso?

—¡Silencio! —Dijo Karl levantando una mano autoritaria mientras trataba de agudizar el oído. Y sacando una pistola de dentro de su chaqueta, hizo un gesto a Hernández con la cabeza para que cubriese la puerta.

La habían oído, tenían que haberla oído, pensaba espantada.

Quería correr a su habitación y encerrarse en ella, pero para ir a su habitación tenía que cruzar los veinticinco metros de pasillo; era imposible recorrerlos sin que la vieran. Decidió volver sobre sus pasos hasta la cocina, y una vez allí podría salir otra vez por la ventana.

Cuando estaba llegando a la puerta de la cocina, pudo ver a su espalda



como se abría lentamente la puerta del comedor de servicio, y el cañón de una pistola que asomaba lentamente.

Entró atropelladamente en la cocina y chocó contra una mesa volcando dos cazuelas que cayeron al suelo haciendo un tremendo ruido en el silencio de la noche.

Oyó pasos detrás en el pasillo, que ahora corrían hacia la cocina mientras ella abría la ventana. No le daría tiempo de salir por la ventana, pensó, la cogerían antes, y si no, al menos descubrirían quién era. Dejó la ventana abierta de par en par para que pensarán que había salido por ella, y se metió en la cámara frigorífica, dejándola entreabierta para no quedarse encerrada por dentro.

Los dos hombres llegaron corriendo a la cocina y se pararon frente a la ventana donde intercambiaron unas rápidas frases que María Luisa no pudo entender. Uno de ellos saltó por la ventana, pero el otro se quedó en la cocina, y empezó a buscar en cada rincón, debajo de las mesas. En la despensa. En el cuartito de la limpieza.

Ya le quedaban pocas opciones, y miró al refrigerador.

Pudo notar que la puerta no estaba cerrada, y sonrió. María Luisa aterrorizada puso su espalda contra la esquina más lejana junto a un cordero despellejado y cuatro gallinas que colgaban de unos garfios del techo de la cámara de frío.

—¿Podemos ayudarle? —Se escuchó potente la voz de la cocinera.

Becker, con una mano en la puerta de la cámara refrigeradora, y la otra agarrando la pistola, se volvió hacia la cocinera.

—Buenas noches, no pensé que estuviera despierta. Me ha sobresaltado. —Dijo Becker esgrimiendo una sonrisa y escondiendo la pistola en la espalda, metiéndola en el cinturón del pantalón.

La cocinera le miraba severa en su camisón desde la puerta de la cocina, con una lámpara en la mano y flanqueada por dos de las señoritas del servicio.

—Estaba trabajando en el comedor de servicio y ya me iba a la cama. Pensé que tal vez podría encontrar un vaso de leche en la cocina antes de marcharme.

—Margarita, cójale un vaso de leche al profesor

—Sí, señora. Ahora mismo —Dijo cogiendo un vaso de la alacena, y dirigiéndose a la cámara de frío.

—Parece que alguien ha dejado la nevera abierta —Dijo cogiendo

mecánicamente una botella de leche de una estantería de la nevera, junto a la puerta. María Luisa la miraba desde la penumbra de la esquina aguantando la respiración.

—Están cada día más aleladas! Ya verán, que como se haya estropeado el pescado por su culpa, os lo van a descontar de la paga. Anda, dele la leche al señor y asegúrese de cerrar bien la puerta —Dijo la cocinera.

Dentro de la cámara se oyó el clic del pasador cerrándose desde fuera, y la oscuridad se hizo total. María Luisa tenía todavía el abrigo y los guantes puestos, pero, aun así, el frío de la cámara parecía entrarle hasta en los huesos. Si no conseguía salir de ahí pronto, cuando la encontrasen por la mañana no tendría mucho mejor aspecto que el cordero que colgaba despellejado a su lado.

Esperó unos minutos para asegurarse que hubieran salido todos de la cocina antes de empezar a moverse y buscar la forma de salir de su encierro. Pensó que, al cabo de un poco, sus ojos se acostumbrarían a la oscuridad y podría al menos ver algo, pero la oscuridad era total, y no había un atisbo de luz que se colara por un resquicio de la puerta.

Empezó a palpar las paredes hasta llegar a la puerta, probó empujar la puerta, primero con las manos, luego con el hombro, después cogió carrerilla en los escasos tres metros de profundidad de la cámara y se abalanzó contra la puerta golpeándola con su hombro, y cayendo hacia atrás con un terrible dolor en hombro y en el costado.

Se quedó tendida en el suelo, y haciéndose un ovillo empezó a llorar por su impotencia. No sabía si lloraba desesperada por saber que con seguridad moriría encerrada en esa cámara de frío, sin poder hacer nada más que esperar a que su corazón dejase de bombear, o si lloraba frustrada por no poder prevenir a Alfredo de los planes que tenía Becker de inculparle por el asesinato de Marco.

Los temblores pararon, y una sensación de paz se apoderó de ella. Poco a poco se iba quedando dormida, sabía lo que eso significaba, y que de ese sueño nunca despertaría, pero ya no le importaba, se sentía bien, solo quería dormir, descansar...

—Señorita María Luisa, ¿es usted? —Oyó a lo lejos.

Le pareció que una luz lo cubría todo y que oía voces, pero seguro que ya estaba soñando, o tal vez muerta.

—Señorita María Luisa, ¡Santo Cristo de Burgos, señorita, levántese! Qué

mala cara que tiene, vámonos fuera de aquí. —Dijo Margarita, la señorita del servicio que una hora antes entró en la cámara para servir la leche al profesor.

¡Ay Dios mío! Sabía que era usted cuando entré, pero imaginé que ese señor alemán tan estirado estaba buscándola en la cocina y preferí esperar a que se fuera a la cama, pero no había manera de que se marchase. Venga, vamos junto al fuego, que yo lo avivo y le echo unos troncos encima y verá cómo entra en calor en un santiamén.

Margarita acercó una silla a la chimenea y sentó a María Luisa en ella, después echó dos troncos al fuego y lo despertó con unos rápidos movimientos de fuelle.

—Quédese aquí un momento que voy a buscar algo que la hará entrar en calor

Ella seguía en una duermevela. Cuando volvió Margarita, esta le echó a los hombros una manta caliente y cuando se cubrió con ella empezó otra vez a temblar.

—Tenga. Beba. Es el brandy del director, verá cómo esto la resucita. —Cogió el vaso con temblorosas manos y dio un pequeño sorbo con ayuda de Margarita. El líquido empezó a calentar su cuerpo y despejar su mente.

—No le diga a nadie que me ha visto Margarita, por favor se lo pido

—Claro que no, señorita. Yo chitón. —Dijo cerrando la boca y haciendo el gesto de cerrar un candado sobre los labios.

—Muchas gracias... sabe que me ha salvado la vida, ¿verdad? Le debo una

—No me debe usted nada —dijo la sirvienta ruborizándose—. ya sabía yo que el fulano ese entrometido, estaba tramando algo malo cuando le vi revoloteando por la cocina. ¡Que quería leche, uh! ¡Si no le dio más que un sorbo cuando le llevé el vaso, y la dejó ahí, casi sin tocar!

—Sí, creo que es malo, y muy peligroso. Necesito su ayuda. No se la pediría si no fuera necesario —Dijo agarrando las solapas del albornoz de la sirvienta implorando.

—Claro... claro... dígame. ¿De qué se trata? Yo hago lo que necesite, usted a mandar.

—Necesito hablar con uno de los alumnos. Ahora

—Pero señorita, eso es impos -

—¡Debo hacerlo! Corre un grave peligro. Si no le aviso... ¡le matarán! —Dijo María Luisa, implorando a Margarita con los ojos desorbitados.

## Capítulo 29

### *San Esteban. Habitaciones. 15 de noviembre de 1931*

MARGARITA VOLVIÓ A la cocina cargada con el libro de servicio en una mano, donde figura el nombre de los huéspedes y las habitaciones que ocupan, y en la otra mano una lámpara de gas y un manojo de llaves.

—Vamos señorita, pero no haga ningún ruido, que como nos pillen a mí me matan

María Luisa siguió a la sirvienta por el pasillo con los zapatos en la mano. El suelo de piedra transmitía un frío punzante a sus pies desnudos. El pasillo era de grandes dimensiones y la luz de la lámpara no llegaba a alumbrar las paredes ni el techo; solo cuando llegaron a las escaleras, un halo trémulo de luz las perseguía en su ascenso a las habitaciones iluminando la estrecha y baja bóveda de roca.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, Margarita paró, y escogiendo sin titubear una de las llaves, la introdujo en el portón.

—Cuando abra esta puerta está usted sola... Yo... Me encantaría poder ayudarla más, pero no me atrevo a seguir adelante, si pierdo este trabajo, mañana estoy otra vez de vuelta en casa de mis tíos ordeñando vacas...

—Margarita, no se apure —Dijo María Luisa con una sonrisa conciliadora y poniendo la mano sobre su hombro—. Ya me ha ayudado muchísimo y jamás lo olvidare

La sirvienta tragó saliva y asintió.

—Al otro lado de la puerta hay un pasillo adonde dan todas las habitaciones. Recuerde que hay un jefe de noche, que es un estudiante de último curso que está encargado de hacer guardia y asegurarse de que todo el

mundo duerme y que no hay ningún barullo por la noche. —María Luisa escuchaba atenta y tomando nota mental.

—La habitación del señorito Martín de Caviedes es la segunda puerta a la derecha. Comparte habitación con otros cuatro estudiantes, su cama es la del fondo a la derecha, bajo la ventana

—Entendido

—Tome la llave de la habitación, luego puede dejarla encima de la mesa de la cocina cuando vuelva. Tenga mucho cuidado, por favor.

—Lo tendré. Muchísimas gracias Margarita, ha sido usted muy valiente

Las dos se abrazaron, y la sirvienta después de echar un último vistazo a su intrépida amiga sopló el candil y bajó las escaleras a oscuras, tan rápida y sigilosamente como pudo.

María Luisa respiró hondo, metió sus zapatos en los bolsillos de su abrigo, y agarrando el tirador de la puerta con ambas manos, abrió la puerta muy lentamente.

La puerta no hizo ni un leve chirrido que la pudiera delatar. Volvió a cerrar la puerta tras de sí. El pasillo estaba en penumbra, no había ninguna lámpara encendida, pero de una puerta de la izquierda salía una luz de crepúsculo, que danzaba sobre la pared y las puertas de la derecha. María Luisa supuso que sería la chimenea o una lámpara en la habitación del jefe de noche, que estaría encendida.

Dio unos pasos medidos hasta alcanzar la segunda puerta a la derecha. Miró con cautela la puerta del jefe de noche de donde venía la luz. Solo podía ver el fuego arder en la chimenea y dos pies cruzados sobre un reposapiés, el resto del cuerpo estaba oculto por la puerta y no podía decir si estaba dormido o despierto. Sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura. La cerradura cedió sin hacer ruido, pero la puerta, confinada en el marco, ofrecía un poco de resistencia. Empujó con más fuerza y la puerta cedió, pero rozando el suelo y haciendo el sonido de un barco lejano haciendo señales en la niebla.

Margarita se quedó quieta y miró a la puerta de la luz. Los pies del jefe de noche se movieron y vio una mano asirse al extremo del reposabrazos, pero se quedó ahí, quieta, como si estuviera escuchando para cerciorarse que no había sido su imaginación.

Parece que volvió a sentarse.

María Luisa seguía quieta y agazapada en la puerta de Alfredo, esperando unos segundos que parecían horas.

Finalmente, los pies del jefe de noche volvieron a descansar sobre el reposapiés y Maria Luisa se envalentonó y entró en la habitación. Esta vez al cerrar la puerta levantó con toda su fuerza la puerta tirando hacia arriba del picaporte para que no rozara otra vez con el suelo.

La habitación por dentro era cálida y oscura. En la chimenea, unas brasas todavía brillaban ámbar, saldo del fuego que Margarita habría dispuesto para esa noche. El olor que desprendían las ascuas, se mezclaba con el calor de las camas, el sudor de la noche y el salitre del mar que se colaba por las rendijas de la ventana.

María Luisa se dirigió hacia la cama situada bajo la ventana. La luz de la luna se colaba por entre las cortinas y alumbraba la espalda del joven que dormía bajo la ventana. No podía verle la cara y le entró la duda de si el joven bajo el pijama de rayas era realmente Alfredo. Margarita había explicado que la cama de Alfredo era la que estaba junto a la ventana de la habitación, pero... ¿estaba ella segura? ¿Habría Alfredo tal vez cambiado de camas con otro compañero menos friolero para poder estar más cerca del fuego?

Si despertase a la persona equivocada, no quería ni pensar las desastrosas consecuencias que eso tendría.

Decidió colocarse junto a la pared, al lado de la cabecera de la cama, donde no alumbraba la luz de la luna, y desde ahí dio al muchacho un ligero golpe en el hombro. Este ni se inmutó.

Volvió a tocarle en el hombro, esta vez con algo más de fuerza. El muchacho se movió un poco, pero siguió profundamente dormido, como si nada.

La tercera vez, más desafiante agarró el hombro del muchacho y lo zarandó rápidamente para luego volver a su escondite en la oscuridad junto a la cabecera de la cama. Esta vez el muchacho se incorporó y adormilado se giró hacia la ventana. Ahora pudo claramente ver que se trataba de Alfredo. Maria Luisa salió de su escondite en las tinieblas y se apareció a Alfredo como un fantasma.

—¡Ah! —Gritó Alfredo.

—Cállate. Soy yo, Maria Luisa —Dijo Maria Luisa en voz baja y tapándole la boca. Se quedó así tapándole la boca y agazapada en el suelo un momento. Los dos compañeros de Alfredo se movieron entre las sábanas.

—¿Alfredo, estás bien? —Dijo soñoliento uno de sus compañeros de habitación.

Alfredo miraba a María Luisa con los ojos abiertos como platos. Ella le indicaba con un dedo en los labios para que permaneciera callado.

—¿Alfredo?

Alfredo apartó la mano de María Luisa de su boca e hizo un breve e incoherente balbuceo.

—Está dormido —Rio otro compañero.

De pronto se abrió la puerta de la habitación de par en par. María Luisa sin pensarlo saltó sobre la cama de Alfredo y se metió dentro de las sábanas.

—¿Qué es este jaleo? —Dijo el que debía de ser el jefe de noche irrumpiendo en la habitación.

—No es nada. Alfredo que está dormido y hablando en sueños. Parece que está teniendo pesadillas

—Pero ¿qué haces? ¿te has vuelto loca? —Dijo Alfredo en un susurro escandalizado.

María Luisa, trató de contener la risa nerviosa y se volvió a esconder bajo la sábana que Alfredo había retirado.

—¡Hazte el dormido, o nos van a pillar! —Dijo divertida bajo la protección de las sábanas.

Alfredo se colocó de lado para esconder el bulto que hacía su inesperada visitante. Ella, a su vez, se arrimó más a él. Le pasó un brazo por la espalda y pegó su cuerpo y su cara contra su pecho.

Al oír pasos que se acercaban hacia ellos, también entrelazó sus piernas con las de Alfredo para abultar menos y que no les descubrieran.

—Dormido. Ya te lo dijimos. A este le gusta darnos estos sustos de media noche. Se pasa las noches hablando, y algunas veces hasta anda por la habitación. ¡Totalmente dormido! —Dijo James Roosevelt.

—Bueno. Todo el mundo a la cama. Si vuelvo a oír un ruido de esta habitación, llamaré al profesor Hoffman.

En cuanto se cerró la puerta Alfredo se relajó, y entonces se percató del contacto y del calor del cuerpo que tenía pegado contra el suyo. Sus piernas entre sus piernas. Sintió el contorno de la cadera sobre la que reposaba su brazo, esas caderas que tantas veces había visto y admirado. Su corazón se aceleró, y trató de respirar con calma, para no descubrir su exaltación.

—Creo que se ha ido ya —Dijo tímidamente.

—Silencio, pueden oírte —Contestó ella, quien tampoco quería moverse

de donde estaba. Ella puso su mano sobre su pecho, y se recostó más cerca de él.

La cabeza de ella estaba bajo su barbilla, y Alfredo podía oler su cabello, con un suave aroma a lavanda. El la apretó un poco más contra su cuerpo.

Maria Luisa acarició suavemente el pecho de Alfredo, y el la correspondió con un beso en la cabeza, más paternal que otra cosa, pero aquello era tan prohibido que le hacía temblar el cuerpo entero, de miedo... de excitación.

Maria Luisa levantó la cara para mirarle a los ojos, y Alfredo besó esos labios con los que había soñado cada noche, desde el día en que la conoció en el tren.



## Capítulo 30

*San Esteban, 16 de noviembre de 1931*

CUANDO SE DESPERTÓ Alfredo unas pocas horas más tarde, el sol estaba ya en lo alto.

Se estiró satisfecho en la cama con una sonrisa en la cara, y los ojos todavía cerrados. Al momento recordó algo y abrió los ojos de golpe. Levantó la sabana, miró a un lado y a otro. Saltó de la cama y miró debajo de ella.

Nada, solo su vieja maleta. Se dijo. Tal vez lo habría soñado todo.

Cuando se levantó otra vez, nervioso, tras inspeccionar los bajos de su cama, James le esperaba de pie, ya vestido y con una amplia sonrisa cómplice. La sonrisa de James, por una vez, no era ni sarcástica ni burlona, pero más bien una sonrisa de adulación, de respeto, de admiración.

—¿Qué pasa? —Preguntó Alfredo.

—Nada, claro. Nada. Solo que me he encontrado esta mañana este guante a los pies de tu cama y me preguntaba si sería tuyo.

—Sí. Sí que es mío. Gracias. —Dijo arrebatandoselo con prisa de la mano.

—Es un guante de señorita

—Nada de eso. Lo que pasa es que vosotros los yankees no sabéis nada de moda. En París, todo caballero que se precie, tiene un par de guantes como estos.

—Un par, sí, tal vez. Pero yo solo veo uno... —Dijo expandiendo todavía más la sonrisa.

—No seas entrometido. No sé dónde habré dejado el otro guante, probablemente estará en el armario. —Dijo tirando nervioso el guante dentro

de su armario y cerrando con fuerza la puerta—. Ahora vete, ¿no tienes nada más importante que hacer?

James se marchó riendo.

—Si buscas el otro guante, te recomendaría que mirases en el cajón de tu mesita de noche...

Alfredo sin entender el último comentario de su amigo, se acercó a la mesilla de noche, y se la quedó mirando indeciso, como con miedo a lo que ahí pudiera encontrarse.

Abrió el cajón, y se encontró uno de sus sobres con su nombre escrito con letra redonda y minuciosa, femenina y coqueta. Dentro había una nota que desdobló y leyó un par de veces para saborear y memorizar cada palabra.

*Querido Alfredo,*

*Disculpa mi intromisión de esta noche, pero era de vital importancia que te viera. Al final, entre una cosa y otra... no pudimos hablar.*

*Van a tratar de incriminarte el asesinato de Marco Casaretto.*

*Quieren decir que os vieron salir juntos a las 8.00 de la noche y que nadie más os vio después. Prof. Becker está confabulando con la policía local.*

*Vamos a decir que tú y yo nos citamos a las 8.00 (llegaste tarde para darle más realismo... digamos a las 8.05) y que estuviste conmigo hasta las 10.00 cuando oímos las campanadas y nos despedimos.*

*Por favor destruye esta carta una vez la hayas leído.*

*ML*

*P.D Espero que puedas esconderme pronto otra vez como has hecho esta noche...*

Alfredo hizo una bola con la carta y la tiró al fuego. Friedrich estaba haciendo su cama y notó su cara circunstancial y su ensimismamiento cuando tiró la carta al fuego.

—¿Todo bien?

—¿Eh? Sí... todo bien. Todo bien.

—Estamos solos. Si necesitas hablar, nadie nos escucha. ¿Qué ocurre?

—Creo que me han descubierto. Tenemos sin duda un agente doble, de otra

manera no me explico cómo lo saben con tanta rapidez.

Dijo Alfredo acercándose a Friedrich y mirando a ambos lados de la habitación, aunque bien sabía que no había nadie con ellos.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo lo sabes?

—Están cargando el asesinato de Marco sobre mis espaldas, están tratando de deshacerse de mí.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—De eso no te preocupes, creo que puedo escabullirme, pero vamos a decir que después de hoy, seré *persona non grata* en sus reuniones. —Dijo con una sonrisa cansada—. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser el agente infiltrado que está pasando información a los nazis?

—No, pero me temo que tienes razón. Lo peor es que tiene que ser alguien del núcleo más interno, porque después de nuestra reunión de anoche en la cabaña de Jerónimo, no hablamos con nadie de lo que tratamos ahí.

La puerta se abrió en ese momento y entró James. Friedrich se dio la vuelta y continuó arreglando su armario.

James se acercó a Alfredo todavía con esa sonrisa en su cara.

—Que, ¿has encontrado ya el otro guante?

—Déjalo ya, James. No tiene gracia.

—¡Qué poco sentido del humor tienes, español!

Alfredo siguió haciendo su cama ignorando a James todo lo que pudo.

—Acabo de encontrarme con Herr Becker en las escaleras.

—Ah, ¿sí? —Preguntó Alfredo ahora prestando total atención—. y, ¿Qué es lo que te cuenta?

—Está preparando otra reunión en el sanatorio... —Dijo en voz baja después de volverse para asegurarse que Friedrich no les estaba escuchando—. será dentro de tres noches, parece que es una reunión muy importante. Me ha pedido que te lo diga y que te invite. Dice que espera verte ahí.

—Sí, sí, claro. No faltaré.

Bajaron al comedor los tres juntos. Vieron un pequeño barullo a la entrada, y había una pequeña comitiva que parecía estar esperando a los tres compañeros. Podían ver desde el pasillo a veinte metros cómo el inspector Llorente miraba fijamente a Alfredo bajo la espesura de sus pobladas cejas negras.

Junto al inspector Llorente, estaban el agente Hernández, Karl Becker, Mr. Hopkins y Don Luis Carrión, a cada cual con una expresión más funesta.

Maria Luisa salía del comedor y se acercó a los tres chicos antes de que estos entraran. Fue directa a Alfredo, se acercó a su mejilla y le dio un beso.

—Me voy. Que tengáis un buen día chicos. Parece que se vaticina interesante.

La joven se marchó apresurada y los tres amigos la vieron marcharse. James y Friedrich boquiabiertos por el atrevimiento de la chica de besar a Alfredo en público, delante de todo el colegio; y Alfredo también boquiabierto, pero él por el alelamiento que le producía el vaivén de esas hermosas caderas.

—Creo que en algún momento nos tendrás que explicar todo esto. —Dijo Friedrich.

—Sí. Todo a su debido tiempo. Ahora vamos a ver qué es lo que quiere el inspector Llorente.

Cuando llegaron a la entrada del comedor, el inspector Llorente se plantó en su camino, franqueando la entrada, el resto del séquito se apostó detrás del investigador.

—Señor Martin de Caviedes, he de pedirle que me acompañe.

—¿Puedo saber primero de qué se trata? —Dijo Alfredo.

—Es usted sospechoso del asesinato del señor Marco Casaretto, tiene que venir conmigo y responder a unas preguntas

—¡Eso es imposible! —Gritó Friedrich—. Eso es un insulto, ¿cómo pueden proferir semejante difamación a un alumno de este colegio? —La pregunta iba dirigida a todos los miembros de la comitiva, pero sus ojos se pararon en la figura de Mr. Hopkins como esperando que él se pusiera de su parte y defendiera a Alfredo.

—No entorpecemos a la justicia, Friedrich. —Dijo Mr. Hopkin—. Dejémosles hacer su labor y sin duda el error se esclarecerá. Después pediremos unas disculpas públicas para restablecer el buen nombre de Alfredo. Mientras tanto, dejemos al inspector hacer su trabajo

El agente Hernández sacó unos grilletos y dio un paso hacia Alfredo, pero el inspector le paró tajante.

—No creo que eso sea necesario, agente.

La comitiva subió en silencio por la escalinata principal del edificio hasta la segunda planta y se dirigieron al despacho del director.

El despacho de Don Luis Carrión estaba situado en el ala oeste del

edificio. Los ventanales ofrecían una espectacular vista del mar Cantábrico, que rompía esa mañana con ensañamiento contra las rocas del acantilado.

El inspector pidió a Alfredo que se sentara sobre una silla solitaria que estaba dispuesta en el centro de la habitación, sobre la alfombra persa de colores cálidos.

Don Luis Carrión ocupó su sillón detrás de su escritorio y se preparó distraído una pipa; en los dos sofás de cuero estaban sentados expectantes Mr. Hopkins y Karl Becker, uno enfrente del otro.

—Quédese en la puerta y no deje a nadie entrar —Dijo el inspector al agente Hernández—. ¿No ha aparecido todavía el agente Polanco? —Le preguntó antes de cerrar la puerta dejando al policía en el exterior del despacho.

—No, inspector. He mandado que fueran a buscarlo a su casa. No sé si estará enfermo. Sabremos de él en cualquier momento.

—En cuanto aparezca, tráigamelo. —Sentenció el inspector cerrando la puerta en las narices del agente.

El inspector entró en el despacho y se puso a andar de un lado a otro de la sala con las manos juntas a su espalda, meditabundo, como ensayando en su cabeza las preguntas que quería hacer a Alfredo. Su secretario, Cristóbal, se sentó en una silla en una esquina con su bloc de notas dispuesto a dejar constancia de todo lo que se dijera en esa habitación.

Alfredo miraba la colección de retratos de escritores del siglo diecinueve que colgaban de la pared a cada lado de la chimenea. Las otras tres paredes de la habitación tenían estanterías de nogal cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Alfredo se preguntó dónde estaría oculto el famoso mueble bar de Don Luis Carrión, del que tanto se hablaba en el colegio.

—Señor Martín de Caviedes —Dijo el inspector después de carraspear a modo de introducción—. Tenemos testigos que han confirmado que fue usted anteayer invitado a una tertulia con los visitantes del Dreiffus en el viejo Sanatorio del Ventuco, ¿es eso cierto?

—Si señor, así es.

—Podría confirmarme si el señor Marco Casaretto estaba también invitado a la tertulia en el sanatorio?

Alfredo miró a Karl Becker, y este asintió como dándole permiso para divulgar esa información—. Sí señor, Marco Casaretto estaba con nosotros”.

—Nuestras fuentes aseguran que luego los vieron marcharse juntos a las ocho u ocho y media de la noche. ¿Es eso correcto? —Continuó el inspector.

—No, no es correcto

El inspector paró de andar y volvió la mirada hacia Alfredo.

—¿Cómo dice? —Preguntó el inspector, como si no le hubiera oído bien.

—Digo que no es correcto; yo no salí del sanatorio en la compañía de Marco.

—Podría usted explicarse y describir cómo y cuándo salió del sanatorio el señor Marco Casaretto? —Becker visiblemente incómodo con la pregunta se revolvió en su asiento haciendo al cuero del sofá quejarse como una vulgar y cruenta ventosidad.

—No, no puedo —Dijo Alfredo, y Becker pareció soltar el aire atrapado en sus pulmones con alivio.

—Sabe que, si no coopera, podrá ser utilizado en su contra, y en este momento usted es el principal sospechoso del asesinato de su compañero.

—Lo entiendo inspector, pero no es por falta de espíritu colaborador, el problema es que yo me marché antes que Marco y por eso no puedo darle la información que me está usted pidiendo.

Cuando dijo esto, pudo ver como el inspector casi imperceptiblemente lanzó una mirada a Becker.

Estaba claro. Había sido Becker quien le había dado la información falsa sobre Alfredo, y ahora, el inspector sospechaba de él.

—A qué hora salió usted del sanatorio

Becker, que se había sacado un cigarrillo de una pitillera de plata y se disponía a encenderlo, dejó el fósforo encendido un instante, esperando a escuchar la respuesta.

—Me marché a las ocho menos cinco.

Becker, arrimó la llama al cigarrillo, lo encendió y echó una bocanada de humo junto con el aire que había estado aguantando.

—¿Está usted seguro? —Dijo el inspector y lanzó otra casi imperceptible mirada a Becker.

—Completamente seguro. Tenía una cita a las ocho en punto y salí corriendo a menos cinco, aun así llegue cinco minutos tarde a mi cita.

—Cómo estás tan seguro de la hora, parece casi como si te hubieras preparado las respuestas de antemano. —Dijo Becker interrumpiendo.

El inspector pareció molesto con la intervención de Becker, pero, aun así,

esperó atento a la respuesta de Alfredo.

—De ningún modo señor Becker, a decir verdad, tenía una cita con una señorita, una primera cita, para ser más exacto, y como puede usted imaginar, no quería llegar tarde.

—Una cita con una señorita... —dijo el inspector divertido. —Se puede saber cómo tiene tiempo de conocer y cortejar señoritas estando en un colegio interno, y por lo que veo... —Dijo ojeando unas notas que tenía en la man—. ...parece que tiene un horario muy completo entre las clases, prácticas de fútbol y otras actividades extraescolares. Imagino que la señorita de la que habla podrá confirmar lo que usted acaba de declarar, ¿verdad? Podríamos tener el nombre de la joven en cuestión.

—No veo ningún problema. Me vi con la señorita María Luisa Artaza

Ahora la sorpresa fue general. Mr Hopkins levantó la cabeza del aparente letargo en el que estaba sumido, y Don Luis dejó caer torpemente la pipa sobre la mesa desparramando el tabaco por todo el escritorio.

—¿Se refiere a la enfermera del colegio?

—Sí señor.

—¿Hasta qué hora estuvo en su compañía?

—Hasta las diez. Nos sentamos a charlar en uno de los bancos del patio, bajo la farola, y el tiempo pasó volando. Recuerdo que oímos con sorpresa las campanadas del reloj de la iglesia, dando las diez y nos apresuramos a despedirnos.

—¿Cree que la señorita tendría alguna objeción en que la interrogásemos? ¿Ratificaría ella su testimonio?

—Si, no veo por qué no. No creo que haya nada indecoroso en nuestro encuentro.

—¿Después de despedirse de la señorita... —Dejó la pregunta sin terminar

—Me subí a mi habitación y me metí en la cama.

—¿Hay algún testigo que pueda confirmar eso?

—No lo sé, creo que no. Cuando llegué a mi habitación mi compañero Friedrich ya estaba dormido y no vi ni hablé con nadie más.

—Muchas gracias señor Martin de Caviedes. Yo no tengo más preguntas. Le avisaré si hubiese algo más. Mientras, le agradecería que mantenga la mayor discreción posible sobre cuanto aquí hemos hablado y que no abandone el colegio sin consultarlo antes conmigo.

—Gracias. —Dijo levantándose. Hizo una breve inclinación de cabeza al director, y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió otra vez y preguntó—. ¿Puedo preguntarle de dónde ha sacado su información? ¿Quién le dijo que me había visto salir junto con Marco Casaretto?

—No, no puedo.

—Lo entiendo, pero espero que sea consciente de que quien le haya dicho eso, no solo le está mintiendo, sino que además está obviamente involucrado en el asesinato de Marco y está buscando hacerme responsable para escabullirse del delito.

Mr. Hopkins no pudo evitar sonreír al comentario desafiante y el aire fanfarrón de Alfredo, pero su sonrisa desapareció cuando miró a Becker y vio la furia y el odio con el que miraba a su muchacho.

Alfredo le mantenía la mirada con temple, pero no sabía bien con quién, ni con qué estaba jugando: Becker era un tipo muy peligroso, y Alfredo acababa de darle con el guante en la cara.

Mr. Hopkins sabía que Alfredo acababa de firmar su sentencia, a partir de ahora, no habría ningún rincón seguro, ningún momento tranquilo; la muerte le acecharía en cada esquina, detrás de cada sombra.



## Capítulo 31

*San Esteban, 16 de noviembre de 1931*

James entró en la habitación, y encontró a Alfredo sentado sobre su cama, con los dedos hundidos en su cabello y las manos aguantando la cabeza. Tal vez no era la imagen de la desesperación, pero sin duda rezumaba preocupación por todos los poros.

—Alfredo, acabo de oír sobre tu interrogatorio. No me puedo creer que alguien te haya echado de esa manera a los leones. —Alfredo levantó la cabeza como saliendo de un trance. Miró a James y volvió a hundir sus dedos entre la maraña de su desordenado cabello.

—¿De verdad que no sabes quién ha sido? —Dijo sin levantar la cabeza.

—No, ¿Por qué? ¿Tú sí?

—James, me cuesta mucho creer que no lo sepas, o por lo menos que no te lo imagines.

—¿El partido? ¿Nuestra hermandad? ¡los nazis! —Dijo James como siendo súbitamente iluminado desde lo alto.

—¡Pues claro, hombre! Becker se llevó a Marco. Becker no volvió esa noche y a la mañana siguiente Marco apareció degollado en el bosque ¿Coincidencia? No me hagas reír.

—Eso mismo pensé yo, pero no quería creérmelo. Traté de dar una oportunidad a la teoría del aldeano de la comarca que apareció colgado, pero parece que llevaba varios días muerto y no pudo haber sido él. Dicen que el agente Polanco estaba detrás de todo esto. ¡Dicen también que Eloy y Polanco eran novios! Ahora se cree que Polanco podía estar involucrado en el asesinato y este se ha dado a la fuga.

—Exacto, pero el asesinato de Marco sigue sin haber sido esclarecido, por lo que han tenido que buscar a otro chivo expiatorio.

—¿A otro qué? —Dijo James, quien, a pesar de hablar un excelente castellano, había algunas expresiones que todavía se le escapaban.

—A otro culpable.

—¿Pero, por qué tú?

—Creo que de alguna forma la hermandad habrá visto que tenía todavía mis dudas, sobre todo después del asesinato de Marco. Hablé brevemente con Rolf y también con Karl Becker, y creo que no pude esconder mi repulsión por todo lo que había ocurrido.

—No me extraña. —Dijo James sentándose al borde de la cama junto a su amigo—. La verdad es que me gustan las ideas y lo que había oído anteriormente con la propaganda que nos llegó a Estados Unidos, pero aquí veo una cosa muy diferente.

—A mí me ocurrió más o menos lo mismo. Pero después de ver con la facilidad con la que se deshicieron de Marco, me ha hecho abrir los ojos y ver de lo que esta gente es capaz con tal de conseguir sus propósitos.

—¿Qué vas a hacer ahora? Van a intentar matarte. ¡Debes huir!

—Huir ¿para qué? ¿Adónde? Tarde o temprano tendría que enfrentarme a ellos. Además, no puedo dejar que se salgan con la suya.

—Vamos a hacer una cosa. —Dijo el americano volviéndose animado hacia su amigo—. Yo iré a la próxima reunión. Seguiré con el grupo como si nada y trataré de hacerme con toda la información posible sobre sus planes.

—Ten cuidado James, si te descubren, correrás la misma suerte que Marco.

—Tú no te preocupes por mí, pero guarda tu espalda. —Y diciendo esto, volvió a salir de la habitación con su paso energético y positivo.

## Capítulo 32

### *Sanatorio El Ventuco, 20 de noviembre de 1931*

ESA NOCHE SE reunieron todos los miembros del grupo nazi en el jardín en la parte de atrás del sanatorio. Desde las puertas-ventanas de la biblioteca, se podía ver un camino de adoquines que llevaba por el jardín desde el patio trasero hasta una pérgola con bancos de piedra que estaban cubiertos por musgo y maleza.

Bajo un centenario castaño, ya sin hojas, James y el agente Polanco estaban cavando un agujero en la tierra que les cubría ya hasta la cintura a los dos.

Habían empezado a cavar hacía dos horas. Todos los alumnos se fueron alternando por parejas cada veinte minutos. El agente Polanco se ofreció voluntario para empezar el primer turno, y Rainer Gassner, el gigante alemán, ofreció la otra pala a James, asignándolo, así como compañero del policía.

—Os viene bien el ejercicio. No sabéis más que comer y holgazanear en este colegio de señoritas. —Dijo Gassner

Karl Becker les había dicho al comienzo de la sesión, que, bajo el castaño, encontrarían un arcón lleno de armas que había sido enterrado en la primavera por sus camaradas en previsión de la visita, pero ahí no había señal de arcón ni de armas; solo tierra y más tierra.

—James, salga del agujero —Dijo el gigante.

—No, usted no, Polanco —dijo con una mueca burlona, cuando el agente dejó la pala a un lado e hizo amago de salir también de la fosa—. Usted se queda ahí.

Se escuchó la puerta que daba a la biblioteca abrirse, y Gassner se giró para ver a Karl Becker acercarse con su acostumbrada solemnidad. La puerta

de la biblioteca quedó abierta y dentro podía verse al monje sentado en conversación con otro caballero al que no podía reconocerse desde el jardín.

—Traiga la carretilla Herr Gassner, si es tan amable. Hoy vamos a aprender una lección muy importante —Dijo Becker en voz alta para que todos le oyeran con claridad, pero sin apartar la vista de Polanco—. No es la más sencilla, pero es algo que todos los aquí presentes tenéis que aprender antes de que podáis salir al mundo como agentes del partido y no fracasar.

Los alumnos miraban al profesor sin entender muy bien de lo que estaba hablando.

—Si queremos restaurar Europa, y crear el mayor imperio que jamás haya existido, necesitaremos hacer una limpieza concienzuda de la sociedad, para asegurarnos de que las próximas generaciones descenden de las mejores especies y debemos impedir que las subespecies puedan llegar a reproducirse en nuestro nuevo mundo.

Algunos de los más jóvenes, agrupados en torno a su líder Rolf, asentían vigorosamente a este razonamiento.

—El agente Polanco es una vergüenza para nuestro partido. Es una vergüenza para el cuerpo de la policía. Es una vergüenza para la sociedad.

Polanco que hasta el momento solo tenía una sospecha del peligro que corría, al oír estas palabras se dio cuenta que las últimas dos horas había estado cavando su propia fosa. Comenzó a buscar palabras de excusa, de perdón, pero lo único que conseguía era mover la boca en un desesperado y patético intento, como un pez fuera del agua tratando de respirar.

—Al agente Polanco se le encomendó una sencilla misión, pero decidió aprovechar la oportunidad para encubrir sus turbios asuntos personales, poniendo así en riesgo los objetivos del partido.

—Señor Becker, fue un error. Una equivocación. Por favor...

—¡Cállese, despreciable inmundicia! No se atreva a interrumpirme. ¡No se atreva a dirigirme la palabra! —Tronó Becker con una cólera que hizo a Polanco casi caer de espaldas en la fosa.

Becker se quedó en silencio unos momentos, atravesando con la mirada al policía que ahora lloraba en el fondo del agujero. Cuando al cabo de un rato se recompuso, empezó otra vez a hablar con calma a los jóvenes miembros del partido que miraban expectantes alrededor de la fosa.

—El partido no puede permitirse ser débil y perdonar a los traidores. — Cuando dijo esto echó una leve mirada a James, o al menos eso le pareció a

este, y luego volvió su atención a Polanco—. La traición siempre se castigará con la muerte, y una muerte lenta y dolorosa que sirva de ejemplo para todos.

El sonido de un suave chirrido acercándose hizo que todos se volvieran, hicieron un pasillo y Rainer Gassner llegó con una carretilla que traía cargada de piedras del tamaño de una naranja.

—La importante lección de hoy es cómo ejecutar a otro ser humano por un bien mayor. El ejemplo de hoy es bien sencillo, ya que el hombre que tenéis que ejecutar, no es más que escoria y podéis ver el bien que estáis haciendo al mundo librándole de él.

—¡No, señor Becker! ¡Piedad, por favor! —Gritaba Polanco con las manos unidas en señal de súplica y la cara bañada en lágrimas, pero Becker continuó haciendo caso omiso, como si no pudiera verle ni oírle, como si no estuviera ahí.

—En el futuro, tal vez tengáis que ser el verdugo de algún familiar, o de algún amigo por el bien de la causa, y tenéis que estar preparados por hacer el sacrificio con la frialdad con la que un carnicero descabeza a sus gallinas.

Dando dos pasos atrás, Karl Becker se colocó junto a la carretilla llena de piedras, volvió la vista hacia la biblioteca donde el monje estaba de pie, pero el caballero que le acompañaba seguía sentado. El monje y Becker miraban al caballero sentado expectantes, hasta que finalmente levantó su brazo, estiró el dedo pulgar y lo giró hacia abajo, en clara señal de condena.

Becker, con la confirmación, se dirigió otra vez a todos los alumnos de voz en grito y con un dedo acusador apuntando al agente Polanco dijo: — ¡Juventudes nazis! ¡Armaos de piedras, y uno a uno, acabad con la vida del traidor!

Por un momento el silencio fue abrumador. No se oían ya ni los sollozos de Polanco quien parecía haber dejado de respirar, aterrado, mientras se apoyaba contra la pared de la fosa. Los muchachos se miraban unos a otros con cara de asombro, de expectativa; como preguntándose si habían oído bien al profesor que les ordenaba asesinar a un hombre. ¡A un policía!

Finalmente, Rolf tomó la iniciativa. Se acercó a la carretilla. Cogió una piedra y la sopesó en su mano. Dirigiéndose al profesor, tomó la piedra con la mano izquierda y poniéndose en posición de firme, levantó el brazo derecho diciendo.

—Sieg Hail!

La piedra fue lanzada con toda la fuerza que pudo reunir y a poca

distancia. Palomo cubría el golpe con las dos manos extendidas tratando de evitar que le golpeará la cabeza y la piedra le dio en el antebrazo, probablemente partiéndole el cúbito, para luego rebotar en su cabeza.

Ningún otro muchacho se movió aún. Todos observaban con curiosidad al policía que se lamentaba de rodillas en el suelo agarrando su antebrazo con la mano del brazo sano y con hilo de sangre bajándole por la sien, soltando unos penosos alaridos de dolor y miedo que le encogía a uno el alma, al menos a aquel que tuviera una.

Otro alemán, un grandullón de metro noventa y cerca de noventa y cinco kilos, agarró otra piedra, y después de cuadrarse delante de Becker lanzó con gran fuerza la piedra golpeando al condenado en el hombro y haciendo el mismo ruido que habría hecho si hubiera tirado la piedra contra la rama de un árbol, salvando el alarido de dolor que siguió al golpe.

Los demás alumnos poco a poco se fueron todos acercando a la carretilla para tirar su piedra. James los miraba a todos horrorizado. Él había cazado desde que tenía uso de razón y había ayudado a su padre a despellejar animales de todo tipo y tamaño, pero esto era diferente. Uno a uno los jóvenes nazis, los aprendices de verdugo, se acercaban a la fosa y lanzaban su piedra.

Al cuarto lanzamiento, una piedra dio de lleno en el cráneo. James no vio el golpe, pero el sonido era inequívoco. Unas risas nerviosas venían de alguno de los chicos, y animados por la carnicería empezaron a llover más y más piedras sobre el cuerpo del policía. Ya no se le oía gritar.

—Señor Roosevelt, ¿usted no va a tirar ninguna piedra? —James lo miró como despertando de un profundo sueño.

—¿Señor?

—¿Va a dejar a sus compañeros que hagan el trabajo solos? ¿Va dejar a sus compañeros que hagan el trabajo por usted? —El resto de los muchachos habían parado de tirar piedras, y miraban atentos la escena.

—Señor Roosevelt, agarre ahora mismo una piedra y láncesela al traidor, de otra manera habré de entender que usted aprueba el comportamiento de este hombre.

James se acercó a la carretilla. Cogió una de las cinco piedras que quedaban sobre ella. Sintió el frío de la piedra sobre su mano, y quitó con la palma de la mano la arenilla que quedaba suelta en la superficie de la piedra. Se acercó a la fosa y vio al cuerpo del policía tendido en el suelo en una postura imposible. La cabeza estaba aplastada y una sustancia viscosa se

desparramaba por un lado de la cabeza. James sabía que el hombre de la fosa estaba muerto, no había más daño que pudiera hacer, pero no conseguía acallar sus escrúpulos y lanzar la piedra.

Si no lo hacía ya, pasaría en breve a ser compañero de fosa del policía. Volvió a girar la bola de piedra sobre la palma de su mano, como un lanzador de peso mentalizándose en una competición.

¡No soy un asesino! Se dijo a sí mismo. El hombre ya está muerto... pero seré cómplice del asesinato, seré también un asesino.

Si no lo hacía, James era hombre muerto.

Finalmente, James levantó la piedra y la dejó caer con rabia sobre el cuerpo del policía. Al golpearle hizo un sonido sordo, un golpe amortiguado, un TUM como suena cuando tiras una piedra sobre la hierba. El cuerpo no se movió. El hombre no lo sintió. Pero el sonido del golpe acompañaría resonando en la cabeza de James para el resto de su vida.

—He matado a un hombre —Pensó.

—No era tan difícil, ¿verdad? —Dijo Becker con una sonrisa paternal y poniéndole un brazo sobre sus hombros—. Ahora coge la pala y vuelve a cubrir el hoyo, los demás estaremos esperándote en la biblioteca cuando termines.

En la biblioteca, el desconocido caballero miraba desde la ventana, Becker hizo un gesto de asentimiento y el desconocido corriendo la cortina desapareció.

El gigante Gassner roció el cuerpo con un polvo blanco, agarró la carretilla y se marchó. Los demás se fueron detrás de Becker y entraron en el sanatorio por las puertas francesas que daban a la biblioteca.

James se quedó solo con el muerto. Ya era de noche. Había una luna casi llena que iluminaba lo suficiente. Había un sobrecogedor silencio, a lo lejos se oía el murmullo de voces desde el sanatorio que venían de una de las ventanas que estaba abierta; desde el patíbulo, ese murmullo se mezclaba con el suave sonido del viento sobre las copas de los pinos.

Fue hacia el árbol donde había dejado apoyada la pala y oyó un sonido detrás de sí, en el foso.

¡Algo se había movido!

James agarró la pala con las dos manos y se acercó temeroso al borde del foso.

Estaba muerto, no había duda. Si no lo estaba, pronto lo estaría, no había

manera de salvarlo. Podría tratar de esconderlo y esta noche pedir ayuda y venir a buscarlo, pero incluso si sobreviviera, eso le delataría y sería juzgado por asesinato.

No, no podía estar vivo. Estaba muerto.

Había visto sus sesos esparcidos por el suelo. Estaba muerto, el sonido habría sido la otra pala que estaba en el fondo de la fosa que se habría caído.

Se puso a echar tierra sobre la fosa con rapidez, sin mirar dónde caía. Lo antes que estuviera bajo tierra, lo antes que se olvidaría. En cuanto el cuerpo estuviera enterrado, seguro que olvidaría lo que esta noche hubiera ocurrido, habría sido solo un mal sueño.

Daba paladas sin tomar aliento, echando tierra y más tierra.

Cuando paró un momento a tomar aliento, miró en el hoyo, y la arena cubría gran parte del cuerpo y mitad de la cabeza. La nariz y la boca estaban bajo la arena. Así no podría respirar. Le entró una sensación de ahogo y empezó otra vez a echar arena con más velocidad.

Dos horas más tarde había terminado de cubrir la sepultura, se echó la pala al hombro y volvió hacia la casa.

En la terraza estaba Becker de pie, con la pitillera de plata en la mano. Le ofreció un cigarrillo sin mediar palabra y James lo aceptó. Encendió un fósforo y acercó la lumbre al cigarrillo de James y luego se encendió el suyo.

—Has hecho un buen trabajo, muchacho. Tu padre estaría orgulloso de ti

—Gracias. —Contestó sin mucho convencimiento.

—James, tenemos muchas esperanzas puestas en ti. No te dejes llevar por sentimentalismos y mantén clara la idea de conjunto. Ahora vete a dormir. Mañana hablaremos, tengo una importante misión que te voy a encomendar a ti.

Cuando entró en su habitación, Alfredo estaba todavía despierto, y oyendo a su amigo entrar, se incorporó y le preguntó qué tal estaba. Este no contestó. Se cambió en la oscuridad y se metió en la cama. Luego le oyó llorar, y le dejó desahogarse solo hasta que finalmente se quedó dormido.



## Capítulo 33

*San Esteban, 21 de noviembre de 1931*

—TIENE INMUNIDAD DIPLOMÁTICA, mis manos están atadas. No hay nada que pueda hacer»

—Sabemos que ha sido él, no podemos dejarle escapar y dar un carpetazo al caso.

—Señor Hopkins, he hablado con mis superiores en Santander y han presentado el caso a la jefatura central de Madrid. La embajada alemana ha dejado muy claro que el señor Karl Becker está visitando nuestro país en calidad de oficial diplomático, y está prestando un servicio con un rango consular equiparable al de embajador. En caso de detenerle o interrogarle oficialmente será tomado como una afrenta directa a la misma Alemania.

—Tiene que haber alguna manera de que paremos a estos canallas, no pueden salirse con la suya

—No hay mucho que podamos hacer. —Dijo el inspector Llorente levantando las manos con las palmas arriba y dejándolas luego caer desesperado.

—Los alemanes tienen un plan entre manos y no podemos bajar la guardia. Tenemos información de que los alemanes intentan secuestrar a Friedrich Von Praussen y llevárselo de vuelta a Alemania con ellos. Si logran este propósito, desaparecerán del país y nosotros les habremos dejado ganar. Debe de poner a todos sus operativos a seguir cada movimiento que hagan, si no podemos arrestarles, al menos debemos impedirles que hagan mayor mal

—Desgraciadamente el número de efectivos es reducido. Polanco se dio la fuga y le estamos buscando por el asesinato de Eloy Ugarte. Todos los agentes activos de Torrelavega están trabajando en ese caso. He pedido que me

manden más agentes de Santander, pero hasta que los envíen solo me queda el agente Hernández, quien mucho me temo que ha estado también colaborando con los alemanes desde el principio, y su ayuda no hará más que entorpecer nuestra labor.

—He mandado aviso al padre de Friedrich y han mandado ayuda desde Austria, miembros de la guardia personal de su padre están en camino, pero tampoco llegarán aquí hasta el lunes, y Becker y su gente me temo que se marcharán de aquí el domingo por la noche.

—¿Seguro que se marcharán el domingo?

—Tienen que hacerlo. Primero, el visado diplomático que tienen solo es válido hasta el domingo por la noche, y si siguen aquí el lunes, puede usted detener a Becker y encerrarle por el delito que quiera. Ya no será un problema diplomático.

—Será un verdadero placer hacerlo —Dijo el inspector con una oscura esperanza en sus ojos.

—Segundo, la guardia Austriaca llegará el lunes por la mañana, y parece ser que Becker está buscado por la ley en Austria por delitos mayores y no querrá probar su suerte con un cuerpo especial austriaco que le busca vivo o muerto.

—Parece que no tiene muchas opciones y querrá marcharse lo antes posible

—Sí, sin duda tiene prisa por marcharse; en cuanto cumpla su objetivo se marchará.

—¿Secuestrar a Friedrich Van Preussen?

—O peor... ¡Matarle!

—Me encargaré personalmente de dar protección al joven hasta el lunes de mañana.

—La protección de Friedrich está controlada de momento. Tengo gente a su lado las veinticuatro horas, pero sería de gran ayuda si pusiera usted un dispositivo de vigilancia en la estación de tren. Hay dos trenes al día, uno por la mañana y otro por la noche. Becker podría marcharse en cualquiera de estos trenes antes del domingo. No podemos dejar que eso ocurra bajo ningún concepto.

—Entendido. Cuente con ello.

—Si Becker se sube al tren y escapa, habrá cumplido su objetivo.

—¿No puede escapar por tierra? Podrían salir en automóvil o en ómnibus

y dirigirse desde aquí a la frontera con Francia.

—Sí, es posible. Pero se nos avecina un temporal para este sábado, y dificultará la comunicación por carretera. El tren no se verá afectado ya que va por el puente elevado de Treceño, pero la carretera de acceso al colegio es posible que sea inutilizada si el río Turbio se desborda el sábado de tarde impidiendo el acceso a Monte Corona por Carretera

—Pediré refuerzos a Santander para poner un bloqueo en la carretera de entrada y no dejar pasar a nadie que no sea habitante de la comarca.

—Muy bien. Hágalo, cualquier precaución es bienvenida. De todas maneras, el sábado por la mañana se jugará el partido de fútbol entre el Dreiffus y el San Esteban, y creo que el orgullo de Becker prevalecerá sobre cualquier misión que tenga encomendada. No creo que trate de escaparse antes del partido de fútbol.

## Capítulo 34

*San Esteban, 22 de noviembre de 1931*

ALFREDO ABRIÓ LOS ojos a las seis y media de la mañana. No habían venido todavía a despertarles, pero las cortinas de su habitación estaban abiertas, y frente a ellas James ya vestido miraba al horizonte con las manos entrelazadas en su espalda.

—James, ¿Qué haces?

—Buenos días. —Dijo volviéndose hacia su amigo con semblante sombrío —. Tenemos que hablar

James explicó los acontecimientos de la noche anterior, y como había sido cómplice y verdugo de un asesinato a sangre fría.

—James. No te tortures. No tenías otra opción. Te habrían matado a ti también allí mismo. —Dijo Alfredo una vez su amigo terminó el relato.

—Creo que casi preferiría haber muerto en esa fosa. Ahora tendré que vivir el resto de mi vida con eso sobre mi conciencia, recordándome que soy un cobarde y que no solo impedí la muerte de un hombre, sino que además contribuí a acabar con él.

—Nada habría podido salvar ayer la vida de ese pobre desgraciado. Piensa ahora en lo que puedes hacer para parar a estos asesinos, y no te lamentes más por lo que ya ha pasado y lo que no tiene solución.

—Hoy tengo una reunión con Herr Becker. —Dijo James sentándose en el borde de la cama—. Me pidió que me encontrase con él después del desayuno en su despacho. Le voy a decir que no quiero saber más de su partido y que no cuente conmigo

—No, James. Todo lo contrario. —Dijo Alfredo sentándose a su lado y poniendo una mano sobre su hombro—. Tienes que darles confianza y seguir

dentro. He oído que se marcharán el domingo. Tenemos apenas dos días para echar a perder sus planes. Se que algo se traman. Tienes que ayudarnos.

—¿Ayudarnos? ¿A qué te refieres con ayudarnos? ¿A ti y a quién más?

—Es una historia muy larga y no hay tiempo ahora, pero tienes que sonsacar toda la información que puedas.

James se quedó callado un instante, pensando en lo que su amigo le proponía.

—Quería verme para encomendarme lo que el describió como una ‘misión importante’ —Dijo al fin.

—Pues ve y habla con él, síguele la corriente, pero por favor, ten cuidado y desconfía de tu propia sombra.

Cuando James entró en el despacho de Becker una hora más tarde, solo pudo ver unas piernas cruzadas con pantalón gris de raya, un enorme periódico que cubría al personaje que lo sostenía, y una humeante taza de café, reposando en la mesita de al lado.

—¿Herr Becker?

—James. Buenos días. —Dijo enérgicamente doblando el periódico mientras se incorporaba—. ¿Cómo has dormido, mi querido amigo? Pasa, por favor, pasa. ¿Café?

—No. No gracias. Acabo de terminar de desayunar. —Declinó tímidamente.

—Siéntate aquí. Toma. Fúmate un cigarrillo, al menos no me rehúses esto, o empezaré a pensar que tienes algo contra mí. —Dijo riendo abiertamente.

—Gracias.

El profesor encendió un fósforo, acercó la lumbre a James que dio dos nerviosas caladas a su cigarrillo hasta que finalmente el humo llegó hasta su boca, y después Becker se encendió un cigarrillo con la misma llama. Apagó la cerilla con un rápido movimiento de brazo y la tiró al cenicero. Luego dando unos pasos enérgicos fue hasta la puerta, la cerró y se acomodó en su asiento junto a James.

—James. Me alegro de que hayas venido. Quiero que sepas que estoy orgulloso con tu actuación de ayer. Te aseguro que admiro mucho más a aquel que piensa y razona sobre lo que está haciendo en una situación como la de anoche y después decide que lo correcto, aunque no es lo más fácil, ha de

hacerse, y lo hace; que aquél que lo hace sin pensar, e incluso, peor aún, el que parece que encuentra placer en realizarlo.

—Tenemos dos días para cumplir nuestra misión y marcharnos de aquí. No creo que podamos hacerlo sin tu ayuda. Necesitamos alguien con tu perfil, alguien audaz y alguien de dentro. Eres la persona que necesitamos.

¿Qué es lo que quiere que haga?

—Ese es el espíritu, James. —Dijo dándose una palmada en la rodilla y con plena satisfacción en su rostro—. Necesito que nos traigas esta noche a uno de los alumnos hasta el sanatorio

—¿A uno cualquiera o está pensando en alguien en concreto?

Becker se rio. Una risa forzada y sin ganas—. A alguien concreto James. Necesito que nos traigas a tu compañero de habitación Friedrich Van Preussen.

James no pudo ocultar su sorpresa—. Friedrich...

—Sí, a Friedrich. Necesitamos llevarle de vuelta a Alemania con nosotros. Es una oveja descarriada, y creo que podremos hacerle volver al redil. No le vamos a hacer daño, si eso es lo que temes. Pero tiene que volver a Alemania antes de que terminen de lavarle el cerebro en este colegio.

¿Por qué no simplemente le invitáis a venir?

—Si fuera así de fácil, no te necesitaríamos James. —Dijo perdiendo la suavidad y la camaradería—. Tienes que traerle tú, sin que tenga la mínima sospecha que el partido nazi puede estar implicado.

—¿Cómo puedo hacerlo? No sé cómo podría disuadirle.

—Eso es cosa tuya, ya se te ocurrirá algo. Creo que él es bastante amigo de Alfredo Martin de Caviedes. Trae a los dos. Me gustará mucho volver a ver a Alfredo.

Muy bien. Los traeré mañana al caer la noche. —Dijo haciendo amago de levantarse.

—No tan rápido James, siéntate por favor. Eso no es todo lo que necesito que hagas por la causa.

—¿No? Dígame, ¿en qué más podría ayudar?

—Como te he dicho, es importante que Friedrich vuelva con nosotros, pero Friedrich me consta que tiene en su posesión el anillo de su familia. — James escuchaba ahora con atención. Era la primera vez que oía hablar del anillo de Friedrich, y Becker le contó la historia del anillo y su importancia dentro del plan de los nazis.

—Sí señor. Entiendo perfectamente. Tomaré posesión del anillo, y llevaré

a Friedrich y si es posible también a Alfredo al sanatorio mañana, al caer la noche.

—Muy bien James. Sabía que podíamos confiar en ti.

James se levantó, hizo una respetuosa y marcial reverencia y se dirigió hacia la puerta. Una vez en la puerta y con el pomo en la mano, James se volvió hacia Becker y le dijo. —solo una cosa, ¿debería contar con cavar mucho mañana? Solo quería ir con la indumentaria apropiada para la ocasión.

—No te preocupes James —Dijo riendo abiertamente Becker—. Tú ya has cavado mucho, ahora que lo hagan otros. Tú ya eres de un rango diferente.

James le dirigió un último asentimiento de cabeza y salió de la sala.

## Capítulo 35

### *San Esteban. Dormitorios. 22 de noviembre de 1931*

FRIEDRICH HABÍA CONVOCADO a Alfredo y a Maria Luisa para verse en la biblioteca después de la comida, cuando estuvieran todos los profesores y estudiantes tomando el café o echando una cabezadita. A esa hora, normalmente la librería estaba completamente desierta.

—He hablado con James. Me ha dicho que está completamente con nosotros. —Empezó diciendo Friedrich cuando se hubieron sentado los tres en la mesa del rincón, bajo el ventanal de la izquierda.

—Sí, hablé con él esta mañana. A mí también me pareció creíble.

—¿Estáis seguros de lo que decís? —Preguntó Maria Luis—. Él fue uno de los primeros alumnos que se alistó al partido nazi. Tengo entendido que ha estado activamente formando parte desde la primera de sus reuniones, y que su padre, el expresidente, ha apoyado políticamente y económicamente el nacimiento del partido nazi en Alemania.

—Creo que es verídico —Dijo Alfredo—. Es muy bravucón y fanfarrón, pero es una buena persona, y lo que ha visto dentro del grupo nazi le ha impresionado negativamente y su conciencia no le deja seguir con ellos. Estoy seguro de que podemos contar con él.

—Sí, coincido contigo Alfredo. Además, no nos cabe otra alternativa que creer en él. En la conversación que tuve con él antes de la comida, compartió conmigo información que no podría haber sabido, y menos aún haberme dicho, si no estuviera convencido de apartarse del partido nazi.

—Esta mañana, en la habitación estaba prácticamente desesperado y se acusó a sí mismo de complicidad en un nuevo asesinato. Podríamos empezar comprobando que eso es verdad si encontramos el cuerpo.



—¡Qué horror, otro asesinato! —Exclamó Maria Luisa tapándose la boca con las dos manos horrorizada.

—Esta vez ha sido el agente Polanco. Parece que era miembro del partido caído en desgracia y lo mataron a pedradas entre todos. James no tuvo alternativa, de no haber cooperado no solo no habría podido ayudar a Polanco si no que ahora le estaría haciendo compañía en la fosa. Le enterraron en el sanatorio, podríamos ir esta noche y confirmar que es todo verdad. Podríamos hablar con el inspector Llorente para que nos acompañara.

—No. —Dijo Friedrich con autoridad—. No podemos fiarnos de nadie más en este momento, lo que haya que hacer, lo tenemos que hacer entre nosotros tres solos.

Alfredo y Maria Luisa se miraron el uno al otro un momento y afirmaron con la cabeza dando a entender que entendían el peligro de confiar en más gente.

—No hay tiempo de todas maneras para poder comprobar que Polanco ha sido asesinado.

—Además, eso no probaría nada —dijo Maria Luisa—. Podría haber sido asesinado y James solo estar tratando de ganar nuestra confianza para llevarnos a una encerrona.

—Cierto, pero estoy seguro de que James me estaba diciendo la verdad. Me dijo que en su reunión con Becker este le dijo que me querían llevar de vuelta a Austria con ellos la semana que viene...

—Eso no prueba nada —Interrumpió Alfredo. —eso lo sabemos todos.

—Si, pero también me dijo que Becker le confió que necesitaban quitarme el anillo dinástico, y esto no podía haberlo sabido James, y de saberlo, y estar de parte de los nazis, jamás me lo habría dicho.

—¿Qué anillo? —Preguntaron Maria Luisa y Alfredo casi al mismo tiempo.

—El anillo de la casa de Hohenzollern. Una vez consigas el anillo yo ya les seré de limitada utilidad vivo. De hecho, si se hacen con el anillo, puede que yo les sea más útil muerto. El anillo, y esto lo sabía también James, no es solo el sello de la familia, pero además es una llave para abrir una cámara secreta escondida en el Monasterio de San Bernardo en los Alpes Austriacos.

—¿Qué es lo que se esconde en esa cámara secreta que tanto les interesa?

—El tesoro de la dinastía Hohenzollern, nunca lo he visto personalmente, pero dice la tradición que es lo suficientemente cuantioso como para financiar el mayor ejército del mundo. Los nazis quieren que me una a su partido para

gobernar con Hitler desde Alemania y además facilitarles el tesoro para formar un ejército capaz de conquistar el mundo entero. Los nazis quieren resucitar el Impero Prusiano, pero sin mí no es posible. Ya les he dicho que jamás me uniré a ellos, por eso quieren ahora deshacerse de mí y llevarse el anillo

—Friedrich, tenemos que esconderte. Podemos sacarte del colegio y volver en unos días, una vez que se hayan marchado los nazis. —Dijo Maria Luisa.

—Un Van Preussen no se esconde; sería un insulto al honor de mi familia. No. Eso solo sería posponer lo inevitable. Si se marchan ahora sin lograr su propósito, volverán más tarde. Además, mañana jugamos el partido de fútbol contra ellos, y no me lo perdería, aunque la vida me fuera en ello. —Dijo esto dando un cómplice golpe con el codo a Alfredo en las costillas.

Alfredo le rio la gracia mientras asentía a su razonamiento.

—¡Os habéis vuelto todos locos! —Dijo Maria Luisa enfadada—. La vida de Friedrich, y probablemente la de muchos más está en juego, ¿y lo único que podéis pensar es en el dichoso fútbol?

—No te enfades Maria Luisa. Puede parecer una chiquillada, lo sé, pero piensa que ellos no harán nada hasta después del partido. Ellos quieren jugar ese partido tanto como nosotros. Tal vez más. Llámalo orgullo, llámalo honor...

—Entonces, ¿Qué vamos a hacer?

—Primero ganar ese partido —Dijo hinchando el pecho—. Luego, tendremos que enfrentarnos a Vladimirovich y a su perro faldero Karl Becker.

## Capítulo 36

### *San Esteban. Enfermería. 22 de noviembre de 1931*

AL FINALIZAR EL entrenamiento de fútbol, Friedrich y Alfredo regresaron juntos a su habitación para vestirse y asearse antes de la cena. Cuando llegaron a su dormitorio la puerta estaba entornada, y al entrar vieron el armario de Friedrich abierto con toda su ropa, libros y pertenencias esparcidas por todo el suelo de la habitación.

La cama también había sido registrada. Las sábanas estaban en el suelo y el colchón y las almohadas hechos jirones.

Friedrich, fue directo al armario y abrió uno de los cajones. El cajón estaba vacío, habían tirado su contenido al suelo. Friedrich sacó el cajón y lo volteó. Detrás del fondo del cajón había una bolsa de terciopelo, la desató y dejó caer el contenido de esta sobre su mano. El anillo.

—¿No se lo han llevado? —Preguntó Alfredo

—No, gracias a Dios. Tenemos que buscar un lugar seguro, la próxima vez que registren, puede que no tengamos tanta suerte.

—Podríamos pedir ayuda a Jerónimo y guardarlo en su casa.

—¿Crees que podríamos confiar en él? Hay demasiados infiltrados. Ya no se de quién fiarme y de quién no. Cuanta menos gente lo sepa, y menos personas estén involucradas, mejor

—Me fío de él más que de mí mismo. Como sabes, Jerónimo fue el gastador de mi padre desde mucho antes de que yo naciera y le salvó la vida en más de una ocasión.

—Muy bien. Habla con Maria Luisa y cuéntale lo ocurrido; pídele por favor que te ayude a esconder el anillo en la cabaña de Jerónimo. Yo hablaré con Mr. Hopkins y le contaré lo ocurrido en la habitación.

—¿Qué hacemos con James?

—No lo sé. Pero no le digas nada. No sé hasta qué punto podemos fiarnos de él. Parecía sincero cuando hablé con él. Él no ha podido haber registrado mis cosas, ya que estaba con nosotros en el entrenamiento, pero ha podido darle la llave de la habitación a alguien y decirle dónde mirar. Mejor mantenle al margen. Al menos de momento.

—Muy bien. No le contaré nada hasta que tú me digas que se puede hablar con él del tema.

—Espera. Toma. Quiero que lleves tú el anillo contigo. Si me atrapasen antes con esto en mis manos, el futuro de Alemania estaría en las manos de los nazis, y luego solo Dios sabe qué es lo que harían.

—Me honras con tanta confianza.

—Tú eres el que me honras a mí con tu lealtad. Gracias Alfredo.

Los dos amigos se dieron un fuerte apretón de manos y Alfredo se marchó después de guardar en su chaqueta la preciada bolsa de terciopelo que contenía el futuro de Alemania, y probablemente el futuro de toda Europa.

Alfredo bajó a la planta baja, y cruzó delante de las cocinas donde ya se oía el ruido de cacharros y el trasiego de las cocineras afanándose con la preparación de la cena. Nadie pareció percatarse de su presencia, y siguió directamente hasta la enfermería.

Alcanzó a oír a su paso a la cocinera discutiendo con una de las ayudantas sobre un juego de llaves que había desaparecido, pero no se quedó lo suficiente como para oír el resto.

La puerta de la enfermería estaba entreabierta y podía oír la voz del doctor Bermúdez pasando consulta a un alumno que parecía aquejarse de problemas de estómago. Alfredo se acercó a la puerta y por la rendija podía ver a Maria Luisa sentada en su mesa, con la bata blanca, tomando notas.

Trató de llamarla moviendo la mano, pero ella estaba demasiado concentrada en el bloc de notas sobre el que escribía.

—Maria Luisa —Dijo en una voz poco más audible que un susurro, pero sin éxito.

Empujó un poco más la puerta para tratar de llamar su atención, pero Maria Luisa no despegaba sus ojos del cuaderno.

Alfredo estaba a punto de ponerse a cuatro patas para entrar en la oficina,

intentando no ser descubierto por el doctor, cuando la puerta se abrió de par en par.

¿Puedo ayudarle en algo? ¿No le han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar en una sala? Dijo el doctor que le miraba entre asombrado y severo por encontrárselo en una postura tan precaria al otro lado de la puerta.

—Si... yo... es que

—Esto es una consulta médica y se requiere privacidad, discreción y respeto. ¡Levántese!

—Verá, es que tengo el mismo problema que el alumno que está usted ahora viendo, y pensé que tal vez podía oír lo que le decía y evitar tener que entrar y repetirle exactamente lo mismo que acaba de oír...

—Salga fuera y espere su turno. —Dijo cerrándole la puerta en las narices.

Alfredo se quedó aturdido, mirando a la puerta cerrada sin saber muy bien qué hacer. Al cabo de un momento se abrió otra vez la puerta y salió Maria Luisa cerrando rápidamente la puerta tras de sí. En cuanto la puerta estuvo cerrada empezó a reírse tapándose la boca con la mano tratando de amortiguar el sonido para que no la oyeran desde dentro de la sala de enfermería.

—¿Qué es lo que estás haciendo, tonto?

—Tenía que verte. Alguien ha entrado en nuestra habitación y ha registrado las cosas de Friedrich dejando todo esparcido por el suelo.

—¿Quién ha podido hacer algo así?

—Se me ocurren al menos quince personas diferentes que han podido haberlo hecho.

—¡El anillo! ¿Han encontrado el anillo?

—No. Por suerte no. Pero Friedrich me ha dado el anillo y me ha pedido que lo guarde en la cabaña de Jerónimo ¿Quieres venir conmigo un poco antes y explicar todo a Jerónimo?

—Sí, claro. Te veo en el patio, en nuestro banco, a las ocho y media si te parece.

—Perfecto. —Diciendo esto ella se le quedó mirando con cara íicara y él le agarró de la cintura y le dio un largo beso.

—Alfredo, detrás de ti. —Dijo Maria Luisa apartándose de él. Alfredo se giró y vio a Rolf, con Marcus y otros dos muchachos alemanes. Rolf les saludó con una amplia sonrisa.

—Debo volver dentro. Adiós. —Y entró tan rápido como había salido.

Alfredo dio la vuelta y tuvo que pasar frente a los alemanes para poder acceder a la escalinata que subía a la planta principal.

—Hermosa novia te has echado, Caviedes. ¿Está permitido en el colegio salir con el personal de servicio? —Le dijo Rolf al pasar por delante de ellos. Alfredo solo levantó un momento la vista, y sin contestar siguió su camino.

## Capítulo 37

*San Esteban. Cabaña de Jerónimo. 22 de noviembre de  
1931*

HACÍA FRÍO CUANDO Alfredo salió al patio después de la cena. Un viento helado del Nordeste silbaba con furia y hacia volar las hojas del patio a gran velocidad para luego arremolinarse contra la tapia. Desde el acantilado venía el rugido de las olas al romper con violencia sobre las rocas.

Maria Luisa estaba apoyada contra la columna al lado del banco con un gorro de lana ceñido hasta las cejas, el cuello de la chaqueta levantado y las manos hundidas en los bolsillos tratando de protegerse como podía del viento gélido de la noche.

—¿Te ha visto alguien salir? —Preguntó Alfredo como saludo.

—No. Nadie.

—¿Has visto a alguien salir del colegio?

—No. En los casi diez minutos que me tienes aquí esperando, no ha salido nadie. —Dijo con clara irritación.

—Perdón, no he podido salir antes. —Dijo Alfredo mirando a un lado y a otro del patio—. Rolf y sus secuaces estaban cubriendo las salidas. He tenido que bajar a las cocinas y salir por ahí. ¿No te han dado problemas a ti para salir?

—No importa. Venga, vámonos. —Dijo agarrando la mano de Alfredo y empezando a andar con paso decidido, casi arrastrándole.

—¿Qué ha dicho Mr. Hopkins cuando Friedrich le contó sobre el registro que han hecho a su habitación?

—No lo sé. La verdad es que no he visto en el comedor ni a Friedrich, ni a

Mr. Hopkins, y ya puestos, tampoco estaba James. Me pregunto dónde estará todo el mundo esta noche.

Siguieron andando cogidos de la mano por los senderos que llevaban hasta la cabaña luchando contra el viento a cada paso.

No había luna y la noche era oscura. El ensordecedor viento les llenaba los ojos de lágrimas en el esfuerzo de mantenerlos abiertos. Maria Luisa trataba de disimular su miedo, pero se apretaba con fuerza contra Alfredo, y a este, aunque jamás reconocería que tenía miedo, la oscuridad de la noche, el balancear de las ramas de los árboles sobre sus cabezas, y los pinos bombardeándoles con sus piñas a cada paso, cuando menos le inquietaba.

Atravesaron el pequeño claro donde se cruzaban los caminos: el que llevaba a la vieja capilla, y el del sendero que llevaba a la casa de Jerónimo. Ahí, con el ruido y la oscuridad, casi se dieron de bruces contra Mr. Hopkins dando a la pareja un sobresalto no mucho mayor del que se llevó el mismo profesor inglés.

—¡Mr. Hopkins!

—Hola chicos. No esperaba encontraros aquí.

—Vamos a casa de Jerónimo, ¿de dónde viene usted? ¿Ha estado ya ahí con él? —Preguntó Alfredo.

—¿Ha hablado ya con Friedrich? —Preguntó Maria Luisa a su vez.

—¿Sobre el registro que han hecho en su habitación? Sí. Ya me lo ha contado

—¿Qué le parece? ¿Quién cree que ha podido haberlo hecho?

—No lo sé. Los nazis, seguro. Pero no hay nadie en concreto a quien podamos culpar.

—¿Han hablado con el jefe de día? No sé si ha visto cómo han dejado la habitación, es imposible que quien estuviera hoy de guardia en el pabellón de los dormitorios, no hubiera oído nada.

—Sí, hablé con el jefe de día, pero era uno de los muchachos alemanes del Dreiffus y dijo que no había oído nada.

—Claro, qué oportuno.

—¿Qué vais a hacer en casa de Jerónimo? ¿Una visita de cortesía?

—Vamos a darle... —Empezó a decir Maria Luisa, pero Alfredo rápidamente la cortó.

—...A darle una visita. ¿No le dijo Friedrich que nos veríamos en la cabaña?



—Es posible. Creo que sí, ahora que lo dices. Últimamente se me olvida todo. ¿Para qué íbamos a vernos con Jerónimo? Recuérdame un poco.

—No. Para nada. —Dijo Alfredo, mientras Maria Luisa le miraba extrañad—. Friedrich le ha regalado a Jerónimo otra botella de Schnapps, y este quería que fuéramos a hacer una pequeña cata, ya sabe...

—Muy bien. Id, pero no bebáis mucho. —Dijo riendo con poca gana, mientras miraba a los dos con ojos inquisitivos.

—No se preocupe por nosotros. Ya sabe que Jerónimo jamás nos dejaría beber más de la cuenta.

La pareja se despidió apresuradamente y siguió su camino hacia la cabaña. Mr. Hopkins los vio marcharse desconfiado.

—¿Por qué le has mentado? —Dijo Maria Luisa en voz baja mientras desaparecían por el sendero.

—No lo sé. Pero parece que Friedrich no le ha dicho nada sobre el anillo, y no seré yo quien se lo diga.

En la cabaña estaba esperando Jerónimo con Friedrich que ya había llegado. Jerónimo les abrió la puerta, y Bulka corrió a recibir a su amigo Alfredo, moviendo el rabo con tanta fruición, que la cadera entera bailaba de un lado a otro.

Friedrich también se levantó del sillón a recibirles en cuanto entraron, pero su aire no era tan jubiloso como el del perro.

Se acercó, correcto como siempre, pero serio y con el ceño fruncido a darles la mano y pedirles que se sentaran.

—Nos hemos encontrado con Mr. Hopkins cuando veníamos hacia aquí — Empezó diciendo Alfredo, una vez que los cuatro estuvieron sentados frente al fuego. Bulka se tumbó a sus pies, apoyando la gran cabeza sobre sus zapatos, desprendiendo ese olor húmedo y amargo a perro mojado.

—¿Le habéis dicho algo de lo que hablamos? —Preguntó Friedrich solícito.

—No, solo que habías traído una botella de Schnapps a Jerónimo y nos habías invitado a venir a degustarla. —Al oír mencionar la bebida, Jerónimo se incorporó un poco sobre su sillón, como haría un perro al oír esperanzado a su amo coger el bastón de los paseos.

—Muy bien Alfredo. Ha sido muy cauteloso de tu parte. Gracias. —Dijo

Friedrich, quien no pudo evitar un amago de sonrisa al notar la reacción de Jerónimo al oír mencionar el Schnapps.

—Jerónimo, en cuanto se hayan marchado los nazis, traeré dos botellas de schnapps que me han llegado esta semana para celebrarlo.

—No me faltaban razones para desear que se marchen esos alemanes, pero esto aumenta mi impaciencia —Dijo el grandullón guardés, frotándose las manos, con los ojos encendidos por la codicia de volver a probar los néctares austriacos.

—Friedrich, ¿Por qué no le dijiste nada a Mr. Hopkins sobre nuestra reunión y sobre el anillo? ¿Desconfías de él?

—En este momento no podemos permitirnos confiar ni en nosotros mismos, pero no, no tengo razón para desconfiar de él, pero cuantos menos sepamos el paradero del anillo, mejor.

Se hizo un breve silencio en la habitación en el que solo se oía la respiración profunda del mastín. Solo se movió Maria Luisa para mirar su reloj de pulsera.

—Jerónimo, como te estaba comentando antes de que llegaran Alfredo y Maria Luisa, quería pedirte el favor de esconder el anillo de mi familia.

—Por supuesto. Será un placer. Lo pondré en el cajón de la cocina y podrás volver a por él cuando quieras.

—Jerónimo —Dijo Friedrich con la paciencia de un padre explicando una lección difícil a su hijo—. La importancia y el significado del anillo son de una tremenda transcendencia. Es la principal razón de que los nazis hayan venido aquí, y están dispuestos a hacer lo que sea necesario para volver a casa con este anillo. Lo que te estoy pidiendo te pondría de inmediato en peligro, y si se enterasen de que está en tu poder, no dudarían en matarte e incluso torturarte para encontrarlos.

Maria Luisa mirando otra vez nerviosa su reloj se puso de pie y disculpándose dijo que tenía que volver al colegio. El Doctor Vázquez la esperaba a las 9.00 para hacer los preparativos de botiquín y enfermería para el partido de mañana, y debía volver antes de que la echara en falta.

Alfredo y Friedrich se levantaron con ella y la acercaron hasta la puerta.

—No te preocupes Maria Luisa. Nos veremos mañana. Muchas gracias por la ayuda y por favor... ten cuidado.

Maria Luisa correspondió con una sonrisa nerviosa y se volvió hacia la puerta. Alfredo abrió la puerta a la joven, y esta, tocando la mano que Alfredo

todavía tenía posada sobre el pomo, levantó los ojos y le dio un beso en la mejilla.

—Ten cuidado mañana —y diciendo esto se marchó.

Friedrich intercambió una mirada entre inquisitiva y aprobadora con Alfredo, y después los dos volvieron a sentarse junto al fuego, donde les esperaba Jerónimo cavilando.

Jerónimo jactándose de su torpeza de entendimiento, pensaba con la barbilla apoyada en una de sus enormes manazas de labriego y con los ojos entornados por el esfuerzo. Trataba de buscar la mejor solución o escondite para el tesoro que le encomendaban. Los otros dos se miraban, sin decir nada, como con miedo de interrumpir sus pensamientos.

Al fin, Jerónimo se incorporó y llamó a su perro, quien se acercó a él solícito en cuanto oyó la voz de su amo.

Jerónimo agarró el collar del perro, y lo giró hasta que quedó visible un bolso de cuero.

—¿Crees que cabría aquí? —Dijo abriendo el bolsito y sacando unos rudimentarios instrumentos de primeros auxilios de dentro.

—¡Excelente idea, Jerónimo! —Dijo Friedrich levantándose de su silla.

—No creo que nadie pudiera imaginar que estaría aquí escondido, y de pensarlo, seguro que Bulka le arrancarían sin remilgos el brazo al primero que se le acercase.

—No lo dudes por un momento —Dijo Jerónimo con una sonrisa de dientes desaparejos.

—Mañana, después del partido, se espera un fuerte temporal de lluvia y viento que durará hasta el domingo por noche o el lunes de madrugada; esto creará mucha confusión. Si no te parece mal Jerónimo, Alfredo, Edward y yo vendremos en cuanto haya terminado el partido y nos quedaremos contigo hasta el lunes, cuando haya remitido el temporal, y los nazis se hayan marchado. Resultará más fácil sitiarnos aquí y poder defendernos de cualquier posible ataque. No deberíamos ninguno de nosotros estar solo desde ahora hasta el lunes. Los nazis a cada minuto estarán más desesperados y no sabemos lo que pueden ser capaces de hacer.

## Capítulo 38

### *San Esteban. Campos de Fútbol. 23 de noviembre de 1931*

EL SÁBADO HABÍA amanecido con un sol radiante, aunque hacia fresco. El mar estaba en calma y no se movía el viento. Durante el desayuno, en el comedor había un ambiente alborozado y risueño. Esta vez no había temporales, ni cadáveres que pudieran entorpecer el tan esperado partido de fútbol entre el equipo del San Esteban y los visitantes alemanes que tanto presumían de ser un equipo invencible.

En una esquina del comedor, se arremolinaban los más jóvenes del colegio en derredor de la mesa donde el equipo de San Esteban desayunaba en silencio y con aire circunspecto.

En la esquina opuesta, el equipo alemán, sobrio y callado daba cuenta del desayuno sin revelar entusiasmo ni preocupación.

Alfredo, cuando se dirigía a los vestuarios, vio a Maria Luisa, que le esperaba detrás de una columna y le hizo un gesto pícaro, aunque discreto, para que la siguiera.

Salió al patio detrás de ella, y escondidos entre unos matorrales de laurel, se abrazaron y se fundieron en un beso apasionado.

Salieron a los pocos minutos de entre las plantas, ella atusando su pelo y él ajustándose la corbata tan disimuladamente como pudieron.

—Solo quería desearte suerte antes del partido. ¿Estáis listos?

—Sí, gracias. Me imagino que tan listos como podremos llegar a estar. Lo único... —Dijo Alfredo frunciendo el ceño y quedándose pensativo.

—¿Lo único es qué?

—Que no he visto todavía a James. Esta noche no ha dormido en nuestra habitación y empiezo a preocuparme

—¿Crees que lo habrán descubierto los alemanes y se han deshecho de él como hicieron con Marco?

—No lo sé, espero que no, pero es probable...

A las diez de la mañana el campo de fútbol del colegio estaba abarrotado, a pesar de que el partido no empezaría hasta las once y media. Habían improvisado unas gradas a ambos laterales del campo. Todos los alumnos estaban presentes, y también prácticamente todos los habitantes de los pueblos colindantes.

Los lugareños, se habían tomado el espectáculo como el día de fiesta de su patrona. Pequeños grupúsculos, dispersos por el pinar del monte, habían llegado a primeras horas de la mañana y encendido fuegos. Paellas, barbacoas, asados y tortillas se podían oler aquí y allá.

El fútbol seguía creciendo en adeptos en toda España, y en particular en Cantabria. Aunque nadie de la comarca había presenciado ningún partido de la liga, todos seguían con grandísima afición al Santander Racing Club pegados a sus radios en casa, o en la taberna de la plaza.

Este año, el Racing había goleado al Barcelona, en el Camp de Les Corts cuatro a cero, y al Madrid cuatro a dos convirtiéndose en los héroes y modelos de todo cántabro, desde el más joven al más anciano.

En los vestuarios, Mr. Hopkins daba sus últimos consejos y direcciones al equipo local.

—No entiendo ni tolero esas caras largas de preocupación. No me gusta ver el miedo en vuestros ojos. ¿Miedo de qué? ¿Miedo a quién? ¿A esos engreídos alemanes? Yo los he visto entrenar por las tardes, y tendríais que haber visto las caras de sorpresa cuando descubrieron que el balón era redondo. —Algunos de los muchachos rieron desde sus bancos, liberando algo de la tensión que sentían.

—Bien es verdad que son más grandes, pero eso les puede dar algo de ventaja en los saques de esquina, y para de contar. Nosotros tenemos la rapidez y la técnica. No os dejéis amedrentar por su tamaño, tienen piernas más largas y será más sencillo regatearles y colársela entre las piernas. Así veréis lo pronto que pierden la confianza.

—No dejéis que se os acerquen mucho. Pasad, pasad y pasad. No espero que vayan a hacer un juego muy limpio. He oído la fama que tienen en alguno de los campeonatos en los que han jugado en Europa, de jugar muy sucio. Su

técnica es imponerse físicamente, y hacer daño si es necesario al comienzo del juego al oponente, para que jueguen con miedo. —Las caras largas y de preocupación volvieron otra vez a los muchachos.

—¡Si hubiera sabido la pandilla de nenas que sois habría organizado el partido con el colegio de monjas de Santillana del Mar! seguro que las niñas de ese colegio no se iban a amilanar como vosotros.

—Vamos muchachos, ¡arriba el ánimo! Este es un juego de técnica y forma física, pero también es un deporte de estrategia, y uno de los lemas de todos los grandes estrategas en la historia, es que la mejor defensa es un buen ataque, y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Diciendo esto se volvió hacia la pizarra; ahora tenía la plena atención de su equipo.

—En la delantera ellos tienen a Rolf y a Marcus. En nuestra defensa Edward se pegará a Rolf y no dejará que reciba el balón. Si recibe el balón, quiero que le des una patada con la puntera en el gemelo con toda la fuerza posible. —Los jóvenes jugadores se miraban unos a otros fascinados sin saber muy bien si el entrenador estaba hablando en serio o les estaba tomando el pelo.

—Si eso no le saca del campo para el resto del partido, por lo menos le hará estar más atento a lo que se le avecina por detrás, que a intentar marcar gol.

—Sí señor. —Contestó Edward con la resolución del que ya sentía crujir todas las fibras del gemelo de su contrincante.

—Valdepeñas, usted cubrirá a Marcus. No hace falta que saquen a Marcus en camilla, pero no te puedes separar de él. Marcus es al menos diez centímetros más alto que tú, pero tú eres mucho más rápido que él y mejor jugador.

—Sí, señor.

—Garaigordobil...

—Si señor —Dijo el cejijunto vascongado de metro cincuenta de altura y metro setenta de ancho.

—Los saques de esquina son tuyos. No puedes dejar que toquen el balón con la cabeza estando dentro del área.

—Pero señor. —Interrumpió el vasco azorad—. Con todo respeto... me temo que no podré llegar al balón. Los alemanes son mucho más altos que yo. —El inocente comentario provocó algunas risas entre sus compañeros.

—¿Quién ha hablado de llegar al balón Garaigor?

—Perdón. Pensé que dijo...

—Lo que necesito, es que se coloque bajo los palos. Friedrich estará en la portería cubriendo desde el primer poste, usted se colocará en medio a un metro escaso de la línea de meta, donde estarán Marcus, Rolf y Dimitri. Dimitri mide casi dos metros y es un gran cabeceador, lo positivo es que sus costillas están a la altura perfecta de tus nudillos.

El vasco empezó a comprender lo que le decía su entrenador. Y le gustó.

—Eso sí, necesito total discreción. El árbitro no puede ver nada, si no, nos pitarán penalti y además te expulsarán del campo y tendremos que jugar el resto del partido con diez hombres. ¿Está claro?

—Sí señor. —Dijo Garaigordobil, esgrimiendo una sonrisa, bajo su enorme mandíbula vascongada.

—Hans se colocará detrás de Dimitri. Dimitri no saltará a cabecear gracias a la ayuda de Garaigordobil, y el balón irá directo a la cabeza de Hans, que lo despejará hacia el centro del campo, donde Alfredo lo recibirá y abrirá el juego por la banda.

El equipo entendía la idea de Hopkins y poco a poco se fueron animando, y los fantasmas del juego se fueron disipando. Cuando era la hora de salir al campo estaban todos eufóricos y con ganas de salir al campo a dar el mayor espectáculo, y si era posible, también dar una buena paliza física y moral a los fanfarrones nazis.

Todos los jóvenes del San Esteban fueron saliendo de uno en uno del vestuario, dando voces de ánimo y apremio. Mr. Hopkins en la puerta los animaba y veía pasar a cada uno dándoles palmadas en la espalda, y los últimos consejos y palabras de aliento a su equipo. El último en salir fue Alfredo.

—Alfredo. Espera. —Dijo agarrándole del brazo, y esperando a que el último de los otros muchachos hubiera salido del vestuario.

—¿Dónde está James, Alfredo? No me extraña que se escaquee de un entrenamiento, no sería la primera vez, pero ¿perderse el partido?

—Eso quería haberle preguntado yo. Estaba albergando la esperanza de que hubiera estado con usted, pero no le he visto desde ayer por la tarde, y esta noche no ha dormido en su habitación.

—¿Has preguntado a Friedrich?

—Si, le buscamos ayer juntos, pensando que tal vez él sabría algo de quién

podría haber entrado en nuestra habitación desbaratándolo todo. —Dijo Alfredo, y después de una pausa en la que dudaba si hacerle la siguiente pregunta—. ¿No estuvo con usted ayer por la noche?

—Claro que no, ¿por qué había de estar conmigo anoche? —Preguntó Mr. Hopkins molesto.

Alfredo le mantuvo la mirada con inquisidora arrogancia.

—Mr. Hopkins, de dónde venía usted cuando nos lo encontramos Maria Luisa y yo ayer?

Mr. Hopkins le miró fijamente, sopesando la profundidad de la insolencia del muchacho.

Alfredo le sostuvo la mirada esperando, casi demandando una respuesta.

—No tengo por qué contestarte a esa pregunta. —Dijo al fin—. Pero no te culpo de tu curiosidad y desconfianza. Creo que yo mismo te recomendé que desconfiaras, de todo y de todos, hace solo unos días, por lo que en el fondo debería de estar congratulándote.

Alfredo bajó un poco la guardia al oír estas palabras.

—Ayer tuvimos una reunión de urgencia en la capilla, Don Luis Carrión y yo, con el inspector Llorente. Llorente nos dijo que llegaron ayer de mañana desde Santander otros cinco nazis y se han hospedado también en el Sanatorio de Cueto. Después del partido te contaré más detalles.

—Entonces, si usted tampoco estuvo con James, ¿dónde puede haberse metido?

—No lo sé, pero esto no me gusta Alfredo, —dijo el inglés claramente contrariado—. Después del partido tenemos que encontrarle. Solo espero que aparezca durante el partido y que esto haya sido solo un susto.



## Capítulo 39

### *San Esteban, Campos de Fútbol. 23 de noviembre de 1931*

CUANDO SALIERON AL campo el ruido de vítores era ensordecedor. Un pasillo improvisado guiaba al equipo desde los vestuarios hasta el campo con alumnos a ambos lados animando a los jugadores a su paso. Parecía que la comarca entera se había presentado. Incluso corría el rumor de que el entrenador y el ojeador del Gimnástico de Torrelavega estaban en las gradas para ver el partido. Un reportero del Diario Montañés también había venido al colegio para la ocasión.

El campo estaba irreconocible. Cuando los jugadores salieron del pasillo y entraron en el campo, sintieron el mismo efecto que debe de sentir un toro cuando entra en la plaza: Primero el sobresalto, la desorientación. El encontrarse sin salida. La inesperada turba de gente gritando. Luego el sentimiento de tener todos los ojos puestos en uno mismo.

Una pared humana recorría todo el perímetro del campo. No había un solo hueco, ni en los laterales, ni en los fondos, por donde se pudiera escapar un jugador. Los espectadores traían banderas y bufandas con los colores del colegio, y las agitaban con entusiasmo entre hurras, gritos y silbidos.

Los alemanes ya estaban sobre el terreno haciendo estiramientos, saltando o corriendo sobre el sitio. Cada uno a su ritmo. Cada uno asimilando la situación. Mirando al público y tratando de no pensar en que todos y cada uno de los espectadores estaban a favor del equipo contrario.

El árbitro del encuentro y los jueces de línea, habían venido para la ocasión desde Cabezón de la Sal, de la liga regional de fútbol.

El árbitro llamó a los capitanes al centro del campo, y Rolf y Alfredo se enfrentaron cara a cara, cada uno a un lado del árbitro.

El árbitro lanzó una perra gorda al aire, que cayó sobre la palma de su derecha y la volteó para ponerla sobre el reverso de su mano izquierda. Al destapar la moneda retirando su mano, enseñó a los dos capitanes la moneda con la figura del león y el escudo en la cara expuesta.

Alfredo volvió a su campo y Rolf se dispuso a sacar desde el centro.

Sonó el silbato y Rolf pasó el balón a Marcus y este subió con rapidez y confianza por la banda derecha.

El ruido era ensordecedor. Aplausos, pitidos y gritos. El partido había comenzado.

La forma física de los alemanes era claramente superior. Movían el balón con rapidez, con pases cortos y certeros. El equipo del colegio San Esteban ofrecía una tremenda presión en el centro del campo y el balón de los alemanes no llegaba a acercarse al área.

Marcus trató de adelantarse y Dimitri le lanzó un pase que interceptó Edward.

Dimitri rápidamente recuperó el balón y esta vez abrió por la banda izquierda donde Rolf lanzó un zapatazo desde cinco metros fuera del área que fue directo a la escuadra.

Un grito ahogado de varios cientos de voces se oyó por el graderío, pero Friedrich ya estaba en el aire agarrando el balón con una mano y cayendo después al suelo con la destreza de un gato.

La gente respiró y otra vez el aplauso entusiasmado del público llenó el aire del campo de fútbol.

A quien no hubiera visto todavía jugar a Friedrich, le sorprendería cómo un joven bajito, fofo y regordete podía moverse con esa agilidad.

Friedrich sacó rápidamente pasando a Garaigordobil el balón con la mano. Este, antes de que Marcus pudiera llegar a él, ya se lo había pasado a Estévez quien corría por la banda derecha.

Estévez, regateó a un alemán, después a otro, y antes de que volvieran a por él, centró el balón a Alfredo que se acercaba al área contraria por el centro. Se fue de uno, se fue de otro. Dos alemanes más le cerraban. Levantó el balón levemente con la zurda entre los dos alemanes y saltó para evitar ser derribado, pero cuando estaba tocando el suelo Dimitri apareció por el costado como una exhalación cargando con todo su peso contra Alfredo y enviándole despedido dos metros más lejos.

El árbitro pitó falta, y todo el público indignado pedía tarjeta roja y

expulsión del alemán.

Alfredo se retorció en el suelo luchando por conseguir que el aire le entrara en los pulmones. En la banda, Maria Luisa junto al Doctor Bermúdez se preparaba para saltar al terreno de juego y asistir al caído. Dimitri se acercó a Alfredo, con una sonrisa guasona para disculparse por su entrada.

—No te habré hecho daño, ¿verdad? Trataba de llegar al balón y te pusiste en medio

Edward se lanzó contra Dimitri, pero sus compañeros consiguieron pararlo antes de que llegase a golpearlo.

—Déjalo, Eddy. Ya me encargo yo de él —Dijo Garaigordobil—. De momento centrémonos en ganar este partido, que es lo que más les puede doler.

Alfredo ya se había incorporado, y aunque todavía dolorido, se acercó hasta donde estaba el balón. Lo cogió y lo colocó en el punto en el que se cometió la falta. El público despertó otra vez con clamor y aplausos.

Los alemanes formaron una barrera con Marcus y Dimitri en el medio. Era una autentica muralla infranqueable, pero Alfredo, tras el pitido del árbitro, se lanzó a la carrera para patear el balón. Justo en el momento del impacto, los alemanes saltaron y se voltearon para cubrir la portería y al mismo tiempo cubrirse del balonazo, pero Alfredo amagó, y se retiró a un lado sin chutar el balón, dejando a Estévez, quien le seguía a poca distancia, que chutara el balón buscando el hueco entre la barrera descompuesta.

El chupinazo llevaba un efecto que hizo al balón abrirse lo suficiente como para burlar al defensa del extremo derecho para luego volver a la izquierda y entrar en la esquina inferior izquierda de la portería. El portero alemán se lanzó estirándose tan largo como era en el aire, pero llegando tan solo a rozar con la punta de los dedos el balón sin poder evitar que este entrara en la portería.

El grito del público se hizo ensordecedor, como el sonido magnificado de una ola rompiendo. Estaban todos en pie, algunos gritando y agitando las bufandas en un frenético éxtasis. Los jugadores del San Esteban se lanzaron a la carrera a abrazar a Estévez, quien, por el atropello de la efusividad de sus compañeros, cayó al suelo, y ahí saltaron todos sus compañeros sobre él a felicitarlo, hasta Friedrich, que había venido corriendo desde su portería.

Rolf fue hasta su portería donde empujó a su portero diciéndole una sarta

de impropiedades en alemán antes de agacharse a coger el balón de entre las redes.

Con el balón en mano, corrió hasta el centro del campo imprecando a sus compañeros con el brazo para que le siguieran y reanudaran el juego lo antes posible.

El árbitro dijo a los chicos de San Esteban que debían de volver a su campo, y estos obedecieron trotando de vuelta hasta su campo todavía festejando el gol. En cuanto el último de los jugadores de San Esteban paso la línea del centro del campo, el árbitro pitó en señal de que los alemanes podían abrir el juego.

Dimitri con el balón en el centro, paso el balón con rapidez a Marcus, este a Duncan. Para entonces el equipo local se percató de que el balón estaba en juego y tenían que reaccionar. Estévez corrió a por Duncan, y este pasó a Rolf quien estaba en la banda derecha a la altura del centro del campo. Rolf controló el pase con la derecha y dejó el balón plantado en el suelo, dio un paso atrás y chutó un zurdazo directo a la portería.

Friedrich seguía corriendo de espaldas al balón volviendo a su puesto bajo el arco. Sus compañeros gritaron avisándole de que venía el balón. Se dio la vuelta. Estaba todavía a la altura del área grande. Siguió corriendo marcha atrás, y el balón ya bajaba con rapidez. Friedrich salto hacia atrás, pero el balón entró por la escuadra y Friedrich se dio un cabezazo contra el poste derecho, que sonó como un campanazo.

Friedrich se irguió tambaleándose un par de pasos hacia delante y luego cayó de bruces sobre el césped, inconsciente.

Todos los jugadores corrieron a él, los que estaban en el campo y los del banquillo. El Doctor Bermúdez y Maria Luisa no esperaron a que el árbitro les hiciera una señal, entraron en el campo cargando con la camilla tan rápido como pudieron. Cuando llegaron hasta Friedrich el doctor pidió a los jugadores que se apartaran de Friedrich y que le dieran espacio.

Mr. Hopkins, con su vozarrón de sargento primero, se encargó de que se formara un círculo de no menos de cinco metros alrededor del postrado guardameta. Maria Luisa estaba limpiando con un trapo blanco la parte posterior de la cabeza de Friedrich que sangraba profusamente, y el doctor le dio a oler un frasco que le hizo despertar bruscamente.

—Estoy bien. Estoy bien. —Dijo Friedrich como al soldado que pillan dormido durante la guardia y trata de aparentar estar despierto y alerta.

—No, no está bien —Sentencio el médico poniéndole una mano en el hombro impidiéndole que se levantara—. Ha sufrido una gran contusión, pérdida de conocimiento, y tiene una herida en el cráneo que necesitará sutura.

Dos alumnos alemanes se ofrecieron voluntarios para llevar a Friedrich en la camilla a los vestuarios junto al doctor y Maria Luisa. Alfredo intercambió una mirada inquisitiva con Mr. Hopkins, pero este se encogió de hombros, como diciendo que no podían negar el gesto deportivo a sus contrincantes.

Se abrió un pasillo para dejar pasar a los camilleros portando a Friedrich, en un silencio que permitía oír las pisadas de estos saliendo del campo. El doctor abrió el paso y la camilla les seguía. Maria Luisa caminaba al lado atendiendo a Friedrich, ofreciendo presión sobre la herida con el trapo blanco, ahora teñido de un rojo oscuro intenso, como el de un mantel sobre el que se hubiera derramado una garrafa de vino.

Antes de desaparecer el convoy por la puerta del edificio, la oscura figura del monje alemán se acercó a Maria Luisa y la detuvo agarrándola suavemente del codo y le dijo algo al oído.

El monje habló con Maria Luisa, bajo la sombra del gigante Gassner, a quien Maria Luisa echaba miradas cautelosas. El monje sacó un frasco verde de uno de los pliegues de su hábito y se lo ofreció a Maria Luisa, pero esta lo rechazó con una mano en alto y negando con la cabeza. Finalmente, el monje volvió a guardar el frasco, y después de dar a Maria Luisa lo que parecían ser unos consejos más, esta se irguió, hizo un breve asentimiento con la cabeza y desapareció por la puerta por donde habían entrado los camilleros.

Alfredo vio todo esto con gran interés y confusión. Daría un brazo por saber qué es lo que había dicho esa rata albina a su amada. Al menos tenía la paz de ver que ella no se había amedrentado por los punzantes ojos rojos del anacoreta y se había negado tajantemente a aceptar el frasco que este le ofrecía.

El silbato del árbitro despertó tanto a los jugadores, como al público, que seguían todos aturridos con la mirada puesta en la puerta por donde se habían llevado a Friedrich.

Alfredo habría preferido acompañar a Friedrich a los vestuarios, pero sabía que con Maria Luisa estaría en buenas manos, y de necesitar ayuda ella saldría al campo a buscarle sin vacilar.

Poco a poco, la gente fue saliendo del campo y formando otra vez la barrera humana alrededor del césped esperando que se reanudara el encuentro.

Garaigordobil cargó con el balón bajo el brazo, llevándolo al trote, como un jugador de rugby, hasta el centro del campo. El árbitro pitó, y Garaigor abrió el juego pasando el balón a Alfredo, y este a Mendieta que a su vez atrasó el balón hasta la portería donde la recibió Pablo Fernández, un delgaducho madrileño de metro noventa, que había salido a cubrir el puesto de Friedrich bajo los palos.

Entonces el árbitro pitó el final del primer tiempo.

El tiempo había cambiado drásticamente desde el comienzo del encuentro. Los cielos azules de la mañana habían dado paso a unas nubes bajas y oscuras que se movían a gran velocidad empujadas por el viento. Alfredo miró en dirección al mar cuando se encaminaba a los vestuarios con sus compañeros, y un frente de nubes, densas como un muro de piedra y oscuras como la noche, se acercaban a tierra amenazando con una terrible tormenta.

En los vestuarios el silencio era sobrecogedor. Parecía más un velatorio, que el descanso de una competición deportiva. En medio del vestuario yacía Friedrich sobre la camilla, con la cabeza vendada y los ojos cerrados. Maria Luisa estaba sentada a su lado, cabizbaja, como una viuda rezando al cadáver de su difunto marido. Los jugadores pasaban a su lado, tratando de hacer el menor ruido posible en el suelo de azulejo con las botas de tacos, como con miedo a perturbar la escena.

Alfredo se paró delante de la camilla.

—¿Qué tal se encuentra?

—Se repondrá, pero no envidio el dolor de cabeza que tendrá mañana por la mañana. —Dijo Maria Luisa

Alfredo se quedó frente a su amigo, de pie, como un pasmarote. Friedrich parecía dormir tranquilo, con las manos entrelazadas sobre su estómago, encima de las sabanas—. Cuídate amigo. Descansa tranquilo que nosotros nos encargaremos de rematar el partido por ti. —Y diciendo esto se encaminó hacia donde se habían ido sus compañeros. Maria Luisa no dijo nada más; ni siquiera levantó la vista para verle marchar.

Cuando volvieron a salir los jugadores al campo, se había levantado un viento racheado que parecía obstinado en que no terminasen el partido. Muchos de los espectadores se habían marchado durante el descanso, viendo la que se les venía encima. Los que quedaban tenían las manos en los bolsillos y zapateaban con fuerza el suelo para tratar de mantenerse en calor.

Eran muy pocos los que se aventuraron a sacar las manos del resguardo de los bolsillos para aplaudir a los jugadores cuando volvieron a entrar en el terreno de juego.

Un lugareño cruzó el campo a toda velocidad, persiguiendo a su sombrero que había salido volando y al que jamás alcanzaría.

Una familia se afanaba dificultosamente con un mantel, tratando de doblarlo y meterlo en la cesta, parecía que lucharan con un subversivo fantasma que hubieran atrapado y este, rebelde, se negase a doblegarse.

Cuando los jugadores se colocaron alrededor del centro del campo, cayeron las primeras gotas; unas gotas gordas y pesadas, que caían oblicuas sobre el terreno de juego. Estévez con el pie sobre el balón para que no se escapara, esperaba el silbato del árbitro, y este, después de echar otra desconfiada ojeada al cielo, pitó el reinicio del juego.

El viento se llevaba el balón y era imposible controlarlo. Los jugadores de San Esteban hacían pases cortos, pero el viento los hacía imprecisos. Rolf se adelantó y robó el balón en uno de esos pases y se lanzó a la carrera con el balón muy cerca de su bota. Pronto, una ráfaga de viento le hizo tropezarse con el balón y por poco dar con su cara de lleno en la hierba. Dimitri tras él se hizo con el balón y chutó con fuerza, pero el balón tocando a Mendieta en el hombro, acabó saliendo por la línea de meta. Córner.

Ahora la lluvia caía con más fuerza, y un trueno terminó de convencer a los pocos espectadores que quedaban de que había llegado el momento de marcharse.

Fue Dimitri quien se dispuso a sacar el córner, para la sorpresa de todos y desazón de Garaigordobil, que había estado esperando impaciente el momento de poder sacudir al larguirucho nazi, pero sin desanimarse, se colocó junto a Rolf, quien pensó sería el cabeceador de reserva.

Rolf se movía bajo los arcos tratando de no dejar a Garaigordobil que se interpusiera en su camino y buscando el hueco para que Dimitri le pasara el balón. Finalmente, cuando pareció que el viento tomó un pequeño respiro, Dimitri chutó el balón directo al centro del área donde estaba esperando Rolf; Garaigor con tres zancadas de carrerilla saltó sin molestarse en mirar por donde venía el balón, y conectó un tremendo cabezazo en la nariz del alemán y a pesar del ruido ensordecedor del viento, todos los jugadores pudieron oír el chasquido del tabique nasal al partirse antes de que Rolf cayera al césped como una muñeca de trapo.

El árbitro miraba para otro lado como si no hubiera visto nada, y pitó saque de puerta cuando el balón salió a un lado de la portería. Solo entonces dio señal de percatarse de que había un jugador en el suelo.

El doctor Bermúdez saltó otra vez al campo, pero Karl Becker llegó más rápido que el médico para asistir a su jugador predilecto. Rolf seguía en el suelo retorciéndose con las manos aguantándose la nariz. La sangre caía a raudales sobre su camisa blanca.

Becker se levantó, y con la cara descompuesta por la furia se dirigió a Garaigordobil, pero antes de que hiciera nada, Mr. Hopkins le paró con una poderosa mano sobre su pecho. Becker le miró entre sorprendido y ultrajado, y con un fugaz movimiento circular con el brazo izquierdo, como quien se está quitando la chaqueta, apartó el brazo de Mr. Hopkins, al mismo tiempo que con el derecho lanzaba un croché dirigido a la mandíbula del profesor inglés.

Mr. Hopkins esquivó el golpe con un imperceptible movimiento de la cabeza, y ayudándose de la inercia del golpe, y adelantando su pie derecho, con solo un suave empujón de su cuerpo hizo que Karl Becker cayera al suelo.

Se hizo un corro alrededor de los dos profesores. Becker en el suelo estaba ahora embadurnado en barro, mojado por la lluvia y cubierto de pies a cabeza de ira. Se disponía a levantarse y arremeter contra Mr. Hopkins cuando la voz del padre Vladimirovich sonó como un trueno rasgando el cielo con su firmeza y espetando a Becker en alemán para que parase en ese momento.

Se hizo un silencio en el corrillo. Los jugadores miraban asombrados y asustados al monje que atravesaba a Becker con puro veneno mortal en los ojos. Becker se puso de pie y bajó la vista al suelo, en lo que a Alfredo le pareció la total sumisión de un perro temeroso de su amo.

—Este partido ha terminado —Dijo el monje. Se dio la vuelta seguido de su fiel escolta el gigante Gassner y salió del campo.



## Capítulo 40

### *San Esteban, Campos de Fútbol. 23 de noviembre de 1931*

EN CUANTO ENTRARON en los vestuarios, Alfredo fue directo a averiguar cómo se encontraba su amigo Friedrich. Maria Luisa estaba esperando en la silla metálica tal y como la dejó antes de que empezara el segundo tiempo.

—¿Dónde está Friedrich?

—Le han llevado a la enfermería —Contestó Maria Luisa.

—Tenemos que mandar a alguien para protegerle, y en cuanto Friedrich esté estable, tenemos que llevarle a la cabaña de Jerónimo. Ahí tenemos víveres y armas y nadie podrá acercarse a nosotros sin que nos avise Bulka. Estaremos ahí esta noche y mañana hasta que lleguen los refuerzos desde Austria, que deberían llegar el lunes a lo más tardar.

Cuando Alfredo salió de las duchas, Mr. Hopkins estaba esperándole terminando de peinarse frente al espejo, ya duchado y vestido.

—¿Qué tal las costillas? —Preguntó el inglés.

Alfredo se estiró y encorvó hacia un lado para confirmar que el dolor de la contusión recibida seguía ahí.

—Bien, gracias. Creo que el golpe me dejará marca, pero no hay nada roto.

Puso su bolsa de deportes sobre un banco de madera y se sentó mirando al profesor terminar de acicalarse el pelo—. ¿Qué es lo que me iba a decir que les contó el inspector Llorente en su reunión de anoche? —Preguntó.

Mr. Hopkins paró un momento con el cepillo en la mano, pegado a su cabello, como tratando de asimilar la pregunta, y después, dando dos rápidas

cepilladas más, guardó el cepillo en su bolsa, cerró la cremallera y se sentó pesadamente en el banco frente a Alfredo.

—Han desembarcado cinco nuevos nazis en la zona —Empezó a decir con tono funesto. Estaba sentado al borde del banco, con los antebrazos sobre las piernas y las yemas de los dedos de una mano tocando los de la otra ejerciendo presión y mirando directamente ahora a los ojos de Alfredo.

—Dos de ellos tienen antecedentes. Son antiguos militares del ejército alemán, del grupo especial de alta montaña. He hecho maniobras en el pasado con soldados de este grupo y son tipos duros. Son unidades muy preparadas, especialistas en emboscadas y asedios.

Hemos quedado en diez minutos con el Inspector Llorente en la cabaña, él va a ayudarnos a buscar a James, esta tarde le iban a traer copias de los archivos de los cinco alemanes que llegaron ayer, y toda la información de sus movimientos desde que han entrado en el país. Mientras, ha puesto a un agente de guardia cerca del sanatorio para vigilar quién entra y quién sale.

—¿Cómo es que les han dejado entrar en el país? ¿No podían detenerles cuando llegaron a Santander?

—Han venido con visados diplomáticos en regla y no han podido impedirles la entrada. Justifican la visita al país con que han venido a hacer turismo de montaña en los Picos de Europa.

—¿Qué es lo que vamos a hacer, Mr. Hopkins? —Preguntó Alfredo sonando un poco desalentado.

—De momento vamos a la cabaña con Maria Luisa, el doctor nos avisará más tarde si podemos llevar a Friedrich a la cabaña con nosotros, ahí estará seguro bajo la protección de Jerónimo, y Maria Luisa podrá continuar cuidando de él. Nosotros después vamos a buscar a James y no pararemos hasta dar con él, después volveremos a la cabaña y nos quedaremos ahí hasta que lleguen los refuerzos de Austria.

Salieron de los vestuarios donde les esperaba Maria Luisa y fuera la tormenta caía con furia. El viento había tirado ya varios árboles, y la lluvia caía del cielo, de la tierra, y por los costados como tirada con cubos.

Era media tarde, pero el cielo estaba oscuro como si fuera medianoche. Truenos crujían estrepitosamente, y rayos caían intermitentemente. Cuando llegaron los tres al claro donde estaba la cabaña, la luz de los rayos hacia aparecer a la cabaña de Jerónimo como un fantasma en mitad de la noche, para pronto desaparecer en cuanto la luz del rayo se apagaba.

A pesar de la lluvia, el viento y los truenos, se pudo oír a Bulka ladrar con su potente ladrido de barítono para advertir de la presencia del grupo en cuanto pusieron pie en el primer escalón de piedra. Mr. Hopkins golpeó el llamador de la puerta y esta se abrió casi instantáneamente.

—Entrad, rápido. No os quedéis ahí con este tiempo de perros. —Dijo Jerónimo casi empujando a sus amigos dentro de la casa.

El inspector Llorente estaba en uno de los sillones frente al fuego bebiéndose una infusión, y en cuanto entraron se levantó para saludarles.

Bulka, normalmente risueño cuando veía a sus amigos, especialmente con Alfredo, lanzó otros dos poderosos ladridos y un corto gruñido, como el ronco murmullo de un volcán a punto de erupción.

—¡Bulka, calla la boca! —Bramó Jerónimo—. No sé qué le pasa a este perro. Creo que la tormenta le tiene asustado y está actuando de forma muy extraña. —El perrazo se calmó.

—¿Cómo esta Friedrich? Me han dicho que se ha llevado un buen revolcón en el partido.

—Está estable. El doctor nos llamará pronto a tu teléfono para darnos el parte y decirnos si podemos traerle aquí. Hans, Edward y Jon están en el hospital con él para asegurarse que no le ocurre nada.

—Inspector, ¿Ha visto u oído algo sobre el paradero de James? —Preguntó Mr. Hopkins sin querer perder mucho más tiempo.

—No. Me temo que no. He hecho mis pesquisas en el colegio preguntando a los otros profesores. También he hablado con la estación de tren y la de autobuses, y nadie ha salido de la comarca desde el autobús de la mañana de ayer, y él no iba en él.

—No quiero ser pesimista, pero al mismo tiempo, tenemos que esperarnos lo peor. No sé qué le ha podido ocurrir a James, pero si no ha aparecido todavía, debemos aceptar que es muy posible que a estas horas este muerto. —Sentenció Mr. Hopkins.

Todos se miraron unos a otros en silencio. Incluso Bulka levantó la cabeza como si hubiera entendido el peso de las palabras de Mr. Hopkins.

—De todas maneras tenemos que encontrarle, vivo a muerto, y esclarecer lo ocurrido. El inspector Llorente, Alfredo y yo saldremos a buscarle, y en cuanto sepamos algo volveremos aquí.

—Creo que lo mejor será que nos dividamos, para poder abarcar el mayor terreno posible antes de que termine de anoecer. Yo iré a la vieja capilla.

Alfredo, tu baja siguiendo el perímetro del muro hasta la puerta de entrada, llévate este farol y no te olvides de mirar en los establos y en el pozo.

—El inspector irá al edificio central, donde le espera el informe del agente que ha estado montando guardia frente al sanatorio, quien además traerá el informe recibido de Santander sobre los cinco nuevos alemanes recién llegados. Nos veremos en la puerta de las cocinas y de ahí iremos los tres juntos hasta el acantilado.

—Son las cuatro y quince minutos, nos veremos a las cinco menos diez en las cocinas del colegio.

Se levantaron todos y Maria Luisa preguntó qué es lo que podía hacer ella para ayudar.

—Usted quédese con Jerónimo, si llama el doctor vayan juntos a buscarle y tráiganle a la cabaña. Edward, Jon y Hans les ayudarán a transportarle.

—Un momento —Dijo Jerónimo cuando los tres se disponían a salir por la puerta—. ¿Sabes cómo utilizar una de estas? —Preguntó a Alfredo desenvolviendo un revólver de entre unos paños—. ¿Ustedes dos imagino que irán armados? —Dijo dirigiéndose a Hopkins y el inspector. Mr. Hopkins asintió y el inspector se tocó dos veces el pecho a la altura donde la sobaquera aguantaba el arma. Jerónimo asintió y se dirigió otra vez a Alfredo con el revólver en la mano.

—Es una buena pieza, ¿de dónde la ha sacado? —Preguntó Mr. Hopkins admirando la pesada arma que ahora descansaba sobre las manos de Alfredo.

—Se lo compré a un yankee en Cuba... momentos antes de matarle.

Mr. Hopkins le miró inquisitivo, buscando algo en la cara del viejo militar que delatara que estaba bromeando.

—Me gustó el revólver, se había quedado sin balas y yo le apuntaba con el rifle. No quería que se fuera al otro mundo pensando que la razón por la que le había matado era porque quería quedarme con su arma. Así que le pregunté cuanto había pagado por él, le pagué esa cantidad, me guardé el revólver en el cinto, y le volé los sesos.

—Es usted un hombre de principios, Jerónimo —Dijo Mr. Hopkins enseñando todos sus dientes bajo el bigote en una franca sonrisa.

—Gracias. Me gusta al menos creer que lo soy. —Dijo devolviéndole la sonrisa.

## Capítulo 41

### *San Esteban, Cripta. 23 de noviembre de 1931*

SIGUIERON JUNTOS POR el sendero hasta que llegaron a la bifurcación en la que debían separarse y cada uno seguir su camino. Debido a la tormenta, se hablaban por señas, ya que intentar hablar era imposible con el estruendo de la lluvia, con los truenos, y el ensordecedor ruido del viento que hacía bailar al pinar como si fuera un campo de trigo.

Mr. Hopkins se apuntó al reloj y les confirmó que se verían a las dieciséis cincuenta horas en la puerta de la cocina del colegio.

El inspector se encaminó con paso decidido al colegio, mientras Mr. Hopkins y Alfredo se despidieron con un asentimiento de cabeza y marcharon con sus linternas en direcciones opuestas.

Mr. Hopkins llegó a la Iglesia de San Esteban. Todo parecía estar en aparente calma además de la fuerte tormenta. La puerta principal estaba cerrada, como debía estar. Abrió la puerta y entró. La pequeña iglesia románica estaba en silencio. La oscuridad se interrumpía intermitentemente por los rayos que encendían la nave, dibujando sombras fantasmagóricas en las paredes que desaparecían tan velozmente como habían aparecido. Se oía el viento silbar sobre el tejado y la lluvia golpeando con furia contra las tejas y las cristaleras.

El profesor inglés registró la pequeña iglesia, mirando tras el altar, en el confesionario, en la sacristía. Nada. No había razón para pensar que alguien hubiera entrado en la iglesia, y aún menos para pensar que podía haber dentro alguien escondido.

Volvió a cerrar la puerta con llave, y después de rodearla y comprobar que

parecía que todo estaba orden, fue a la parte trasera, donde estaban las escaleras que bajaban a la cripta.

Al final de las escaleras, pudo que ver que la puerta estaba entreabierta. Él había sido el último en estar ahí con Don Luis Carrión y el inspector Llorente, y sabía que había cerrado a cal y canto cuando se marcharon.

Apagó la linterna, sacó su pistola y bajó las escaleras sigilosamente.

Entró por la puerta y la dejó entreabierta, tal como la había encontrado. Se quedó un momento a la entrada, dándose tiempo para acostumbrarse al silencio ensordecedor después de la tormenta de afuera. Esperó un poco más hasta que sus ojos también se habituaron a la oscuridad.

No se oía nada dentro, y apenas podía ver, pero no quería arriesgarse a encendedor la linterna. Anduvo a tientas por los pasillos que ya conocía de memoria, impregnados del olor a humedad y confinamiento. Cuando llegó a la gran sala de la cripta, una suerte de olores nuevos se mezclaba en el aire. El aire, aun húmedo, no era tan frío como lo recordaba. Un fuerte olor a pintura se mezclaba con el de hierbas quemadas, no precisamente incienso, tampoco era papel quemado, y un intenso tufo a podredumbre.

Desde lo alto de la escalinata tenía una vista panorámica de la sala principal y pudo ver que, en el centro de la sala, donde la tarde anterior estaban colocados ordenadamente los bancos en filas, habían sido estos apartados detrás de las columnas de la galería. En el lugar de los bancos, encima del mosaico de la cruz de Santiago, había pintado lo que parecía un símbolo runo vikingo o germano antiguo compuesto por dos círculos concéntricos. Del círculo interior partían doce rayos que terminaban en el círculo exterior, y sobre cada extremo había un gran cirio rojo ya apagado con gran parte de la cera derramada y seca sobre el suelo de piedra blanca.

Mr. Hopkins bajó las escaleras despacio, tratando de asimilar y de entender todo lo que veía.

En el centro, donde convergían los doce rayos, descansaba un caldero de cobre con restos de vísceras, hierbas y sangre coagulada.

El altar de la cripta estaba completamente cubierto de sangre ya seca, y regueros y salpicones se veían a su alrededor. La idea de que James hubiera podido haber estado tumbado en ese altar para sacrificio de las deidades paganas le hizo estremecer, y borró el pensamiento rápidamente de su mente.

El crucifijo de madera que normalmente colgaba sobre el altar, estaba apoyado boca abajo contra el muro y había sido calcinado.

Esto no podía haber sido simplemente vandalismo. Aquí había tenido lugar un sacrificio, y posiblemente humano, pensaba Mr. Hopkins; una misa ocultista y satánica.

Tuvo entonces la sensación de que no estaba solo en la cripta; que alguien o algo estaba entre las sombras de la profanada capilla subterránea.

## Capítulo 42

### *San Esteban, Subterráneos. 23 de noviembre de 1931*

ALFREDO LUCHANDO CON la lluvia, el viento, y la maleza que crecía a ambos lados del camino, llegó hasta el pozo. Aunque conocía de su existencia, esta era la primera vez que lo veía. Era un pozo de piedra de hacía más de doscientos años. El pozo llevaba muchos años seco y ya nadie lo utilizaba.

Arrimó su linterna al borde, pero no consiguió ver más que completa negrura. El pozo tenía una cuerda adujada a un lado. Alfredo ató su linterna a un extremo y la dejó descender para iluminar el fondo del pozo.

Para su sorpresa, el pozo no tendría ni cuatro metros de profundidad, pero a medida que bajaba más la linterna con la cuerda, se dio cuenta que el pozo tenía un falso fondo que había sido tapiado con unos tablones. En el lado derecho del fondo, faltaban dos tablones, metió la linterna por el hueco, pero no consiguió ver nada desde donde estaba.

Recogió la cuerda, hizo un nudo asegurando un extremo en la vieja polea del pozo, y agarrando la linterna con los dientes empezó a descender.

La pared del pozo era en parte piedra y en parte tierra. Pasados los dos primeros metros, el hueco del pozo pasaba de ser circular a ser cuadrado, y había tablones apuntalados sosteniendo las paredes para que no cedieran.

Sonó un chasquido sobre su cabeza.

No tuvo ni necesidad ni tiempo de mirar hacia arriba para saber que la polea se había partido.

Cayó estrepitosamente sobre los tablones del falso fondo, y estos a su vez se partieron bajo su peso al tiempo que la polea le golpeaba en la cabeza. Debajo de los tablones había otros seis metros de caída, que los bajó chocando de una pared a otra, tratando de agarrarse a los puntales con los



dedos, con las uñas y finalmente cayendo pesadamente con el hombro sobre el fondo de roca.

Se levantó dolorido y atontado quitándose la cuerda y la polea que le había caído encima y golpeado en la cabeza durante la caída. Tenía un corte en la frente y el hombro le dolía horrores. Movi6 el brazo sobre el que había caído con movimientos circulares. No había nada roto, no se había dislocado, pero eso sí, dolía como mil demonios.

Inexplicablemente, la linterna no se había roto y seguía encendida. Miró hacia arriba, y la lluvia seguía cayendo por la boca del pozo. Iluminó las paredes del pozo y parecía relativamente sencillo de escalar, pero vio que el fondo del pozo se abría a ambos lados, dando paso a dos pasillos por donde cabía él de pie, casi sin necesidad de agachar la cabeza.

Uno de los pasillos se dirigía hacia el sur, hacia el exterior del colegio, con una ligera pendiente hacia abajo, el otro subía en dirección al colegio.

Miró al reloj, y tenía todavía veinticinco minutos hasta que tuviera que encontrarse con Llorente y Hopkins en las cocinas. La curiosidad pudo más, y se adentró en el pasillo que conducía hacia el colegio.

Parecía una gran caverna donde, en algún momento, en un pasado lejano, había corrido el caudal de un río subterráneo. Las paredes de piedra estaban alisadas por la erosión, y pequeños regueros de agua resbalaban desde la bóveda filtrándose del suelo del bosque allá arriba, juntándose en el suelo y deslizándose como centenares de pequeñas culebras escapando despavoridas pendiente abajo.

La caverna a ratos se ensanchaba y formaba espacios de gran tamaño. En uno de esos espacios, las paredes parecían tener huecos cavados en la roca, como estanterías, y acercándose para estudiarlas más de cerca, vio que sobre estas había cirios que parecían haber sido colocados hace no mucho tiempo para iluminar el camino cavernoso.

Cruzó la nave y siguió la cueva hasta que llegó a una bifurcación. Uno de los caminos en la bifurcación, el que ascendía hacia lo que debería de ser el noroeste, traía consigo una pequeña corriente de aire frío que parecía venir de algún sitio del exterior, con los olores del bosque y no el denso olor de la tierra mojada del subsuelo. Debería de haber una salida no muy lejos de ahí siguiendo ese camino, pensó. A la entrada del otro camino había otro hueco en la pared con una vela, y sobre este hueco, una esvástica pintada sobre la roca. Alfredo no necesitaba a nadie que le dijera que lo prudente era seguir la

corriente de aire, pero a pesar de ello, siguió por el camino que marcaba la esvástica.

## Capítulo 43

### *San Esteban, Cripta. 23 de noviembre de 1931*

MR. HOPKINS CARGÓ su pistola contra su abdomen para amortiguar el sonido de la cerrajería y ocultar el arma. Seguía todavía agachado sobre el caldero del centro de la sala. Ya no solo tenía la sospecha de que había alguien más en la cripta, ahora había oído el suave eco de unas pisadas y ahora el leve quejido de una puerta tratando de abrirse detrás de sí.

Se volvió hacia la fuente del ruido, y detrás de una columna, en el muro opuesto a las escaleras por donde él había entrado, había una puerta de no más de un metro cincuenta por un metro en la que nunca hasta ahora se había fijado. Se colocó pegado a la pared junto a la puerta con el brazo de la pistola extendido esperando a que la puerta se abriera del todo.

La puerta se abrió hacia dentro. Mr. Hopkins puso el dedo en el gatillo y empezó a ejercer presión sobre él. La puerta se abrió otro palmo y una cabeza comenzó a asomarse lentamente por el hueco de la puerta.

Mr. Hopkins tenía el cañón apuntando al occipital a menos de diez centímetros. El martillo de la pistola estaba casi en el punto de no retorno cuando la cabeza se giró un poco más y Mr. Hopkins reconoció a Alfredo.

—¡Alfredo! —Gritó Mr. Hopkins haciendo rebotar su voz contra las paredes y la bóveda de la cripta como un trueno.

Alfredo cayó de espaldas con la mano en el pecho y cara de espanto.

—Mr. Hopkins, ¡me va a matar de un susto!

—Si eso fuera todo, no tendrías de que preocuparte —Dijo Mr. Hopkins guardándose el arma—. No te han enseñado en tu casa a llamar a la puerta antes de entrar?

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué significan todas estas pintadas en el suelo?

—Dijo Alfredo recobrando el pulso y mirando a su alrededor.

—No estoy muy seguro, pero quien lo haya hecho ya no está aquí. Vámonos, hemos quedado en cinco minutos con Llorente —Dijo poniéndose en marcha, y de pronto parando en el sitio y volviendo la vista atrás preguntó. —y tú, ¿de dónde diablos vienes?

—Creo que he encontrado cómo llegaron aquí los causantes de todo este desorden.

—¡Desorden! —Dijo el inglés—. es una forma sensible de describirlo. Sí señor. Vámonos, y me lo cuentas por el camino.

## Capítulo 44

### *San Esteban, Cocinas. 23 de noviembre de 1931*

EL INSPECTOR LLORENTE estaba sentado en una de las sillas de la mesa del comedor junto con Edward y Jon Garaigordobil cuando Alfredo y Mr. Hopkins entraron por la puerta de la cocina.

—Por fin —Dijo el inspector levantándose con rapidez, como si fuera un padre en la sala del hospital esperando noticias sobre el parto de su primerizo—. ¿Habéis encontrado algo? ¿Alguna pista de dónde puede estar James?

—No. Solo hemos conseguido alimentar aún más nuestras suposiciones más funestas, pero nada claro. ¿Dónde está Friedrich? —Preguntó Mr. Hopkins mirando a Edward y a Jo—. ¿No le habréis dejado solo?

—No, hemos tenido que mandar a Friedrich en ambulancia al hospital de Torrelavega para hacerle unas pruebas. El doctor fue con él.

—Tenemos que mandar a alguien para protegerle

—Si, ya he mandado a un agente y a Hans. —Dijo el inspector—. Ellos se ocuparán. El agente llamara al teléfono de Jerónimo para confirmar en cuanto estén en el hospital.

—Me temo que eso no será suficiente. Eddy, Jon, preparaos para ir al hospital, buscaré un coche que os lleve. Id preparados para cualquier cosa —Dijo Mr Hopkins.

Una vez Edward y Jon salieron de la cocina, Mr Hopkins apuntó con el dedo unas carpetas que había sobre la mesa enfrente del inspector—. ¿Le parece si miramos ahora esos expedientes de los nuevos alemanes? No quiero esperar a leerlos en la cabaña de Jerónimo, no vaya a ser que se mojen o se vuelen por el camino con el temporal que hay ahí fuera.

—Buena idea. Estaba justo ahora mismo revisándolos. Siéntense un

momento por favor. El agente que me ha traído los informes ha estado de guardia frente al sanatorio desde ayer al mediodía, y se ha turnado con otro agente de mi confianza, y me ha dicho... —dijo el inspector abriendo un cuaderno de notas y comparándolo con el reporte que le trajo el agente—. que ayer no entraron cinco alemanes como esperábamos, sino llegaron siete de Santander, y ninguno de ellos estaba en los archivos de la aduana. También vino un coche con chófer que trajo a un gran señor, de aspecto español, acompañado de un oficial alemán de alto rango...

—¿Su agente no paró al coche y pidió documentación?

—No, dice que se paró delante del coche para que se detuvieran y pedirles documentación, pero el coche casi le pasó por encima. —Dijo el inspector encogiéndose de hombros.

Mr. Hopkins se pasó la mano por la cara con aire cansado y le pidió que continuara.

—Después de ese coche, una hora más tarde para ser preciso, una ambulancia vino al sanatorio. Vino muy rápido y no tuvo tiempo de pararla para cuestionarla, pero diez minutos más tarde volvió a salir y el conductor de la ambulancia dijo que había sido una falsa alarma y que se marchaba de vacío, como había venido.

—De los siete alemanes que llegaron —Continuó leyendo sus notas—. parece que ninguno ha salido del sanatorio desde su llegada.

—¿Ha tomado nota de cualquier persona que haya salido del sanatorio además de la del conductor de ambulancia?

—Al poco de entrar el ómnibus, salió un coche con cinco personas dentro. El agente reconoció a Rolf y otros dos jóvenes estudiantes, pero con ellos había dos hombres, uno grande como un oso y con una cicatriz que le recorría la cara entera...

—Ese es Gassner. Continúe, por favor.

—Esto es lo que les va a parecer más interesante de todo. Miren, —Dijo apuntando al cuaderno de nota—. aquí parece que mi agente, poco antes de venir a traerme el informe, vio otra vez una ambulancia entrando, pero no veo que haya salido del sanatorio todavía.

—Friedrich! —Dijo Mr Hopkins.

—No puede ser...

—Alfredo: tú vuelve a la cabaña de Jerónimo para ver si ha llamado ya Hans o el agente desde el hospital. ¡Rápido! El inspector y yo vamos a buscar

un coche para Eddy y Jon y nos encontraremos con vosotros en la cabaña lo antes posible.

## Capítulo 45

*San Esteban, Cabaña de Jerónimo. 23 de noviembre de  
1931*

LA PUERTA DE la cabaña estaba abierta y la luz del interior formaba una aureola en la noche oscura y tormentosa. Alfredo se paró a pocos metros de la cabaña a recobrar el aliento, sacar la pistola y cargarla.

Las ventanas de la cabaña estaban iluminadas, y salía humo de la chimenea, pero cuando Alfredo llamó a la puerta no recibió contestación, ni siquiera oyó ladrar a Bulka.

Volvió a llamar otra vez con más insistencia, pero con el mismo nulo resultado. Probó a girar el pomo y la puerta se abrió. En el interior, todos los muebles estaban esparcidos por el suelo. La alacena, bocabajo, tenía los cajones desfondados y tirados por todas partes; los cubiertos en el suelo, los platos y los vasos rotos. Los sillones tumbados y los cojines rajados. El sofá había sido tumbado y empujado hasta el borde de la chimenea y había empezado a arder en un extremo, y el fuego se estaba propagado a las cortinas. Las llamas se expandían y el humo negro y asfixiante de la tela al quemarse invadía la cabaña.

La puerta se abrió detrás de él y se giró con rapidez con el revólver en alto. Era Maria Luisa.

—¿Qué ha pasado aquí? —Dijo alarmada.

—¡Ayúdame a sacar esto de aquí! —Dijo Alfredo agarrando un extremo del sofá en llamas. Entre los dos lo sacaron por la puerta y lo dejaron caer frente a la cabaña en el suelo encharcado; bajo la intensa lluvia se apagó rápidamente.



Alfredo y Maria Luisa abrieron todas las otras ventanas tapándose nariz y boca con el pañuelo. Los ojos les ardían. Alfredo, en la vorágine, fue corriendo a abrir la ventana de la cocina y tropezó con algo en el suelo que le hizo caer de bruces. Se giró para ver con qué había tropezado, y se encontró al fiel Bulka, tumbado en el suelo, inmóvil.

Alfredo cogió la gran cabeza del mastín entre sus brazos ¡Todavía respiraba! pero cada vez que tomaba aire, sonaba como un viejo fuelle, y borbotones de sangre salían de un agujero de bala que tenía en el costado.

María Luisa se arrodilló a su lado y con un trapo de cocina atendió la herida del mastín. El mastín gruñó a María Luisa enseñándola los dientes.

—Tranquilo chico, solo está tratando de ayudarte. —Maria Luisa se volvió a acercar al perro con precaución, y Bulka una vez más le gruñó y lanzó un amago de dentellada con la poca fuerza que le quedaba.

—Pobrecito. Imagino que lo ha dado todo por evitar que se llevaran el anillo de Friedrich —Dijo Maria Luisa mirando a Alfredo con una extraña intensidad—. Supongo que lo habrán encontrado, ¿verdad? ¿No lo escondisteis en el cajón como dijisteis?

Alfredo sin contestar hurgó en el collar de Bulka buscando el bolso del botiquín y abriéndolo sacó la bolsa de terciopelo que portaba el anillo de los Hohenzollern.

—No, gracias a Dios. Todavía está aquí.

María Luisa se levantó y dio unos pasos atrás, hasta quedar a la altura de Rolf, Marcus y de otro alemán al que Alfredo no conocía. Todos ellos empuñando armas que apuntaban directamente a Alfredo.

—Lo siento Alfredo —Dijo Maria Luisa.

El desconocido alemán arrebató la bolsa del anillo de la mano de Alfredo y le golpeó en la cabeza con la culata de un fusil.

## Capítulo 46

*San Esteban, Cabaña de Jerónimo. 23 de noviembre de  
1931*

—PARECE QUE TRATA de levantarse —Dijo Mr. Hopkins.

Alfredo despertó y se encontró en la cabaña de Jerónimo con Mr. Hopkins y el inspector Llorente acucillados a su lado.

—Cómo te encuentras muchacho?

—Un poco aturdido... ¡María Luisa! ¡El anillo! —Dijo Alfredo incorporándose.

—Tranquilo Alfredo, despacio, has sufrido un fuerte golpe en la cabeza.

Alfredo volvió a sentarse en el suelo apoyándose en el hombro de Mr. Hopkins para no perder otra vez el conocimiento. La cabeza le daba vueltas y sus piernas le temblaban.

El perro empezó a lanzar un ronco aullido, imperceptible al principio, y luego, arrastrándose, tratando de levantarse en unas patas que no le sostenían, lanzó unos lastimeros ladridos.

—Creo que está apuntando a esa puerta —Dijo el inspector—. ¡Parece que trata de enseñarnos algo!

—¿A dónde da esa puerta? —Preguntó Mr. Hopkins a Alfredo.

—No lo sé. Nunca había reparado en ella.

Abrieron la puerta, y unas estrechas escaleras conducían a un sótano.

—¡La linterna! —Dijo presuroso Alfredo recobrando la energía—. ¡Denme una linterna!

Con la linterna en mano bajó los escalones. El sótano era un espacio húmedo, de techo bajo, y paredes de piedra. El suelo era de tierra

compactada, y el único mobiliario era una silla colocada en el centro. Sobre la silla estaba Jerónimo atado, con la cabeza descansando sobre la ensangrentada camisa.

—¡Jerónimo! ¡Jerónimo, despierta!

Mr. Hopkins le tomó el pulso, y le zarandó un poco. Jerónimo movió la cabeza de un lado del pecho al otro, como si le pesara mucho y se hubiera descolocado y no pudiera concentrar suficiente fuerza para volver a enderezarla. Cuando finalmente consiguió levantar la cabeza, la estampa no era bonita: El ojo derecho había desaparecido bajo la hinchazón. La nariz tenía sangre ya coagulada que le llegaba al labio superior, como si llevara un bigote. Todavía salía sangre de una ceja y de la oreja, y cuando abrió la boca para hablar parecía que había perdido uno o dos dientes más de su ya de por sí incompleta dentadura.

—Disculpad, ¿estaba dormido? La conversación de estos alemanes es tan aburrida que temo haber cerrado los ojos un ratito.

Mr. Hopkins sonrió para sus adentros aliviado, viendo que su amigo estaba mejor y que no había perdido su sentido del humor.

—¿Qué ha pasado Jerónimo? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Dónde están?

—Al poco de que salierais a buscar a James, vino el Karl Becker acompañado del grandullón alemán, al que mal rayo parta, y de otros tres alemanes. Pensé que erais vosotros que habíais olvidado algo, pero enseguida Gasner sacó un revolver y me apunto con él directo a la cabeza y me preguntó dónde escondíamos el anillo. ¿Cómo diablos sabían que el anillo estaba escondido en mi cabaña?

—Me temo que ha sido María Luisa... —Dijo Alfredo entre dientes.

—¡María Luisa! ¡Pero... no puede ser!

—Me temo que sí. Ha sido ella, y se llevó el anillo con Rolf y Marcus antes de que me golpeasen con el fusil en la cabeza.

—Lo siento Alfredo... —Fue todo lo que pudo decir Jerónimo. Casi había perdido la vida por defender el anillo y aun así solo se preocupaba de su amigo Alfredo.

—Tenemos que recuperar el anillo y encontrar a James —Dijo Mr. Hopkins—. No han podido ir muy lejos

—Como esta Bulka —pregunto Jerónimo—. En cuanto Gasner sacó el arma y me apuntó con ella, Bulka se echó encima y este le disparó.

—Hemos visto a Bulka arriba...

—¿Muerto?

—No, pero muy mal herido. Él es quien nos ha traído hasta aquí.

Alfredo seguía mirando con cara de preocupación a Jerónimo. Este, advirtiendo la mirada del joven asintió con la cabeza. —¿Cómo está?

—Muy débil. No creo que salga de esta.

Subieron las escaleras, ayudando con cada paso al corpulento Jerónimo que a duras penas se sostenía en pie. Al llegar a la planta de la cabaña, Jerónimo miró a su alrededor a lo que quedaba de su hogar, pronto vio a su perro tendido en el suelo; se agachó, puso su manaza sobre la cabeza del mastín, y Bulka le correspondió con un lento lametón en la muñeca. Jerónimo examinó la herida en el costado del animal.

—¿Tienes todavía el arma que te presté? —Dijo girándose hacia Alfredo.

—Sí. Aquí tienes.

Cogió el arma que le tendía, se la puso al cinto, levantó al mastín de cien kilos con sus brazos, con la facilidad y el cariño con la que una madre cogería a su bebé de tres meses, y salió de la cabaña.

Los otros tres se quedaron dentro, muy callados sin saber qué hacer o decir. El sonido del teléfono les sobresaltó, y fue Llorente quien lo contestó. Después de colgar el auricular confirmó a sus compañeros que no había señales de Friedrich en el hospital de Torrelavega y que habían llamado también al de Santander por si le hubieran llevado ahí, pero tampoco sabían nada.

Volvieron a quedarse en silencio esperando a Jerónimo, hasta que les sobresaltó el sonido de un disparo. Alfredo y el inspector se levantaron como por un resorte, pero Mr. Hopkins, levantando una mano tranquilizadora, los animó a sentarse otra vez y esperar.

Unos minutos después, volvió a entrar el enorme cántabro con aire impertérrito, con una única lágrima cayendo del ojo sano delatando sus sentimientos.

—Vámonos de aquí. Tenemos que rescatar a nuestros amigos. Yo, además, tengo unas cuentas pendientes a las que atender. —Dijo secando la lágrima con la manga de la camisa y con la frialdad de un enterrador.

Mr. Hopkins fue a abrir la boca para decirle que mejor debía atender sus heridas, pero bajo la mirada determinada de Jerónimo, decidió mejor quedarse callado.

## Capítulo 47

*San Esteban, Cabaña de Jerónimo. 23 de noviembre de  
1931*

POR EL CAMINO decidieron que la forma más rápida sería volver al colegio, y coger las llaves del automóvil de Don Luis Carrión de su despacho y conducir hasta el sanatorio a toda velocidad.

A medida que se acercaban, la mole del colegio se dibujaba gris bajo la tormenta y los rayos que seguían cayendo sin cesar. El colegio parecía estar a oscuras. No era de extrañar, dada la intensidad de la tormenta probablemente la comarca entera estaba a estas horas sin luz, y lo más posible es que tardase varios días en volver.

Mr. Hopkins y Alfredo entraron por la puerta principal, subieron las escaleras del vestíbulo de cuatro en cuatro encaminándose al despacho de Don Luis Carrión. Jerónimo y el inspector, mientras tanto, fueron a abrir las puertas de las cocheras.

Al llegar a la habitación del director, la puerta estaba abierta, y el cuarto a oscuras. El fuego de la chimenea iluminaba el contorno del sillón de Don Luis Carrión. Desde la entrada, se veía su mano reposando sobre la mesilla que tenía a un lado, muy cerca de la mano, casi tocándola, una taza de té que estaba todavía humeante.

—Don Luis, con su permiso —Dijo el inglés.

Al no obtener respuesta, carraspeó, y volvió a insistir—. ¿Don Luis? — Esta vez entró en la habitación y se acercó al sillón. Alfredo se quedó en la puerta y miró el interior de la habitación con curiosidad.

Mr. Hopkins puso la mano en el hombro del director, y este con solo el

peso de la mano se ladeó hasta caer al suelo de rodillas con la cabeza sobre el regazo de Mr. Hopkins, como la imagen del hijo pródigo del cuadro de Rembrandt.

El inglés le dejó caer con cuidado sobre la alfombra. El director tenía los ojos muy abiertos y en el centro de su frente había un agujero de bala del que caía un fino reguero de sangre.

—¡Está muerto! —Le dijo a Alfredo.

—¡Muerto! —Contestó Alfredo corriendo hasta el cadáver, como si su urgencia pudiera salvar la vida del anciano.

—Pero ¿por qué? ¿Quién ha podido querer matarle?

—Don Luis sabía demasiado. Él ha sido el coordinador del grupo y el confeccionador del programa. Sin el director no sé cómo este programa podrá continuar.

—Parece que no quieren dejar ni un cabo suelto. ¡Mire, el té esta todavía caliente! No pueden estar muy lejos.

—Tienes razón. No han podido haber salido de aquí. Toma, aquí están las llaves del automóvil. No hay tiempo que perder. Ve con el inspector y con Jerónimo al sanatorio. —Dijo Hopkins descolgando el teléfono y haciendo un fútil intento de contactar con el exterior del colegio, pero no había línea.

—¿Usted qué va a hacer?

—Yo voy a registrar el despacho de Don Luis, y cerciorarme de que está seguro. Ahí es donde están todos los documentos de todos los miembros de la coalición y el cuaderno con los códigos y contactos, sería tan desastroso o más que esa información cayera en manos de los nazis que el propio anillo de Friedrich.

—Tenga cuidado Mr. Hopkins

—Descuida, en cuanto acabe, cojo la motocicleta y me uno a vosotros.

Mr. Hopkins cerró los ojos sin brillo del director del centro, cruzó sus brazos sobre su pecho y le cubrió con una manta que encontró en el suelo al pie del sillón. No había luz en toda la comarca. Las cortinas estaban a medio descorrer, pero con la tormenta de afuera, apenas entraba luz como para verse uno el contorno de la mano.

Mr. Hopkins fue hasta la ventana, se chocó contra la esquina de la mesa del director con la cadera. Descorrió del todo las cortinas, y un rayo rasgó el cielo iluminando la habitación, y pudo ver cómo junto a él había un hombre de pie con un arma en la mano.

## Capítulo 48

*San Esteban. Sanatorio El Ventuco. 23 de noviembre de  
1931*

LOS FAROS DEL coche iluminaron la entrada al Sanatorio de Cueto. Un agente de policía se bajó de un coche que estaba aparcado enfrente de las puertas y les hizo señal de que parasen.

—Gutiérrez, buenas noches.

—Buenas noches inspector. Discúlpeme, no le había reconocido. No esperaba que viniera esta noche.

—¿Alguna novedad desde el informe de las cinco? —Preguntó el inspector Llorente ignorando el saludo del policía.

—No señor, no hay novedad. Nadie ha entrado, y solo el señor Karl Becker salió en el autobús con el padre Vladimirovich y todos los chavales a la entrega de premios.

Llorente intercambió una mirada con Jerónimo y luego miró a Alfredo en el retrovisor.

—¿Qué entrega de premios?

—La del partido de fútbol. Me explicaron que el colegio había preparado una fiesta de despedida para los alemanes y que no volverían hasta tarde.

—¿Y qué hay de la ambulancia? ¿Sigue arriba en el sanatorio?

—No, salió detrás del ómnibus, dijeron que volvían a Torrelavega. Aunque ahora que lo pienso, cuando salieron a la calle se fueron detrás del ómnibus en lugar de girar a la derecha en dirección a Torrelavega...

—Mueva el coche y póngalo bloqueando la entrada al sanatorio, no deje entrar a nadie, y, sobre todo, no deje salir a nadie hasta que nosotros

volvamos. Llame por radio a Torrelavega, hable con el comisario y pídale refuerzos. Vamos a necesitar en el colegio todos los operativos de los que disponga.

—Sí señor. ¿Está todo bien? ¿no quiere que suba con ustedes?

—Haga únicamente lo que le he pedido, ni más ni menos, y mantenga los ojos bien abiertos

El coche subió por el camino de tierra que llevaba al edificio principal del sanatorio. Las luces del coche espantaron a una lechuza que estaba en la cuneta, al levantar el vuelo Alfredo pudo ver que tenía atrapado entre sus garras un ratón. A pesar de la tormenta, la lechuza tendrá que llevar comida a casa, pensó.

—Tal vez deberíamos seguir con las luces apagadas. —Dijo Jerónimo, que seguía sangrando de la hinchada ceja del ojo izquierdo.

El inspector apagó las luces del coche, y por un momento la oscuridad se hizo total. Siguieron unos metros los tres en silencio. El limpiaparabrisas se movía frenético de un lado a otro y el cristal reflejaba la brasa roja del cigarrillo de Jerónimo con cada calada que daba.

Dejaron el coche frente a la puerta principal. La lluvia ahora caía más suave, pero todavía se oían lejanos truenos seguidos por deslumbrantes relámpagos. Bajaron del coche, y la grava, pesada por la lluvia, se hundía bajo sus pies.

No se veía un atisbo de luz en la casa, ni dentro, ni fuera, pero las contraventanas estaban abiertas y eso al menos daba al sanatorio un cierto indicio de estar habitado.

—Si algún día me vuelvo loco del todo, por favor pegadme un tiro en la nuca y enterradme en un descampado antes que encerrarme en un sitio como este. —Dijo Jerónimo.

El sanatorio había sido un hospital para enfermos mentales del que se oían historias escalofriantes sobre el trato que se daba a los pacientes y las pruebas científicas que se habían hecho con ellos. El año anterior a ser clausurado el centro, el doctor Antonio Sánchez Moritz estuvo efectuando las primeras lobotomías cerebrales a humanos como tratamiento a enfermedades mentales.

Las primeras pruebas fueron para tratar la depresión, pero al no conseguir el consentimiento de los enfermos ni autorización de familiares, se prohibió el uso de enfermos para estas pruebas. Meses más tarde las autoridades oyeron que habían seguido practicando pruebas con enfermos terminales y en



presidarios para estudiar el origen de sus tendencias delictivas, y de cómo obtener la erradicación de conductas homicidas y agresivas de estos individuos por medio de la sección del lóbulo central del resto del cerebro.

El sanatorio cerró sus puertas hacía cuatro años, después de un registro, en el que encontraron una incineradora en el interior de la institución con restos de huesos humanos, un laboratorio con estanterías llenas de cerebros humanos en frascos llenos de formol, y unas celdas en las que tenían varios pacientes indocumentados en los que estaban practicando toda suerte de experimentos para estudiar, ya no solo la cura de trastornos mentales a través de la sección de fascículos nerviosos, sino también el estudio de la transmisión y el reconocimiento del dolor en el cerebro.

Para estas pruebas utilizaban todo tipo de instrumentos de tortura: desde los más básicos como una maza o unos alicates, hasta otras escalofriantes e innovadoras herramientas de tortura.

El doctor Sánchez Moritz se escapó del país, dicen que fue a Argentina, donde sigue adelante con sus experimentos.

Alfredo empujó la puerta con timidez, y esta cedió. No estaba cerrada. Miró a sus compañeros y entró dentro.

Un escalofrío le corrió por la espalda recordando su última visita a este lugar.

El inspector y Jerónimo le siguieron de cerca con las pistolas en la mano. Las tablas de madera de castaño del suelo crujían bajo sus pies a pesar de sus cautelosas pisadas. El hall de entrada estaba desierto; no había ni gente, ni muebles, ni cuadros en las paredes. Cada movimiento y cada ruido se amplificaba en los altos techos, de donde todavía colgaba una impresionante lámpara de araña.

Unas suntuosas escaleras de mármol subían al piso de arriba, debajo de ellas había una discreta puerta que debía de conducir a las cocinas y demás zonas de servicio. A mano izquierda, dos enormes puertas correderas de roble francés daban acceso a la biblioteca de la que tan malos recuerdos tenía Alfredo.

—¡Ahí! Por esa puerta estaba la biblioteca donde ocurrió todo lo que les dije. —Dijo Alfredo en poco más de un excitado susurro.

Corrieron las puertas y entraron en una biblioteca de estanterías también labradas en roble francés, pero sin un solo libro reposando en ellas. Las cortinas estaban abiertas y había una leve penumbra que dejaba entrever la

desolación de la habitación. No había señal de que alguien hubiera pisado la madera de su suelo en años, menos aún señal de que hace tan solo unos días, un enfebrecido grupo de radicales fanáticos nazis, se hubiera reunido ahí para hacer sus votos de obediencia y afiliación.

—No tenemos mucho tiempo, —dijo el inspector Llorent—. debemos registrar el sanatorio y encontrar a James, y si no está aquí, debemos encontrar pistas de dónde pueda estar James y de adónde se han llevado el anillo. Separémonos. Jerónimo, suba a la planta alta, yo seguiré registrando la planta principal, donde imagino estarán las oficinas. Alfredo, entre por la puerta de servicio y mire a ver si puede encontrar alguna pista que nos pueda servir de ayuda. Si alguien encuentra algo o necesita ayuda, grite o dispare, y los demás correremos en su ayuda.

Alfredo abrió la puerta de servicio que había bajo las escaleras del hall de entrada. Un estrecho pasillo le llevó en total oscuridad a una sala que debía de ser la antesala de la antigua lavandería, donde se doblaba y planchaba la ropa que saldría de la habitación contigua. Abrió la puerta y vio cuatro antiquísimas lavadoras y varias cestas tiradas por el suelo de cualquier manera, como si las lavanderas hubiesen salido corriendo por un aviso de incendio hace siete años.

El pasillo se expandió y llegó a las cocinas. Un gran ventanal separaba el pasillo de la cocina. En la cocina, una chimenea, los fogones y numerosos pucheros y cacharros llenaban desordenadamente el recinto. Vio una lámpara a la entrada de la cocina y la encendió con un fósforo que sacó del bolsillo.

En las estancias del servicio no había ventanas, solo pequeños tragaluces de treinta centímetros que apenas dejaban entrar luz. Con el farol en la mano las sombras y los fantasmas se agrandaron y la noche recobró vida. Casi se arrepintió de haberlo encendido y a punto estuvo de volver a apagarlo y quedarse a oscuras.

Fue abriendo todas las puertas a su paso, una a una: el armario de la vajilla, la despensa, un comedor, un baño de servicio, unas escaleras...

La puerta que daba a las escaleras chirrió un poco. Las escaleras eran angostas y empinadas, pero algo había en ellas que aturdió a Alfredo. Toda la construcción del edificio era de hace al menos trescientos años, donde todas las paredes, los techos y los suelos, le transportaban a uno a épocas renacentistas de generaciones atrás; pero estas escaleras en cambio, tenían un

aspecto de modernidad, de funcionalidad que no casaba con el resto de la construcción.

Al final del largo tramo de escaleras, parecía haber luz, Alfredo apagó su lámpara para poder ver mejor. Una tenue luz blanca, casi azul, venía del final de la escalera. Dejó la lámpara en un escalón y siguió bajando despacio.

Un leve murmullo subía por las escaleras, como el lejano sonido que hace en los bosques una de esas modernas motosierras. Alfredo se paró en seco y pensó si subir a avisar a sus compañeros, pero no quería interrumpirles, sobre todo sin saber qué era. Probablemente no era nada, tal vez la calefacción central del edificio.

El sonido paró. Oyó sonido de pasos, y luego creyó oír ruido de voces.  
Silencio.

Otra vez el zumbido de la lejana motosierra.

El suelo del sótano era de cemento pulido, brillante. A ambos lados del pasillo había celdas con puertas metálicas en las que había una pequeña ventana redonda, como el ojo de buey de un barco.

Alfredo se asomó a la primera celda, y solo vio una cama en medio de la celda. Había esperado ver algo más parecido a un catre arrinconado contra la pared como la celda de una prisión, pero en cambio, era como una cama de hospital, alta y ocupando el centro de la sala.

No había nadie en la celda.

El zumbido volvió a parar, y el sonido de voces recommenzó, ahora más cercano.

Dos hombres conversaban en alemán. Alfredo se ocultó entre el relieve de la puerta de dos celdas. Los pasos parecían alejarse por el pasillo. Alargó el cuello y vio a dos hombres de bata blanca girar a la derecha al final del pasillo mientras discutían enfrascados en unos papeles que leían al tiempo que andaban.

Alfredo esperó unos segundos más para cerciorarse que la costa estaba libre, y una vez que no oyó señal de que volvían los científicos, o de que había alguien más que hubiera quedado rezagado en alguna de las celdas, salió de su escondite y siguió pasillo abajo con largas zancadas en las que pisaba con la punta del zapato para evitar hacer ruido.

Al final del pasillo había dos celdas con la puerta abierta. Alfredo calculó que debía de ser de ahí de donde salieron los dos sujetos con batas blancas. Cuando estaba a punto de llegar a las puertas de las dos celdas abiertas, un

ruido salió de una de las celdas que le hizo parar en seco y buscar otra vez refugio.

Pero el problema es que no había refugio.

Miro rápidamente a un lado y a otro del pasillo. Estaba justo debajo de la lámpara que daba luz al pasillo, y no había lugar donde esconderse. Nuevos sonidos salieron de la celda, ahora eran más claros, era un gemido, como una lamentación. Al principio como un ligero murmullo, pero luego incrementando en intensidad, como si fuera un animal malherido.

Alfredo se acercó lenta y prudentemente a la celda de donde provenían los quejidos y cuando llegó a ella no dio crédito a sus ojos.

La espeluznante escena le hizo volverse hacia el pasillo y contener unas repentinas arcadas.

Una vez supo que su estómago no iba a renunciar, volvió otra vez a la celda.

En la celda había dos camillas de hospital; estaban colocadas en paralelo una junto a la otra. En una de las camillas, estaba el cadáver desnudo de Eloy Ugarte. El pecho había sido abierto por el esternón exhibiendo todos los órganos, como si se tratase de una rana en una clase de biología. Del corazón salían dos alambres que estaban conectados a lo que parecía una batería eléctrica, y de los pulmones unos tubos flexibles que daban a un gran fuelle.

Lo más impactante era la cabeza; el cráneo había sido cortado justo encima de las cejas en circunferencia y dejaba expuesto el cerebro, que estaba conectado a media docena de alambres. Una imagen grotesca que solo podía ser concebible en la mente de alguien como Mary Shelly.

En la otra camilla estaba James.

## Capítulo 49

*San Esteban. Sanatorio El Ventuco. 23 de noviembre de  
1931*

JERÓNIMO LLEGÓ A la planta de arriba. Una lámpara de aceite estaba encendida sobre la cómoda del pasillo, y alumbraba vagamente la espaciosa galería.

Música de Caruso salía de una sala con puertas correderas abiertas situada en el centro del pasillo, frente a la mesita con la lámpara. El olor a salchichas y chucrut, se mezclaban con el de tabaco y el moho que cubría las paredes de todo el edificio por los años de desuso.

Uno de los alemanes apareció en el pasillo llevando unos platos sucios y sorprendió a Jerónimo de pie en medio del pasillo. Jerónimo se quedó un momento paralizado. ¡Ni si quiera le había oído! Jerónimo se preguntó si es que se estaba haciendo viejo, o es que le habían dañado el tímpano en el sótano de su cabaña tratando de sonsacarle el paradero del anillo. Probablemente era un poco de los dos.

No tenía tiempo de reaccionar, no quería dispararle y alertar a todos los demás que pudieran estar en el sanatorio, pero tampoco le podía dejar dar la alarma y llamar a sus compañeros.

El joven alemán empezaba a balbucear tratando de encontrar su propia voz, pero para cuando dominó su miedo lo suficiente como para abrir la boca, una daga le atravesaba la tráquea permitiéndole solo un sonido de asfixia, pero al llevarse las manos a la garganta dejó caer todos los platos que sonaron como el descerrajar de una ametralladora en medio del pasillo.

—¡Serás escandaloso! —Le dijo Jerónimo en voz baja mientras se agachó

a recuperar su daga y limpiarla en la camisa del alemán—. ¡A ver si aprendes a morirme con más cuidado!

Alguien gritó malhumorado al chico de los platos desde la habitación con las puertas correderas. Jerónimo no sabía alemán, por lo que se puso a recoger sonoramente los platos, y refunfuñar por lo bajo, con la esperanza de que pensarán que solo había sido un torpe accidente.

De la habitación salieron unas pocas palabras más, que Jerónimo pensó que traducidas al castellano vendrían a ser algo así como: ¡eres un inepto! Ahora limpia eso, imbécil. Jerónimo refunfuñó al cuello de su camisa un poco más, y se marchó con los platos en la dirección a la que parecía llevarlos el difunto alemán antes de pasar a mejor vida.

Entre los platos que portaba había una bandeja con restos de patatas cocidas y chucrut, una cacerola con dos salchichas y un único plato sucio. Dedujo Jerónimo que en la habitación había un solo ocupante, y al que le sirven y recogen la mesa, por lo que tenía que ser un cargo superior.

Esto es pan comido, se dijo Jerónimo, ¡y nunca mejor dicho! añadió riendo su ingenio por lo bajo.

Abrió la puerta con el pie de lo que debía de ser la cocina, pensando en que solo le quedaba un enemigo por abatir quien no sospechaba ni de su presencia. Al abrirse la puerta, se vio de frente con el comedor de la soldadesca. Cinco alemanes estaban sentados a la mesa fumando y bebiendo; se quedaron estupefactos cuando vieron entrar a Jerónimo con los platos, con la tranquilidad de alguien que lleva cinco años al servicio de la casa recogiendo platos.

Se levantaron los cinco al mismo tiempo. Solo uno tenía un arma al cinto, y ese fue el que recibió el primer balazo de Jerónimo. Antes de que los platos que había soltado cayeran al suelo, ya había desenfundado y apretado el gatillo.

Los otros cuatro se lanzaron a por sus armas. Uno tenía la cartuchera colgando del respaldo de su silla, a este, el disparo le atravesó la nuca mientras volvía la cabeza buscando su arma. Otros dos saltaron sobre la encimera, donde había una única pistola, no tuvieron que pelear mucho por el arma, pues los dos cayeron secos antes de que hubieran puesto una mano en ella.

El quinto alemán no tenía arma, se quedó parado con las piernas ligeramente abiertas y los brazos en los costados, como un portero listo para

que le lancen un penalti que sabe a ciencia cierta que no podrá parar. Jerónimo agarró con la mano izquierda la botella de vino que había sobre la mesa y se la reventó contra la cabeza.

Ahora no cabía duda de que quien estuviera en la otra habitación habría oído los disparos, y sabría que había algo más que un simple recluta patoso a al otro lado del pasillo.

Jerónimo salió de la cocina para dirigirse al jefe de la habitación de enfrente, pero este ya estaba esperándole en mitad del pasillo. Jerónimo reconoció al instante la sombra del gigante Gassner.

Levantó la pistola y le apuntó al entrecejo. Gassner no estaba armado y se lo hizo ver con un gesto. Dijo algo en alemán que Jerónimo no entendió, pero por los gestos comprendió que el otro le pedía una pelea en igualdad de condiciones.

—Esto sería demasiado fácil. No. De un rápido disparo no te vas a ir de este mundo. Debería atarte como hiciste tú y darte una buena paliza, pero eso haría de mi un cobarde como tú, maldita basura nazi. No. No me voy a rebajar a tu nivel.

Gassner tampoco entendía español, pero vio que Jerónimo cometía el gravísimo error de bajar el arma, y dejarlo sobre la cómoda, junto a la lámpara. Gassner sonrió. Debía medir más de dos metros y pesar al menos ciento treinta kilos. Jerónimo, con su metro setenta y casi cien kilos no debía de ser adversario para él, pero en su larga carrera se las había visto con tipos de la misma calaña: grandullones fortachones que estaban acostumbrados a acabar una pelea de un solo golpe o de ver al adversario corriendo por su vida, pero Jerónimo tenía más experiencia en ese tipo de escaramuzas que un marino viajado y asiduo a las tabernas de puerto.

Se midieron un rato el uno al otro, andando a prudente distancia en círculo, frente a frente.

El primero en mover ficha fue Jerónimo, quien tenía más odio y ganas de golpear. Le lanzó un tremendo derechazo a la mandíbula que podría haber tumbado un roble de cuarenta años, pero Gassner ni tenía cuarenta años, ni su mandíbula tenía la flexibilidad del tronco de un roble.

Jerónimo quiso gritar de dolor y ponerse la mano bajo el brazo. Nunca había tenido la insensatez de golpear un muro de piedra en su vida, pero estaba convencido de que la sensación en los nudillos no podía ser muy diferente a la de golpear a Gassner en la mandíbula.

Gassner pareció no inmutarse, enarcó más sus gruesos y obscenos labios en una terrible sonrisa. Era desmoralizante, hasta que Jerónimo percibió que un hilillo de sangre corría por la barbilla del grandullón procedente de su boca.

¡Es humano! se dijo esperanzado, y lanzó dos directos más y luego un croché. Los directos encontraron la nariz del gigante, pero el croché, después de un sorprendentemente rápido movimiento de Gassner, golpeó el aire, y el brazo de Jerónimo acabó atrapado debajo de la sudorosa axila del gigante.

Estando a dos palmos de distancia de la cara del gigante, Jerónimo pudo ver con complacencia que debía de haber sentido algo los golpes, porque ahora parecía verdaderamente enfadado.

Trató de desenvainar su brazo del agarre del alemán sin mucho éxito. Como respuesta a los fútiles esfuerzos de Jerónimo, el alemán giró su cintura adelantando un pie haciéndole caer al suelo con facilidad. Mientras caía, Gassner agarró su brazo de manera que cuando cayó Jerónimo al suelo, su brazo estaba retorcido y a su espalda, con el grandullón encima de él apretando su espina dorsal con la rodilla y sus ciento treinta kilos de presión haciendo crujir cada una de sus vertebrae.

—Te doy tres segundos para que me sueltes el brazo, si no, te arrepentirás de este momento el resto de tu vida. —Dijo Jerónimo tratando de sonar convincente.

Gassner agarró a Jerónimo de la barbilla y empezó a tirar de él arqueando la espalda de este. Movi6 su pierna para también sostener el brazo con ella y extrajo el cuchillo del cintur6n de Jerónimo. Acerc6 su cara a la oreja de Jerónimo, y le dijo algo en alemán que sonaba como a despedida o un hasta pronto.

El estallido de dos disparos retumbo en las paredes del pasillo. La presi6n del cuello y de la espalda ces6 en ese instante, y Jerónimo se desembaraz6 del cuerpo agujereado y sin vida del alemán.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? ¡Ya casi lo tenía! —Dijo Jerónimo.

El inspector seguía inm6vil con el cañ6n de su pistola humeante. Levant6 una ceja y se disculp6: —Discúlpeme Jerónimo, por un momento pens6 que estaba teniendo dificultades con el gigante.



## Capítulo 50

*San Esteban. Sótano del Sanatorio. 23 de noviembre de  
1931*

JAMES TENÍA LA cabeza afeitada, y yacía desnudo sobre la camilla. En la frente tenía unos trazos con tinta que parecía el patrón de una costurera. Mirando al cadáver de Eloy junto a él, y viendo la configuración del corte en su cráneo, no era difícil adivinar cuál era el propósito de las marcas en la cabeza de James; por si quedaba lugar a dudas, en la mesa de operaciones, había una pequeña sierra radial junto con otros diversos instrumentos de cirugía.

—James —Llamó a su amigo al oído. El americano movió un poco la cabeza, pero estaba completamente drogado e incapacitado de todos sus sentidos—. ¡James, despierta! —reiteró inútilmente.

—Tengo que sacarte de aquí —Dijo empujando la cama hasta la puerta de la celda, pero oyó pisadas que se acercaban y otra vez las voces de los hombres de bata blanca.

Se escondió detrás de la puerta en el momento en que los dos científicos alemanes entraron en la celda. Seguían hablando y discutiendo unos papeles que compartían, sin sospechar por un momento de la presencia de alguien más en la celda. Desde su escondite, Alfredo solo veía una de las batas al lado de la mesita de los instrumentos, y una parte de la cama con el pie frío y desnudo de James.

El doctor que estaba más cerca, se volvió a la mesita de las operaciones, cuando por fin pudo ver su cara, se sorprendió de reconocer al profesor Hoffman. El profesor Hoffman cogió una jeringuilla con un líquido amarillento

dentro y lo añadió al suero que se dosificaba desde una botella directo al brazo de James. Poso la jeringuilla vacía en la mesita y cogió la sierra circular. El sonido de la sierra despertó a Alfredo de su atolondramiento, y empujando la puerta de donde se escondía con fuerza, se lanzó sobre la mesilla y agarró un bisturí.

—¡Caviedes! ¿Se puede saber que está usted haciendo aquí?

—Eso iba yo a preguntarle, pero bien mirado, creo que prefiero no saberlo. Apague ahora mismo esa sierra. —Alfredo ahora podía ver al otro doctor, y reconoció al doctor Fisher, el profesor alemán, con cara de roedor, que llegó en el autobús con todos los alemanes el primer día y que no había vuelto a ver en el colegio desde entonces. Ahora sabía dónde había estado todo este tiempo escondido y a qué se había dedicado.

El profesor Hoffman apagó la sierra despacio y luego con tono reconciliador y casi paternal se dirigió a Alfredo.

—Caviedes, lo que estamos haciendo aquí es de una gran importancia histórica y científica. —Dijo el profesor Hoffman

El alemán con cara de roedor se acercó un paso hacia Alfredo y el profesor Hoffman se apartó respetuoso.

—¿Señor Caviedes, está usted familiarizado con la galvanización? —Dijo con marcado acento teutón.

—¿Se refiere al estímulo de músculos o nervios por medio de descargas eléctricas?

—¡Exacto! Realmente, cuando el cuerpo está con vida, es el cerebro el que manda esas descargas eléctricas a los músculos a través de los nervios

—Pero eso, no se ha podido probar... la única prueba que sustenta esa teoría es el experimento con una rana muerta y dicen que se encogieron las piernas porque la descarga fue tan fuerte que probablemente los tendones se encogieron al derretirse.

—Querido Caviedes, —empezó el roedor con sonrisa pacient—. esto no es una teoría. Se lo demostraré... Dr. Hoffman, por favor, haga una demostración a nuestro camarada.

El profesor Hoffman se volvió al cadáver de Eloy, luego al generador, lo puso en marcha y se volvió otra vez hacia Eloy. Un cable ya estaba conectado al corazón con una pequeña pinza metálica, y extrajo otra pinza que se unía al generador y la enganchó a un clavo hundido en la corteza del cerebro de Eloy.

La reacción fue instantánea y escalofriante. Eloy, con el pecho abierto en

dos y la cabeza completamente destapada, con los sesos a la intemperie, se incorporó doblando su tronco hasta alcanzar la posición de sentado y abrió un ojo que parecía mirar a Alfredo con aire delatador.

El profesor Hoffman desconectó la batería y Eloy cayó como una muñeca de trapo sobre la mesa de espaldas, desencajando el cerebro un poco y dejándolo casi fuera de la cavidad craneal.

Alfredo se quedó con la boca abierta y sin poder mover un músculo. Pensó que debía de estar soñando. Una terrible pesadilla. No podía ser verdad lo que acababa de presenciar. Los dos doctores le miraban sonrientes uno al lado del otro regocijándose con la cara de asombro de su joven espectador.

—Eso no es todo, —continuó el doctor Fishe—. ayudado con las descargas eléctricas, si bombeamos la suficiente sangre en sus venas y cerramos el circuito, el corazón empezará a latir por sí solo y los pulmones, después de ayudarles con el fuelle, volverán a funcionar naturalmente, y así, paulatinamente todos sus órganos volverán a funcionar. —Alfredo había bajado el bisturí y miraba boquiabierto al doctor.

¡Será esto un sueño!

—Amigo Alfredo, lo que estamos aquí demostrando, es que la muerte no es más que una interrupción de la vida, pero no tiene que ser el final. Podemos tomar los órganos que estén enfermos o infectados y cambiarlos. Curar una infección, es mucho más sencillo cuando la sangre no está bombeando esa infección a todos los órganos.

—En el caso de Eloy, —intervino el profesor Hoffma—. el órgano que estaba enfermo era el cerebro. Nunca estuvo bien para empezar, pero su cuerpo es de una fuerza descomunal. Lo que tratamos de probar con este experimento, al que James Roosevelt se ha presentado voluntario, es qué ocurriría si implantásemos un cerebro sano e inteligente como el de James en el cuerpo de Eloy.

—¡Están ustedes locos! —Dijo Alfredo negando con la cabeza como si tratase de despertar del mal sueño.

—Todo lo contrario, mi querido camarada. Imagine lo que podríamos conseguir si diseñamos maquinas acorazadas, hombres robot, que respondieran a un cerebro humano y fueran simplemente indestructibles. ¡No habría ejército que pudiera detenernos!

—¡No, no, no! Todo esto es una locura, una insensatez. No dejaré que

pongan un dedo encima de mi amigo y continúen con sus retorcidos experimentos. —Dijo levantando otra vez el cuchillo amenazador.

El profesor Hoffman se apartó un poco de su colega.

—¡Quédese quieto Hoffman! ¿A dónde va?

Aprovechando que el profesor Hoffman se escapaba hacia la puerta a buscar ayuda, el doctor Fisher agarró otro bisturí de la mesita y se lanzó contra Alfredo, este recibió un tajo en el brazo izquierdo, pero cuando el doctor se lanzó a hacerle otra incisión, esquivó la cuchillada y lanzó un derechazo al cuello con el bisturí que cercenó la vena yugular del científico alemán. Al principio parecía que no le había cortado, el doctor ni se inmutó y el cuello no sangraba, tan fino era el corte, pero se llevó de pronto la mano al cuello y sangre empezó a salir a borbotones.

Alfredo se quedó paralizado, mirándole sin saber qué hacer. Pensó que debía ayudarle, pero al mismo tiempo sabía que tenía que matarlo. La bata blanca estaba en pocos segundos completamente roja en el lado izquierdo. El doctor cayó al suelo, primero de rodillas y luego desplomándose contra el suelo de cemento. Alfredo seguía de pie, mirando asustado el charco de sangre que le empapaba los pies, asombrado de que pudiera haber tanta sangre en el cuerpo de un hombre.

Jerónimo apareció por la puerta y detrás de él llegó el inspector Llorente. Jerónimo miró al doctor muerto en el suelo con sorpresa, y luego otra vez a Alfredo.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Hay otro profesor que escapó pasillo abajo.

—Tenemos que asegurar el sanatorio hasta que llegue ayuda. —Dijo el inspector mirando el pasillo por donde salió el profesor Hoffman—. Alfredo, baje a la carretera a llamar al guardia que está cubriendo la entrada. Dígale que suba en seguida y que traiga la radio.

—Sí señor.

—Jerónimo, quédese aquí mientras yo atrapo al otro profesor y lo traigo de vuelta conmigo para que podamos interrogarle.

El inspector salió corriendo pasillo abajo en persecución del profesor Hoffman.

Jerónimo se quedó inspeccionando la sala y con expresión de horror preguntó—. ¿Es ese James?

—Sí

—¿Está... está vivo?

—Sí, un poco drogado, pero creo que está bien.

—¿Y este otro?

—No, ese no está tan bien. Lleva muerto una semana. Pero no te acerques que a ratos le da por levantarse y te va a dar un susto de muerte. Me voy a por el guardia y ahora mismo vuelvo

Jerónimo le miró salir extrañado, preguntándose a qué venía ese humor tan retorcido de pronto.

En el jardín parecía que la lluvia había aminorado, pero seguía habiendo un fuerte viento y se oían aún truenos a lo lejos acompañados de algún esporádico relámpago. Un árbol había caído por el viento justo delante del coche en el que habían venido, a medio metro de destrozarlo por completo.

Alfredo se levantó el cuello del abrigo y bajó a paso rápido, camino abajo, hasta llegar a la puerta de entrada. En la acera de enfrente seguía aparcado el coche del policía que había puesto Llorente de guardia.

Se acercó al coche, y tocó en la ventana. Pensó que el agente estaría dormido, porque podía ver su silueta en el asiento del conductor detrás de la cortina de agua de lluvia y vaho. Llamó un par de veces algo más fuerte, e impacientándose, abrió la puerta del coche. El agente cayó al suelo a los pies de Alfredo, en el barro del camino, bocarriba, con los ojos muy abiertos y dos disparos en el pecho.

Alfredo miró a todos lados y salió corriendo de vuelta al sanatorio. Quien hubiera matado al agente no podía estar muy lejos, y no dudaría en deshacerse de él también.

Llegó al edificio del sanatorio sin aliento. Volvió a entrar por la puerta de servicio que estaba debajo de la escalera y siguió el pasillo hasta el sótano. Una vez en el sótano no se oía un ruido. Bajó las escaleras y siguió el pasillo hasta la celda donde dejó a Jerónimo con James con cuidado de no hacer ningún ruido hasta la celda.

La celda seguía abierta pero no había nadie dentro, salvo el cadáver de Eloy. Miró debajo de la camilla y dentro de la taquilla, pero nada.

Una voz a sus espaldas le hizo dar la vuelta de un salto, y lanzando un grito se dispuso a atacar con el puño en alto.

—¿Qué te ocurre? —Preguntó Jerónimo—. ¿y esa cara? ¡No me digas que te he asustado! —Dijo Jerónimo con una sonrisa guasona.

—Olvídate de eso ahora ¿de dónde vienes?

—De la celda de al lado. ¿No querríais que dejase a James con el hambre y que cuando despertase y le viera ahí despatarrado le diera un susto de muerte?

Alfredo asintió.

—Pues ya está despertando.

Los dos se fueron juntos a la celda contigua, donde James parecía todavía grogui, pero al menos tenía los ojos abiertos y hablaba, aunque incoherentemente.

Oyeron pasos al final del pasillo y el inspector Llorente llegó con el profesor Hoffman a quien apuntaba con su pistola.

—¡Mirad a quién me he encontrado! Estaba entrando en un pasillo subterráneo que parece llegar bastante lejos. Creo que le vamos a conectar a Eloy Ugarte, a ver si conseguimos que nos diga algo, y si no, al menos morirá sirviendo a la ciencia, ¿qué os parece? Jerónimo, átele a la camilla donde estaba antes tumbado James; Alfredo traiga la sierra circular que tenían preparada, vamos a ver cómo se compara el cerebro de un científico alemán con el de un labriego de la comarca.

Jerónimo agarró al profesor, lo tumbó con violencia contra la camilla, y le ató con los correajes allí dispuestos. El profesor Hoffman pataleaba y pedía clemencia con lágrimas en los ojos.

—¡Hablaré! ¡Diré todo! ¡Suéltenme, por amor de Dios!

—¡Ja! fijese lo rápido que vuelven a creer en Dios estos paganos

Alfredo volvió a la otra celda con James mientras sus compañeros sacaban toda la información al profesor Hoffman.

—James, ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Alfredo... Alfredo, hola.

—¿Dónde está Friedrich? ¿Le has visto? ¿A dónde se lo han llevado?

James pareció pensarlo un momento, o tal vez no había entendido la pregunta, estaba demasiado aturdido. Al fin, pareciendo despertar, dijo abriendo mucho los ojos y mirando a Alfredo directamente a la cara:

—¡Sí, le he visto! Le tienen y también el anillo. ¡Se lo han llevado!

—¿A dónde? ¿Cuándo?

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Son casi las once y media de la noche.

—No hay tiempo que perder. —Dijo James saltando de la cama, pero

cayendo al suelo tirando la botella de suero consigo porque sus piernas no le aguantaban.

—Espera muchacho, no tan rápido —Dijo Jerónimo entrando en la celda. Le levantó del suelo y le volvió a sentar otra vez en la cama—. Primero déjame quitarte el suero. —Cogió una bola de algodón de la mesilla, la presionó contra la vena, donde la aguja del suero estaba clavada, y sacó la aguja—. Dobla el brazo y presiona el algodón. —Alfredo miraba perplejo la soltura con la que Jerónimo se desenvolvía en la enfermería con esas enormes manazas.

—Estoy un poco mareado, creo que me...

Antes de terminar de hablar había caído otra vez inconsciente, pero Jerónimo le agarró antes de que volviera a ir al suelo y le recostó con cuidado sobre la cama.

El inspector entró en la celda apresurado, y dijo que el profesor alemán había dicho que el pasillo llevaba directo a la cripta de la iglesia, adonde se habían llevado a Friedrich—. Van a sacrificar a Friedrich en la cripta. Le van a matar a medianoche y además han puesto una bomba en el sótano del colegio que explotará a la misma hora para sepultar al resto del colegio y lo que queda de la UIMI.

James estaba despierto otra vez, trató de ponerse de pie y por poco volvió a caer al suelo.

—Este no está en condiciones de andar. ¿Dónde está el guardia ese? Debería quedarse a cuidarlo

—Muerto

—¿Qué?

—Cosido a tiros, en su coche.

James miraba con ojos desorbitados a los tres compañeros digiriendo toda la información que estaba escuchando—. Tenemos que ir a la cripta, no hay tiempo que perder

—James, tú no puedes ir a ninguna parte en tu estado. Debes quedarte aquí y esperar a que venga ayuda. Hemos llamado y pedido refuerzos... —Dijo Alfredo

—¿Cómo sabemos si hemos finalmente pedido refuerzos? El agente está tieso en la carretera, y no sabemos si le han pegado el tiro antes o después de dar la voz de alarma por radio.

—Eso es verdad. No sabemos si la ayuda está al venir o no, pero James

debe quedarse aquí. —Dijo el inspector hablando a Jerónimo y Alfredo, luego, volviéndose a James dijo—. Lo siento James, debes quedarte aquí. Además, necesitamos que alguien se quede cuidando del prisionero de la celda de al lado. Mandaremos a alguien a por ti lo antes posible

—Yo iré a la cripta por el subterráneo; conozco el camino. —Vosotros id al colegio y tratad de parar la bomba o al menos evacuar el edificio antes de que explote. —Dijo Alfredo haciéndose cargo. El inspector y Jerónimo asintieron, y después de que Jerónimo volviera a prestar su revólver a Alfredo, salieron todos corriendo dejando solo a James a cargo del prisionero.



## Capítulo 51

### *San Esteban. Cripta. 23 de noviembre de 1931*

ALFREDO ENTRÓ EN el pasadizo subterráneo. Cuando cerró la puerta detrás de sí, tardó un momento en que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad: poco a poco empezó a ver algo de luz y a formar contornos. En seguida pudo ver que el túnel tenía que ser el mismo o al menos estar conectado al que descubrió la noche anterior. Los mismos cirios que vio, estaban colocados en las pequeñas hendiduras de las paredes cavernosas y esta vez estaban encendidos iluminando así su paso con el bailar de las llamas formando sombras espectrales sobre el contorno de la cueva.

Anduvo trescientos metros por terreno desconocido hasta que llegó al fondo del pozo donde cayó en su primera incursión por los subterráneos. Miró hacia arriba y entre las tablas rotas del falso suelo del pozo podía ver que había dejado de llover. Nubes veloces corrían oscuras por el perfecto círculo que formaba la apertura. Continuó por el camino que ya conocía hasta el desvío indicado con una esvástica pintada. Desde ahí, le llegaron lejanos ruidos de cánticos por el angosto túnel que conducía a la cripta. Siguió con mayor sigilo y cuidado. Tal vez encontraría alguien de guardia antes de llegar a la entrada a la cripta.

La puerta a la cripta estaba cerrada, pero no había nadie guardando la entrada.

Encendió un fósforo para mirar su reloj de pulsera: faltaban cinco minutos para media noche.

Acercó su oreja a la puerta, y en el interior podía oír las voces de hombres en cánticos rítmicos y tribales.

Empujó un poco la puerta y esta cedió. Una rendija se abrió y entró la luz

de una veintena de antorchas que colgaban de las paredes y columnas del interior de la cripta.

Los cánticos se oyeron con mayor nitidez.

Pudo ver unas figuras fantasmagóricas ataviadas con túnicas y capirotos, como los nazarenos en las procesiones de Semana Santa. Las túnicas eran todas blancas con un bordado negro en el lado derecho del pecho, como de dos rayos paralelos.

Abrió un poco más la puerta, y vio a otro individuo que vestía túnica y capirote rojos, el jefe debía de ser, se movía entre los demás como un espectro levitante, sombrío y macabro, entre los otros fantasmas.

Un disparo se oyó a lo lejos en la noche, fuera de los muros de la iglesia.

Ahora una ráfaga. Después una gran explosión que retumbó en la cripta haciendo vibrar hasta los cimientos.

Los cánticos pararon y se oyeron voces dando órdenes apresuradas en alemán, y el ruido de tacones de botas corriendo retumbando sobre la bóveda de la cripta.

Abrió más la puerta. Los fantasmas de blanco corrían escaleras arriba sacando armas de debajo de las túnicas y levantando los capirotos para poder ver mejor, reconoció entre los fantasmas de blanco a Becker. El fantasma de rojo les daba órdenes bajo su máscara y les urgía a empujones en dirección a la entrada de la cripta. Si el hombre de rojo no era Becker, ¿quién era este que daba órdenes y que hasta Becker le obedecía fiel?

Alfredo abrió del todo la puerta aprovechando la conmoción, se metió en la cripta y corrió hasta la columna más cercana. Desde ahí vio a Friedrich, sentado en una silla de madera, desnudo de cintura para arriba.

Alfredo avanzó sigilosamente hasta la siguiente columna desde donde podía ver mejor.

La silla en la que Friedrich estaba sentado se encontraba sobre el centro del círculo con los doce rayos pintado en el medio de la cripta que había visto la noche anterior con Mr. Hopkins. Friedrich llevaba todavía puestos los pantalones cortos del partido de fútbol como única prenda. Tenía en la cabeza una corona de alambre de pinchos, de la que caía sangre profusamente en regueros resbalando sobre su cara hinchada y amoratada hasta caer sobre su pecho y sus piernas.

Friedrich estaba todavía consciente, aunque se le veía muy debilitado.

Junto a Friedrich estaba María Luisa sentada en otra silla. Vestía lo que

parecía ser un vestido nupcial; el vestido le venía claramente grande, pero, aun así, María Luisa estaba preciosa; la muy traidora...

Becker había salido de la cripta con casi todos los fantasmas de blanco, solo quedando uno al lado de Friedrich y otro junto a María Luisa.

El hombre de rojo se acercó al padre Vladimirovich y el eco del crujir de sus pisadas resonaron en la bóveda de la cripta. El hombre de rojo miró su reloj de pulsera.

—Es la hora. Termine, padre.

El monje levantó los brazos, y posando sus huesudas manos sobre las cabezas de Friedrich y Maria Luisa pronunció:

—Bajo el poder que se me ha otorgado y en presencia de Marcus Eibl y Dirk Strauss en calidad de testigos, yo declaro a Friedrich Nicholas Von Presussen y Maria Luisa de Borbón marido y mujer

Alfredo escuchaba esto con total desconcierto.

El hombre de rojo extrajo un documento de un bolsillo interior de su túnica que acercó a Maria Luisa y la instó a que firmase, luego se lo acercó a Friedrich, quien, roto de luchar con sus torturadores, firmó el documento mansamente, cansado de luchar. Los guardias de las túnicas blancas, Marcus y Dirk, firmaron también como testigos para cumplir con las necesidades legales del documento, y finalmente el monje puso su firma. El hombre de rojo, después de revisar el documento se lo guardó nuevamente bajo la túnica, cogió a Maria Luisa de la mano y llevándosela casi a rastras dijo:

—Esto es todo lo que necesitábamos. Ahora acabad con él.

El monje sacó una daga de su cinturón y agarró a Friedrich del pelo echando su cabeza para atrás descubriendo su gáznate, levantó la daga con el puño preparado para asestar el golpe final.

Alfredo en seguida comprendió que iban matarle ahí mismo, salió de su escondite y apuntó al monje con el revólver que agarraba con las dos manos.

—¡No se atreva a dar un paso más!

El sacerdote se paró, primero sorprendido, y luego sonriendo con esos ojos rojos de conejo albino levantó las manos en señal de rendición, pero sin soltar la daga.

—¿Qué es lo que va usted a hacer, señor Martin de Caviedes?

—Como dé un paso más con ese cuchillo, lo que haré es volarle los sesos. Tire el cuchillo al suelo, y aléjese unos pasos de él

Fuera se oyeron ahora las sirenas de la policía, y por un instante todos

miraron hacia las escaleras que conducían al exterior. Ahí estaba todavía el hombre de rojo valorando la situación. El monje aprovechó el despiste de Alfredo y levantó una vez más el cuchillo hacia el gáznate de Friedrich, pero Alfredo viendo el movimiento del monje le disparó en el pecho sin dudarle.

El fantasma de blanco que había sido el testigo de Maria Luisa sacó una pistola de debajo de su túnica.

—¡Alfredo, cuidado! —Gritó Maria Luisa desde las escaleras

Alfredo se giró y le disparó antes de que el otro pudiera levantar el arma, abriendo un agujero en el centro de la túnica. El fantasma se retorció agarrándose con las dos manos la tripa, y cayó sobre el suelo de piedra, dándose un fuerte golpe con la cabeza. Después ya no se volvió a mover.

El hombre de rojo tiró de la mano de Maria Luisa y se la llevó a empujones fuera de la cripta.

Alfredo se acercó con cautela al padre Vladimirovich, que estaba en el suelo todavía respirando, aunque con gran dificultad. Alfredo le pisó la muñeca de la mano que agarraba el cuchillo y se lo quitó. Con el cuchillo cortó las cuerdas que sujetaban a Friedrich. El sacerdote le miró con ojos vengativos, llenos de veneno, pero un ataque de tos le hizo doblarse y la sangre empezó a manar de su boca, al poco expiró y su alma corrió veloz a lo más profundo del infierno.

Friedrich se levantó laboriosamente de la silla con la ayuda de Alfredo y los dos se acercaron a la puerta del pasadizo por la que había entrado Alfredo momentos antes. Antes de que hubieran salido por la puerta, Becker apareció de nuevo en la cripta, y con una ametralladora disparó contra ellos justo cuando cerraban la puerta de entrada al túnel haciendo saltar astillas de la puerta.

—Rápido, por aquí

—¿A dónde vamos?

—Fuera y lo antes posible.

Detrás de ellos podían oír el sonido de los hombres persiguiéndoles. Llegaron a un pasillo recto de unos diez metros, y antes de llegar al final del pasillo y girar, Becker apareció con Marcus por el otro extremo del pasillo y les lanzó otra ráfaga de balas con la ametralladora.

Llegaron al cruce por donde podían seguir hacia el pozo o tomar el otro camino, el que tenía la constante brisa viniendo de él. Alfredo pensó rápido: si seguían hasta el pozo, tendrían que escalar el pozo cosa que Friedrich no

estaba en condiciones de intentar, y además seguro que Becker les daría alcance antes de llegar, al menos seguro que llegaría cuando ellos estuvieran tratando de trepar y los aniquilaría sin dificultad antes de que llegaran a la cima.

—Por aquí —Dijo al fin, adentrándose en el camino del que venía la fría brisa.

Siguieron corriendo por el túnel tan rápido como podían. Alfredo llevaba la antorcha en una mano y con la otra aguantaba a su amigo para ayudarle a andar. Friedrich, descamisado, andaba a duras penas con una tiritona que le hacía castañetear los dientes.

Encontraron otros dos cruces de caminos, pero Alfredo siempre siguió en la dirección de la brisa, que cada vez se hacía más notoria, y ahora venía con los olores de la hierba mojada y del salitre del mar.

—Ya no oigo las pisadas detrás. Creo que ya no nos siguen. —Dijo Friedrich agarrándose la mandíbula inferior con las dos manos.

—No podemos pararnos, no me fío, y tenemos que pararnos antes de que se escapen con tu anillo y con Maria Luisa

En ese momento el túnel que ahora subía en empinada pendiente, se abrió al exterior. En el cielo se movían oscuras nubes a gran velocidad, como sombras entre los claros de luna. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas era ensordecedor. Alfredo tiró la antorcha a un charco en el suelo y salió de la cueva ayudando a su amigo.

La boca del túnel estaba a escasamente a dos metros del acantilado. El viento racheado les hacía andar con el paso incierto de un marino recién llegado a tierra. El mar al norte, al sur el frontón, y detrás de este, el edificio del colegio. Volvieron los dos abrazados, Friedrich ahora temblaba violentamente. Se pararon un momento en el frontón para resguardarse del viento y tratar de hacer entrar en calor a Friedrich. Alfredo se quitó su abrigo y lo puso sobre los hombros a su amigo, que no tenía muy buena cara y había empezado con una tos que parecía consumirle las pocas fuerzas que le quedaban.

Caminaron bordeando el colegio y cuando llegaron a la entrada del edificio de la escuela, encontraron media docena de policías en la puerta. Uno de los policías los vio y los señaló para que sus compañeros también los vieran.

Se acercaron cuatro de los agentes corriendo.

—Rápido, ayúdenme. Debemos llevarle con el doctor —Dijo Alfredo.

Levantaron a Friedrich entre todos y se lo llevaron con prisa. Antes de entrar al castillo, otros policías llegaron del camino de la iglesia con tres de los alemanes con grilletes, todavía con las túnicas puestas, pero sin los capirotos.

—¿Dónde está el inspector Llorente? —Preguntó Alfredo a los policías.

—Sigue todavía abajo, en la iglesia

—¿Han encontrado ya a Don Luis Carrión?

—¿Quién es Don Luis Carrión? —Dijo el policía que parecía estar al cargo después de mirar a los otros agentes buscando respuestas en sus caras.

—El director del colegio

—¿Qué pasa? ¿Ha desaparecido? —Dijo llegando a la biblioteca del colegio con Friedrich en volandas—. Raúl, ábranos la puerta.

Llevaron a Friedrich a un sofá cerca del fuego, ordenó a otro agente buscar al doctor, y al que había llamado Raúl que buscara mantas.

El policía metió dos troncos más en la chimenea para calentar la habitación. Se levantó, sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo a Alfredo.

Alfredo tomó un cigarrillo y se sentó en el borde del sofá, junto a Friedrich, quien ahora dormía con el abrigo de Alfredo encima. Después de encenderse el cigarrillo que le había tendido el comisario de policía, levantó la vista y le preguntó—. ¿han encontrado al profesor Hopkins?

—Escuche caballero. Creo que va a tener que explicarnos todo desde el principio. Nosotros recibimos una llamada de un agente diciendo que el inspector Llorente necesitaba refuerzos urgentes, y eso es todo lo que sé. —Paró un momento para ponerse el cigarrillo en la boca y encenderlo, y soltando el humo ruidosamente continuó:

—Venimos de Torrelavega, no había oído nada de este colegio hasta que Llorente me dijo hace una semana que estaba trabajando en un caso aquí. ¿Qué diablos ha pasado? Nos han recibido unos energúmenos disfrazados de nazarenos y armados hasta los dientes. Uno de mis agentes está herido y tengo tres cadáveres sin identificar desperdigados por las inmediaciones de la iglesia y no sé cuántos más encontraré dentro.

—Esta tarde, antes de que el agente les hubiera llamado para pedir refuerzos, nos encontramos el cadáver de Don Luis Carrión en su despacho. Había sido asesinado —Empezó diciendo Alfredo

—¿El director del colegio

Alfredo asintió.

El comisario se quedó un momento callado, asimilando lo que acababa de oír. Después tiró el cigarrillo a la chimenea y se encaminó a la puerta con decisión.

—Lléveme al despacho del director. Puig, quédese con el enfermo. Ceballos, venga con nosotros.

Subieron los tres juntos las escaleras, al llegar a la puerta del despacho de Don Luis Carrión, el comisario hizo un gesto a Alfredo para que se quedara fuera y entró él con el agente Ceballos.

Alfredo escuchó desde el otro lado de la puerta que los agentes dejaron entornada. El sitio seguía a oscuras, pero el comisario había subido una lámpara, y veía desde fuera las sombras moviéndose con rápida eficacia en el interior del despacho, mientras él esperaba en el pasillo casi a oscuras.

—¡Está vivo! —Oyó decir a Ceballos.

Sin poder contenerse más, Alfredo empujó la puerta y entró dentro de la habitación. En el interior estaban Ceballos y el comisario de cuclillas frente al cuerpo de Mr. Hopkins, quien parecía estar volviendo en sí. Junto a él, había un pesado candelabro, y una gran mancha de sangre empapaba la alfombra donde había estado reposando su cabeza momentos antes.

—¡Mr. Hopkins! —Dijo Alfredo entre sorprendido y contrariado.

—¿Mr. Hopkins? Pensé que había dicho que era Don Luis Carrión... —Dijo el comisario levantando la cabeza

—No, Don Luis es aquel otro, a los pies del sillón. —Los policías se giraron y repararon por vez primera en el otro cuerpo, dejando los dos al mismo tiempo a Mr. Hopkins en el suelo sin decir palabra, como movidos por un embrujo. Mr. Hopkins se dirigió a Alfredo.

—Alfredo... me asaltaron. En cuanto os marchasteis me golpearon.

—Pero, ¿quién? ¿Quién le ha atacado? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—No lo sé. —Dijo llevándose la mano a la cabeza y mirándose luego la mano cubierta en sangre—. Me despedí de ti, luego cubrí el cuerpo de Don Luis con una manta y fui hasta su escritorio para ver si había alguna pista de los documentos y alguien debió de golpearme en la cabeza con esto —Dijo agarrando el candelabro con la mano y moviéndolo para calibrar su peso—. Alguien que debía de haber estado escondido en el despacho todo el tiempo.

## Capítulo 52

### *San Esteban. Colegio. 24 de noviembre de 1931*

EL DOMINGO AMANECIÓ todavía lluvioso y con el colegio abarrotado de policías.

Habían convertido los vestuarios de la planta baja en una cárcel improvisada, donde tres policías bien armados vigilaban a Rolf y a otro alemán como únicos supervivientes de la batalla de la iglesia. Después del desayuno, un coche patrulla trajo también al profesor Hoffman desde el sanatorio de Cueto para unirse a los otros tres reclusos.

Las duchas de los vestuarios se transformaron en una morgue improvisada hasta que pudieran retirar los cadáveres. En el suelo de azulejo blanco, apilaron los ocho cadáveres encontrados hasta el momento: El del padre Vladimirovich, el del doctor Fisher, Marcus, Gassner y el de los cuatro acompañantes de Gassner.

Karl Becker y el hombre de Rojo habían desaparecido y tampoco había rastro de María Luisa.

El cadáver de Don Luis Carrión lo mantuvieron en su despacho por respeto, habilitaron su despacho para hacer un velatorio para que todo el claustro del colegio y los alumnos pudieran pasar a darle el último adiós.

James y Mr. Hopkins habían sido instalados en sus habitaciones, donde se recuperaban favorablemente de sus heridas.

Friedrich y Jerónimo, estaban mucho más graves y seguían en la enfermería del colegio esperando a que los pudieran trasladar a un hospital, pero la única ambulancia de la comarca había desaparecido y tenían que esperar a que mandaran unas ambulancias desde Santander.

Friedrich estaba todavía inconsciente, había perdido mucha sangre y tenía



una grave contusión en el cerebro. Jerónimo tenía tres costillas rotas; el tabique nasal partido, el pómulo izquierdo y otro hueso del cráneo también fracturados y el doctor Bermúdez temía que además uno de los pedazos fracturados del cráneo estuviera ejerciendo presión sobre el tejido del cerebro. Cuando se tumbó la noche anterior, después de la refriega con los alemanes, perdió el conocimiento y se había despertado esa mañana vomitando, con dolor de cabeza y el habla algo entorpecida.

Alfredo pasó gran parte de la mañana tratando de convencer al doctor que le dejase pasar a la enfermería para ver a sus amigos Friedrich y Jerónimo. El doctor finalmente le dijo que podría entrar cinco minutos, pero que fuera muy silencioso y sobre todo que no excitara a los enfermos quienes tenían que descansar. El doctor le llevó hasta la enfermería y abrió la puerta con mucho cuidado de no hacer ningún ruido. Cuando abrió la puerta, se encontró con Mr. Hopkins sentado fumando su pipa junto a la camilla de Jerónimo y con los pies sobre esta, Llorente paseando por la sala con un vaso de anís, y Edward y Jon sentados en el alféizar de la ventana con sendos vasos de anís en la mano. Todos parecían hablar animadamente al mismo tiempo creando una cacofonía de sonidos.

—Alfredo! entra chico, te esperábamos. ¿Dónde te habías metido? —Dijo Mr. Hopkins levantándose de la silla para recibirle.

El doctor se quedó paralizado y mudo viendo el espectáculo durante unos segundos hasta que estalló:

—Salgan todos de aquí ahora mismo! ¡Salvajes! ¿Dónde creen que están, en la taberna del pueblo? Esto es una enfermería, fuera de aquí todo el mundo o les mando detener a todos”. Salieron todos atropelladamente por la puerta, el último del grupo en tratar de darse a la huída fue Jerónimo que salió con el camisón hospitalario y la botella de anís agarrada por el cuello.

—¿A dónde se ha creído usted que va, Jerónimo?

—Nos ha dicho que nos marcháramos y yo solo acataba órdenes...

—Métase ahora mismo en la cama... ¡y deme esa botella! Como le vuelva a ver fuera de la cama hago que le aten.

El grupo se volvió a juntar en la mesa del comedor de la cocina. Alfredo fue el último en entrar. No había conseguido ver a su amigo Friedrich, pero le dijeron que seguía en la cama, inconsciente aún.

Los ventanales del comedor, los que daban con la cocina, estaban todos

rotos, y en la cocina parecía que había pasado un huracán que después lo había quemado todo.

—¿Qué ha pasado aquí? —Preguntó Alfredo.

—Esto es el resultado de la habilidad y lo grandes reflejos del inspector Llorente. —Dijo Mr. Hopkins satisfecho. Como vio que con esa explicación Alfredo seguía sin entender nada, se explayó un poco más: —Los nazis habían colocado una bomba en los cimientos del castillo. Cuando llegó el inspector, quedaba apenas un minuto para desactivar la bomba, y a falta de tiempo, desató la bomba de los pilares y la trajo a la nevera de la cocina y cerró la puerta. Si no hubiera sido por el inspector, el colegio entero se habría venido abajo sepultando a más de cincuenta personas entre alumnos, profesores y miembros del servicio.

—Un golpe de suerte —Dijo humilde el inspector un tanto ruborizado.

—Ahora el problema es que no tenemos cocina ni nada que comer —Dijo Mr. Hopkins

—¿Qué te pasa Alfredo? Pareces preocupado. Deberías estar contento, nuestros amigos están sanos y salvos, y los nazis ya no nos pueden hacer nada.

—No estoy tan seguro de eso. —Dijo Alfredo sin levantar la vista de la mesa. Siguió un silencio que le hizo levantar la cabeza y vio las caras de todos esperando a que continuase—. Se han escapado con el anillo, y, además, se han llevado a María Luisa.

—Alfredo, hijo, lo siento de veras, pero creo que deberías olvidarte de esa chica. Se ha ido al otro bando y cuanto más lejos estés de ella mejor. —Dijo Mr. Hopkins paternal.

—Pero ese matrimonio no es válido. Si Friedrich ha sido coaccionado en contra de su voluntad, ese matrimonio no es válido ante la ley. —Dijo Edward.

—Sí, pero si muere Friedrich, ¿quién va a decir que no tenía su consentimiento? El hombre de rojo se llevó el documento firmado por Maria Luisa, el padre, dos testigos y el mismo Friedrich.

—Entiendo tu preocupación. —Dijo Mr. Hopkins circunspecto.

—Pero eso no es todo, además no sabemos quién es el que estaba detrás de todo esto. El hombre de la túnica de rojo no ha sido hallado y tampoco conocemos su identidad. —Dijo Edward.

—Debemos recuperar el anillo y el documento del matrimonio. —Dijo Mr.

Hopkins—. Inspector, necesitamos que nadie sepa que Friedrich está todavía con vida. Deben pensar los nazis que han logrado acabar con él.

—Entendido. Déjelo en mis manos.

—Por dónde empezamos a buscar? —Dijo Hopkin—. No tenemos tiempo que perder y no tenemos ninguna pista de por dónde empezar a buscar.

—Creo que tengo una idea bastante clara de donde podrían estar —Dijo Alfredo acaparando otra vez la total atención de sus compañeros—. Friedrich me dijo que el anillo era también una llave para abrir el complejísimo dispositivo de apertura a una cámara donde se escondía el tesoro del imperio prusiano. Dijo que los nazis necesitaban ese tesoro para llevar a cabo sus planes y armar su ejército.

—Pero dónde se esconde ese tesoro? —Pregunto Jon.

—Bajo el Monasterio de San Bernardo, en Pettneu am Arlberg, en el Tirol Austriaco. —Sentenció Alfredo.

## Capítulo 52

### *San Esteban. Cripta. 24 de noviembre de 1931*

EL GRUPO DE ataque era muy reducido. Mr. Hopkins no quería que ninguno de los alumnos de San Esteban formara parte del grupo. No es que pensase que no estaban preparados, pero eran todavía muy jóvenes y la misión tenía muchas posibilidades de fracasar, y el fracaso en este caso significaría casi con total seguridad la muerte.

Alfredo convenció a Mr. Hopkins de que no había otra solución. No había tiempo para preparar a otro grupo, y además no sabían de quién se podían fiar y de quién no, habiendo estado el Conde a la cabeza de los grupos de operaciones especiales cualquier operativo podía estar bajo sus órdenes.

Finalmente Mr. Hopkins aceptó activar el primer grupo de ataque en la corta historia de la UIMI formado por Edward, Jon, Hans y Alfredo como jefe de grupo.

Los preparativos para la misión empezaron inmediatamente. Lo primero era buscar cómo llegar hasta el Tirol de la forma más rápida y discreta posible. Descartaron la idea de pedir al Conde que les proporcionara un avión a través de sus múltiples contactos en el mundo de la aviación. Tampoco querían buscar un avión en España o Francia por miedo a que de alguna forma el Conde se enterase y acabase alertando a los nazis del plan.

Mr. Hopkins consiguió con sus contactos en la RAF un avión Fokker que mandarían desde Inglaterra con un piloto lo bastante loco como para alistarse en la misión suicida.

—El avión llegara dentro de tres días. Espero que tengamos tiempo de llegar a Pettneu am Arlberg antes que los nazis. —Dijo Mr. Hopkins poco esperanzado.

Ninguno de los muchachos había subido jamás a un avión, y mucho menos todavía saltado en paracaídas. El grupo de ataque liderado por Alfredo de Caviedes tenía muy poco tiempo y mucho que preparar.

Siguieron todas las mañanas con sus entrenamientos físicos a las seis de la mañana, seguidos de prácticas de combate cuerpo a cuerpo y lucha con arma blanca con el profesor Steve Chang. Después del desayuno empezaron las clases de topografía y estudio del terreno de lo poco que conocían de las inmediaciones del Monasterio; a Mr. Hopkins le enfurecía mandar a su equipo en una misión con tan poca información de campo, pero se aseguraría de que fueran tan preparados como fuera posible.

Las tardes las pasaron practicando salto con paracaídas tirándose en un principio desde la ventana de la primera planta, para luego saltar desde la segunda planta cayendo sobre unas colchonetas.

—Tenéis que practicar la caída. Aunque tengáis el paracaídas, el día que saltéis del avión, cuando hagáis contacto con el suelo llevareis la misma velocidad de impacto que la que llevaríais al caer desde el segundo piso. No subestiméis la caída, porque si os partís una pierna al caer, serviréis de muy poca ayuda al resto del grupo en la misión.

—En cuanto hayáis cruzado los Alpes, el piloto os dará la señal, abrid la puerta del avión y saltareis los cuatro a intervalos de quince segundos. Saltareis a la altura máxima de vuelo de cerca de 3,500 pies y de noche...

—Ha dicho 3,500 pies de altura? Esa es la altura máxima de vuelo o esa es la altura a la que saltaremos del avión —Preguntó Hans, visiblemente espantado con la idea.

—Lo has oído bien Han. Saltareis a una altura de 3,500 pies. No podemos permitirnos que alguien os vea llegar. Caeréis en la ladera sur de la cordillera que estará completamente nevada. Siempre que no clavéis los pies al hacer contacto con el suelo, la caída será suave y sencilla. No podemos arriesgarnos a volar más bajo ni acercarnos más al pueblo.

—Una vez toquéis el suelo os reagrupáis y buscáis un refugio donde pasar la noche.

Mr. Hopkins paró un momento y miró a su grupo de ataque para asegurarse que estaba todo claro y que no había preguntas.

—Que información tenemos del monasterio? —Preguntó Edward.

—Ninguna. Solo sabemos que está a las afueras de Pettneu am Arlberg, pero tampoco se ve en los mapas exactamente dónde está. Puede estar a unos

metros de distancia o a diez kilómetros. En un valle o en una colina. No tenemos información. Por eso es tan importante que estudiéis el terreno y luego preparéis el plan de asalto.

Mr. Hopkins dejó que sus palabras fueran recibidas y bien asimiladas antes de seguir. Luego puso una bolsa de lona sobre la mesa y abriendo la bolsa empezó a repartir al grupo unos uniformes negros.

—Aquí están vuestros uniformes para la misión.

El primero en percatarse de lo que tenían en la mano fue Jon—. ¡Sotanas!  
—Dijo alarmado.

—Efectivamente. Sois seminaristas. El rector de la Universidad Pontificia de Comillas ha mandado una carta al abad del monasterio de San Bernardo diciendo que sois seminaristas, y que estáis haciendo un estudio sobre la historia y reliquias de San Bernardo. En caso de que su carta no haya llegado antes que vosotros, aquí tenéis otra carta firmada que llevaréis con vosotros.

—¿Seminaristas? No entiendo muy bien Mr. Hopkins, pensé que esto era una misión de asalto —Dijo Hans

—Sí que lo es, Hans, es una misión de asalto, pero la forma más fácil de tener acceso al monasterio es haceros pasar por jóvenes seminaristas, así no llamaréis mucho la atención en cuanto lleguéis al pueblo y menos aún al tratar de cruzar las puertas del monasterio.

## Capítulo 54

### *Playa de Oyambre, 29 de noviembre de 1931*

HABÍAN QUEDADO EN que el avión inglés les recogería en la playa de Oyambre, en el mismo lugar donde hacia poco más de dos años hiciera un aterrizaje de emergencia el avión El Pájaro Amarillo tras haber conseguido cruzar el Atlántico por primera vez para los anales de la historia. Parece que el piloto inglés había insistido en el lugar, probablemente más por sentimentalismo que por motivos técnicos o estratégicos.

El grupo de asalto de Alfredo, formado por los cuatro jóvenes, llegó a las ocho en punto a la playa en el coche que conducía Mr. Hopkins.

El avión se había adelantado al horario y ya había aterrizado. Un grupo de niños corrían y bailaban como locos alrededor del avión. Cuando se bajaron del coche y se acercaron al avión, uno de los niños vino hasta ellos gritando:

—Es una mujer

Y volvió otra vez corriendo a unirse a sus amigos.

El piloto estaba inspeccionando uno de los motores del avión con un corro de niños a su alrededor cuando el grupo de la UIMI se acercó a pie.

—Buenos días —dijo Mr. Hopkins en inglés.

—¡Hola! Tú debes de ser Charlie —Dijo el piloto limpiándose la grasa de la mano con un pañuelo rojo y tendiendo la mano a Mr. Hopkins. La sonrisa del piloto era franca y al mismo tiempo seductora. Lo mismo que sus vivaces y hermosos ojos azules.

—Muchachos, dejadme que os presente a vuestro piloto, la señorita Amy Johnston

Los cuatro muchachos estaban boquiabiertos y ninguno supo reaccionar o responder al saludo. Tenían un vuelo de más de diez horas, en el que como

añadida peligrosidad debían cruzar los Alpes de noche y Mr. Hopkins les había buscado una mujer para pilotar el avión.

Edward fue el primero en reaccionar. Se acercó y estrechó efusivamente la mano del piloto.

—Amy Johnston, ¿la misma Amy Johnston? ¿Es usted la que el año pasado voló desde Inglaterra hasta Australia por primera vez en la historia?

La piloto reía divertida mientras trataba de que el joven inglés no le dislocase el brazo con la efusividad de su saludo.

—La misma, sí, muchas gracias.

—Amy es el mejor piloto que probablemente podáis encontrar hoy en Europa y, además, el único piloto lo suficientemente loco como para presentarse voluntario a una misión como esta.

Subieron al aeroplano las mochilas con todo lo necesario para la misión. Un fusil, la Luger Parabellum de 9mm a la que tanto se habían acostumbrado en sus 3 meses en la academia, sus cuchillos de campo, comida enlatada, prendas de abrigo y mantas para el viaje, y por supuesto... las sotanas.

Mr. Hopkins trataba de mantener apartados a todos los niños que se arremolinaban enfebrecidos alrededor del avión. El sonido de las hélices asustó a algunos y a otros los enloqueció aún más.

El día estaba claro y no había más que una ligera brisa. El mar estaba tranquilo como un lago, y la bajamar ofrecía un ancho espacio de tierra lisa y compacta a todo lo largo de la playa desde la entrada de la ría hasta el acantilado del otro extremo.

Los muchachos se acomodaron en las sillas de mimbre que estaban ancladas al suelo del avión cuando este empezó a moverse, y los cuatro amigos vieron por las ventanillas con fascinación cómo el avión ganaba más y más velocidad y el rugido de las hélices se hacía cada vez más ensordecedor.

Cuando quedaban no más de treinta metros de playa, la piloto Amy levantó el morro del avión y este poco a poco empezó a levantarse hasta quedar suspendido en el aire.

—Estamos volando! —Gritaron los cuatro agentes de operaciones especiales de la UIMI a corro, como los chiquillos que no hace mucho eran.

A medida que se acercaban al acantilado del final de la playa de Oyambre su euforia empezó a tornarse por una ligera preocupación. El avión se acercaba a gran velocidad, pero no parecía ganar altitud con la rapidez que esperarían. Si los muchachos pensaron por un momento que era normal y que



Amy lo tenía todo controlado, los improperios que Amy empezó a proferir en inglés les sacó de dudas sobre su precaria situación.

Cuando estaban a solo unos metros del acantilado, el piloto giró con fuerza el aeroplano hacia mar adentro haciendo a Jon caer de su asiento y a Alfredo por poco también.

Una vez en dirección al mar, Amy se tranquilizó, y el avión empezó a ganar altura.

—Creo que tenemos demasiado peso. Me dijeron que venían cuatro jóvenes de dieciséis años, y había contado con una media de sesenta kilos por persona, más el peso de vuestros bártulos.

De los cuatro jóvenes, Edward era el único que pesaba menos de sesenta kilos. Alfredo desde este verano, había crecido mucho, pero también con el ejercicio continuo al que les tenían acostumbrados cada mañana había ganado mucha masa muscular y ahora pesaba sesenta y ocho kilos. Hans, aunque delgado, pero con sus casi dos metros de estatura, pesaba setenta y dos, y Jon, quien era tan ancho como alto, pesaba ochenta y seis kilos.

—Espero que tengáis material prescindible en esas mochilas, si no, cuando llegemos a los Alpes creo que vamos a tener que tirar a uno de vosotros por la ventanilla —Dijo Amy, tal vez bromeando...

El viaje comenzó sin ningún percance. Volaron bordeando la costa.

Desde las ventanas pudieron ver Comillas, el puerto con sus barcos pesqueros, la taberna de donde robaron la ballena, y al fondo, en lo alto, la universidad pontificia.

Poco a poco la euforia inicial fue abatiéndose, y empezaron a notar el terrible frío que se colaba por las chapas de metal del avión. No tardaron todos en abrigarse con todo lo que tenían: Gorros, abrigos, mantas y bufandas.

Entraron en Francia por el golfo de Vizcaya al caer la tarde. Todavía les quedaban muchas horas de vuelo y trataron de dormir un poco en las incómodas sillas, ateridos de frío y con los oídos taponados por el zumbido de los motores. Edward se sentó junto al piloto y estuvo en animada conversación durante horas.

Cuando el sol finalmente se escondió en su popa, Alfredo se acercó al piloto a relevar a Edward. Trajo consigo una barra de pan, un poco de salchichón y una lata de sardinas para Amy quien no había probado bocado desde que salieron de Oyambre esa mañana, además del termo de café que traía consigo y que hacía ya horas que había terminado.

—¿Cuánto queda hasta que lleguemos a los Alpes? —Preguntó Alfredo

—Es difícil decir exactamente, pero una hora, tal vez dos.

—Los has cruzado alguna vez?

—Sí, tres veces. ¿Bueno... dos y media?

—Dos y media? —Preguntó Alfredo algo confundido.

—Bueno, sí, la última vez me estrellé cuando iba a Zúrich, y tuve que bajar las montañas andando.

Alfredo decidió que tal vez sería mejor si no hacía más preguntas sobre lo que les quedaba del trayecto. La conversación con la piloto no le estaba ayudando a relajarse.

Poco más de una hora más tarde, Amy despertó a los muchachos diciéndoles que estaban llegando a los Alpes, y que tal vez querrían atarse los cinturones. Alfredo se sentó otra vez en el asiento del copiloto. Amy le dijo que mantuviera los ojos bien abiertos y que le alertara si veía alguna montaña moviéndose demasiado cerca del avión.

—¿Montaña moviéndose?

—Sí, en seguida verás a lo que me refiero.

Alfredo no veía nada en absoluto. Pero empezaba a pensar que la hermosa piloto estaba como una regadera.

Eran las dos de la mañana, y entre la oscuridad de la noche y la densa niebla no podía ver ni dónde acababa el ala.

Las turbulencias llegaron sin avisar; el viaje había sido hasta el momento muy tranquilo, y Alfredo había dado por sentado que así continuaría hasta que llegase el momento de saltar.

El primer golpe se hizo sentir como si de pronto la gravedad hubiera caído en la cuenta de que había una estructura de madera, forrada de chapa metálica, con cinco personas dentro flotando en su aire.

El avión debió de caer al menos doscientos pies, y cuando tocó fondo en el agujero del cielo, el golpe hizo que se partiera la silla de Jon y que saltase una de las placas metálicas junto a Hans.

Los muchachos gritaban histéricos y Amy reía aún más alto.

El avión se levantó ahora con un golpe de viento y lo giró hasta casi darle la vuelta. Fue entonces cuando Alfredo empezó a rezar.

El avión siguió dando saltos entre las nubes, de cuando en cuando aparecía a poca distancia la cresta de una montaña que desaparecía tan pronto como había aparecido. Alfredo se agarraba a su silla clavando las uñas con toda su

fuerza. El rugido de los motores se hacía cada vez más agudo y Amy empezó otra vez a profanar en inglés.

—¿Qué ocurre? —Gritó Alfredo haciéndose oír por encima del sonido de los motores y del aire entrando por las mamparas.

—¡No estamos ganando suficiente altura ganando altura! ¡Tirad cosas o me encargaré yo personalmente de tiraros uno a uno por la ventana!

Alfredo no dudó que la piloto haría lo que decía y los muchachos se deshicieron de todo lo superfluo: primero las latas de conservas, luego el agua, más tarde las botas de vino...

—¿Pensáis que en Austria no hay agua ni comida? ¡Tirad todo eso ahora mismo! ¡De nada os va a servir si nos estrellamos en estas montañas!

Cuando se disponían a empezar a tirar también las armas, Amy les dijo que estaban arriba. Se atropellaron todos contra la cabina del piloto para ver cómo se habían abierto las nubes y frente a ellos dos crestas nevadas bloqueaban el camino.

—¿Cómo que hemos llegado arriba? —Dijo Hans en una voz tan aguda, que si no fuera porque sus compañeros compartían el mismo pánico abrían seguro roto en carcajadas—. ¡Tenemos dos montañas delante de nosotros!

—Más arriba no vamos a llegar —Sentenció Amy—. ¡Agarraos fuerte! —y diciendo esto, volcó el avión hasta ponerlo perpendicular con el suelo, donde fuera que este estuviera...

Cuando el avión volvió a su posición horizontal, Hans tuvo que hacer uso de una bolsa donde vaciar el contenido de su estómago.

El avión dejó de moverse estrepitosamente. Al otro lado de la cordillera no había una sola nube y la luna se reflejaba sobre las nevadas laderas de las montañas.

—Bueno, estamos llegando al final del trayecto muchachos. Ha sido un placer volar con vosotros. Preparaos, que en dos minutos tenéis que saltar.

Ese era el anuncio que había quitado el sueño a Alfredo los últimos tres días, pero ahora, le sonó como música celestial. No podía esperar a saltar de ese avión, con o sin paracaídas, y salir de ese aparato infernal y alejarse de la loca que los había traído hasta allí.

Abrió la puerta una vez que los cuatro estaban preparados e indicó a Hans para que saltase el primero.

—Vamos muchachos. ¡Salgamos de aquí antes de que nos mate esta lunática!

## Capítulo 55

### *Pettneu am Arlberg, 30 de noviembre de 1931*

ALFREDO CAYÓ SOBRE la nieve, y tras plegar su paracaídas y enterrarlo bajo la nieve, paró un momento a escuchar de rodillas. El silencio era sobrecogedor. Los oídos le pitaban por la intensidad del silencio después de las diez horas con el estridente ruido de los motores del avión y del viento colándose por las rendijas de las planchas metálicas que lo recubrían.

Jon fue el primero en aparecer, le hizo un breve gesto con la cabeza y se sentó junto a él a esperar a los demás. Hans y Edward no tardaron mucho en aparecer, y en cuanto estuvieron todos juntos, se pusieron a andar ladera abajo sin decir palabra.

La caminata era ardua y dificultosa. La nieve les cubría hasta las rodillas y el avance era lento. Después de media hora avistaron una pequeña cabaña.

—Parece abandonada. —Dijo Jon

—No podemos arriesgarnos —Dijo Alfredo—. Rodeemos la cabaña. Jon y Hans, vosotros id por ese lado, yo iré con Edward por este. Nos encontraremos en la puerta.

Los dos grupos se dividieron y rodearon la cabaña. El único sonido era el de la nieve crujiendo bajo sus pisadas y el silbar del suave viento trepando por las lomas de las montañas. No había una luz en la cabaña. Los ventanucos estaban cerrados a cal y canto y no había señal de que jamás alguien hubiera pisado la nieve de alrededor de la cabaña antes de su llegada.

La puerta de entrada estaba abierta.

Jon, que era el más agreste de los cuatro, explicó que probablemente era un refugio de pastoreo, como las que se utilizan en los Picos de Europa como

albergue para los pastores durante la trashumancia, cuando bajan los ganados antes de las nieves del invierno.

—Estos refugios se quedan abiertos para que los pueda utilizar aquel que esté necesitado de un lugar donde pasar la noche. Este será un buen sitio, aquí nadie nos molestará. —Sentenció Jon.

Alfredo asintió con la cabeza y entró en la pequeña estancia. El suelo del interior era de tierra. En una esquina, una rudimentaria litera con colchón de paja. En otra esquina una estufa que debía también hacer las veces de cocina, y en el centro una mesa de madera labrada con dos sillas.

—Solo hay dos camas dijo Jon —y se miraron unos a otros durante unos segundos hasta que empezaron todos a correr y se lanzaron a empujones a ver quién llegaba antes y se aseguraba una cama para la noche. Jon empujó a Edward que se tropezó con la mesa y cayó al suelo volcando la mesa y las dos sillas. Hans llegó el primero y se lanzó contra la litera de abajo y Jon saltó sobre la de arriba antes tomando impulso sobre la espalda de Hans y cayendo aparatosamente sobre la litera de arriba. La litera de arriba se desintegró bajo el peso de Jon y litera y Jon fueron a parar encima de Hans partiendo también la cama de abajo que no pudo con todo el peso.

Alfredo miró el espectáculo con una ceja levantada desde el umbral de la cabaña.

—Vosotros dos, cortad lo que queda de cama en trozos más pequeños y encended un fuego. —Dijo estirando su saco de dormir y colocando su mochila y sus armas encima.

—¿Deberíamos mandar un mensaje por radio a Mr. Hopkins y decirle que hemos llegado? —preguntó Edward sentándose en una de las sillas que había volcado encendiéndose un cigarrillo.

—No, es peligroso. No queremos que se intercepte ninguna conversación y descubran nuestro paradero. Utilizaremos la radio solo en caso de emergencia.

—¿Qué vamos a cenar esta noche? —Preguntó Hans mientras hacía astillas un trozo de cama con su machete.

—Me temo que como no encontremos escondida en la cabaña una ardilla, nos va a tocar pasar hambre esta noche. La loca del avión nos obligó a tirar toda la comida por la borda.

—Yo me podía comer ahora una pata de perro. —Dijo Edward.

—Todos tenemos hambre, pero no hay nada que podamos hacer ahora.

Creo que lo mejor es que nos durmamos rápido y ya mañana cuando salga el sol salimos a buscar algo.

Se quedaron los cuatro callados un rato ensimismados mirando el humo de sus cigarrillos. Jon había conseguido encender un fuego, y seguía agachado frente a la estufa formando una enorme sombra sobre el resto de la habitación.

Al poco, el olor de la leña empezó a mezclarse con otros olores más intensos.

—¡No puede ser! —Dijo Alfredo poniéndose de pie

—¿Qué es eso? —Dijo Edward levantándose también de un brinco de la silla.

—¿Qué pasa? ¿qué es? —Dijo Hans quien parecía que no había llegado a detectar todavía los olores.

—Jon se dio la vuelta, y les mostró el chorizo que estaba calentando al fuego pinchado en su cuchillo. La sonrisa del vasco no podía ser más satisfecha.

—Te habías guardado un chorizo! —Dijo Hans atragantándose con su saliva.

—Sí —rio Jo—. y si abres mi mochila encontrarás también una hogaza de pan y mi bota de vino. Antes me estrello yo contra esas montañas que pasarme un día sin pan. ¡Me va a decir a mí la arpía esa que tire mi chorizo por la ventana! ¡Pues está lista! Anda, acercaos todos a la mesa, vamos a cenar.

A la mañana siguiente se despertaron cuando el sol estaba ya en lo alto. Hacía un sol espléndido y no se veía una sola nube en el cielo. A pesar del día magnifico se levantaron ateridos de frío. Jon volvió a encender la estufa con los trozos que quedaban de cama, y derritiendo nieve en una cantimplora hicieron algo de café que encontraron en una lata en la cabaña. El café sabía a diablos, pero calentaba y despertaba los entumecidos cuerpos del grupo.

—¿Cuál es el plan del día? —Preguntó Edward a Alfredo.

—Tenemos que buscar a nuestro contacto, la señora Bammer. Es la encargada de hacer la colada a los monjes del monasterio y de traerles las provisiones que ellos mismos no son capaces de producir por si mismos en el monasterio. Vive en una casa con molino a la entrada del pueblo. Debería de ser sencillo encontrar la casa.

—¿Y qué va a hacer, llevarnos escondidos en el saco de la ropa sucia y colarnos en el Monasterio?

—No sería mala idea, pero no, no creo que haga falta. La señora Bammer tiene un sobrino que es sacerdote y profesor en la Universidad de Comillas, ella nos llevará al monasterio y nos presentará al abad como lo que somos: seminaristas de Comillas de peregrinaje buscando información y reliquias de San Bernardo.

Hans había salido con su mochila afuera para hacer sus necesidades. Cuando volvió entró vestido con una sotana que le llegaba hasta la mitad del antebrazo. Los otros tres se echaron a reír en su cara.

—¡Parece que tu sotana ha encogido con el vuelo! —Dijo Jon rodando en el suelo con lágrimas saliendo por la comisura de sus ojos.

—¡Muy agradecidos, pero que muy agradecidos! Ahora quiero verlos yo a vosotros, a ver la pinta que tenéis.

Los cuatro seminaristas alcanzaron la carretera después de casi dos horas de camino pendiente abajo. Siguieron andando por el borde de la carretera y no tardaron en ver la primera señal que avisaba que estaban a quince kilómetros de Pettneu am Arlberg.

—Me pregunto si habrán llegado ya los nazis con el anillo. —Dijo Edward, y casi como respuesta a su pregunta vino en sentido contrario un coche militar precedido por dos motocicletas. En el capó del coche ondeaba una bandera nazi.

—Me temo que ahí está tu respuesta —dijo Alfredo mirando al suelo tratando de evitar hacer contacto visual con los nazis.

Un kilómetro más tarde, oyeron un camión acercarse por detrás. Cuando les pasó vieron que era un camión militar transportando tropas en dirección a Pettneu am Arlberg. Uno de los militares, el que estaba sentado junto a la puerta de atrás, les saludó amablemente. Los cuatro seminaristas no pudieron hacer otra cosa que devolverle el saludo.

Después del camión militar oyeron otro camión acercarse a su espalda. Esta vez el camión aminoró la marcha hasta pararse a la altura de los cuatro seminaristas. Alfredo levantó la vista y vio que este camión en lugar de militares portaba cántaras de leche.

—Grüß Gott, padres —Dijo un amable ganadero desde la cabina del camión. ¿Van muy lejos?

—Buenos días. No muy lejos, vamos a Pettneu am Arlberg.

—Yo también. Voy al monasterio a entregar la leche. ¿Imagino que es ahí

donde van?

—Sí, bueno, primero tenemos que hacer una visita a Frau Bammer, la lavandera.

—¿Frau Bammer? ¿Rita Bammer? ¡Rita es mi prima! Anda, suban, que los llevo.

El grupo se subió al camión del lechero y pronto agradecieron no solo el que les evitase la caminata, sino que también les diera cobijo de los otros tres vehículos militares nazis con los que se cruzaron en su camino.

Llegaron a la casa del molino al caer la tarde.

Frau Bammer resultó ser una señora cincuentona que rezumaba salud por todos los poros de su sobredimensionado cuerpo. Les dio una hospitalaria bienvenida, y les dijo que se quedarían esa noche en su casa.

—No queremos importunar —Dijo Alfredo.

—Todo lo contrario. Será un placer tener en casa a unos compañeros de mi sobrino Nicolás. Durante la cena nos contarán todo sobre el seminario y me dirán cómo está el pequeño Nicolás.

—Pero, ¿no sería más oportuno el que nos presentáramos en el monasterio y pasáramos ahí la noche?

—Sí, sería lo más oportuno, pero me imagino que habréis notado durante vuestro viaje la cantidad de militares que hay por todas partes...

—Pues, ahora que lo dice, sí, alguno hemos visto.

—Alguno habrán visto... esos nazis han tomado la ciudad, y han hecho del monasterio su cuartel general. —Los cuatro muchachos se miraron entre ellos.

—Tengo entendido —Dijo Frau Bammer bajando la voz y acercándose más a los chicos en un tono confidencia—. que mañana vendrá un alto cargo del partido nazi, y están preparando el terreno.

—Interesante... —Dijo Alfredo tratando de hacerse el desinteresado.

Frau Bammer les enseñó una habitación que tenía en el molino y les dijo que podían dejar sus cosas ahí; esa sería su habitación por esa noche y por todo el tiempo que se quisieran quedar.

—No es gran cosa, pero aquí no pasarán frío y estarán cómodos. Refrésquense y bajen luego a cenar.

Cuando bajaron a cenar, los esperaban a la mesa el lechero, primo de Frau Bammer, y un sobrino suyo de doce años. La buena señora había preparado Schnitzels con puré de patata y los jóvenes sintieron sus piernas temblar cuando les llegó el olor de la cocina.



El joven grupo de operaciones especiales comió hasta saciarse, y con el café, Frau Bammer puso en la mesa una botella de schnapps de la que dieron todos ávida cuenta, incluso el sobrino de doce años.

Frau Bammer se levantó de la mesa, llevándose los platos a la cocina y dejando a los hombres en conversación, fumando y degustando el schnapps.

Cuando volvió Frau Bammer, había perdido la cordialidad y simpatía de su cara, en cambio había encontrado un subfusil con el que apuntaba amenazadora a Alfredo y a sus compañeros.

—¿Qué clase de seminaristas traen consigo un arsenal metido dentro de sus mochilas de viaje? —Dijo haciendo un gesto al subfusil que tenía en las manos.

Hans reconoció rápidamente el subfusil, la última vez que lo vio lo estaba metiendo en la mochila antes de bajar a cenar.

—Verá... es una larga historia, no es lo que parece... —Dijo Alfredo levantándose de la silla con las manos en alto con gesto apaciguador.

—Siéntese ahora mismo y empiece a contarle todo desde el principio. Mas le vale que se estén todos quietecitos y que la historia suene convincente, porque si no, voy a agujerear a tres de vosotros a la altura del alzacuellos, y al cuarto, lo dejaré con vida para que limpie del suelo lo que quede de vosotros y luego os entierre en la parte de atrás de la casa.

Alfredo tragó dificultosamente dos veces y decidió que lo mejor sería contar la verdad.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Frau Bammer estaba sentada en su silla frente a Alfredo, con el subfusil sobre el regazo y enjugándose una lágrima con una esquina del delantal.

Se levantó de la silla, dejó el subfusil sobre la mesa con cuidado, y sirvió más schnapps a los chicos sin preguntar si querían más, luego ella se sirvió un vaso que apuró de un trago.

—Entonces... ¿Friedrich Von Presussen está muerto? —Dijo ella con un nudo en la garganta. En esa pequeña localidad a los pies de los Alpes todavía sonaban con el renacimiento del imperio prusiano y las esperanzas de Rita Bammer, como de gran parte del antiguo imperio, estaban todas puestas en Friedrich.

—Estaba todavía vivo cuando salimos de España, aunque en coma. Está en las mejores manos posibles y espero que salga de esta.

—¡Esos malditos nazis! —Dijo finalmente estrellando su vaso contra la

pared de la cocina—. Cuenta con nosotros para lo que podamos hacer para ayudar. Frank es un hombre fuerte y Stefan es aún pequeño, pero seguro que puede ayudar también.

—Muchas gracias Frau Bammer. Lo más importante es buscar la manera de poder entrar en el monasterio, después de eso, es mejor que nos ocupemos nosotros y se queden ustedes al margen.

—Pero eso es imposible! —Dijo Frank abriendo la boca por primera vez desde que apareció su prima por la puerta con el arma en la mano—. Los nazis tienen el monasterio y no dejan entrar a nadie. Yo no pude ni entrar a entregarles la leche; me hicieron dejar las cántaras a la entrada y marcharme de ahí.

—A mí tampoco me dejaron entrar esta mañana —Dijo Frau Bammer—. Fui como todas las semanas a recoger las sábanas y hábitos de los monjes y no me dejaron ni acercarme al monasterio. Tienen un coche bloqueando la entrada y cinco guardias con perros.

Se quedaron todos unos segundos en silencio.

—Sí que hay una forma —Dijo la voz de Stefan, el sobrino de doce años que todavía no había dicho una palabra en toda la noche. Todos se giraron a mirarle y el niño se encogió en su propia silla ruborizado por acaparar tanta atención.

—¿De qué hablas Stefan? —Dijo brusco Frank.

—Del pasadizo secreto, tío

—¿El pasadizo secreto? —Dijo Frau Bammer.

—¡El pasadizo secreto, claro! —Dijo Frank.

—¿Qué es el pasadizo secreto? —Preguntó Alfredo con toda la paciencia de la que fue capaz.

—Es un camino de entrada al monasterio a través de las cuevas. Ya me había olvidado. No he estado ahí en por lo menos cuarenta años, pero tenía entendido que habían tapiado la entrada hace ya muchos años y que ya no se podía llegar hasta el Monasterio

—¿Has estado tu ahí Stefan? ¿Conoces el camino? Preguntó Alfredo al niño.

—Sí, sí que he estado. Y la puerta está tapiada, pero hay otro camino; atravesando la laguna hay otro camino que lleva a la bodega del monasterio.

—¿Crees que nos podrías llevar hasta ahí?

—¡Pero eso es peligrosísimo! dime que tú no te has metido en el laberinto

de la laguna Stefan —Preguntó Frau Bammer—. En ese laberinto se han perdido ya al menos tres niños en los últimos veinte años y nadie ha podido recuperar los cuerpos. Deberían haber tapiado la entrada a la cueva entera en cuanto desapareció el primero.

—Conozco esas cuevas como la palma de mi mano —Dijo el niño hinchando orgulloso el pecho.

—¿Crees que nos puedes llevar hasta dentro del monasterio sin que nadie se dé cuenta?

—Sí que puedo, lo he hecho infinidad de veces para robarle el vino a los monjes... —No terminó de decirlo y ya sabía el error que había cometido por fanfarrón. Frau Bammer le dio un bofetón que lo tiró de la silla en la que estaba sentado.

—Como me entere yo que vas por ahí robando a los monjes, te voy a dar una paliza de la que no te vas a olvidar jamás. ¿No nos matamos tu tío y yo a trabajar para que no te falte de nada?

—Sí, tía Rita, no lo volveré a hacer. Lo prometo. —Dijo Stefan con una mano aguantándose el moflete.

—Ahora explica a estos señores cómo llegar hasta el monasterio, y más te vale que sea la última vez que entras en esas cuevas.

## Capítulo 56

### *La Boca del Lobo, 1 de diciembre de 1931*

ALFREDO, EDWARD Y Jon se prepararon para la incursión nocturna. Se quitaron las sotanas y se pusieron ropa de faena. Decidieron dejar las mochilas y la radio en casa de Frau Bammer y llevar solo consigo el puñal y la pistola.

Stefan estaba listo cuando bajaron. Hans se quedaría con Frau Bammer para asegurarse de que no le ocurría nada (y de que no hablaba con nadie).

Eran pasadas las diez de la noche cuando Alfredo, Jon, Edward y el pequeño Stefan se subieron a un bote de remos en el que apenas cabían todos juntos. El bote estaba amarrado en un embarcadero que Frau Bammer tenía en la parte trasera de su casa, justo detrás del molino.

La noche era fría, había empezado a nevar otra vez y el río tenía una fina capa de hielo que crujía suavemente bajo el peso de los remos cada vez que avanzaban.

Desde el embarcadero podían ver el monasterio. Estaba en un recodo en la orilla de enfrente de la casa de Frau Bammer. A medida que se acercaban, se hacía más grande e imponente. Había unas farolas junto al muro de la abadía que dejaban ver el tamaño de las torres como grandes fantasmas en la noche.

No tardaron en cruzar el recodo y amarraron el bote a un peñón que sobresalía en una cala disimulada.

—Nos vas a explicar cómo llegar hasta la entrada, luego te volverás con Jon a casa de tu tía. —Le dijo Alfredo a Stefan.

—Pero, ¿cómo vais a volver? ¿Y qué ocurre si os perdéis dentro de la cueva?

—Por eso nos vas a explicar muy bien cómo llegar a esa entrada. Mañana, Jon y Hans volverán con tu tío Frank a la salida del sol en una motora de mayor tamaño.

—Hay otra entrada.

—¿Qué?

—Digo que hay otra entrada. Al monasterio. Hay otra entrada, pero he jurado no decírselo a nadie. Solo sabemos de esa entrada dos en el pueblo. Se la enseñaré a Jon en el camino de vuelta a casa

Edward y Alfredo se adentraron por una hendidura en la roca que no parecía más que una gruta junto al río. Al cruzar el umbral, se abrió una gran sala de roca por la que varias cuevas se abrían en sus paredes. Stefan les había explicado que los dos caminos del fondo llevaban uno a la entrada tapiada y el otro a la bodega. Stefan decía que la entrada tapiada tenía acceso, pero era difícil entrar para un adulto. Edward dijo que tomaría el túnel que se abrió al final de la sala y se perdió por él sin dar tiempo a Alfredo a opinar, ese túnel llevaba por lo que dijo Stefan hasta la vieja entrada tapiada.

Alfredo se resignó a subir por las escaleras metálicas que les describió Stefan. Las escaleras eran como las de un barco que subían hasta otro túnel en un nivel superior. Los peldaños de la escalera eran ásperos por la herrumbre que se desprendía de ellos y le pintaban las palmas de las manos de color ocre anaranjado. Subió al nuevo nivel donde había un túnel corto que acababa en otro tramo de escaleras.

Al poco de empezar a andar, la luz de la linterna de Alfredo iluminó algo en suelo, se agachó a ver de qué se trataba y encontró la colilla de un cigarrillo. Examinó la colilla y el papel parecía estar seco y aún blanco sin haber amarilleado por el paso del tiempo. Siguiendo las teorías deductivas de su amigo Friedrich llegó a la conclusión de que por ahí había pasado alguien y no hacía mucho tiempo de eso.

El túnel acababa en una nueva pared, y en esa pared había más escaleras que subir.

Subió estas escaleras ahora con más cuidado, sabiendo que estaba en una zona transitada. Tal vez los nazis habían puesto guardias en esa entrada también.

El túnel a esta altura también parecía labrado por la acción de la erosión sobre la roca. Tendría tres metros de ancho y Alfredo estirando la mano todo

lo que podía apenas podía tocar el techo de la galería. El suelo era liso y muy resbaladizo, como si estuviera andando sobre una capa de hielo

El primer desvío era un pasillo angosto por el que tenía que andar agachado y de lado para poder moverse. Este camino probó ser un camino sin salida. Al final del pasillo había un pequeño ensanche, pero ninguna puerta ni apertura natural que ofreciera escape. Retornó sobre sus pasos y siguió adentrándose en el laberinto de túneles en busca de pistas y respuestas.

El siguiente desvío parecía que bajaba. Al principio una ligera pendiente, casi imperceptible. Luego la pendiente empezó a hacerse más y más pronunciada. El suelo del túnel era liso como el mármol pulido, lo que en un momento le obligó a agarrarse como pudo a las paredes para no resbalar.

Se preguntó si no debería volver, ya que, si la creciente pendiente seguía acentuándose más, acabaría por ser de muy difícil acceso si tenía que volver sobre sus pasos. En el mismo momento en el que lo pensó, resbaló y sin poder parar su caída agarrándose a las lisas paredes, siguió resbalando cada vez más rápido hasta que, a unos cien metros más abajo, cayó sobre una laguna de agua subterránea que le cubría hasta la cintura.

El agua para su sorpresa estaba templada, como la de un baño tibio, pero el aire era muy frío, todavía bajo cero, y se hacía sentir contra sus ropas mojadas. Levantó el farol, que por suerte no se había apagado con la caída, y a su alrededor grandes columnas formadas por miles de años de goteo de sedimentos le daban la impresión de estar en una iglesia románica sumergida.

Al fondo de la caverna había cuatro formaciones de estalactitas y estalagmitas que no se juntaban en el centro y parecían las fauces de un enorme animal. Eso debía de ser lo que Stefan llamó la entrada de La Boca del Lobo, pensó.

Miró detrás de sí al tobogán por donde había caído, y desechó la idea de intentar subir por el mismo camino. Vadeó la laguna por el centro encaminándose hacia lo que parecían las enormes fauces de un lobo por el camino más corto. En el centro de la laguna el agua le cubría hasta el pecho, y una tiritona empezó a apoderarse de su cuerpo, pero al llegar al otro lado y pasar la boca del lobo la temperatura había subido significativamente, como si hubiera una calefacción irradiando calor a través de las paredes.

Pasada la boca del lobo, el terreno volvía a ascender levemente y llegaba a un claro en el que convergían dos caminos: uno acababa en la pared, donde había unas escaleras de hierro clavadas en la pared como grapas, el otro

camino bajaba. ‘Sube. Pasada La Boca del Lobo, el camino es siempre hacia arriba’ explicó Stefan. En lo alto del nuevo nivel había un pasillo que acababa en una pequeña puerta de madera. A través de las rendijas de la puerta salía luz y apagó su linterna. Empujó la puerta con cuidado. Cuando abrió la puerta del todo, la luz le cegó y tardó un par de segundos en que se le acostumbraran los ojos a luz. Cuando volvió a abrir los ojos tenía a Edward delante junto a Becker y dos soldados nazis apuntándole con sus rifles.

—Alfredo, te esperábamos. Tira tus armas y síguenos. —Dijo Becker.

Alfredo entró en el monasterio, y muy despacio sacó su pistola de la funda y la puso en el suelo.

—También el cuchillo”. Dijo Edward.

## Capítulo 57

### *Monasterio de San Bernardo, 1 de diciembre de 1931*

LA COMITIVA SE paró frente a una pesada puerta de roble francés. Uno de los soldados llamó a la puerta y esperó a recibir contestación antes de abrir la puerta. El soldado abrió la puerta y Becker invitó cortésmente a Alfredo a que entrara; Becker y Edward siguieron a Alfredo al interior, pero los dos guardias se quedaron fuera y cerraron la puerta.

La habitación parecía el despacho o sala de estar de un castillo, en el que un acogedor fuego crepitaba en la chimenea, las molduras y las estanterías repletas de libros estaban hechas con madera de Eucaliptus Grandis, con una veta similar a la caoba, pero con un color más claro y acogedor.

El Conde de Caviedes se levantó del sofá y fue al encuentro de Alfredo.

—Alfredo. Celebro verte. ¿Qué tal tu viaje?

—¡Tú! Por supuesto. ¿Quién si no? Has sido tú, desde el principio, ¡el que ha estado detrás de todo!

—Me sobreestimas, Alfredo.

—Eras tú el hombre de rojo en la cripta...

—Cálmate Alfredo. Siéntate y hablemos tranquilamente de todo esto

—Mataste a Friedrich en la cripta después de obligarle a casarse con María Luisa... —Continuó Alfredo hablando entre dientes mientras se acercaba amenazador a su tío.

—Asesinaste a Don Luis Carrión, un anciano que no hacía mal a nadie — La voz de Alfredo subía con cada paso que daba—. Mandaste matar a Marco Casaretto, al agente Polanco y casi matas también a James.

—Alfredo, cálmate o tendré que hacer entrar a los guardias que están detrás de la puerta —Dijo El Conde dando un paso atrás.



—Tú eres el topo que hizo fracasar la misión de mi padre y casi también la de Cuatro Vientos... —Esta vez Alfredo estaba ya a dos pasos del Conde y este dando un paso más hacia atrás tropezó con el borde del sillón y cayó sentado sobre el sofá.

Alfredo ya no era el niño tímido y perdido de hace tan solo unos meses. Desde la última vez que le había visto, había crecido casi diez centímetros, se había preparado durante tres meses en la lucha cuerpo a cuerpo y especializado en la lucha con arma blanca. Se había hecho experto en todo tipo de armas de fuego; había matado a un hombre adulto con sus propias manos y había visto morir a media docena más. No, el hombre que tenía ahora delante no era su sobrino, era una máquina de matar y él estaba en su punto de mira.

—Guardias! —Gritó al fin empezando a temer seriamente por su seguridad.

—Tú eres el asesino de mi madre y el asesino que mandó matar a mi hermano Fernando, un inocente niño de unos pocos meses!

Los guardias habían llegado hasta el, Becker se había anticipado a ellos y le golpeó en la boca del estómago con la culata del fusil y Alfredo se dobló en el suelo por el efecto del golpe que le dejó sin respiración.

—¿Nos lo llevamos? —Preguntó uno de los guardias.

—No, sentadle en el sillón y marchaos.

—¿Señor?

—He dicho que os marchéis y nos dejéis solos. Usted también Becker, y llévese a Edward

Don Luis Alberto, Conde de Caviedes, volvió a sentarse en el sofá, pero esta vez por precaución dejó una pistola en el sofá a su lado.

—Alfredo, escucha. Entiendo que estés confundido... frustrado, y no te culpo por ello. Pero ya no eres un niño, de esto ya hablamos la última vez que estuvimos juntos. Estamos en un momento histórico muy delicado y a veces hay decisiones difíciles que hay que tomar, pero no se puede conducir uno por la vida pensando solo con el corazón, hay que planear con frialdad y actuar acorde con lo que es necesario hacer, y a veces hay que sacrificar un peón, o un alfil para poder ganar la partida.

—También hay que sacrificar a la reina? —Dijo Alfredo entre dientes y tratando de controlar una lágrima que se empecinaba en derramarse.

—Si fuera necesario sí. La muerte de tu madre fue un mal menor, una

necesidad. Yo no quise que ocurriera, pero solo estaba cumpliendo órdenes

—¡Órdenes! ¿de quién?

—Ya tendrás oportunidad de conocer al jefe supremo. Llegará mañana por la mañana y tendrás tiempo de hablar con él. —El Conde se levantó y ofreció un cigarrillo de su pitillera a Alfredo y este lo rechazó con un gesto de la cabeza.

El Conde sacó un cigarrillo con sus pulcros dedos y lo encendió. Volvió a sentarse—. Alfredo, estás en una situación privilegiada, creo que no te das cuenta, se espera mucho de ti y habrás de hacer grandes sacrificios.

—Fue una lástima que Friedrich no quisiera unirse a nuestra causa, pero al mismo tiempo, eso brindó una gran oportunidad a la familia, y en especial a ti. La razón por la que necesitábamos que Friedrich se casara con Maria Luisa fue para que ella fuera la heredera del trono de Alemania, y ahora, habiendo muerto Friedrich, ella se casará contigo y vuestra descendencia será la más pura de toda Europa.

—Ha sido por culpa de esa arpía que Friedrich ha muerto, qué te hace pensar que pueda yo tener el más mínimo interés en casarme con ella.

—Vamos Alfredo, no seas romántico. El interés por ella es meramente político, pero tienes además la fortuna de que la chica es guapa y encima tenéis sentimientos el uno por el otro. Si te hace sentir mejor, ella tampoco quería casarse con Friedrich y además no sabía nada de los planes de matar a Friedrich. Tuvimos que amenazarla con la muerte de su padre, si no jamás se hubiera ofrecido.

—¿Amenazado? ¿Ella no estaba metida en esto?

—Ella no, claro. Es otra soñadora como tu amigo Friedrich que piensa que Europa puede volver al orden con las anticuadas fórmulas de estados democráticos de derecho. Es ya muy tarde para eso, hay que agarrar la sartén por el mango. No te preocupes, ya entrará en razón, tendrás oportunidad de hablar con ella esta noche, sois vecinos de celda.

El conde apretó un botón en la mesita junto al sofá y casi instantáneamente se abrió la puerta y entraron los dos guardias.

—Ahora has de irte a descansar, te haré llegar por la mañana un traje para que vayas algo más presentable cuando estés frente al jefe supremo, pero primero iremos con Karl Becker por la mañana a ver qué es lo que escondían en este Monasterio los Von Preussen.

Los soldados sacaron a Alfredo del despacho y lo condujeron por varios

corredores y luego subieron dos plantas de lo que parecía ser una torre de base cuadrada. Alfredo iba ponderando la conversación que acababa de tener con su tío, y luego sus pensamientos se tornaron hacia Edward, ¡el traidor!

Debería haberlo figurado. Le había llamado la atención lo frío y distante que había estado Friedrich últimamente con él, seguro que él ya sabía que era un doble agente, y si no, al menos se lo imaginaba. Ahora desearía poder avisar a Hans y a Jon antes de que los soldados dieran con ellos y acabaran con sus vidas... y con la de Frau Bammer y su familia.

Pasaron por delante de varias puertas austeras que debían de ser las celdas de los monjes. Las últimas tres habitaciones tenían las puertas abiertas, pero al llegar hasta ellas, Alfredo pudo ver que estaban cubiertas con barrotes para impedir el paso pero poder ver desde el pasillo el interior en todo momento.

La primera celda estaba ocupada por un monje fortachón, quien, a juzgar por el estado de su ojo izquierdo, se habría debido rebelar contra la llegada de los nazis y tras recibir un culatazo en la cara había sido arrastrado hasta la celda.

En la siguiente celda estaba Maria Luisa.

—¿Alfredo? —Dijo una adormilada Maria Luisa incorporándose en su catre. Fue la sorpresa de verle lo que traicionó sus sentimientos, porque en seguida se giró hacia la pared opuesta y castigó a Alfredo con su indiferencia.

Abrieron la celda contigua a la de Maria Luisa y metieron a Alfredo de un empujón. No tenían forma de verse, pero a través de los barrotes de la puerta podían conversar.

En cuanto los soldados se hubieron marchado, Alfredo se acercó a los barrotes y llamó a Maria Luisa.

Ella le contestó con su silencio.

—María Luisa, pensé que estabas con ellos. Me han dicho ahora que te habían amenazado con dar muerte a tu padre. Entiendo que hicieras lo que hiciste, no tenías opción.

—Déjeme en paz Alfredo. Pensé que eras especial, que eras distinto. Pero ahora, tu tío... eres uno de ellos, eres como ellos.

—No, Maria Luisa...

—¡Se acabó la charla! —Tronó un soldado, y cerró las puertas de ambas celdas con fuerza.

Alfredo se quedó en silencio y a oscuras. Al cabo de un buen rato, probablemente ya cerca de medianoche, oyó pasos en el pasillo y el cerrojo de

su puerta girar. Le costó acostumbrar de nuevo los ojos a la luz, pero vio un monje entrar en la celda con una bandeja. ¡Vaya horas para dar de comer a los presos! pensó Alfredo.

—Tiene cinco minutos padre, ni un segundo más. —Y la puerta se cerró con el monje dentro.

El monje se acercó con la bandeja. El celador había dejado una lámpara a la entrada y solo podía ver la silueta del monje recortada por el haz de luz.

—Alfredo. Soy yo.

—Jon?

—Shhh, calla. No hables tan alto. Voy a sacarte de aquí.

—Jon, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo pretendes sacarme?

—Te he traído un arma. Toma. En cuanto el soldado vuelva lo metemos dentro de la celda y lo apuñalamos antes de que dé la voz de alarma, entonces te pones su uniforme y salimos los dos de aquí.

—No está mal tu plan. Pero María Luisa está en la celda de al lado, la obligaron a casarse con Friedrich y llevarles hasta el anillo. Ella no está con ellos. Tenían a su padre y le habrían matado de no haber cooperado. Pero Eddy sí que es uno de ellos. Es un agente doble y ha estado con ellos desde el principio. Temo por frau Bammer y su familia, seguro que Eddy les ha revelado donde estábamos escondidos.

—Eddy, ¡ese maldito canalla! No puedo creérmelo. ¡Cuando le vea le parto la espalda!

—No solo eso. Además, mi tío está en el monasterio, él era el hombre de rojo y todavía tiene el anillo. No podemos huir y abandonar la misión. Hay demasiado en juego.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Dame esa arma y tú vuelve a la casa de Frau Bammer. Mañana, antes de la salida del sol, vuelve con Frank y Hans.

—Frank y Hans están conmigo. Están en la barca esperando. Tomé la otra entrada que me dijo el niño y no hay nadie guardándola. Podemos entrar en cualquier momento... o salir

—Bien, ahora hay que volver y esconder a Frau Bammer y a Stefan. Mañana necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir, habla con Frank y trata de conseguir nuevos voluntarios. A primera hora de la mañana vendrá el jefe supremo, y con él me imagino que vendrá otro montón de soldados

—El jefe supremo. Quién se supone que es ese... ¿Hitler?

—No lo sé. Supongo que sí, que es a Hitler a quien se refería mi tío. Lo sabré por la mañana cuando vengan a buscarme.

—¿Qué es lo que quieres que hagamos?

—Necesitamos alguna distracción; también tenemos que impedir que las tropas que se han apostado en el exterior del monasterio puedan tener acceso al interior.

—No te preocupes, yo me encargo de eso.

—Mañana me han citado a primera hora, pero tenemos que estar seguros de que no ponemos en práctica el plan antes de que llegue el jefe supremo y estemos preparados, así que lo mejor es que nos la juguemos y no empecemos los fuegos artificiales hasta las 9.00am. Esto es lo que necesito que hagas...

## Capítulo 58

### *Monasterio de San Bernardo, 2 de diciembre de 1931*

ALFREDO NO PEGÓ ojo en el resto de la noche, pero sabía que tampoco Jon y sus compañeros estaban descansado, sino poniendo en marcha los preparativos del plan.

A las 7.30am vinieron dos soldados a sacarle de la celda. Alfredo había escondido la pistola que le había dejado Jon bajo su cinturón, y rezaba para que no le volvieran a cachear.

Le llevaron hasta unos baños donde le dejaron solo con una pastilla de jabón, una cuchilla de afeitar, una toalla y un traje oscuro de tres piezas. En cuanto la puerta se cerró guardó el arma entre la ropa y se metió en la ducha.

Una vez duchado, afeitado y vestido, los mismos guardias le guiaron hasta el despacho en el que el día anterior habló con el conde. En la puerta del despacho los soldados llamaron otra vez a la puerta. Alfredo pensó que, como servicio de guardia personal, si eso lo que eran estos dos soldados, dejaban bastante que desear. Estaban dejando entrar a un agente enemigo en presencia y contacto directo con su cargo más alto, y no se molestaron en cachearle y asegurarse de que no tenía consigo ningún arma, u objeto punzante, o una Luger 9mm con silenciador y el cargador lleno como era el caso...

Junto a la chimenea habían dispuesto una labrada mesa de nogal, y sobre esta café, pan, mermelada, huevos y jamón. Alrededor de la mesa estaban sentados Becker, Edward y el conde, que le recibió en tono cordial.

—Siéntate Alfredo, y come algo. —Alfredo miró inquisitivamente a su alrededor sin moverse y el conde entendiéndolo que estaría preguntándose dónde estaba el jefe supremo, le dijo que este no llegaría hasta pasada una

hora; el tiempo suficiente para ir a investigar la cámara secreta antes de su llegada.

Alfredo se sentó a la mesa y comió sin hambre, pero sabía que necesitaría la energía para llevar a cabo el plan que había elaborado la noche anterior con Jon.

A las 8.12am el conde sacó el anillo de Friedrich de su bolsillo y dijo a Alfredo que había llegado la hora de ver qué es lo que había escondido bajo ese monasterio.

Todavía no había señal del jefe. Alfredo empezó a preguntarse si llegaría antes de las 9,00 am. En caso de llegar después de la hora prevista, su plan se podía ir entero al traste.

Bajaron por las escaleras frías y húmedas en compañía de Becker y otro soldado. Alfredo podía notar el peso de la Lugger bajo su chaqueta y eso le infundía un poco más de confianza.

El sótano del monasterio era un laberinto de pasillos y puertas donde no había aún llegado la luz eléctrica. El conde llevaba una linterna y el soldado otra; entre las dos linternas iluminaban lo suficiente para no darse de bruces contra cada esquina, pero no para mucho más que eso.

Llegaron a una puerta más grande que todas la anteriores al final de un largo pasillo. Alfredo no pudo evitar sentir su pulso acelerarse ante la expectativa de descubrir el tesoro de la dinastía Von Preussen, el conde que parecía haber leído la anticipación de Alfredo, sonrió.

—Todavía no, Alfredo, esta es solo la entrada al tesoro de los monjes de este monasterio —y empujando la puerta entraron en una enorme sala en la que no se alcanzaban a ver ni el techo ni las paredes del fondo. En la sala había alineados centenares de toneles de madera. El fuerte olor de los taninos del roble de los barriles, se mezclaba con el del vino que contenían haciendo el aire denso en la estancia y difícil de respirar.

—¿Cómo pueden meter o sacar estos toneles por esa puerta? —Pensó Alfredo en voz alta.

—Es una buena pregunta Alfredo —dijo el conde condescendiente—. Sígueme y verás.

Siguieron andando hasta el final de la bodega donde en un pequeño embarcadero un bote de remos esperaba su llegada. El soldado subió primero y dio la mano al conde para ayudarlo a subir, luego tendió la mano a Alfredo,

pero este la rehusó y subió solo al bote casi haciendo volcar la embarcación. Becker se rio divertido y subió al bote de un salto.

Dirigieron la embarcación por una serie de pasadizos, que parecían la cuenca de un río subterráneo o una compleja red de alcantarillado. Tras un breve tiempo de navegación por la negrura del subterráneo, llegaron hasta lo que parecía ser un embarcadero natural. El conde y Alfredo salieron del bote y el soldado tiró de él con ayuda de Becker por una lisa rampa hasta sacarlo completamente del agua para que no se fuera con la corriente.

En la roca había una entrada disimulada. Por ahí entraron y a pocos metros de profundidad una sólida puerta de hierro bloqueaba el pasillo.

—Esta es la cámara del famoso tesoro del imperio Austro-Húngaro. — Dijo el conde sin poder reprimir una risita nerviosa—. Nadie sabe exactamente lo que hay dentro. No hay ningún documento que explique qué es, y nadie ha entrado jamás en esta sala desde el día en que el abuelo de tu amigo Friedrich cerrase la puerta por última vez con esta misma llave hace diecisiete años.

El conde sacó de su bolsillo el anillo y estudio el complejo relieve de la puerta en el que se apreciaban toda suerte de símbolos rúnicos y un complicado sistema de discos y engranajes.

—¿Cómo puede ese anillo ser la llave de entrada a esta puerta? — Preguntó Alfred—. Parece que ni un camión de dinamita podría echar esta puerta abajo.

—Este anillo lo diseñó Juan Otto Heydt, un conocido relojero de Hamburgo. ¿No te parece extraño que el anillo de familia de la dinastía del emperador de Prusia haya sido diseñado por un relojero y no por uno de los muchos estupendos joyeros que había en la época en Europa? —Alfredo y su tío habían juntado sus cabezas sobre el anillo hasta casi tocarse con la frente.

—Fíjate en la piedra. La forma del diamante del centro, puedes ver que no está tallado para ensalzar la belleza de la gema, sino para asegurar que las aristas puedan aguantar más peso que el hierro forjado sin miedo a que se melle. Mira, la piedra está levantada sobre un muelle y los pilares que la sustentan parecen pétalos invertidos.

Alfredo no había reparado nunca en la joya, pero era verdad que era una pieza peculiar, sin lustro, casi se podría decir que hasta fea. El conde acercó la linterna al centro de la puerta, y pasó los dedos por lo que parecía ser una estrella. Posó el anillo sobre la estrella, y al presionar el anillo contra la



puerta, los pétalos invertidos se doblaron con fuerza encastrándose en la estrella y ajustándose perfectamente al contorno.

El conde se volvió hacia Alfredo, quien, a pesar de sus diferencias, tenía las mismas ansias de ver qué es lo que se escondía al otro lado de esa puerta. El conde giró el anillo y el círculo interno de la puerta se movió en la dirección opuesta, haciendo girar al mismo tiempo los engranajes de los cuatro círculos superiores; unas barras que estaban incrustadas en la roca bajaron y se liberaron dejando la puerta solo unida por unas pesadas bisagras.

—Es increíble con qué facilidad se mueve esta mole de metal. Cualquiera diría que ha sido engrasada a diario. —Dijo el conde sorprendido. Agarró el borde de la puerta y miró a Alfredo antes de abrir como preguntándole si estaba listo. Alfredo asintió. El conde hizo un gesto de consentimiento y abrió la puerta de la cámara del tesoro prusiano.

Alfredo no podía dudar un momento, por lo que aprovechando la fascinación del conde y de Becker y la torpeza del soldado que les acompañaban, sacó la pistola y disparó al soldado que tenía más cerca en la cabeza salpicando a su tío en la cara con sangre y materia gris, Becker completamente sorprendido trató de sacar torpemente su pistola, pero Alfredo le disparó dos veces en el pecho antes incluso de que hubiera desenfundado.

—Dame tu arma —Dijo al conde.

—Estás cometiendo un grave error, Alfredo

—Dame tu arma o correrás la misma suerte que tu guardia. —Dijo haciendo un gesto con la cabeza a los cuerpos inertes que yacían a los pies de su tío.

—Alfredo. Mira todas estas riquezas. Podemos comprar el mayor ejército de la historia y hacernos dueños del mundo.

Alfredo amartilló la pistola.

—Al menos espera a que conozcas al jefe supremo. Solo concédeme eso, luego podrás matarme si así lo deseas.

Alfredo pensó un segundo. Le sería más sencillo subir hasta el despacho del jefe supremo si lo hacía en compañía del conde. Los guardias que cubrían la entrada del despacho era muy posible que le pusieran dificultades si llegaba solo.

—De acuerdo, ve tu primero. Al primer paso en falso o voz de alarma te atravieso.

—¡Andando! —Le dijo clavándole la punta del silenciador de su pistola en las costillas.

Alfredo miró su reloj de pulsera y vio que eran las 8.46am. Estaba sólo, en un monasterio inexpugnable, encerrado con casi un centenar de soldados nazis y con una guarnición acampada a las puertas. Se le estaban complicando las cosas, pero por lo menos él ahora tenía el anillo y una pistola. Todo lo que tenía que hacer era salir de ahí con vida y habría cumplido su misión, pero no podía contar con que Jon hubiera podido llevar a cabo su parte del plan, así que tendría que buscar una salida.

A la entrada del despacho estaban los mismos guardias ineptos de antes, que ni se inmutaron cuando llegaron Alfredo y el conde. Uno de ellos abrió la puerta y el otro saludó con el brazo en alto a su entrada.

Alfredo aseguró la puerta a su espalda cerrándola con cerrojo. No es que eso les fuera a impedir entrar, pero al menos le haría ganar algo de tiempo.

Habían retirado la mesa del desayuno del despacho. María Luisa estaba sentada en un sofá y Edward en otro frente a ella.

—Hola Alfredo —Saludó Edward con sonrisa cohibida. Alfredo le ignoró.

Mirando al fuego estaba el que debía de ser el jefe supremo. No se giró ni hizo acopio de haber advertido la entrada de Alfredo y del conde.

Alfredo pudo ver de un vistazo que el hombre que tenía delante no era Hitler. El jefe supremo media más de metro ochenta y era de porte atlético y ancho de espaldas. Tenía pelo castaño rizado peinado hacia atrás con fijador. El jefe supremo se dio la vuelta y Alfredo se tuvo que agarrar a una silla para no perder el equilibrio.

—Hola Alfredo.

—Pa- padre!

## Capítulo 59

### *Monasterio de San Bernardo, 2 de diciembre de 1931*

—HAS CRECIDO DESDE la última vez que te vi. Casi no te reconozco. —  
Dijo Hermenegildo Caviedes a su hijo Alfredo.

—Pensé. Pensé que estabas muerto

—Sí, este mundo es un lugar más seguro cuando tus enemigos piensan que ya estás muerto.

—¿Y tu familia? ¿También debe pensar que estás muerto?

—Entiendo lo que dices Alfredo, pero era solo cuestión de tiempo. Luis Alberto me ha mantenido informado al detalle con todo lo que has estado haciendo con tu vida. Debía esperar al momento oportuno para que pudiéramos reunirnos.

—Podrías haberme dicho algo. Al menos contactarme, después de la muerte de madre y de Fernando...

—Alfredo, para mí tampoco ha sido fácil, pero era lo mejor para los dos.

—Hermenegildo se percató de que su hijo empuñaba una pistola, aunque no apuntaba a nadie con ella, simplemente caía casualmente sobre su cadera derecha. Intercambió una mirada con su hermano el conde y este se encogió de hombros.

—Estaba dispuesto a dispararme en la cámara de los Von Preussen, y dejarme ahí tendido como a los dos soldados que nos acompañaban, pero conseguí convencerle de que me acompañara y esperara al menos a haber hablado contigo. —Dijo el conde a modo de breve explicación.

El jefe supremo miró a su hijo con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Ha matado a los soldados que os acompañaban?

—Le pegó un tiro en la frente a uno. Sin pestañear. Luego pegó a Becker

dos tiros en el pecho

El jefe supremo asintió despacio y sonrió.

—Parece que, como bien decías, el chico está preparado

—Así es, aunque está un poco confundido. Creo que su amigo Friedrich Von Preussen ha ejercido una mala influencia en él.

—Ya veo. Es una verdadera lástima que ya no esté en el mundo de los vivos para poder ejercer más influencias negativas —Dijo sonriendo a su hermano el conde. Luego dirigiéndose a Alfredo, y poniéndose serio, añadió —. seguro que estaría encantado de saber que serás tú su heredero al trono en cuanto te desposemos con María Luisa.

—Ese matrimonio no es válido. Tanto Friedrich como yo fuimos coaccionados en contra de nuestra voluntad a firmar el documento, y esto lo haremos saber antes de que vosotros podáis haceros con el poder. —Dijo María Luisa mirando al jefe supremo con una rabia y un odio del que Alfredo jamás pensó que pudiera ser capaz.

—No te preocupes María Luisa. —Dijo el padre de Alfredo con sonrisa condescendiente—. Friedrich ya no puede decir nada y tú tienes dos opciones: casarte con Alfredo y ser feliz el resto de tu vida como la emperatriz del imperio más grande que ha habido en Europa desde la muerte de Trajano, o casarte con Alfredo por la fuerza y morir trágicamente justo después.

—Creo que se te olvidan algunos pequeños detalles —Dijo Alfredo.

—¿De qué se trata, hijo? —Dijo Hermenegildo Caviedes con el tono más paternal que pudo.

—Primero, no me llames hijo —Dijo Alfredo entre dientes echándole una mirada cargada de odio—. Segundo... incluso si yo tuviese el más mínimo interés en unirme a vuestros planes -y no lo tengo- Friedrich sigue con vida, por lo que me parece que vuestro plan no vale para nada.

Los hermanos Caviedes se miraron buscando respuestas, pero ambos estaban igual de perdidos, y luego dirigieron una mirada escrutadora a Edward.

—Me temo que es verdad. Cuando nos marchamos seguía vivo, pero en coma y en estado muy crítico. No creo que se despierte.

—Edward, tendrás que aprender muy rápido que nosotros no dejamos cabos sueltos. —Dijo Hermenegildo fulminándole con la mirada—. Nos ocuparemos de esta molestia más tarde.

Bien, pensó Alfredo, podía ver que hasta el momento todos se habían

creído que Friedrich había muerto. Mr. Hopkins había estado muy hábil cuando decidió que nadie supiera que Friedrich seguía con vida. Lo importante ahora era que el plan de heredar el trono de los Von Preussen no estaba tan claro como pensaban.

—Bueno, el hecho de que Friedrich siga con vida tiene fácil arreglo, pero el que tú no quieras formar parte en nuestros planes no lo entiendo. No sabes todos los esfuerzos y sacrificios que hemos hecho tu tío y yo por la familia...

—¿Sacrificios? ¿Llamas hacer sacrificios a asesinar a mi madre, a tu esposa, y con ella también a un bebé de pocos meses, a tu propio hijo? —Dijo Alfredo levantando la voz. Al terminar volvió a mirar su reloj de pulsera por segunda vez desde que había entrado en el despacho. 8.56am. A Hermenegildo no se le pasó por alto.

—Pareces muy preocupado por la hora, Alfredo —Dijo su padre.

—Sí, ya estoy cansado de estar aquí. Hay un tren que sale a las 9.30am y me gustaría tomarlo y alejarme de vosotros todo lo posible.

—No hay más trenes hasta el de mediodía. ¿Qué ocurre, esperas a alguien? —Dijo ahora mirando a Edward.

—No es posible, señor. —Dijo Edward—. Hans y Jon volvieron a la casa del molino y antes de que saliera el sol hemos mandado a una patrulla para acabar con ellos.

—Maldita rata de cloaca. Debería matarte aquí mismo —Dijo levantando la pistola, pero luego pensando que en cuanto disparara, aunque tenía un silenciador en el cañón de la pistola, los guardias de la puerta lo oirían, pedirían refuerzos y entrarían en el despacho. No. Tenía que mantener la frialdad y esperar. Edward no mandó la patrulla hasta el amanecer, eso quería decir que deberían de haber tenido tiempo para salir del molino y preparar el plan convenido para las 9.00 am.

Volvió a bajar la pistola fingiendo abatimiento.

—Mejor así —Dijo su padre—. Edward es un buen amigo y necesitas rodearte de colaboradores cercanos como él, en quienes puedas confiar. El tío de Edward, el Príncipe de Gales, ha estado involucrado desde el principio en el proyecto y su ayuda ha sido inestimable; Edward estará al mando contigo en cuanto el nuevo orden haya sido establecido.

8.59am. Alfredo asintió sumiso—. Pero, ¿por qué matar a Hans y a Jon? Podrían haber sido buenos colaboradores. Son buenos agentes, y amigos fieles...

—Alfredo, lo hemos intentado todo. Hemos dado suficientes oportunidades a todos, empezando por Friedrich, Marco, Mr. Hopkins... tu madre —Dijo Hermenegildo Caviedes levantando una ceja esperando aceptación por parte de su hijo.

—¿Y todavía esperas que me una a vosotros? Has acabado con todo lo que ha significado algo alguna vez para mí; has acabado con todo lo que he amado. —Alfredo involuntariamente desvió la vista hacia Maria Luisa cuando dijo esto, gesto a que Don Hermenegildo no le pasó inadvertido. Se acercó más a Maria Luisa, colocándose justo detrás del sofá donde ella estaba sentada.

—Alfredo, toda mi vida la he dedicado a luchar, primero por España, ahora por algo mucho mas grande. Ya estoy cansado de luchar. Estoy poniendo en tus manos un imperio, una nueva dinastía. La dinastía de Caviedes. Si no quieres formar parte de nuestra obra, nada cambiará. —Entonces el jefe supremo posó la mano sobre el hombro de Maria Luisa y esta lo intentó apartar con un gesto, pero Don Hermenegildo la agarró con sorprendente furia del cuello y la levantó con un brazo hasta ponerla junto a sí.

—Si no estás con nosotros, Alfredo, seré yo quien me case con esta criatura, y yaceré con ella cada noche hasta que me dé un nuevo heredero - no es la primera vez que me caso para concebir un heredero —, después, cuando me haya cansado de ella, también la mataré”.

La primera explosión pilló a todos por sorpresa, menos a Alfredo que había vuelto a levantar el arma y apuntaba ahora directo a la cabeza de su padre.

—No lo hagas Alfredo —Dijo agarrando a Maria Luisa más cerca de si utilizándola como escudo—. No matarás a tu padre, ¿verdad? Soy la única familia que te queda

—Tú no eres mi padre, solo el asesino de mi madre

La pistola de Alfredo hizo dos amortiguados sonidos cuando apretó el gatillo con firmeza y suavidad. La mano no le tembló. La cabeza no le dudó.

Hermenegildo Caviedes cayó al suelo con dos agujeros de bala en la frente a pocos milímetros de distancia entre ellos. Maria Luisa lanzo un grito y la puerta cedió al instante y por ella entraron los dos soldados que guardaban la entrada. Alfredo se lanzó sobre Maria Luisa y la cubrió detrás del sofá. Alfredo se agachó sobre una rodilla y disparó tres veces: un disparo acertó en el cuello de uno de los soldados, el otro disparo dio de lleno en el pecho del otro, el tercer disparo dio en el marco de la puerta.

Alfredo se levantó y miró a su alrededor para evaluar la situación. Edward seguía de pie en medio de la sala sin haber movido un musculo; Maria Luisa estaba en el suelo detrás del sofá cubriéndose la cabeza con las manos.

El conde había sacado una pistola y apuntaba con ella a Alfredo. Alfredo levantó a su vez su pistola y apuntó al conde.

—Pistola Luger Parabellum de 9mm. Una buena arma, Alfredo, pero todavía se sigue haciendo con solo ocho balas en el cargador. Te has quedado sin munición.

Alfredo apretó el gatillo, pero solo se oyó un chasquido.

—Tira el arma Alfredo. —Dijo el conde—. Edward, cachéale; no quiero más sorpresas que las necesarias.

Edward se acercó a Alfredo, y en cuanto el cuerpo del inglés se interpuso entre el suyo y el del conde, Alfredo se abalanzó sobre Edward y cargó con el cuerpo de este contra el Conde quien sin esperar la reacción de Alfredo vació su cargador contra la espalda de Edward. Alfredo y Edward cayeron al suelo a los pies del conde, el cuerpo de Edward sin vida, el de Alfredo sin esperanza ni más ideas de cómo salir de aquella.

El conde apuntó hacia abajo, directo a Alfredo, con su pistola:

—Es una pena, Alfredo, podríamos haber sido los dueños de Europa, pero tú te has empecinado desde el principio en sensiblerías y sueños utópicos como tu madre. Sea pues. —El sonido del disparo vino de la pistola de su hermano Hermenegildo, que Maria Luisa tenía ahora en sus manos. El Conde miró sorprendido a Maria Luisa. Se llevó la mano al pecho y luego se la miró cubierta de sangre. El Conde cayó sobre Edward y Alfredo sin esperar a confirmar que estaba muerto se levantó, agarró a Maria Luisa de la mano y la sacó del despacho a toda prisa.

Por el pasillo se oían voces de alarma y el sonido de botas militares corriendo hacia donde estaban ellos.

Alfredo dirigió a Maria Luisa por las escaleras que llevaban hasta la entrada por la gruta por donde había venido la noche anterior. En mitad del corredor escucharon más pasos que subían rápidamente por las escaleras. Se escondieron en un relieve en la pared. Cuando los hombres estaban ya a su altura Alfredo levantó la pistola de Hermenegildo que había utilizado Maria Luisa y apuntó al grupo que subía por las escaleras, pero antes de disparar reconoció la cara de su amigo Jon.

—Alfredo!

—Si, vámonos. Aquí no hay mucho más que hacer. De prisa.

—Seguidnos. Frank nos espera en la gruta con una lancha.

La lancha salió de la gruta y la luz del día les iluminó. Sonidos de sirenas, camiones de bomberos, gritos y coches pitando se oían por todas partes. El monasterio estaba en llamas y una enorme nube de humo les dio cobertura para salir río abajo a toda velocidad sin que nadie pudiera verlos.



## Capítulo 60

*Landeck, 2 de diciembre de 1931*

ESA NOCHE HABLARON por radio con Mr. Hopkins, este les dijo que Friedrich había salido del coma y estaba recuperándose favorablemente.

Estaban en una casa tirolesa de un amigo de Frank a un pueblo cuarenta kilómetros río abajo del monasterio.

—Hablaré con Amy Johnston, le diré que os recoja mañana por la mañana. Hay una pista de aterrizaje a las afueras de Landeck donde no tendrá dificultad en aterrizar. —Alfredo, Hans y Jon se miraron aterrorizados.

—Mr. Hopkins, antes de subirme a un avión con esa loca me entrego a los nazis.

—Pero, ¿cómo piensas regresar?

—Tomaremos el tren de vuelta. Hans y Jon le llevarán un informe minucioso y detallado

—¿Jon y Hans? ¿y qué piensas hacer tú?

—Maria Luisa y yo pararemos en Calais unos días. Estaré de vuelta en Santander después de Navidad. —Dijo a la radio tomando la mano de Maria Luisa.

—Como queráis, pero tengo aquí a Jerónimo, y dice que el informe os lo podéis guardar donde queráis, pero que como no le traigáis una buena botella de Schnapps a la vuelta, desearéis no haber sobrevivido a los nazis.

**CHRIS ENDSJØ** *de padres escandinavos, nació y se crio en Madrid. Pronto sus raíces vikingas le empujarían a una vida de viajes y aventuras. En su juventud trabajó en Nueva Zelanda, en los bosques de Suecia, en Alaska en la pesca del salmón, en Chicago... Hoy en día vive en las montañas de Carolina del Norte con su mujer y cuatro hijos.*